EDUARDO ANTONIO PARRA

CARLOS RENÉ PADILLA

La Torre de Cristal



EDUARDO ANTONIO PARRA y CARLOS RENÉ PADILLA

La Torre de Cristal



RANDOM HOUSE

Para Paulina Castaño
por tantas lecturas compartidas

Eduardo Antonio

Para Yuyú y Andrea, estoy porque están

Carlos René

EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS

Primero fue una luz titilante en el interior de una casa, luego un farol en la esquina de una calle sin pavimentar. Siguieron los autos, drenaje, edificios. La gente creyó que el progreso sólo traía cosas buenas, pero se equivocó porque una ciudad, una verdadera, tiene dos caras: la que la mayoría de sus habitantes entiende, y otra, la que se aparece apenas cae la noche. Ese rostro lacerado, que muy pocos se atreven a mirar, es la señal inequívoca de que una nueva urbe crece y seguirá haciéndolo sin que nadie la detenga. Una ciudad se vuelve una ciudad real cuando muestra sus contradicciones: una arquitectura urbana creada para otorgar seguridad puede tornarse en un espacio para el horror y la infamia. Una metrópoli es generosa porque da confort a sus habitantes "decentes", pero a los otros, a los indignos, les regala sitios desolados, oscuros, calles olvidadas, nichos para que nazcan crímenes nuevos. Una ciudad moderna provee no sólo a quienes trabajan de sol a sol, sino a aquellos que noche a noche ofrecen en sacrificio carne, sangre y almas que nadie extrañará.

Como ese hombre que busca maneras para sosegar su mente enferma y que, a bordo de su Ford modelo 1935 color vino y con abolladuras en uno de los guardafangos, recorre a vuelta de rueda las calles del barrio de Tacubaya. La luz de sus faros ilumina a un grupo de prostitutas en la banqueta: algunas caminando, otras recargadas en los muros. Las mujeres entrecierran los ojos al verse

encandiladas, pero no abandonan ni la pose coqueta ni el contoneo de sus caderas, sobre todo las que han tenido una mala noche.

El Ford toma turno en la procesión de vehículos cuyos conductores revisan la mercancía en oferta. El ritual consiste en pasar una y otra vez frente a las mujeres hasta que una de ellas los convence de llevársela a un sitio discreto, tal vez un hotel, quizás un callejón solitario. Es la tercera vez en la noche que el hombre del Ford recorre esa pasarela. Impaciente, tamborilea el volante con su anillo, grabado con el emblema de Petróleos Mexicanos. Sospecha que a causa de la demanda de pecados nadie querrá subir a su auto, pero de pronto fija la mirada en una silueta de grandes pechos y baja estatura. Está un tanto apartada del área de transacciones. Él gira un poco la dirección y los faros iluminan de lleno el rostro de la mujer y un lunar en su mejilla izquierda se vuelve visible. El hombre da vuelta y se detiene en otra calle con los latidos acelerados dentro del pecho. Aluza con una linterna sorda el legajo encuadernado que descansa en el asiento del copiloto. En su memoria precisa hay un eco de la cara que acaba de atisbar. Hojea el volumen repleto de imágenes de prostitutas, impresas en blanco y negro, donde aparecen de cuerpo entero con su vestimenta de trabajo y, a un lado, nombre, lugar de nacimiento, edad, oficio anterior y si laboran en algún establecimiento o de manera independiente, estado civil, operaciones y enfermedades contraídas a causa de su profesión.

Pasa las páginas separadas en cuatro grandes apartados: "De primera", con las mujeres situadas en casas de citas exclusivas y las extranjeras; "De segunda", con las que se prostituyen en burdeles de medio pelo; "De tercera", con aquellas cuyo lugar de trabajo es inestable, como ciertas cantinas; y, por último, "Callejeras sin categoría", con mujeres que ocupan el nivel más bajo de esa pirámide laboral. En sus buenos tiempos, algunas llegaron a escalar en las secciones, pero la edad, la dureza de la vida o los vicios, al mermar sus cuerpos, las arrojaron al mercado callejero.

El hombre detiene su revisión en una foto. Sonríe. Es la mujer que acaba de ver. Lee el nombre: Juana Rentería. Golpea emocionado el volante con los dedos y el metal del anillo, al chasquear contra la madera, le recuerda el sonido de un tambor de guerra. Cierra el volumen y lee el título impreso en la portada con letras rojas: *Registro de mujeres públicas*, y abajo el nombre de su autor: Alfonso Quevedo.

Ahora el hombre ya sabe a quién invitará a subir a su Ford esta noche.

1977

El chasquido de la ficha enmudece por un segundo el murmullo general de la cantina cuando el periodista más veterano del lugar, a quien todos llaman simplemente *el Güero*, la azota sobre la superficie metálica después de darle un trago a su gin tonic. Deja el vaso junto al cenicero. Vuelve a estudiar el juego, concentrado, como si en su cabeza apagara el bullicio y las conversaciones a su alrededor. Sonríe.

—¿Estás seguro de ese movimiento, Camacho? —ironiza con voz rasposa al notar que el contrincante de su izquierda dejó los extremos a blancas.

Camacho, uno de los neófitos en la nota roja que lo acompañan junto con Márquez y García esa y muchas tardes, asiente seguro. La sonrisa del Güero se hace amplia, con el pulgar y el índice elige la del centro entre las tres fichas que le quedan y la estampa contra la mesa:

—¡Me acuesto encuerado y este cuento se acabó! —voltea hacia el joven periodista—. Cómo se ve que no sabes contar, mi amigo.

—¡Me lleva la…! —grita Márquez y de un manotazo voltea sus fichas, entre las que se halla la mula de seises—. ¡Pinche Camacho! ¡Estás viendo y no ves! ¡Hubieras puesto tu seis, cabrón!

—"Sin llorar" se llama este juego… y mejor díganme, ¿cuál es la mejor manera de describir a un asesino en la nota roja? —el Güero pasea la mirada entre los tres jugadores sentados con él.

García, el fotógrafo recién contratado por *Novedades*, levanta la mano con timidez, como si se encontrara en un aula de clases.

—¿De caminar siniestro y aviesas intenciones, don Güero?

El reportero de la vieja guardia lo contempla burlón por unos segundos, luego echa mano a la cajetilla de Faros, extrae uno y, antes de que busque con qué darle lumbre, el propio García enciende un cerillo y se lo acerca.

—¡Muy bien, chamaco! Recuerda que los periodistas están para contar historias y que los lectores se sumerjan en ellas, así que no se vale ser tibio.

Camacho y Márquez comienzan a revolver la sopa haciendo zumbar las piezas sobre el metal. Al ver García la espiral de humo saliendo de la nariz de quien considera su mentor, le dice:

—Y hablando de contar, don Güero. Cuéntenos, pues… ¿ha cambiado mucho la reporteada desde que la dejó?

El veterano se toma su tiempo para responder. Da un hondo jalón a su cigarro, expulsa el humo hacia el centro de la mesa a modo de suspiro, escupe una hebra de tabaco y envuelve con la mirada a los jóvenes.

—Todo cambia, si no es que ya se jodió —afirma mientras escogen sus piezas del montón.

—¿Y cómo estuvo la movida con lo de Trotsky? —insiste Márquez, quien termina de mover las fichas—. En la facultad todavía ponen de ejemplo su crónica, maestro. Y sobre todo las mañas que se dio para poder sacar la información.

—Pero estamos jugando —alega el Güero con el cigarro en la comisura de la boca—. Y acuérdense de que este juego lo inventó un mudo.

—Nadie más va a hablar. Nomás usted —promete García.

El viejo periodista, que ya frisa los setenta años, da una fumada al cigarro sin meter las manos, por lo que los demás observan cómo el humo forma una cortina que va de la boca a su nariz. Con los ojos entrecerrados revisa su juego, cambia de lugar un par de fichas,

extrae una de la hilera y la coloca con suavidad en el centro de la mesa: la carreta de seises. Se quita el cigarro del ángulo de la boca y lo tira al suelo. Carraspea antes de hablar.

—Chingao, ¿cómo empezar…? Creo que bastará decirles que, en ese tiempo, cuando a los papás de ustedes ni siquiera se les había ocurrido embarazar a sus mamás, el mundo estaba hundido en un verdadero caos. Nada era igual que ahora. En Europa y Asia los vientos de guerra tenían a la gente alborotada, si no es que aterrorizada, y aquí el país era un verdadero desgarriate porque nuestra mentada Revolución nomás no terminaba de asentarse, a pesar de los esfuerzos de Tata Cárdenas. Algunas de estas cosas ustedes más o menos ya las saben, venían en sus textos de primaria. Pero nunca será lo mismo leer en un libro lo que sucedió hace décadas que haberlo vivido día a día. Además, los libros, sobre todo los oficiales, nunca cuentan toda la verdad, chingao… ¿Cómo pones esa ficha, García? ¿No estás mirando mi juego? ¡Yo llevo la mano! ¡Pon atención, carajo! Por ejemplo, les aseguro que no han leído una sola página sobre los espías que pululaban entonces en la Ciudad de México, ¿verdad? Pos así mero era. En cantinas como esta no resultaba raro toparse con una mesa repleta de güeros, pero no de rancho como yo, nomás coloraditos, sino güeros de verdad, rubios, de ojos azules, grandotes y patones. Bolillos, pues. Y no siempre resultaban gringos: si te acercabas un poquito y los oías hablar como ladrando, en chinga te dabas color de que eran alemanes; nazis, de los de Hitler. Había otros que hablaban con voces roncas y palabras como mordidas: esos eran rusos. Estaban los españoles, republicanos o franquistas. Franceses, italianos y hasta uno que otro de piel amarillenta y ojillos rasgados. ¡Había de todo! Daba la impresión de que el país se volvía cosmopolita, y a lo mejor sí, pero por las razones equivocadas… Y no era nomás por la guerra que ya se terminaba de cocinar allá en las Europas. Acá también se cocían habas. El espionaje interno entre las distintas tendencias ideológicas estaba que ardía… En México la gallera

política andaba harto inquieta por las reformas que el presidente había echado a andar para bajarles los humos y las ganancias a los ricos y a los políticos callistas, y al mismo tiempo darles más chance a los jodidos para que alzaran la cabeza. ¿No se lo han contado sus padres? Pocos presidentes, que yo recuerde, han levantado tantos odios y resentimientos entre los fifís, y tantas muestras de cariño y lealtad entre obreros y campesinos. Sí… los madrazos internos no paraban, sobre todo antes y después de las elecciones del año 1940, que Tata Cárdenas se había empeñado en que fueran de verdad libres, con lo que rompió la tradición del "heredero" que habían impuesto los sonorenses Obregón y Calles. Había sabotajes, homicidios, linchamientos, atentados, batallas campales, ataques en la prensa, venganzas públicas. Nomás imagínense: agraristas contra terratenientes y guardias blancas y verdes contra los camisas rojas, católicos contra gobiernistas; comunistas contra anarquistas, trotskistas y liberales; los viejos callistas contra los partidarios de Cárdenas, todo esto entre mítines, manifestaciones, protestas, confiscaciones por causa de utilidad pública, huelgas y, por si fuera poco, la expropiación del petróleo, que acabó de agitar el avispero… Me doblo a cuatros. ¡Fíjate bien en mi juego, García! No la vayas a regar… En medio de este hervidero nacional e internacional, a Tata Cárdenas se le ocurrió, por insistencia del pintor Diego Rivera, ofrecerle asilo político a León Trotsky, que años atrás había salido pitando de la Unión Soviética, donde su antiguo camarada Stalin quería verlo muerto. Trotsky llevaba algún tiempo en plena huida por varios países europeos, que primero lo recibían y, ante las amenazas de la URSS, terminaban por expulsarlo para no comprometerse, hasta que Cárdenas le mandó aviso de que podía venirse para acá con todo y chivas, que en México no le iba a pasar nada porque estaría muy bien protegido. Sí, el presidente Cárdenas tenía buenas intenciones, como en todo lo que hizo. Si hubiera sabido lo que iba a ocurrir… En fin, si con la llegada de Trotsky en el año 37 los periódicos pegaron el grito en el cielo contra la política del gobierno,

y la Ciudad de México se halló de pronto plagada de agentes secretos soviéticos, podrán adivinar cómo se pusieron las cosas poco después, al perder los republicanos la Guerra Civil española, cuando Cárdenas aceptó también dar asilo a los derrotados, que empezaron a llegar por miles… Fue cuando de plano esta ciudad se convirtió en el primer nido de espías a nivel mundial: unos venían para tener a la vista los movimientos de los gringos antes de que entraran a la guerra, otros para hacer contraespionaje sobre los primeros, la mayoría para tratar de influir en los mandos del gobierno mexicano, y otros más, sobre todo los rusos, con misiones más específicas, como eliminar al viejo Trotsky, quien en ese entonces escribía una biografía de Stalin que, según decían los enterados, iba a ser demoledora para el prestigio del dictador soviético, pues lo desenmascararía como el tramposo y asesino que en verdad era… Yo conocí a Trotsky. Incluso guardo una foto donde aparezco con él. Tuve dos veces la oportunidad de hacerle unas preguntas, la primera en una conferencia de prensa que dio recién llegado al país. Su trayectoria me había impresionado. No nomás por haber sido líder de la primera revolución, la de 1905, en su país, ni porque entre él y Lenin lograron coronar el golpe de Estado que les dio el poder a los bolcheviques en octubre del 17, sino porque tan sólo con su fuerza de voluntad y su capacidad oratoria fue capaz de levantar, así de la nada, al Ejército Rojo que a la larga venció a todos los enemigos de su partido durante la guerra civil que siguió a la revolución en Rusia. Ese mismo ejército que años después derrotó a Hitler en Stalingrado y marchó hasta el mero Berlín. Qué huevos de cabrón. Un tipo admirable… ¡Bien jugado, García! Se me hace que nuestros amigos van a valer madre otra vez en este partido… La segunda vez que tuve la suerte de platicar unas palabras con él fue después del primer atentado que sufrió en su casa de Coyoacán, en la calle de Viena. Imagínense: más de cuatrocientos tiros recibieron sus habitaciones y la de su nieto, y nomás una bala rozó el pie del niño. ¡Eso es suerte y no chingaderas! Ese ataque dio mucho de qué

hablar. Algunos afirmaban que fue un autoatentado, otros señalaban al muralista David Alfaro Siqueiros, *el Coronelazo*, su apodo durante la Guerra Civil española, como el responsable de la irrupción armada en mayo de 1940. Pero Siqueiros andaba desde entonces prófugo y nadie había logrado detenerlo. De ese atentado, tanto Trotsky y su familia como sus secretarios y guardaespaldas salieron ilesos, pero como quiera hubo un escándalo en la ciudad, en el país y más allá de nuestras fronteras. En fin, una piedrita molesta en el zapato de Tata Cárdenas; por eso ordenó una investigación exhaustiva y puso a trabajar en ella a los mejores hombres de la policía mexicana de entonces. Y, por supuesto, yo anduve pegado esas semanas a los investigadores. ¡Incluso me tocó ayudarlos en las pesquisas! Claro, como reportero de nota roja yo tenía bien apergollados a varios malandrines que me debían algunos favores y eran mis informantes. ¡Eso es lo que deberían hacer ustedes también desde ya! Si quieren ser buenos reporteros policiacos, deben ubicar luego luego dónde está la verdadera información de lo que ocurre... Yo era bueno en eso. Además, tuve un chingo de suerte. Ustedes lo saben: todo reportero de policía sueña con que le toque la fortuna de cubrir un gran crimen. Y mi sueño se realizó cuando me topé con el Caso Trotsky. Repito: yo era bueno, pero gracias a ese caso me convertí en un mejor reportero… Sí, muchas cosas tuvieron que ver para que esto me pasara. Una de ellas fue que entonces conocí a quienes quizá fueron los verdaderos protagonistas de esta historia: el doc Alfonso Quevedo y Leandro Valentín Quintanilla… Fíjate bien lo que vas a tirar, García, porque puede que en esta nos vayamos…

I

Alfonso Quevedo colocó sobre el escritorio el expediente de Clara del Bosque, una mujer de clase alta asesinada en su propia casa de la calle Donceles. El legajo estaba repleto de fotos de algunos sospechosos, retratos hablados de otros más y notas hechas a mano por el propio criminólogo. Acomodó los libros que tenía abiertos y los puso a un lado de una caja de madera, donde estaba el cráneo del *Tigre de Santa Julia*, el legendario bandido que trajo de cabeza a la policía porfirista durante años. A pesar de siempre defender la ciencia, el doctor consideraba esa calavera, obtenida gracias a un amigo muertero, como su amuleto especial. Muchas veces, cuando se le cerraba el mundo, la alzaba con una mano, igual que Hamlet, y la interrogaba. Sabía que no era cierto, pero a veces creía que el mismísimo Tigre ponía en su cabeza palabras e ideas que lo ayudaban en sus investigaciones. Continuó con la mirada fija en la calavera unos segundos más, esperando que el Tigre agregara información sobre el homicidio de Clara del Bosque, pero esta vez el bandido se mantuvo en silencio.

Entró al despacho Lupita Monterroso, quien además de ser su asistente era lo más parecido a una novia que tenía el doctor, y viceversa.

—Alfonso, acaba de llegar el juez Robledo.

Se volvió hacia Lupita como si el perfume de la muchacha hubiera acaparado de pronto su atención. Su rostro expresó ternura, emoción que ella siempre despertaba en él.

La vio caminar hacia la entrada del estudio: su movimiento de caderas lo hipnotizaba y le despertaba sensaciones a las que, por ser un hombre dedicado a la vida intelectual, no estaba acostumbrado. Cuando ella desapareció por el pasillo, Quevedo dejó salir un suspiro. Luego, mientras escuchaba a su maestro ascender las escaleras, se puso de pie, tomó el expediente en el que trabajaba, colocó encima del legajo una de las fotos y debajo de ella uno de los retratos hablados. Guardó el resto.

Robledo saludó con un apretón firme, que lastimó un poco a Quevedo, cuya constitución era más fina y, aunque más joven, su energía era más cerebral que corporal. Robledo era un cincuentón bastante conservado, casi atlético gracias a su pasado militar.

—Alfonso, dime que tienes algún avance sobre el caso. Me traen a sol y a sombra mis superiores y los chupatintas de cuarta.

El doctor tomó la carpeta con la foto encima y se lo entregó a su maestro.

—¿Y esto? —se intrigó Robledo mientras se quitaba el sombrero.

—Es el asesino de doña Clara del Bosque.

—¿El cuñado? Pero ni siquiera lo teníamos entre los principales sospechosos…

—Las transcripciones me hicieron ver que Pánfilo Villaseñor, el cuñado, nunca mostró ningún tipo de emoción por la muerte de doña Clara. Al contrario, me pareció evidente su resentimiento contra ella por haberse casado con su hermano y, además, parecía seguir muy ofendido porque no lo invitaron a la boda.

—¿Por eso crees que él fue, por problemas familiares? —el juez lucía decepcionado—. Eso no significa nada, Alfonso; hasta yo le he dejado de hablar a un primo por alguna tontería.

Robledo hizo un gesto de desaprobación. Movió a un lado una silla. Se sentó, cruzó la pierna y devolvió el expediente al escritorio. Permaneció en silencio mientras paseaba la mirada por los libreros del estudio. Su postura y actitud seguro le recordaron a Quevedo las que adoptaba cuando ponía a prueba a alguno de sus alumnos en la

facultad. No pudo evitar acomodarse el cuello de tortuga de su suéter, a pesar de que no le apretaba.

—¿Esto es todo lo que tienes, Alfonso?

—Sus respuestas al Ministerio Público me dieron la pauta para pensar que estábamos equivocando el rumbo… Por otras razones el sospechoso natural era, por supuesto, el marido, Ernesto Villaseñor. Sabemos que la occisa lo engañaba, aunque no tenemos ningún indicio de que el esposo estuviera enterado de su infidelidad. Además, descubrí que él tenía también su casa chica. La tesis de la policía sobre un crimen pasional podría tener bases. Pero usted sabe, maestro, que en esta ciencia todo constituye una señal. Y las señales brillan en mi cabeza cuando leo los testimonios, los expedientes. Imagínese pequeñas luces que indican un camino a seguir. A veces destellan al interior de la mente, otras relucen en los comportamientos de los sospechosos. Ernesto ha ocultado que padece una enfermedad grave. Incluso puede que le queden pocos meses de vida. Al contar con esos primeros indicios, observé con atención la conducta de su hermano Pánfilo. Descubrí después que el ahora viudo había hecho un movimiento legal para que las acciones de la compañía familiar, tras su muerte, quedaran a nombre de su mujer. Eso desató entre los hermanos una disputa que los llevó casi al rompimiento. Ahora, sin Clara del Bosque de por medio, pueden volver a quedar en poder de Pánfilo al morir Ernesto, y para ello sólo necesita que un abogado astuto y poco escrupuloso le resuelva el entuerto jurídico.

—Si es así, ahora entiendo por qué me llegó el rumor de que Bernabé Jurado se interesa en el dictamen de la sentencia del caso.

—Un litigante como Jurado puede aventarse ese chanchullo legal con la mano en la cintura y lograr que Pánfilo sea el dueño legítimo de la empresa.

Robledo se puso de pie con agilidad. Recuperó el documento que minutos antes había devuelto al escritorio y, al volver a abrirlo, vio

un retrato hablado de un hombre que no ubicaba bajo la foto de Pánfilo Villaseñor.

—¿Y este es…?

—El asesino material. Mauricio Domínguez. Trabajó en la empresa como mensajero hasta que Ernesto descubrió que robaba. Lo despidió. Discutieron y Mauricio agredió a su patrón. Fue detenido, pero estuvo preso poco tiempo porque Pánfilo logró que se retiraran los cargos y lo llevó a trabajar con él de mozo. Tiene antecedentes violentos y todo indica que ya había cometido otros delitos por instrucciones de su nuevo patrón.

—Ahora sólo falta probar tus hipótesis —el juez miró el retrato hablado.

—No será difícil si sus agentes siguen las instrucciones que escribí en la primera página del expediente, maestro.

—Les vamos a borrar la risa a ese licenciadillo y a Pánfilo Villaseñor —Robledo apuntó con el legajo a Quevedo.

—Otra cosa, maestro —se rascó varias veces el cachete, indeciso. Al fin soltó la frase que tenía atorada en la garganta—: Díganle a Pánfilo que ya detuvieron al encargado de asesinar a su cuñada. Él no tuvo agallas para hacerlo; no las tendrá para negarlo cuando se vea acorralado.

La sonrisa en el rostro de Robledo se magnificó. Su alumno le acababa de regalar en bandeja el clavo que terminaría de sujetar la perdición de los homicidas, tanto el intelectual como el material. Sabía que había hecho bien en pedirle que le ayudara en el caso.

Mientras lo contemplaba, una sensación de orgullo lo llevó a recordarlo años atrás, cuando Quevedo era un joven retraído, pero con una inteligencia superior al resto de los estudiantes que pasaron por su cátedra. Supo que su forma de ser le había acarreado desavenencias con compañeros que no permitían que los dejara en ridículo, o que los anonadara con sus conceptos criminales. No podía hacer a un lado que el propio padre de Quevedo había sido asesinado por un hombre vengativo y que ese suceso seguramente

lo había marcado más de lo que a él le gustaba aceptar. Con sus años de experiencia, Robledo sabía que el pasado, igual que un fantasma al que se invoca, siempre termina por volver a manifestarse. A pesar de que habían transcurrido algunos años, y él ahora fungía como juez y Quevedo era todo un criminólogo, por momentos sentía que el otro aún era aquel joven esmirriado que se ocultaba del mundo detrás de sus inseparables suéteres de cuello de tortuga y lentes de pasta gruesa.

En ese momento Lupita volvió a la biblioteca acunando varios libros en los brazos. El juez aprovechó para calarse el sombrero.

—Buen trabajo, Alfonso, pero recuerda que también tienes que buscar tiempo para ti, no te vayas a quedar para vestir santos.

—¿A qué se refiere, maestro?

Robledo le dio una palmada en el hombro y, cuando se aseguró de que Lupita no lo veía, le hizo un guiño de complicidad a Quevedo que no terminó de entender.

1977

La serpiente moteada de puntos negros se alarga hasta casi rozar los bordes de la mesa. García estudia las piezas, contando los puntos en la mente y, un tanto dudoso, desliza hacia un extremo de la línea la carreta de cincos. Se vuelve hacia Camacho esperando su reacción.

—Chingada madre… Paso —bufa Camacho.

—¡Esa mera era! —festeja el Güero y, con un golpe de mano descubre la cinco-tres—. ¡Creo que les vamos a aplicar su zapato, señores! ¡Manuel, Manuelito!

Ante la mano alzada del periodista, el mesero se acerca solícito.

—¿Qué le traigo, mi Güero?

—¿Cómo que qué? Otro gin tonic, y aquí a mis amigos lo que le pidan, al cabo que, según parece, a ellos les va a tocar pagar.

Camacho estira las manos para revolver las fichas y Márquez ordena con una seña a Manuel que repita la ronda de bebidas. El Güero luce contento. El ambiente de la cantina lo relaja: esa mezcla de bullicio, alcohol, risas, cigarro e historias que sólo se puede dar en estos lugares lo hace sentirse bien. Contempla a sus compañeros de partida. Unos bisoños recién ingresados en los diversos periódicos de la capital, que pronto tendrán que demostrar si están hechos para el oficio, si cuentan con los golpes de adrenalina que los llevarán a buscar la noticia hasta debajo de las piedras, o tan sólo desean alardear de periodistas frente a las mujeres o sus amigos.

—A ver, Camacho, ¿cómo debe ser el puñal del asesino?

—"Filoso y enorme", don Güero.

—¡Ándale! ¿Saben quién también era filoso? El doc Alfonso Quevedo. Yo sé que ahora es muy conocido, pero en el cuarenta apenas hacía sus pininos para resolver casos criminales con métodos científicos. Aunque, la verdad, no era tan neófito: acababa de graduarse como doctor en Criminología, pero ya tenía algo de experiencia; antes estuvo en el tutelar de menores y también trabajó con las putas, tanto con las callejeras como con las de burdeles de postín, como el de la famosa Bandida. Qué lástima que ya no les haya tocado conocerlo. ¡Era un tugurio celestial! Ahí podías encontrar desde caciques y políticos como Gonzalo N. Santos, millonetas como Archibaldo Burns, pintores como Diego Rivera y Frida Kahlo, sí, también ella iba; actores como Pedro Armendáriz y músicos como Agustín Lara… Pero nos estamos desviando. Les contaba de Quevedo… Por sus estudios, él tenía la intención de introducir la ciencia en las pesquisas policiacas. Afirmaba que, para resolver homicidios, no precisaba ir a las escenas del crimen, pues su método le permitía meterse en las mentes patibularias. Y sí, hay que reconocer que con el tiempo revolucionó, gracias a sus conocimientos y tácticas, las investigaciones. Pero en esos días, ya se podrán imaginar los conflictos entre los agentes de la vieja guardia y las novedades que quería implantar Quevedo. La verdad es que no la tenía fácil... ¿No me digas que cerraste a cuatros, García? ¡No me jodas! A ver, cuéntenle bien. ¡Chingao, García! ¡La libramos por un pelo de rana calva! ¿Quieres que me dé un infarto? ¡Ya casi estoy con un pie en la orilla de la tumba y tú sales con tamaños albures! ¡Hay que jugar a lo seguro, cabrón!

—Pero ganamos, don Güero.

—¡Pinche jugada de principiante! —el viejo levanta la vista—. ¿Dónde anda Manuelito? Necesito que me traiga el trago que pedí para que se me pase el susto.

El mesero atiende una mesa en el otro extremo de la cantina. Ve al Güero a la distancia y se apresura. Mientras aguarda su nuevo gin

tonic, el periodista da lumbre a otro de sus Faros y se lo acomoda en el rincón de la boca. Parece concentrado en el próximo juego, pero la verdad es que recuerda el Caso Trotsky, que lo hizo saltar a la fama, no sólo nacional, sino en otros países, cuando varios periódicos extranjeros tradujeron sus crónicas, sobre todo la primera, en la que narraba el asesinato del viejo líder revolucionario soviético.

—Pero si las teorías de Quevedo para las investigaciones criminales fueron adoptadas por la policía mexicana —apunta García mientras retira siete fichas del montón—, significa que alguien de alto rango lo apoyó, ¿no?

Los hielos tintinean en el vaso cuando Manuel lo deposita frente al Güero, quien le da un sorbo corto antes de acomodar su propio juego.

—En efecto, Quevedo tenía un mentor: un antiguo mayor de algún ejército revolucionario, creo que villista, que en ese entonces ya era juez de distrito. Había sido su maestro en la universidad. El juez Robledo. Iba a visitarlo y pedirle ayuda hasta su Torre de Cristal.

—¿No será torre de marfil? —pregunta Camacho con sorna.

—No. De su Torre de Cristal. Así llamaba a su estudio en la colonia Roma. La Torre de Cristal. Era por los ventanales que bañaban de luz la biblioteca y los escritorios en que trabajaba.

—¿Usted ha estado ahí, don Güero? —García deja caer la carreta de seises en medio de la mesa.

—Sí. El lugar ahora está lleno de recuerdos y reliquias que el doctor ha ido recopilando a lo largo de estas décadas, de todos los casos en los que ha trabajado. Pero en aquel entonces no había nada de eso, sólo estantes repletos de libros sobre delitos sexuales, tratados acerca de delitos económicos, bibliografía de asesinatos políticos, libros referentes a medicina legal, sistemas penitenciarios y farmacodependencia. Además de una reliquia muy curiosa, que él

afirmaba que era auténtica, la misma calavera del Tigre de Santa Julia.

—No, pues sí se veía preparado el doctor Quevedo. Entonces, ¿él fue el bueno de la investigación? —Camacho atrinca varios cacahuates y se los mete en la boca.

—No, esa pinche investigación no se podía realizar sólo a golpe de cerebro, había que usar la fuerza también. Y para eso Leandro Valentín Quintanilla estaba que ni mandado a hacer. El teniente ya llevaba en su carrera algunos arrestos importantes, y en la corporación tenía fama de investigador eficaz. Ustedes saben cómo era el trabajo policiaco entonces: se seguían los primeros indicios, se ubicaban testigos, les sacaban la sopa a punta de madrazos o de torturas más refinadas como el "pocito", las astillas debajo de las uñas, o el mexicanísimo Tehuacán con chile piquín por la nariz. ¿Y los derechos? ¡Cuáles derechos! De eso ni se hablaba y la policía siempre tenía la sartén por el mango. Podía zarandear a cualquier hijo de vecino cuando se le diera la gana y nadie protestaba. Luego de "interrogar" a los testigos surgían nuevas pistas, y el procedimiento se repetía hasta dar con el criminal o fugitivo… A ver, ¿cambiaste a cincos, García? Pues ai te va este tres, mi querido Márquez, a ver si traes de esos… La verdad es que el modo de investigar no ha cambiado mucho, ya lo comprobarán ustedes. En fin, Quintanilla era un experto en esos menesteres. Irreverente, forjado primero en los campos de batalla de la Revolución, donde su oficial superior había sido el mismísimo mayor Robledo, y después en las calles de la ciudad, siempre tras los malandros, atrapándolos y haciéndolos cantar. Era efectivo y muy entrón, pues. Por cierto, a mí era al único que le permitía decirle Leandro, porque me había ganado ese derecho a pulso. Pero eso se los platico después… ¡Aquí lo importante es que se imaginen las broncas que hubo entre Quintanilla, duro entre los duros, y Quevedo, el señorito intelectual!

II

Quintanilla era semejante a un zorro hambreado, y veía a los criminales como las gallinas que constituían su alimento. Los detectaba a kilómetros, y cuando los ubicaba no existía poder que lo detuviera. Ese instinto lo llevó a una rancia vecindad en la calle de Motolinía después de haber pasado setenta y dos horas sin dormir, siguiendo su olfato en un caso de secuestro.

En los días previos la prensa se había dado vuelo desde que el hijo de un empresario zapatero había sido raptado al salir del colegio Santa Ana, ubicado por el rumbo de San Ildefonso. Según las notas, un par de individuos sometió a Maclovia Martínez, la nana del pequeño Adán Sifuentes, golpeándola con una tranca afuera del colegio. Después, en volandas, se llevaron al niño de ocho años hasta perderse en una maraña de callejones sin que ninguna de las monjas ni las demás niñeras pudieran impedirlo. Todos los policías de la capital recibieron la encomienda de localizar a los criminales, pero, sobre todo, de regresar sano y salvo al heredero del empresario. Quintanilla estuvo de acuerdo en eso, pero también quería que los culpables pagaran por haber dejado en coma a la nana Maclovia.

Nunca desatendía una buena corazonada, por eso se le hizo extraño que los secuestradores no se comunicaran de inmediato con el padre del pequeño. Y como sus colegas sospechaban que los malhechores ya estarían lejos con su víctima, Quintanilla optó por la dirección contraria: en su departamento se despojó de su traje de

tres piezas, botines cubanos y el sombrero Panamá, para sustituirlos por prendas viejas, gastadas, a las que raspó y rasgó aún más hasta casi dejarlas en jirones. Las embadurnó de carbón y grasa de motor, y también se untó cara, cuello y manos. En su buró, junto al revólver que había pertenecido al Tigre de Santa Julia, dejó su placa, y nomás se llevó la Walther P30 clavada al cinto, en la espalda, bajo el saco sucio y holgado. Al salir, la gran ciudad no tardó en devorarlo como a cientos de vagabundos y, como ellos, se volvió invisible.

Situado en la esquina más cercana al colegio, pronto advirtió los cambios que habían hecho los otros padres de familia en cuestión de seguridad, temerosos de que sus hijos sufrieran la misma desgracia que el pequeño Sifuentes: ya no eran las nanas quienes llegaban a recoger a los alumnos, sino hombres corpulentos que, la mirada experta de Quintanilla pudo advertirlo, iban armados. Soportó estoico durante dos días en su mismo puesto los chaparrones vespertinos, el sol y el hambre que saciaba con las sobras que le daba algún paseante generoso. Cuando no aguantaba las ganas de evacuar, no se permitía más de un minuto para hacerlo al lado de cualquier basurero.

Al atardecer del tercer día descubrió a un sujeto que, con actitud sigilosa, se acercó a las puertas del colegio. No tenía el aspecto de los hombres contratados para cuidar de los niños. Se veía nervioso. Ni los guardaespaldas ni los transeúntes se percataron de que con un movimiento rápido dejó caer un sobre en el buzón del colegio. Sólo Quintanilla, que fingía leer un periódico abierto, lo vio a través de los jirones de su sombrero de vagabundo. El tipo caminó a la esquina de El Carmen y dobló a la derecha hacia la Plaza del Volador. Apenas se perdió de vista, Quintanilla corrió al colegio, metió la mano en el buzón y tomó el sobre, dirigido a José Sifuentes, padre del pequeño Adán. Sin abrirlo, fue detrás del sospechoso. Lo siguió por Francisco I. Madero, hasta que lo vio ingresar a una vecindad en Motolinía e Isabel la Católica.

Al pie de las escaleras que daban a un cuartucho en el segundo piso, se sintió cansado. El tiempo transcurrido en su puesto de observación le pasaba factura. Le urgía darse un baño y dormir cincuenta horas seguidas para reponerse, así que decidió no esperar más. Desenfundó la Walther y estampó el hombro contra la vieja puerta de madera, que al primer golpe se deshizo en pedazos. Dos hombres, el que había seguido y otro más, estaban sentados frente a una mesa. Quintanilla vio de reojo un bulto sobre un catre, pero las cobijas impedían saber si se trataba del niño o de un simple fardo de ropa sucia. Uno de los secuestradores blandió una tranca, tal vez la misma que había dejado en coma a la nana, y atacó. El envión de aire le movió los pelos apelmazados de grasa y suciedad de días, pero Quintanilla alcanzó a eludirlo y respondió con un cachazo en la quijada, que tronó como hielo al triturarse.

Al ver a su cómplice caído, el otro tipo decidió que era mejor rajarse que pelear, y huyó escaleras abajo.

Quintanilla fue hacia el catre. Al retirar la cobija, apareció la tez clara de un infante cuyos ojos, hinchados de tanto llorar, lo miraron con terror. No tuvo dudas de que se trataba de Adán Sifuentes. Le rozó la cara con los dedos para tranquilizarlo.

—Ya estás seguro, chamaco, soy policía. Al rato te llevo con tu papá. Pero espérame aquí que ahora vuelvo —y al instante se sintió estúpido porque el pequeño seguía atado.

Tardó unos segundos en deshacer los nudos, otros más en sorrajarle una patada en la cabeza al caído para que no fuera a despertar, y enseguida ya bajaba con un par de brincos las escaleras y siguió corriendo hasta llegar a la calle. Miró a ambos lados. Al escuchar que un hombre insultaba a otro por haber tumbado a su novia, supo la dirección en la que debía correr. Persiguió al secuestrador varias cuadras, esquivando gente, hasta que vio que el fugitivo iba a cruzar San Juan de Letrán con el riesgo de quedar bajo las llantas del tranvía o de algún carro. Una ristra de cláxones y rechinidos de llanta llenó el aire cuando perseguido y perseguidor

atravesaron la avenida zigzagueando para evitar los vehículos. La explanada de Bellas Artes empezaba a llenarse de oficinistas que recién salían del trabajo. Quintanilla pensó que el sospechoso se le perdería entre el gentío. Disparó al aire. La muchedumbre se apartó y algunos se tiraron al suelo. Era lo que Quintanilla necesitaba para ubicar su objetivo, quien dudaba entre continuar la huida o rendirse.

—¡Hijo de la chingada, un paso más y te quiebro, cabrón!

Dos uniformados se hicieron presentes al oír el alboroto. Uno se fue sobre el secuestrador, el otro tardó en reconocer a Quintanilla bajo la facha mugrosa y el tufo a orines y mierda, pero lo hizo cuando el agente dijo su número de placa y amenazó con golpearlo si le ponía una mano encima.

—Llévate a ese pendejo a la comandancia —ordenó al que traía detenido al delincuente—. Nosotros vamos por el que se quedó soñando que era rey.

La noticia se supo de inmediato. Antes de que Quintanilla llegara al edificio de Revillagigedo con el otro detenido y el niño Sifuentes, su jefe, Rogelio Armenta, ya había dado aviso al padre del pequeño. Apenas traspasaron el umbral de la comandancia, una turba de reporteros y fotógrafos se abalanzó sobre ellos para registrar los datos de la nota que al día siguiente sería la de ocho columnas. Quintanilla sonrió al advertir que varios policías y periodistas se apartaban de él tras aspirar su hedor. Rogelio Armenta nomás hizo gestos de asco y trató de aguantar la respiración, sobre todo cuando llegó José Sifuentes, quien también se obligó a soportar los efluvios del agente: uno le debía la vida de su hijo, y el otro no quería desaprovechar la oportunidad de salir en primera plana.

—¡Muchas gracias por su labor, agente Quintanilla! —dijo el empresario mientras su esposa abrazaba al niño que, salvo un pequeño golpe en el pómulo y algunas horas sin comer, no se veía en mal estado—. Dígame qué puedo hacer por usted, lo que sea.

—¿Lo que sea?

Algunos reporteros aprestaron sus libretas y plumas, los fotógrafos se prepararon para tomar el momento exacto de la petición. Armenta sonrió lo más que pudo.

—Quiero que se haga cargo de la salud de Maclovia Martínez. Que la lleve al mejor hospital y, si algo le llegara a pasar, que indemnice a su familia. Eso quiero.

Reporteros y policías, que esperaban que Quintanilla pidiera una recompensa en efectivo para él, lo miraron sorprendidos. A pesar de que lo conocían, no podían creer que desaprovechara esa oportunidad de llevarse un buen dinero, para favorecer a una sirvienta. Pero así era Valentín Quintanilla, un justiciero a su manera. Luego de su petición, se abrió paso hacia los baños. Antes de que entrara, Armenta lo alcanzó.

—¿Qué haces, Quintanilla? ¿No sabes de qué son dueños los Sifuentes? —el jefe le apretó la mano—. Debemos colgarnos medallitas para que la gente confíe en nosotros.

—En mí sí confían, no sé en usted. Con su permiso, lo que quiero ahora es un escusado.

Una carcajada se estrelló contra la espalda de Quintanilla.

—Déjelo, licenciado Armenta. El teniente se ganó el derecho de ir tranquilamente al baño —el juez Robledo intentó zanjar la discusión —. Mejor vamos a su despacho, traigo algunos pendientes que quiero ver con usted.

—¡Gracias, mayor! —dijo Quintanilla mientras saludaba con el canto de la mano derecha en la frente.

El agente agradeció cada uno de los diez minutos que permaneció sentado en el baño. Bajó la palanca y, al salir del cubículo, se topó de frente con el Güero.

—Pensé que te habías ido por el drenaje, Leandro —dijo el reportero mientras bamboleaba un cigarro en la comisura de la boca.

—Ya sabía que no se puede ser feliz siempre.

El Güero abrió la llave del lavabo para que el otro se acercara. Quintanilla se percató de que el periodista había trabado la puerta y

sonrió.

—Ahora sí, dime, ¿cómo supiste que debías esperar a los maleantes afuera de la escuela? Y no me salgas con la tarugada de que el culpable siempre regresa a la escena del crimen.

Quintanilla hizo un cuenco con las manos y se echó agua varias veces en el rostro. Frotó con jabón la cara hasta que los hilos oscuros desaparecieron por el desagüe. Lo hizo despacio, jugando con la paciencia del Güero.

—Leandro… —insistió el periodista desesperado.

—No habían pedido rescate. Seguro pensaron que el niño les iba a dar el número de teléfono de su casa, pero a esos mocosos todo se lo resuelve la nana y seguro ni se lo sabe. Andaban a pie, así que ni vehículo tenían, por lo que deduje que eran unos improvisados, y además del barrio. Así que tarde o temprano tendrían que volver. No tenían de otra, si querían pedir el rescate.

—No cabe duda de que eres más cabrón que bonito —el Güero dio dos aplausos.

—Me debes unos buenos tragos y no se te vaya a ocurrir publicar mi nombre completo porque ahí sí me vas a conocer —amenazó Quintanilla antes de salir del baño.

1977

Los acompañantes del Güero sueltan carcajadas al oír la ocurrencia. García anota en una servilleta los puntos de la partida y sonríe satisfecho cuando se la enseña al viejo reportero.

—No ha sido una mala tarde, ¿eh? Pero no pongas esa jeta, Márquez. Mejor dime, ¿cómo debe ser el camión que atropella a un transeúnte?

—"Como un bólido salido del infierno" —contesta orgulloso el novato.

El Güero levanta su vaso en señal de aprobación. Apura la bebida y suelta un pequeño eructo. En el centro de la mesa ya están dispuestas de nuevo las fichas para que cada jugador tome las que le corresponden.

—Desde entonces siempre recuerdo que hay veces en que uno debe mancharse de mierda para lograr su objetivo.

Los jóvenes reporteros asienten al mismo tiempo ante la afirmación del viejo.

—Ahora díganme, ¿qué sacan de esto que les acabo de contar? Que la vida es como una partida de dominó, a veces se gana con astucia, otras veces con huevos, como esta, muchachos… Así que salgo con blancas…

Sin esperar a que le pidan la orden, Manuel llega a la mesa con cervezas para los jóvenes y otro gin tonic para el Güero. Acomoda un cenicero limpio junto a él y da un trapazo rápido para quitar de la mesa briznas de ceniza y cáscaras de cacahuate.

—¡Eso, Manuelito! ¡Te estás ganando una buena propina! —dice el Güero, y luego, como si recordara algo—: Oye, ¿tienes todavía algo de botana? Ya se me está subiendo y no quiero perder la concentración hasta terminar de hacer pedazos a estos novatos.

—Creo que queda caldo de camarón y unos taquitos dorados de panza, ¿les traigo?

—¿Cómo ven, jóvenes? Ya hace hambre, ¿no creen?

Los tres jugadores asienten. Manuel desaparece por una puerta que hay detrás del mostrador. El veterano toma sus fichas y comienza a acomodarlas frente a él. García inicia la partida y el Güero retoma el hilo de su relato:

—Seguro ustedes recuerdan algunos datos del asesino de Trotsky, ¿no?

—Pues… lo que leímos en la crónica que usted escribió cuando tuvimos que estudiarla —dice Camacho tratando de hacer memoria.

—Que lo mataron con un zapapico, ¿no? —aventura Márquez.

—¡Un piolet! —corrige el Güero—. Uno de esos chismes que usan los alpinistas para clavarlos en las rocas de las montañas que escalan y no caerse.

—Eso… —dice Márquez.

—¿Qué más recuerdan?

—Que… que… —la memoria de García parece trabajar a marchas forzadas—. Que se murió, ¿no?

—¡Carajo! ¡Valientes reporteros! —el Güero finge enojo, aunque sonríe—. ¡No saben ni madres! ¡La memoria nomás no les funciona!

—Yo por eso nomás soy fotógrafo —se defiende García.

El veterano levanta su vaso y le da un trago largo, saboreado. Enseguida saca otro de sus Faros y lo enciende con parsimonia mientras los jóvenes lo observan sin perder detalle.

—Voy a tener que refrescarles la memoria… —el viejo reportero se coloca el tabaco en la orilla de la boca. El humo se eleva y por un instante el Güero sólo ve una cortina grisácea que parece embrumarse con sus pensamientos—. Sí, a todos los que estuvimos

metidos en el ajo nos cambió la vida ese asesinato. A Quevedo, a Quintanilla, al juez Robledo, a Lupita, a Tata Cárdenas, hasta al país.

—¿Y a usted, don Güero? —pregunta García.

—Sí, hasta a mí —suelta lacónico…

III

En ese entonces Coyoacán aún no era un barrio de la Ciudad de México, sino un pueblito un tanto apartado de la urbe al que se llegaba por una pequeña carretera. Ese día, el 20 de agosto de 1940, hacía un día hermoso, soleado, aunque con algunas nubes. Por eso a Natalia Sedova, la esposa de León Davidovich Trotsky, le pareció extraño que el belga Jacques Mornard apareciera con su gabardina colgada del brazo por la casa en la que vivían su marido y ella. Más que una simple casa, aquella construcción en las calles de Viena era una fortaleza, rodeada por una espesa muralla de la que sobresalían algunos torreones para los vigilantes, armados con revólveres y ametralladoras. Aun sin ser cercano al matrimonio ruso, Mornard les fue presentado por su novia, la neoyorquina Sylvia Ageloff, amiga de Natalia y cuya hermana se había desempeñado algún tiempo atrás como secretaria y traductora del viejo líder revolucionario.

—No me diga que piensa que va a llover, señor Mornard —dijo Natalia en francés señalando primero la gabardina del joven y después el cielo.

—Ya sabe usted, Natalia, que en esta ciudad los aguaceros pueden soltarse en cualquier instante en esta época del año —respondió Mornard en la misma lengua, que era en la que se comunicaban entre ellos.

El hombre se veía pálido y algo nervioso. Sudaba. Pero Natalia no hizo ningún comentario al respecto.

El belga había estado dos días antes de visita en casa de los Trotsky, para mostrarle al viejo un artículo que había escrito y pedirle su opinión. León Davidovich le hizo unas observaciones, le recomendó unos cambios, y Mornard prometió corregirlo y volver a traérselo. Por eso estaba allí. Los vigilantes de la entrada, que lo conocían de visitas anteriores, lo dejaron pasar sin problema. El belga se había presentado como periodista simpatizante del trotskismo, por lo que se aparecía de cuando en cuando por la casa. Era amable y servicial, lo que le ganó la confianza de secretarios y guardaespaldas. Casi nunca veía al viejo revolucionario, con quien conversaba era con Natalia. Pero esa tarde, al llegar a donde el patio se unía con el jardín se encontró con Trotsky, quien alimentaba a sus conejos. Ambos se pusieron a platicar. Luego se había acercado Natalia a saludarlo.

—Los dejo solos para que trabajen —dijo al fin la señora y se retiró.

Trotsky no lucía muy contento. El joven había interrumpido uno de sus pasatiempos favoritos. Le dio a Mornard algunas explicaciones acerca de la alimentación de sus animales y luego lo invitó a pasar a su despacho, donde revisaría el texto por segunda vez.

El líder ruso se sentó ante un escritorio lleno de libros en varios idiomas y cuadernos con sus apuntes. Había también un dictáfono, que utilizaba para dar curso a sus ideas antes de pasarle la grabación a su secretaria con el fin de que las mecanografiara. Una máquina Remington tenía en el carrete una hoja escrita a medias con caracteres rusos, donde Mornard pudo reconocer, entre otros, el nombre de Josef Stalin. Y más allá, en el extremo, un revólver calibre .22 que el viejo solía portar para su defensa.

Trotsky ocupó su silla de trabajo y se inclinó ante el escrito de Mornard lápiz en mano, mientras el joven permanecía a su lado, un poco atrás, como para seguir la revisión por encima de su hombro. Comenzó a leer, algo fastidiado porque la cortesía lo obligaba a

corregir un texto que en realidad no era de su interés. Marcó una frase y tachó otras dos, sin mirar a su visitante.

Mornard seguía sudando y su piel lucía más pálida que unos minutos atrás. Un ligero temblor le sacudía las manos y de pronto un mareo lo hizo ver borroso. Respiró profundo. En un rápido repaso mental recordó las veces que había estado cerca de Trotsky, las razones por las que hizo todo lo posible por ganarse su confianza, la misión a la que estaba entregado desde hacía dos años. Volvió a respirar hondo para serenarse y, al ver que el viejo iniciaba la lectura de la segunda página de su artículo, apretó los párpados por unos segundos. Al abrirlos de nuevo había recuperado la claridad de la vista. Sonrió con labios trémulos y palpó su gabardina para reconocer al tacto el revólver que llevaba en un bolsillo, el puñal cosido al forro y el piolet sujeto en el interior por un trozo de tela. Le quedaban pocos segundos. Trotsky pronto daría vuelta a la hoja para leer los últimos párrafos. Sintió un vacío en el vientre al empuñar el piolet y trató de pensar en algo agradable. Dio un paso atrás, levantó la herramienta y descargó el golpe.

El exagerado grito de Trotsky se confundió en la mente de Mornard con el crujido del cráneo al romperse, y la sangre le salpicó la cara metiéndosele en los ojos. No pudo ver cómo el viejo, a pesar de la herida, giraba para encararlo, y sin dejar de gritar, de rugir como bestia moribunda, al notar que su agresor aún sostenía el arma en la mano, se lanzó a morderlo con fuerza hasta obligarlo a soltarla. Entonces los gritos de Trotsky se enredaron con los del belga, quien cayó al suelo a causa del encontronazo con el cuerpo de su víctima. Desde ahí, aún obnubilado por la sangre y el dolor, vio al revolucionario de pie que lo miraba a su vez, antes de dar media vuelta en busca de la salida del despacho, y sólo pudo pensar que había fallado en su intento de asesinarlo.

Se oyeron pasos apresurados que se acercaban. Trotsky llamaba en lamentos a su esposa. Natalia lloraba a gritos también y varias voces alteradas de hombres comenzaron a lanzar insultos en inglés y

francés, en tanto Mornard intentaba levantarse del piso envuelto en el dolor punzante de su mano mordida. Consiguió ponerse a gatas mientras en su cerebro repetía: Fallé. No pude matarlo. Fallé. He fracasado. Fallé. Trotsky sigue con vida, hasta sentir un doloroso estirón en el cuero cabelludo cuando uno de los secretarios lo alzó del pelo hasta ponerlo de pie, y enseguida un golpe contundente en la nuca, otro en la sien, ahora en un ojo, varios más en el rostro y en la coronilla, le borraron de la mente cualquier pensamiento, porque los guardaespaldas de Trotsky lo golpeaban con saña, con ganas de arrancarle ahí mismo la existencia.

—¡No lo maten! —la voz del viejo revolucionario sonó agónica—. ¡Tiene que… que decir… quién lo mandó!

A pesar de la orden, los golpes continuaron, junto con los jalones de pelo, los insultos y los arañazos en la cara, aunque con un poco menos de vigor. Cuando la mano que aferraba sus cabellos lo soltó, su cuerpo se vino abajo en un rincón del despacho. Ahí empezaron las patadas y puntapiés en las piernas, en el estómago, en el pecho, en los testículos, en los riñones, mientras varias voces furiosas lo interrogaban con cada golpe. "¡Habla, hijo de puta!". "¿Quién te envió?". "¿Fue la NKVD?". "¿Fueron Beria y Stalin?". Por encima de los golpes, los insultos y las preguntas, Mornard escuchó los gritos de Natalia:

—¡Llamen una ambulancia! ¡Llamen a la policía! ¡León Davidovich está muy mal herido!

Al escuchar estas palabras, Mornard sintió que en sus labios hinchados y ensangrentados se formaba un atisbo de sonrisa. Luego todo a su alrededor se desvaneció: se había desmayado.

Lo despertó el ulular incesante de las sirenas. ¿Cuánto tiempo había pasado? No podía haber sido mucho, porque brillaba el sol y el cuerpo y la cabeza le dolían como si aún lo estuvieran golpeando. Al abrir los ojos se topó con uno de los hombres de Trotsky en cuclillas que lo observaba de cerca con expresión de odio.

—¿Ahora sí nos vas a decir quién te envió, maricón de mierda?

Mornard abrió la boca, pero lo que salió de ella fue un gemido de dolor y un buche de sangre. El guardaespaldas frente a él amagó un golpe, pero en vez de dárselo se irguió para dirigirse al patio, donde se escuchaba que varios hombres discutían. Mornard poco a poco consiguió distinguir frases sueltas, hasta que comprendió que la disputa era entre unos socorristas y los secretarios de Trotsky. Los primeros querían conducir al revolucionario ruso al hospital de inmediato, y sus guardianes lo impedían.

—La herida es muy grave —dijo un camillero—. Si no lo ve un médico a la de ya, puede morir en cualquier momento.

—Pues León Davidovich no sale de aquí hasta que llegue el jefe de la policía para reforzar la seguridad. ¿No ve que la gente de Stalin puede estar al acecho?

Entre los diversos dolores que le incendiaban el cuerpo, Mornard pensó que entonces tal vez no había fallado del todo si Trotsky estaba en peligro de muerte. Y recordó que el piolet se había hundido bastante en el cerebro, él lo vio con claridad; incluso fue la sangre que brotó en chisguetes de la masa encefálica la que le había llegado hasta los ojos. Una sensación de alegría lo invadió. Cumplí, se dijo. Aún puede morir.

Un hombre vestido de blanco se asomó al despacho y lo descubrió tirado en el rincón.

—¡Oigan! ¡Acá hay otro hombre herido! ¡Parece que lo hubiera atropellado un coche!

El guardaespaldas que había estado observando a Mornard se acercó.

—Es el infeliz que quiso matar a León Davidovich. Si quieres a él sí llévatelo, sólo pídeles a unos agentes que te acompañen, para que no lo maten. ¡Ese cabrón tiene que confesar!

—Pero es que está más grave el señor mayor.

—¡Ya te dije! ¡A Trotsky no lo sacas de aquí hasta que llegue el jefe de policía!

Entre dos guardaespaldas levantaron a Mornard con violencia para acostarlo en la camilla. Luego un uniformado se acercó y le esposó las manos. Cuando lo sacaban del despacho, pasó junto a la camilla donde tenían a su víctima. Lo vio inmóvil, con los ojos cerrados, mientras Natalia, que le había puesto encima una cobija, lo arropaba y le acariciaba la frente, consolándolo entre lágrimas. El belga sintió que sus latidos se aceleraban a causa de la emoción.

Camino a la calle pasó cerca de otros guardaespaldas que lo miraban como un monstruo. Incluso uno de ellos se adelantó hacia él con intención de agredirlo, escupirle o tan sólo insultarlo de nuevo, pero se contuvo ante la presencia de la multitud de agentes policiacos que llenaban el patio y el jardín. Los camilleros, Mornard y tres agentes encargados de custodiarlo bajaron las escaleras y atravesaron el portón. La calle de Viena estaba llena de patrullas y policías a pie, había un par de ambulancias con las torretas encendidas y una multitud de vecinos y curiosos. Mornard pensó que quizás entre los mirones, en algún sitio discreto, estarían la mujer y el hombre cuya consigna era la de ayudarlo a huir después de que hubiera matado a Trotsky, pero con tantos uniformados y testigos sería imposible que lo rescataran.

Desde ahora estaba solo.

Los dolores de los golpes volvieron a torturarlo en el momento en que los camilleros lo subieron a la ambulancia. Gimió. Uno de los uniformados se rio, burlándose de su sufrimiento.

—¿No que muy machito, cabrón? —dijo.

El chofer de la ambulancia encendió el motor y la sirena. El vehículo avanzó despacio esquivando a la muchedumbre que atestaba la calle. Luego aceleró, y Mornard cerró los ojos para intentar dormirse.

IV

Klava presintió que algo no estaba bien en la casa del traidor a la clase obrera. Se lo decía ese espasmo en el estómago que la sacudió mientras miraba desde la esquina el portón que de pronto se vació de guardianes, y se lo confirmó el hecho de que Jacques no apareciera en la calle de Viena para correr hacia el coche donde aguardaban Tom y ella. ¿Dónde se había metido? ¿Lo habían atrapado? El espasmo era semejante al de cuando debía reunirse con otros miembros del Partido en sitios apartados para intercambiar información. Y venía acompañado de un intenso cosquilleo, hasta transformarse en el malestar que le agravaba la úlcera producto de su tiempo de miliciana, cuando durante la guerra la comida era tan escasa que pasaban hasta tres días sin poder llevarse a la boca más que un poco de agua y una que otra raíz arrancada de la tierra.

Sí, Jacques ya debería estar en el asiento trasero del coche. Sonriente. Sin decir ni una palabra, pero con la certeza de que el plan Madre había tenido éxito. Incluso ya deberían ir, los tres, camino a la casa de seguridad, esa que sólo conocía Tom. Ahí esperarían la orden de abordar el avión que los sacaría de México con dirección a Moscú donde estrecharían la mano de sus superiores, de Beria, tal vez la de Stalin, y escucharían sus palabras de agradecimiento por haber eliminado esa piedra llena de aristas peligrosas llamada Trotsky. Pero nada de eso sucedía. Sí, la puerta de la fortaleza se abrió, pero fue para que salieran los secretarios del traidor con las armas desenfundadas listas para disparar, mirando a

todos lados. Al verlos, Tom y Klava se habían agachado para evitar ser detectados. La manera en que los guardaespaldas de Trotsky escudriñaban la calle les anunció que algo grave había pasado. Y, como Jacques no salía, la cosa no pintaba nada bien. Tom le dijo en un susurro:

—Tenemos que movernos, Klava.

—El plan es salir con Gnomo de aquí, Tom. No podemos irnos.

La voz de la mujer había sonado serena, pero firme, con esa contundencia que utilizaba cuando daba un discurso frente a los compañeros del Partido. Tom negó con la cabeza.

—Todos los planes se ajustan sobre la marcha y…

Se interrumpió al ver que Klava sacaba una pistola Tokarev del interior de su bolso y verificaba que no tuviera el seguro. Cuando llevó la mano a la manija de la portezuela con la intención de bajar del vehículo, él la sujetó del brazo.

—¿A dónde crees que vas? ¿Estás loca? ¿Piensas enfrentarte tú sola a todos?

—Si es necesario, sí. Y quédate atento porque tienes que sacarnos de aquí.

Trató de zafarse de la mano, pero los dedos de Tom eran semejantes a tenazas. Ella sabía que él no haría ningún intento por ayudarla en este rescate improvisado. No se arriesgaría. En caso de fallar, se derrumbaría su trabajo de tantos años y, con él, la fachada que tanto le había costado construir para convertirse en fantasma en un país que amaba las historias sobrenaturales. No sólo él, Tom, era un fantasma, también Klava, y Jacques y todos los que participaban en esta operación para suprimir a Trotsky. Así que tendría que hacerlo ella misma, sola: rescatar al muchacho y tratar de desaparecer lo más pronto posible, aunque tuviera como única ayuda esa pequeña pistola para lograrlo.

—Me prometiste que él saldría de esa casa sin problemas, Tom.

Sintió que la fuerza en los dedos del hombre disminuía. Tom dudaba. Klava conocía muy bien esa parte de él, titubeante por

momentos, que le abría a ella la oportunidad de actuar por cuenta propia. Abrió un poco la puerta. Ocultaría el arma untándola contra la cadera al caminar rumbo a la casa. Se acercaría con el pretexto de pedir una dirección y los hombres, casi todos extranjeros, aunque alterados y con armas, la confundirían con una turista perdida en los alrededores de la Ciudad de México. Verían a una mujer madura, guapa, desorientada. La dejarían acercarse, intentarían ayudarla y, entonces, ella haría lo que sabía hacer. Era cierto, Tom le había prometido mantener sano y salvo a Jacques después del ataque, y ella, a su vez, le había dado su palabra al muchacho, a su Jacques, de que nada le pasaría luego de llevar a cabo su misión.

Se liberó de la mano de Tom, que resbaló sin fuerza hacia el asiento. Respiró profundo mientras veía a lo lejos a los guardaespaldas de Trotsky. Estudió sus movimientos con rapidez y apretó la empuñadura del arma. Si era necesario amagar, o llenar de balas a esos hombres con tal de cumplir su promesa, eso haría. Lo sacaría de allí a sangre y fuego. Dirigió por última vez a Tom una mirada llena de reproche y abrió la puerta del todo. Pero en cuanto puso un pie en el empedrado, aún sin bajarse, el ulular de una patrulla la paralizó. Segundos después el vehículo pasó junto a ellos con las torretas encendidas y frenó frente a la casa de Trotsky. Tras ella venía otra patrulla, y otra más.

Tom volvió a atenazarla del brazo con dureza. Klava metió el pie en el vehículo y cerró la puerta, impotente. Temblaba de ira. Su mano aún apretaba con fuerza la cacha de la pistola, el dedo listo en el gatillo. Ante el escándalo de las sirenas y los gritos de los uniformados que descendían de las patrullas y eran conducidos al interior de la casa por los guardaespaldas, no tardaron en hacerse presentes los mirones que parecían brotar de la nada. Se abrieron puertas y ventanas de las casas y llegó más gente.

El plan se había venido abajo, lo mismo que sus intenciones de rectificarlo. Tom y ella cruzaron miradas duras, decepcionadas. Klava descargó un brutal cachazo en la puerta del auto. Ya no había nada

que hacer. Tom encendió el motor, metió cambio y el automóvil se movió despacio, sin llamar la atención. Antes de que giraran por la calle perpendicular a Viena, otra sirena, un tanto distinta, llenó el aire de Coyoacán con sus alaridos. Era una ambulancia que, al igual que las patrullas, pasó como bólido y frenó con violencia entre los vehículos policiacos a las puertas de la casa. Tom y Klava volvieron a cruzar miradas, ahora interrogantes. Esta vez fue ella quien tomó a Tom del brazo.

—Aguarda. Tenemos que ver por quién viene.

¿Sería Trotsky? ¿Habría Jacques completado la misión y lo retenían en la casa los ayudantes del ruso? A pesar de su experiencia y entrenamiento, ambos fueron presa de una angustia terrible durante los minutos de espera. Klava pensaba en Jacques, en su Jacques. Tom en el posible éxito de la misión y la recompensa que lo esperaría en Moscú. De tanto en tanto se miraban sin hablar y dentro del auto sólo se escuchaban los latidos y las respiraciones acezantes. Luego vieron cómo varios de los hombres apostados a la entrada, guardaespaldas y policías, se abrían con el fin de dar paso a una camilla. Klava no alcanzaba a ver quién era el herido. Hizo de nuevo el ademán de abrir la puerta del coche, pero Tom la detuvo:

—No te bajes. Es Jacques.

—No. No puede ser él.

En ese instante el hombre sobre la camilla hizo el intento de incorporarse y volteó a la esquina como en busca de algo. Era Jacques. Tenía golpes en el rostro, un ojo hinchado y enrojecido, y una mano herida, a juzgar por lo que lucía como una curación apresurada hecha por algún socorrista. Klava se derrumbó en el respaldo, encogiéndose sobre sí. Una especie de ronquido le brotaba del pecho, mezcla de dolor y furia. Tom le acercó una mano a la cabeza para consolarla, pero ella la apartó con violencia mientras susurraba desconsolada:

—Me lo habías prometido, hijo de puta.

Después calló. No había más que decir. Todo indicaba que la misión había fracasado, y ella había faltado a su palabra con Jacques. En cuanto un policía y un socorrista cerraron la ambulancia, Tom puso en marcha el auto y se alejaron despacio del lugar para dirigirse al departamento de la colonia Juárez.

V

Esa tarde el Güero aporreaba las teclas de su fiel Corona en la redacción del *Novedades*. Andaba de mal humor porque iba atrasado en la entrega de una crónica sobre una serie de ataques vandálicos a varios locales que, a pesar de ser políticos, no parecían tener mucha relación entre sí: a las oficinas del sindicato de Petróleos Mexicanos, a las del Partido Comunista y a las de la Unión Nacional Sinarquista. Sospechaba que podrían ser obra del mismo grupo de choque, pero aún no entendía el motivo. Iba a encender un cigarro cuando Romero, el encargado de la centralita telefónica del periódico, gritó que alguien preguntaba por el comandante Torres.

El Güero reconoció su alias. Para tener acceso a sitios en que un periodista era visto igual que un leproso, y gracias a que había conseguido una placa apócrifa, solía adoptar esa identidad para ingresar a las escenas del crimen sin que lo molestaran los uniformados novatos. También era la clave que utilizaban algunas de sus fuentes cuando le conseguían información.

—Aquí el comandante Torres —contestó tras tomar la bocina y encender el cigarro.

—Güero, ¿verdad que Trotsky es uno de los pesados de la Revolución rusa?

De inmediato reconoció la voz ronca de *el Monje*, su contacto en la Cruz Verde. Se recargó en el escritorio, dio una bocanada y entornó los ojos. No tenía tiempo de ponerse a platicar de

levantamientos armados del otro lado del mundo, ya tenía suficiente con el ambiente enrarecido de la política mexicana.

—Sí, Monje. ¿Y…?

—¿Verdad que vive en la calle Viena 19, allá por Coyoacán? —lo interrumpió.

El Güero se frotó la sien, un tanto desesperado. Sospechaba que el Monje alargaba la conversación para conseguir una propina más grande. El otro pareció adivinar sus pensamientos cuando escuchó un resoplido en la línea telefónica, porque dijo de inmediato:

—Vete en chinga para allá. Acaba de pasar algo grueso, ya van varias ambulancias.

—¡Cabrón, lo hubieras dicho desde el principio! —colgó. Se puso saco y sombrero. Olivares, un compañero fotógrafo, pasó frente a él —. Ya cayó chamba, te vienes conmigo.

Confiaba en sus fuentes. Sobre todo en el Monje, a quien le daba diez pesos por cada dato que lo llevara a publicar una nota importante. Además, semanas antes había sostenido una plática con el mismo Trotsky en el patio de su casa. Habían hablado del primer atentado, el de mayo, y el ruso le confió que estaba seguro de que sería un amigo, o alguien conocido, quien entraría a su morada para matarlo. "Stalin no puede tolerar el fracaso de mayo", rubricó aquella vez. Por eso ese día en la redacción no pudo más que sentir la garganta seca al recordar cómo lo había dicho.

Olivares fue por la cámara mientras el Güero lo esperaba en el estacionamiento del periódico. Apenas abordaron el coche, preguntó qué había ocurrido. El Güero le platicó del pitazo que acababa de recibir. El fotógrafo se frotó las manos, encendió la máquina y hundió el acelerador. El Güero, por supuesto, nunca le pidió que bajara la velocidad, ni cuando se cruzó un par de semáforos en rojo. Ambos traían la adrenalina al tope por saber que podrían ser los primeros en ganar la nota. Cuando llegaron, el lugar estaba rodeado de patrullas y oficiales. Los dos se bajaron y avanzaron decididos a la entrada de la casona en la que el Güero ya había estado al menos

un par de veces. Uno de los guardaespaldas gringos de Trotsky los detuvo en el umbral.

—Soy agente del Ministerio Público y él es mi fotógrafo —le enseñó la charola falsa.

Tal vez fue la energía con la que se presentó, o el tono en la voz, pero el hombre se hizo a un lado y los escoltó hasta el despacho del líder soviético. Al verlo con ellos, ni a sus compañeros ni a los policías que atiborraban el jardín se les ocurrió detenerlos o preguntarles qué hacían allí.

—Aquí fue donde cayó el señor Trotsky después de pelear con su agresor… —apuntó a una gran mancha de sangre en el piso entre dos sillas y un dictáfono tirados—, y con esto le pegaron.

Sobre el escritorio, el piolet aún mostraba residuos de masa cerebral, cabellos y sangre fresca.

—Quiero registro de todo —ordenó el Güero a su colega sin salirse de su papel.

Olivares empezó a fotografiar todos los rincones del despacho. El gringo dijo que esperaba que su jefe se salvara del atentado, pero temía lo peor porque había perdido mucha sangre. El reportero le preguntó a cuál hospital lo habían trasladado.

—A la Cruz Verde. También ahí llevaron a ese cabrón de Jacques Mornard para que valoraran sus heridas.

De inmediato escribió el nombre del agresor en su libreta. Alguien le gritó algo al gringo y él salió del despacho. El Güero se acercó al escritorio. Estaba muy desordenado y tenía salpicaduras de sangre. Olía a rastro. Escudriñó entre un par de carpetas y en una de ellas encontró el manuscrito de lo que supuso era la biografía de Stalin escrita en ruso, en la que trabajaba el viejo. Había escuchado rumores de que el creador del Ejército Rojo se había ido directo a la yugular para señalar, con pruebas contundentes, la ambición y las traiciones en las que había incurrido el dictador soviético para perpetuarse en el poder. Tocó los bordes del legajo y una corriente eléctrica lo recorrió. Por un instante pensó en quedarse con el

documento. Podría sacarlo oculto entre sus ropas sin que nadie se percatara, y ya después vería qué hacer con él. Estaba a punto de abrir el escrito cuando escuchó la voz de Olivares a sus espaldas.

—Ándale, sostén esto para que salga bien.

Le entregó el piolet protegido con un pedazo de papel para que no quedaran impresas ninguna de sus huellas dactilares.

—¡Chingao!

Olivares creyó que había maldecido por hacerle el favor, pero en realidad fue porque el momento de hacerse con el libro de Trotsky había pasado. En ese instante, por la puerta abierta, divisó que llegaba el juez Robledo acompañado de Valentín Quintanilla y que ambos venían hacia el despacho. Supo que su suerte se había acabado.

—Pélate, Olivares, antes de que nos atoren —le dijo a su compañero mientras dejaba el piolet en el escritorio.

Salieron por una puerta lateral y llegaron al carro sin ser descubiertos. Olivares venía contento, sabía que ya tenía una noticia de esas que hacen parar las rotativas sin importar qué tantos periódicos lleven impresos.

VI

En la acera de enfrente, tomando café mientras observaba el movimiento fuera de la Cruz Verde, el Güero descubrió al doctor Leñero, jefe de servicios médicos del sanatorio, quien soltó una estruendosa carcajada cuando le pidió que lo dejara entrar.

—No, Güerito, ni los ministros de la Suprema Corte de Justicia van a pasar —el médico dio un sorbo a su bebida y luego le picó el orgullo—. Ahora que, si logras trasponer la puerta, adentro te presto una bata.

Leñero cruzó la calle para internarse entre la multitud de policías y periodistas que taponeaban el ingreso al hospital. El Güero encendió un Faros. Fumó sin dejar de pensar en todas las alternativas posibles. Al final se decidió por parar un taxi y ordenarle que lo llevara al Centro. En la esquina de Pescaditos y Revillagigedo localizó un teléfono público y se apeó. Apurado, marcó a la Cruz Verde.

—¿A poco no me gané mis diez pesotes con creces, mi Güero? —le dijo el Monje cuando se puso al teléfono.

—Pues te vas a ganar otro billete igual si me haces una valona.

Le dio al Monje la dirección donde se encontraba y le pidió que estuviera atento cuando pidieran una ambulancia. Apenas colgó, el Güero se llevó las manos al pecho, caminó un par de pasos y se desplomó en la banqueta frente a una señora. La mujer dio un grito agudo y empezó a pedir ayuda. El reportero le suplicó que llamara a la Cruz Verde, pues posiblemente se estaba infartando. Para que no

hubiera dudas, le dictó dos veces el número. Veinte minutos después, a bordo de una camilla tembleque, el Güero ingresó por el área de urgencias al mismo hospital donde León Davidovich Trotsky se debatía entre la vida y la muerte.

Leñero intentó ocultar su sonrisa cuando el periodista llamó a la puerta de su oficina. Hombre de palabra, le entregó una bata, un cubrebocas y el gafete de un tal doctor Pérez con la advertencia de que, si lo descubrían, él no se haría responsable. Con la tranquilidad que le daba el atuendo, el periodista se dirigió al quirófano donde operaban a Trotsky. Entró. A su lado se colocó un amable doctor quien, al verlo tan concentrado mirando las maniobras de los médicos, creyó que realizaba su residencia ahí y empezó a comentarle los detalles de la intervención.

—De acuerdo con usted, maestro. Tiene toda la razón —es lo que contestaba el Güero cuando no entendía los términos con los que lo instruían.

Decidió salir del quirófano para buscar más información acerca de Jacques Mornard, de quien nada más conocía el nombre. No tardó en localizar el cuarto donde permanecía medio acostado con la cabeza cubierta de vendas. Una de ellas le tapaba el ojo izquierdo, donde se adivinaba un cardenal que poco a poco se iba ennegreciendo. Con el ojo sano miraba el desfile de médicos y policías que entraban y salían, aunque no le dirigía la palabra a nadie. Al Güero le dio la impresión de que al herido le hubiera gustado fundirse con el buró que estaba a su lado, con la almohada o con el orinal que descansaba en el piso, hasta volverse invisible. Su mano derecha también estaba vendada. Recordó que el guardia dijo que Trotsky había mordido a su agresor. La herida había impreso una mancha sanguinolenta en la blancura de la mantilla, que le daba el aspecto de una flor abriéndose. Memorizó los rasgos de esa nariz recta, la boca mediana y carnosa, la exigua barba descuidada y esos ojos que escrutaban todo y que al mismo tiempo parecían vaciarse a voluntad. Dio la vuelta para salir pero, apenas avanzaba por el

pasillo, un uniformado lo detuvo del brazo. Le temblaron las piernas y ya se veía encerrado en la cárcel mientras sus colegas escribían la gran noticia.

—Perdón, doctor, ¿usted habla francés? Esta es una declaración que nos entregó Mornard y queremos saber a qué atenernos cuando lleguen los jefes —le mostró una carta al Güero, cuyo cubrebocas ocultó su gesto de alegría.

—Deme un par de minutos, oficial. A veces me falla un poco el vocabulario, pero le puedo preguntar a un colega.

Agarró la declaración de Mornard y fue a la oficina de Leñero, quien le habló a su hermano y a otros dos colegas. No tardaron en traducir el texto, mientras el periodista anotaba los datos clave, como que Mornard afirmaba haber nacido en Persia, ser hijo de un diplomático belga, periodista y, sobre todo, que la razón de su atentado contra Trotsky era porque el viejo lo había desilusionado políticamente.

Regresó a buscar al policía para explicarle el contenido de la nota. Satisfecho, salió al patio para fumar. Se quitó el cubrebocas y, a la segunda bocanada, sintió un manotazo en la espalda, de esos que arden como fuego.

—Te veo más seguido que a mis novias, Güero hijo de la chingada —dijo Quintanilla a un lado suyo—. Como creo que te perdiste, pinche cagatintas, te voy a decir por dónde salir.

—No seas así, ando trabajando.

El teniente se colocó frente a él. Con un movimiento rápido le metió la mano en la bolsa del pantalón y extrajo la placa falsa.

—Vaya que te rinde la vida, cabrón. Aparte de chismoso, doctor, y ahora agente... —aventó un par de veces la insignia al aire, la cachó y luego se la guardó en su gabardina—. Cuando el guardia de Trotsky describió al ministerio público que se marchó misteriosamente minutos antes de que llegáramos, Robledo supo que eras tú.

Quintanilla aferró el cuello del Güero con la mano y lo encaminó a una puerta alejada del acceso principal.

—Entiende, cabrón, hay veces que se puede, otras no —dijo mientras su sonrisa desaparecía atrás de la puerta al cerrarse.

Apenas se halló en la calle, el Güero buscó un taxi para que lo llevara a toda prisa al *Novedades* mientras en su cabeza ordenaba los datos y armaba una y otra vez la entrada de la nota.

Antes de sentarse al escritorio, todos los ruidos de la redacción se adelgazaron, y de muy lejos le llegaban el zumbido de las rotativas como un tren a punto de descarrilarse, los gritos de los editores apurando a los reporteros, los tacones de las secretarias que subían y bajaban escaleras llevando cables de noticias internacionales. Él nomás percibía con claridad un cosquilleo en las manos, el humo de cigarro que no dejaba de salir de su boca y el repiqueteo incesante de la máquina de escribir como una caída de gotas furiosas que formaban en la hoja el río de esa historia en la que al día siguiente se ahogarían los miles de habitantes de la ciudad, un río que crecía y crecía hasta inundar las calles, los edificios, a la gente…

EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS

Juana Rentería no puede creer en su buena suerte cada vez que voltea a ver de reojo a su cliente. El hombre huele bien. No a sudor impregnado en la camisa ni a vómito seco, como la mayoría de los borrachos que la abordan en su esquina de Tacubaya. Palpa el tablero limpio del Ford que recorre las calles semidesiertas de Reforma. Tampoco ninguno de sus clientes conduce un carro así. O de ningún otro modelo. La sensación de buena fortuna que la recorre hace que se acomode de manera coqueta en el asiento del copiloto. Luego pregunta:

—¿A dónde vamos, mi rey?

El hombre se lleva el dedo índice a los labios. Juana entiende que pide silencio. Pero ella quiere una buena propina, porque mañana piensa llevar a sus dos hijos a pasear a Xochimilco, así que toma la mano del hombre y abre la boca para introducirse el dedo anular hasta el fondo. La luz de una farola revela el gesto de complacencia del conductor y el brillo del anillo con el emblema de Petróleos Mexicanos. Juana sabe lo que tiene que hacer y, con los ojos cerrados, empieza a chupar con vehemencia el dedo del cliente.

Siente que el auto gira a la izquierda y escucha el repiquetear de las piedras entre las llantas. El carro se detiene. El hombre retira su dedo, húmedo de la saliva de la prostituta, quien levanta la cabeza para saber dónde están. Los árboles y el camino le recuerdan un paraje del parque de Chapultepec. Debe ser, por el tiempo transcurrido desde que arrancaron. El hombre apaga el motor.

Acomoda el anillo con el emblema de Petróleos hacia abajo y echa para atrás el asiento en busca de mayor comodidad. Al notarlo, antes de inclinarse sobre la bragueta, Juana le advierte:

—Ya sé lo que quieres, mi rey. Nada más te aviso que te va a salir más caro.

Ella pensaba encontrarse con un falo erguido, o al menos a media asta, listo para la faena. Sin embargo, al bajar la cremallera encuentra un trozo de carne flácido. Comprende que, a fin de cuentas, no ha corrido con suerte: deberá esforzarse más, si quiere que esa verga florezca. Y, lo que es peor, si no lo logra, lo más seguro es que el hombre la culpe a ella. Empieza a dar lengüetazos como le enseñaron cuando tenía doce años, allá en el pueblo, pero por más que se esfuerza parece que en esas venas no hay suficiente sangre para hinchar la carne.

—Mi rey, creo que mejor intentamos otra cosa porque…

El hombre no la deja continuar. Así, mientras ella se afana en su regazo, como un inocente venado que se hubiera acercado a un aguaje sin temor, lleva sus manos al cuello de la mujer y empieza a apretar con fuerza. Juana tarda en comprender qué sucede. Cree que se trata de alguna preferencia o perversión del cliente. Cuando se percata del peligro y quiere huir, ya no tiene fuerzas suficientes.

VII

Las coplas de "Arráncame la vida", entonadas por Agustín Lara, brotaban del radio ubicado al fondo de La Torre de Cristal. El aparato llevaba encendido todo el día, porque cada media hora el locutor interrumpía la programación musical para comentar el estado de salud del político ruso, y Quevedo quería estar al tanto de lo que sucedía. Lupita tarareaba la canción mientras acomodaba varios libros en un estante. Sentado frente a su escritorio, él permanecía callado, contemplando la calavera del Tigre de Santa Julia.

—Todo el día has estado atento a los reportes y leyendo los periódicos que hablan del caso. No entiendo tu interés por lo que pueda sucederle a ese ruso.

—No me interesa tanto él, sino el que lo atacó. Si me dejaran interrogar a Mornard, tendría una oportunidad de oro para poner en práctica los estudios que he hecho durante estos años.

Los golpes que sonaron en la puerta se mezclaron con la voz de Amalia Mendoza, *la Tariácuri*, quien interpretaba "El adiós del soldado". Lupita dio la vuelta y salió de la habitación. Un minuto después regresó acompañada del juez Robledo, quien dejó sobre el sillón gabardina y sombrero. Quevedo leyó la intranquilidad en el semblante de su maestro, por lo regular tan sereno.

—¿Se siente usted bien, señor juez? —preguntó Lupita al verlo caminar de un lado a otro por la biblioteca.

Robledo no respondió y encendió un cigarro. El ritmo de sus pasos se confundía ahora con la canción de "Me fui", interpretada

por Pedro Vargas. Al juez no parecía importarle que las cenizas cayeran en las duelas del piso. Se detuvo, miró a Lupita y luego a Quevedo.

—Supongo que estarás al tanto también de lo que ocurrió ayer en Coyoacán, Alfonso…

—Como toda la ciudad, como todo el país, como todo el mundo. Un nuevo atentado contra León Trotsky. Los periódicos y noticieros no hablan de otra cosa, maestro. ¿Por…? —no pudo continuar, la emoción lo dominaba.

—Sabes que tenemos al perpetrador, ¿verdad?

—Sí, lo leí…

—Fue un golpe de suerte para nosotros que no pudiera huir, y que los guardaespaldas y secretarios de Trotsky no lo hayan matado. Iban a hacerlo, a golpes, pero el viejo ruso les ordenó que lo dejaran con vida, según esto para que dijera quién lo envió.

—¿Y ya lo dijo?

—El detenido insiste que trató de matarlo porque, siendo un trotskista convencido, al conocer al líder, este dijo algunas cosas que lo desengañaron a tal grado que decidió actuar contra él.

Quevedo se alejó del escritorio. Caminó hacia el juez, luego se desvió hacia un librero, enseguida se detuvo en el centro del estudio. Comenzaba a desesperarse porque Robledo no aclaraba por qué había sacado a relucir el tema.

—Alguien muy importante me llamó hace un par de horas y pidió que me hiciera cargo de la investigación del Caso Trotsky, y yo exigí que estuvieras en el equipo —se dejó caer sobre el sillón con un bufido. Lucía como si sus palabras le hubieran restado fuerzas. Enterró el cigarro en el cenicero y encendió otro—. Sospechan que la suya podría ser una declaración falsa. Una cortina de humo para distraer las investigaciones, pero necesitamos estar seguros.

Quevedo afirmó con la cabeza. Luego miró a su mentor con ojos fríos.

—¿Crees que podrías averiguar la verdad?

—Si me permitieran hablar con él, interrogarlo —dijo con voz firme. Luego sostuvo—: Sí, estoy seguro de que podría echar abajo su versión de los hechos, si es que miente, y sacarle algo de la verdad, por lo menos.

—Debes saber que me pusieron dos condiciones para aceptarte. La primera es que debes demostrar que tu método servirá para descubrir la verdadera identidad del tal Mornard…

Se escuchó de nuevo un fuerte toquido.

—Mucho cuidado con lo que pides, Alfonso, porque se te puede hacer realidad —dijo Lupita con una sonrisa irónica mientras se dirigía a abrir.

Pasaron unos segundos y enseguida se oyeron otros pasos que se acercaban.

—¿Qué es este lugar, mayor? —desde el umbral, Valentín Quintanilla barrió con la mirada todo el recinto.

Se hizo a un lado para dejar pasar a Lupita y, al hacerlo, le guiñó un ojo. La mujer, sin poder evitarlo, se sonrojó por el atrevimiento del teniente. Quevedo se dio cuenta de todo. Con los brazos cruzados, miró al hombre que acababa de ingresar a su despacho.

—Él es la segunda condición, Alfonso… van a ser compañeros en las pesquisas —Robledo apuntó con el extremo del cigarro a uno y otro—. Alfonso Quevedo, criminalista; Valentín Quintanilla, teniente de policía.

Ninguno de los dos hizo el intento de darse la mano.

—Maestro, he leído el nombre de este agente en varios expedientes que me ha traído, y déjeme decirle que no comulgo con sus métodos para sacarles la verdad a los criminales —Quevedo entrechocó varias veces la palma abierta con el puño—. Varios detenidos se han quejado de sus maltratos y abusos.

Valentín contuvo una carcajada ante la burda insinuación que había hecho Quevedo de que él golpeaba a la gente.

—¡Ah, chingá! ¿Abusos? ¿Maltratos a delincuentes? ¿Será que merecen otra cosa? —luego reaccionó a lo que había dicho Robledo

—: ¿Cómo que compañeros, mayor? Yo trabajo solo —miró con desprecio los cientos de libros que tapizaban las paredes—. Pensé que me había citado aquí para darme la información del caso, no para ponerme a leer chingaderas.

La voz educada de Jorge Negrete inició en el radio "O sole mio". Molesto, Quintanilla fue a sentarse a un sillón. Subió los pies a una mesa de centro y amagó con tirar de ella una pila de libros. Quevedo cayó en el engaño, hizo el ademán de intentar detenerlos, y el policía sonrió. Lupita miraba divertida la escena. Como resultaba evidente la antipatía entre sus subordinados, Robledo sospechó que había sido una mala idea hacerlos trabajar juntos. Era como mezclar agua y aceite: Quevedo con sus aires de rectitud, que no toleraba la violencia sobre la inteligencia, y Quintanilla que a simple vista se mostraba como un lobo solitario, arisco y feroz.

El juez se colocó frente al gran ventanal mientras a sus espaldas sus mejores pupilos de las diferentes épocas de su vida, una académica y otra militar y policiaca, se veían con recelo.

—Yo no trabajo con gente delicada, mayor.

—Ni yo con ignorantes, maestro.

—Ah, chingá. ¿Muy salsa? Déjame decirte que lo leído no quita lo pendejo…

Estaban tan enfrascados en descalificarse uno a otro, que no se percataron de que el locutor interrumpía la interpretación del Charro Cantor.

—"Por cortesía de Sal de Uvas Picot hacemos esta pausa en nuestra transmisión habitual para informar a nuestros amables radioescuchas que León Davidovich Trotsky, el asilado político en México, quien sufrió un atentado el día de ayer por la tarde, ha sido declarado oficialmente muerto. El exlíder revolucionario soviético no logró sobrevivir a la lesión que le provocó su ahora asesino confeso, el belga Jacques Mornard, con un piolet. Recuerde que usted ha sido informado por cortesía de Sal de Uvas Picot. Continuamos con nuestra programación".

De inmediato comenzó a sonar "Capullito de alhelí", con las Hermanas Águila, pero Lupita apagó el aparato. Robledo, Quintanilla y Quevedo guardaban silencio… ahora ya no les correspondía investigar tan sólo un atentado a un asilado político, una situación de por sí delicada, sino un homicidio de veras importante, casi un magnicidio, de cuyas pesquisas estarían atentos políticos y mandatarios de todas las naciones. Los ojos de todo el mundo vigilarían cada paso que dieran en la investigación.

VIII

En el silencio denso que inundó el estudio tras apagarse el radio, las miradas de Quevedo, Quintanilla y Lupita se cruzaban tensas entre sí. Robledo se hallaba de espaldas, con la vista perdida en el trozo de urbe visible más allá del ventanal, donde la tarde gris resbalaba del cielo nublado. No tardaría en soltarse un chubasco: el olor a humedad flotaba dentro del estudio por debajo de un añejo aroma a tabaco. El juez siguió con los ojos la trayectoria de un panadero que, con su cargamento sobre la cabeza, atravesaba la calle a toda velocidad en su bicicleta, tal vez imaginando que el espíritu del viejo líder soviético había abandonado su cuerpo herido con la misma rapidez. Luego de que el locutor confirmara la muerte de Trotsky, tanto el criminólogo como el policía apretaban los labios para sumergirse más profundo en sus ideas. Parecía que se conformaban tan sólo con respirar, pero sus pensamientos rebullían, girando en torno al nuevo escenario en que se desarrollaba el Caso Trotsky. Quevedo fue el primero en atreverse a romper el mutismo:

—Un análisis de personalidad puede arrojar las verdaderas intenciones del tal Jacques Mornard, y para eso es preciso que yo pueda interrogarlo.

—Más bien lo que necesita ese cabrón asesino es un interrogatorio sin miramientos —Quintanilla dio un paso adelante—. Déjeme a mí. Usted me conoce, mayor.

Robledo permaneció con la vista hacia la calle, como si sopesara las propuestas de sus subordinados. Luego dio vuelta sin encarar a

ninguno. Su rostro mostraba la tensión a la que se hallaba sometido. Buscó en el interior del saco la cajetilla de cigarros. Encendió uno. Tenía la quijada rígida, y estuvo a punto de morder la boquilla del tabaco. Ante el silencio que se prolongaba de más, Quintanilla lo imitó, y pronto La Torre de Cristal se llenó de humo. Lupita también sintió el deseo de fumar, después de cuatro años de abstinencia. Al fin el juez miró a Quevedo con cierta tristeza pensativa, luego a Quintanilla y por último a la muchacha. Sin embargo, antes de hablar se caló el sombrero y se echó sobre los hombros la gabardina:

—Las órdenes son que o colaboran entre ustedes o ninguno de los dos tendrá acceso ni al asesino ni a las carpetas de las investigaciones —le hizo una seña a Valentín para que lo acompañara—. Voy a la comandancia. Debo averiguar qué tanto cambian mis instrucciones. Pero, les repito, si no le entran juntos, prefiero entregar el caso a agentes menos problemáticos.

Valentín aplastó con violencia el cigarro en el cenicero. Se puso de pie frente a Lupita y le tomó la mano. Antes de que ella pudiera retirarla, le depositó un beso en el dorso mientras miraba al criminólogo con una sonrisa. Ante tal insolencia, a Quevedo se le subió el color al rostro, apuntó a su rival con un dedo y estaba a punto de insultarlo, cuando Robledo levantó la mano para detenerlo. Con una mirada apuró al teniente para que abandonara el despacho. La sonrisa de Valentín se amplió en su rostro, tomó su sombrero y obedeció a su superior.

—Maestro, yo no puedo trabajar con ese mamarracho —Quevedo señaló la puerta.

—Es una oportunidad que no debes desperdiciar, Alfonso.

—Una oportunidad que estoy dispuesto a tomar si me quita de encima a Quintanilla.

El juez buscó apoyo en Lupita. Esperaba que lo ayudara a hacer recapacitar a su pupilo, pero la muchacha se encogió de hombros. Los dos sabían que Quevedo era brillante y al mismo tiempo

testarudo, y ambas vertientes de su personalidad lo habían hecho el hombre que conocían ahora. Robledo comprendió que lo mejor sería dejarlo solo para que pensara sus alternativas. Ya llegaría a la conclusión de que era mejor trabajar con "ese mamarracho" que quedarse fuera de la investigación. Decidió esperar. Los dos terminarían cediendo. Eran los mejores en lo que hacían, pero aún no experimentaban el trabajo en equipo. Un trabajo que los enriquecería, aunque al principio los roces los hicieran sacar chispas. Soltó una bocanada de humo, y luego respiró hondo como si quisiera recuperarla. Tendría que usar toda su astucia antes de iniciar las pesquisas del asesinato de Trotsky. Suspiró y dijo:

—Haré todo lo posible para que trabajes en el caso —luego hizo un ademán a Lupita para que lo acompañara a la puerta.

Al verlos salir del estudio, Quevedo se dejó caer en un sillón. Varias ideas encontradas bullían en su cabeza. En principio, se le había abierto la puerta para trabajar en una investigación de veras importante. Estaba seguro de que con astucia y con las técnicas aprendidas en sus estudios, podría arrancarle la verdad al homicida. Pero trabajar con un troglodita de la vieja guardia como Quintanilla, quien empezaría golpeando al reo antes siquiera de formular la primera pregunta, le provocaba repugnancia. Además, el policía había coqueteado con Lupita, y eso no…

Le dio vueltas al asunto en tanto escuchaba a lo lejos el motor del coche de Robledo que se alejaba de la casa y los primeros truenos de la tormenta que comenzaba a caer sobre la ciudad. Conforme pensaba, la tentación de trabajar en el caso ganaba terreno sobre los inconvenientes de hacerlo junto a Quintanilla, pero cuando Lupita entró de nuevo al estudio, le regresó el disgusto al ver la sonrisa que la muchacha traía estampada en la cara: sin necesidad de hacer ningún análisis, estaba seguro de quién se la había provocado.

IX

El aguacero inicial se transformó en una lluvia discreta que no entorpecía demasiado la circulación de los vehículos. En 1940, el tráfico en la Ciudad de México representaba un fenómeno que apenas crecía en calles y avenidas. Tener auto aún era un lujo para la mayoría de los capitalinos y los afortunados podían viajar amplias distancias con tiempo suficiente. El mayor obstáculo eran los peatones, sobre todo los que recién emigraban de pueblos pequeños y no estaban acostumbrados a eludir bólidos que iban hasta a cincuenta kilómetros por hora. Sortear a hombres o mujeres distraídos que cruzaban calles sin fijarse, o evitar llevarse de encuentro a ciclistas cargados de mercancías, eran las principales preocupaciones de los conductores. Robledo maniobraba su Lincoln Continental de dos puertas sin dirigirle la palabra a Valentín. De tanto en tanto, Quintanilla lo miraba de reojo, luego perdía la mirada en los anuncios de las tiendas departamentales que empezaban a poblar las avenidas. Para quebrar la tensión, decidió sintonizar algo de música. Apenas alargaba el brazo hacia el radio, cuando sintió un fuerte manotazo: el regaño de un padre a un hijo desobediente.

—¡Mira que besar la mano de Lupita, cabrón!

Robledo dio un volantazo para rebasar un camión y aceleró. El motor del carro respondió al pedal y la combustión hizo que el velocímetro subiera más de lo permitido.

En un acto reflejo, Valentín se arrellanó en su asiento cuando, un poco más adelante, un agente de tránsito, subido en una especie de

pedestal, alzaba la mano al tiempo que soplaba su silbato para marcar el alto. Las balatas de los frenos chirriaron antes de que la trompa del Lincoln se detuviera a escasos centímetros de la defensa de un Ford. Valentín relajó el cuerpo. Quería explicarle a Robledo que, si bien a Lupita podría gustarle Quevedo, se notaba que no era tan bien correspondida; que se había dado cuenta porque para eso él tenía un sexto sentido bien afinado, pero al ver el semblante adusto de Robledo clavado en el agente de tránsito, prefirió callarse y buscar en el interior de su saco la cajetilla de cigarros. Con timidez le acercó uno al mayor, quien sin volverse soltó otro golpe y se lo quebró en dos partes. Luego volteó y, al entender la intención de Quintanilla, dijo con voz más calmada:

—Está bien, dame uno.

Valentín encendió el cigarro y se lo acercó a Robledo.

—Mayor, yo sé que no le gustó que me burlara de su alumno, pero lo hice con toda la intención, para que no acepte trabajar en el caso. Tal vez ahora no lo parezca, pero le estoy haciendo un favor al doctorcito ese. Estoy seguro de que no tiene estómago para buscar la verdad en medio de un estercolero.

La circulación se reanudó sin que el mayor respondiera a las palabras de Quintanilla. Se acercaban a la Alameda Central, donde el tráfico se volvía denso. Otro agente de tránsito en un pedestal volvió a detener los vehículos. Robledo se giró hacia Valentín:

—Es mi decisión. Tú no sabes de lo que es capaz ese hombre. Alfonso tiene más experiencia forense que cualquier médico legista de la capital. Asistió nada más y nada menos que a la autopsia de Álvaro Obregón hace una década, y por ello se dio cuenta de que al general le habían dado más balazos que los que se le atribuyeron a su asesino, José de León Toral, de que hubo balas de distintos calibres y de diferentes armas. Quiso hacerlo público, pero las autoridades lo obligaron a callar. Desde entonces ha seguido estudiando varios casos y aprendiendo a meterse en la cabeza de los criminales.

Quintanilla no pudo ocultar cierto desprecio en sus palabras:

—Pero todo eso sigue siendo trabajo de gabinete. Falta calle, le falta contacto con los criminales, seguir las pistas en el terreno…

—Para eso va a trabajar contigo. Tú le vas a enseñar.

Antes de que Quintanilla objetara, un pordiosero se colocó frente al cofre del Lincoln. A pesar de la mano mugrienta que se extendía hacia ellos, y de la suciedad en la cara que no ocultaba su mirada quebrada, los dos distinguieron en él restos de gallardía que identificaron como marcial. Cada vez era más común encontrarse, entre los limosneros de la ciudad, residuos de las revoluciones y alzamientos armados que no habían llegado a buen puerto. Robledo y Quintanilla tal vez pensaron lo mismo: la tan cacareada Revolución mexicana aún les quedaba mucho a deber a los más necesitados; las palabras *justicia* y *progreso* no significan lo mismo para todos. Cuando los líderes de una asonada, de un alzamiento militar, arengaban a su gente por cualquiera que fuera la causa, al hablar de sacrificio y sangre no especificaban que casi los únicos que debían aportar ese sacrificio y esa sangre eran los pertenecientes al pueblo jodido. Esa era su cuota para que los líderes consiguieran elevarse por encima de todos, mientras que quienes sangraban permanecían abajo, en los sótanos de la sociedad. Robledo sintió un vacío en el estómago y un gesto de disgusto se le subió al rostro. Le chifló al limosnero para que se acercara. Cuando el hombre se encaminó a la ventanilla, se percataron de su cojera.

El mayor advirtió, a través de los andrajos del mendigo, la cicatriz de una herida de bala cerca del cuello. Había visto muchas de esas lesiones en el campo de batalla: balazos que mal cerraban por la premura de las operaciones que los enfermeros realizaban bajo fuego. Al llegar junto a Robledo, el hombre intentó erguirse. El mayor preguntó:

—¿Regimiento, soldado?

—Puro dorado de Villa —luchó contra la artritis de la mano para colocarla de canto en su frente.

Robledo y Quintanilla abrieron las carteras y entregaron varios billetes al exsoldado. Sonó un claxon. El mayor se percató de que el agente del pedestal ya los apuraba. Aceleró mientras decía:

—Parece que en este país nunca vamos a salir de la guerra. Tanto la visible como las batallas que se libran en lo oscuro.

—¿Se refiere al líder ruso, mayor?

—¿Tú qué crees, Valentín?

—Por sus palabras me doy cuenta de que detrás del asesinato del viejo comunista hay mucha mugre. Y no nomás la que viene del extranjero. ¿Me equivoco?

Robledo miró de reojo al teniente. No sonreía. Tampoco asintió cuando dijo:

—Por eso necesito que hagas bien tu trabajo.

Valentín dirigió la vista al frente, pensativo. Estaban llegando a su destino. El Lincoln se acomodó en un hueco entre los vehículos estacionados frente a la comandancia, donde entre puestos de antojitos se amontonaba la gente que iba en apoyo de los detenidos y los que querían presentar una denuncia. El ruido de las patrullas que salían del estacionamiento con la sirena encendida provocó que el mayor tuviera que elevar la voz.

—Por lo pronto consígueme a los posibles sospechosos del atentado de mayo contra Trotsky y los traes para interrogarlos. Y busca testigos del homicidio. Mornard no pudo haber actuado solo. Seguro tuvo cómplices que estaban cerca de la casa cuando atacó al viejo. Alguien vio algo, siempre alguien ve algo, y tenemos que encontrar quién. ¿Sabes dónde empezar la búsqueda?

—Entre los comunistas. Los de aquí y los que han llegado en los últimos meses.

Antes de abrir la puerta, Robledo escuchó la pregunta de Quintanilla.

—¿Y qué va a pasar con el doctorcito?

—Yo me encargo de Alfonso, tú haz lo que tengas que hacer.

Valentín realizó un saludo militar. Después bajó del auto con una sonrisa en el rostro. Robledo acababa de otorgarle carta abierta para empezar su cacería sin delicadezas.

X

Arrojada con fuerza, la taza se rompió en la pared de la habitación y la manchó con motas color café que rápido se estiraron hacia abajo, cada vez más delgadas, hasta alcanzar el piso. Klava contempló esas líneas que bien podían confundirse con sangre y apretó los dientes. Tenía el rostro convulso, como si hiciera un esfuerzo por contener el llanto. Dio dos pasos tambaleantes hasta una mesa de centro, tomó un cenicero y lo estrelló en el mismo lugar. Se oyó un estruendo de cristales rotos y, pronto, las astillas de porcelana y vidrio se mezclaron al pie de la pared.

Se quedó inmóvil unos segundos. Tan sólo su agitado pecho parecía tener vida, hinchándose y vaciándose a un ritmo acelerado. Trató de oír si había reacciones al ruido de sus destrozos en los departamentos contiguos. Nada. Los sonidos en el edificio eran los comunes cuando la tarde comenzaba a disolverse en la oscuridad: niños jugando en los pasillos, trastes en las cocinas donde las amas de casa preparaban comida, pasos en las escaleras de quienes volvían del trabajo.

Klava suspiró y alzó la muñeca para consultar su reloj. Sentía que las manecillas se desplazaban demasiado lentos sobre los números. Miró los destrozos en el piso. Sentía la boca amarga, el estómago revuelto. ¿Cuántos cafés y cigarros había consumido desde que llegaron a la casa de seguridad? A pesar de haberse enterado de que la misión no había fracasado del todo, pues Trotsky sí había muerto, la seguía torturando no haber cumplido su promesa.

Además de sus heridas, Jacques estaba preso e iba a ser procesado por la justicia mexicana. ¿Y si lo torturaban? El pensamiento la hizo estremecerse: si eso ocurría, la gente de Tom, su propia gente, no dudaría en ejecutarlo, incluso dentro de la cárcel. Klava sabía hasta dónde llegaba su poder. No habría lugar donde Jacques estuviera a salvo. Buscó con la mirada la cajetilla. La descubrió arrugada debajo de la mesa, y se preguntó a qué horas la había desechado. Contempló de nuevo el reloj. Antes de salir, Tom le había dicho:

—Tenemos que largarnos a Cuba lo más pronto posible.

—No me pienso mover de aquí hasta que saquemos a Jacques de donde lo tienen.

—Klava, entiende. El Partido fue claro en sus instrucciones. Nada debe ligarnos a este atentado; de lo contrario, todo el plan se vendría abajo.

—Ahorita no me importan ni Stalin ni el Partido…

Al comprender que la mujer estaba demasiado exaltada, Tom pensó por un momento que había sido un error involucrarse con ella. Como ahora lo reafirmaba, Klava no era tan fácil de controlar como las demás compañeras con las que antes tuvo sus amoríos. Ya lo había advertido desde que iniciaron sus relaciones en los campos de batalla de España, aunque entonces pensó que su carácter atrabancado y un tanto rebelde se debía a las emociones de la guerra. Pero al darse cuenta de que no cambiaba a pesar del paso del tiempo, pensaba que tal vez debió haberles dicho a sus superiores meses antes, cuando esbozaban la operación Madre, que, si bien era cierto que la compañera Klava era una pieza clave dentro de la nueva estructura del Partido, también lo era que la mayoría de las veces su espíritu no obedecía a lineamientos y órdenes, sino a convicciones y pasiones personales. Mirándola fijamente, Tom dijo:

—Voy a trasmitir tus peticiones al Partido. Pero de una vez te digo que te prepares para aceptar su decisión. Ya sabes lo que eso significa.

Tras calzarse el sombrero, Tom había salido del departamento.

Ahora llevaba ausente más de dos horas, tiempo en el que Klava no hizo sino recordar una y otra vez el fracaso del plan y su palabra dada a Jacques en vano, mientras de vez en vez acariciaba la pistola, su confiable Tokarev, por si al regresar Tom decía que el Partido había decidido que ella ya no era necesaria y no estaba incluida en los nuevos planes formulados en Moscú.

XI

Lupita llegó a su pequeño departamento cargando una bolsa de pan dulce y un litro de leche. Esperaba encontrar a su sobrino Jerónimo, el hijo que Rita, su hermana, había dejado huérfano a los seis años por culpa de un aborto mal realizado. Se asomó al cuarto del joven que ya estaba a punto de cumplir dieciocho años. Halló la cama destendida y un par de pantalones tirados en el suelo, pero de Jerónimo nada.

Fue a sentarse a la modesta mesa y abrió el libro *Estudios sobre la histeria*, de Freud, que había tomado de la biblioteca de Quevedo. Aunque muchos de los términos se le confundían o algunas frases le resultaban complicadas, bastaba con referirle sus dudas a Alfonso y rápido salía de ellas. Esas lecturas le servían para hacer mejor su trabajo al momento de revisar las investigaciones realizadas por el doctor en La Torre de Cristal, y porque muy en el fondo quería estar a la altura de esos conocimientos que todos a su alrededor le festejaban a Quevedo con admiración. Si ella y Rita hubieran tenido otro destino, a Lupita le hubiera gustado asistir a la escuela, al menos hasta donde pudiera, tal vez para obtener un oficio como mecanógrafa. Aunque, la verdad, si eso hubiera ocurrido, era probable que los caminos del doctor y de ella nunca se hubieran cruzado. ¿Eso era bueno o malo?, pensó con desolación.

Se dio cuenta de que llevaba media página y nada de lo escrito por el autor se le quedaba en la memoria. Miró el reloj. Temía que como otras veces Jerónimo no llegara hasta muy entrada la noche,

sin darle oportunidad de conversar con él. Hasta hacía unos meses habían sido muy unidos, pero desde unas semanas atrás el muchacho repetía una y otra vez que ya no deseaba ser un estorbo para ella, y que quizás era tiempo de independizarse yéndose a vivir con unos amigos; quería aprovechar que ahora la veía entusiasmada por su cercanía con Quevedo, y pensaba dejarle el camino libre para que ella tuviera una vida plena. Él ya era un hombre y Lupita no podía tenerlo pegado a sus faldas siempre, si bien aún le faltaba madurar antes de tomar una decisión tan impetuosa.

En algunas ocasiones, cuando ella intentaba referirle a Alfonso cosas más personales, el doctor parecía levantar entre ambos una barrera infranqueable. Entonces ella le reclamaba diciéndole que no entendía qué hacía a su lado.

Cerró el libro, derrotada por las frases intrincadas de Freud. Optó por ocupar la mente en el trabajo y tomó uno de los tres volúmenes del *Registro de mujeres públicas*.

Quevedo le había pedido que actualizara el censo realizado tres años antes. Necesitaba seguir al tanto de esas mujeres si continuaban vendiendo sus cuerpos, o comprobar si las campañas de higiene pública del gobierno servían para algo. Con el fin de evitar que el trabajo se le acumulara, Lupita realizaba una lista previa y, después de salir de la oficina, recorría las zonas de prostitución para cotejar los datos. Había noches en que las estadísticas antiguas seguían intactas, lo que la entristecía mucho.

—¿Algún día se fijará de verdad Alfonso en mí? —se dijo mientras repasaba las páginas que registraban a las prostitutas del rumbo de Tlalpan.

Se dio cuenta de que hablar sola para no sentir el silencio de la casa no era un síntoma de buena salud mental. Se levantó a prender el radio. Desde la bocina brotó "Adiós, Mariquita linda" en voz de Tito Guízar. Al menos podría tatarear la canción mientras esperaba que Jerónimo llegara sano y salvo a casa.

XII

Valentín Quintanilla sabía moverse como el mejor en la noche de la Ciudad de México, tanto si se hallaba de servicio como si no. Se desplazaba por aceras atestadas de noctámbulos escudriñando los rostros de los demás. Avanzaba a grandes trancos; sólo disminuía el paso cuando su instinto lo ponía en alerta al distinguir entre las sombras grupos de hombres en actitud nerviosa o vigilante, pues la experiencia le había enseñado que eran ellos los que se traían algo sucio entre manos. Muchas veces, tras una caminata por las calles del Centro, ubicó lo que para él constituían "focos rojos", y al permanecer cerca de ellos pudo frustrar crímenes en progreso, intentos de robo u homicidio. Pero lo que más le gustaba era rondar cabarets, cantinas de mala muerte, burdeles y picaderos: sabía que ahí se juntaban las peores lacras sociales para planear trabajos, o los usaban como puntos de reunión antes y después de llevar a cabo ciertos delitos.

Esa noche, siguiendo las instrucciones de Robledo, Valentín decidió dar la vuelta por el barrio situado en las inmediaciones de la Alameda, por las cantinas cercanas a Bucareli. Según rumores que corrían, era la zona preferida por los comunistas nacionales y extranjeros, así como por los espías que las grandes potencias habían desplegado en México ante el estallido de la guerra en Europa. Quintanilla mismo se había topado en La Continental, una tarde que salió a echarse unos tragos con algunos refugiados republicanos de la Guerra Civil española. Mientras bebía solo, los

escuchó lamentarse de la derrota en la batalla del Ebro. Aseguraban que el general Vicente Rojo era mejor militar que el mismísimo Franco, y que, si no hubiera sido por los aviones alemanes e italianos que ayudaron a los fascistas, la República habría vencido a los sublevados en esa y otras batallas.

Esta vez no había gente afuera de La Continental. Valentín llegó hasta las puertas abatibles y se asomó al interior: pocos parroquianos. Sin embargo, en las mesas ocupadas distinguió que varios hombres llevaban paliacates rojos en el cuello y ropa de mezclilla; tal vez eran sindicalistas ferrocarrileros. Entró y fue a la barra. Le pidió al cantinero una cajetilla de Tigres y un tarro de cerveza oscura, y fue a ocupar una mesa cerca de aquellos tipos. Se sentó dándoles la espalda, encendió un cigarro, dio un trago a la cerveza y afinó el oído. Hablaban de su sindicato, que por esos días peleaba por conseguirles aumento en el jornal. Mencionaron nombres que no le dijeron nada, hasta que luego de varios minutos uno de ellos nombró a alguien que le interesaba a Quintanilla.

—Lombardo Toledano y los suyos andan de fiesta desde que le dieron en la madre al tal Trotsky, pero el festejo en serio empezó cuando se supo que el viejo bolchevique ya era cadáver —comentó un obrero canoso y corpulento a sus compañeros.

—Lo malo es que no invitan. Lombardo y esos cabrones llevan toda la tarde en El Marro, y yo creo que ahí se la van a pasar lo que queda de la noche —añadió otro hombre de la mesa.

Quintanilla vio la hora en su reloj: las once y media. Dio el último trago a su cerveza, aplastó la colilla del cigarro en turno en el cenicero de latón y salió con paso firme de La Continental.

Las calles se habían vaciado y ahora sólo se cruzaba con transeúntes que no llamaban su atención. Al llegar a la avenida Juárez, en vez de rodear la Alameda, se internó en diagonal por sus andadores. Era otra de sus rutas predilectas para caminar de noche; ahí había realizado algunos arrestos: la poca iluminación y la abundancia de árboles y arbustos cobijaban a asaltantes que tenían

por objetivo los clientes de las prostitutas y chichifos que deambulaban ahí, a los que Quintanilla solía dejar en paz, pues consideraba que las urgencias de la carne son cosa de cada quien. Esa noche había poca gente. Sólo vio un par de parejas en las bancas que circundaban una de las fuentes mejor iluminadas y las sombras jadeantes de dos hombres acoplándose al abrigo de unos arbustos. De una ojeada revisó si había algún asaltante al acecho y, al no encontrar nada, siguió de largo hacia el otro extremo de la Alameda.

Ahí encontró más noctámbulos que salían de los teatros como el Blanquita y buscaban un lugar para cenar: parejas, estudiantes y grupos de trabajadores. Seguro algunos de ellos seguirían la misma ruta que Quintanilla para llegar hasta lo que era conocido como "la catedral del danzón" en la ciudad. Los sindicalistas de la cantina lo habían llamado El Marro, como se le conocía en la jerga popular, pero al dar vuelta en la calle Pensador Mexicano, además de prostitutas y padrotes recargados en las paredes de las casas aledañas, Valentín de inmediato vio el anuncio luminoso del local: Salón México.

A sus puertas se arremolinaban hombres y mujeres en bullicio festivo. Quintanilla se abrió paso para acercarse a la taquilla. Luego de comprar su boleto, sintió el tufo que descendía del segundo piso por el cubo de la escalera: sudor, cigarro, perfumes de toda clase, alcohol, vómito, orines. No por nada le apodan El Marro: la peste era un martillazo en la nariz, pensó mientras subía los peldaños al tiempo que la música de dos orquestas se mezclaba con un revoltijo de voces, risas y gritos. Al llegar al salón, ya sudaba por todos los poros. El olor era aún más penetrante, el suyo y el de la muchedumbre. De los baños salían individuos con traza de pachucos olorosos a la loción Siete Machos que el hombre de la limpieza rociaba sobre ellos por unas monedas. El teniente estuvo tentado a pagar su cuota y perfumarse, pero cuando una de las orquestas se arrancó con el danzón "Nereidas", tras un griterío de aceptación, una

multitud saltó a la pista. Entonces él se coló al interior en busca de asiento.

No había mesa libre, pero el paseo entre cuerpos sudorosos le sirvió a Valentín para ubicar al grupo que encabezaba Lombardo Toledano. Eran diez hombres y seis mujeres apiñados en varias mesas. Estaban bastante enfiestados, sobre todo el máximo líder obrero del país, quien desde la llegada de Trotsky a México se había declarado su enemigo a muerte. Quintanilla vio un banco vacío en la barra y lo ocupó para observar mejor. Pidió una cerveza y encendió un Tigres. Toledano vestía un traje fino muy arrugado, con la corbata desanudada y manchas de humedad bajo las axilas. Mientras contemplaba de lejos ese rostro moreno y bañado en sudor, mientras lo veía carcajearse en tanto acariciaba las piernas de la mujer a su izquierda, Valentín se preguntó si ese hombre había ordenado el asesinato del líder ruso. Tal vez, pensó, pero si no lo había hecho era casi seguro que le facilitó las cosas al tal Mornard, y eso debía averiguar. Miró uno a uno a sus acompañantes. Algunos eran también líderes obreros; había visto su foto en periódicos. Otros eran pistoleros que los cuidaban. Todos mexicanos; no había ningún rubio entre ellos, ni con aspecto de extranjero.

—No, estos no participaron —se dijo—. No al menos de manera directa. Pero están muy felices de que Trotsky haya muerto, de eso no hay duda.

Desvió la mirada para abarcar el resto del salón. La mayor parte de los hombres eran clase obrera, tipos con aspecto de pachucos y burócratas. Las mujeres casi todas eran ficheras. Valentín buscó en las paredes aquel letrero que le había llamado la atención la primera vez que estuvo ahí, a principios de los años veinte, recién terminada la lucha revolucionaria: "Favor de no tirar las colillas al piso porque se queman las muchachas", pero no lo vio. O lo habían quitado ya o lo tapaba la gente recargada en las paredes. Revisó entonces los pies de las mujeres. Si bien aún algunas andaban descalzas, la mayoría llevaba zapatos, y huaraches las más humildes. Sonrió y

pensó que, al menos en eso, la Revolución sí les había hecho justicia a algunas. Pidió al cantinero un tequila y se lo bebió de un trago. Luego otro. Y poco después uno más, mientras miraba con atención a la concurrencia.

Con varios tequilas entre pecho y espalda, tomó una decisión. Cuando se levantó del banco se tambaleó, pero rápido recuperó la firmeza de las piernas. Cruzó la pista entre las parejas que se balanceaban al ritmo del danzón, y al internarse entre las mesas sintió varias miradas sobre sí. Se hallaba a unos metros de Toledano en el momento en que tres hombres que ocupaban una mesa se pusieron de pie y le cerraron el paso. Uno de ellos, trajeado y de aspecto torvo, le puso la mano en el pecho y preguntó con voz desafiante:

—¿A dónde con tanta prisa, mi amigo?

Quintanilla aferró la mano que lo palpaba, le apretó fuerte los dedos y la apartó mientras respondía:

—Eso a usté no le importa, y yo no soy su amigo.

El forcejeo llamó la atención de los de la mesa del líder obrero, quien fijó sus ojos en Valentín, al tiempo que los otros dos hombres de pie le bloqueaban el camino. Uno de ellos lo agarró del brazo y Quintanilla se lo sacudió. El hombre echó mano a la cintura, pero no pudo sacar su revólver porque el teniente reaccionó veloz y le asestó un recto a la mandíbula que lo arrojó encima de la mesa de Toledano. Las mujeres gritaron y cuatro de los hombres se pusieron de pie, también echando mano a la cintura. Cuando lo hicieron, Valentín ya tenía su arma Walther P30 empuñada y su voz se escuchó clara por encima de la música de la orquesta.

—¡Ni se les ocurra, cabrones!

Toledano calmó a sus hombres y a las mujeres con un ademán. Los guardaespaldas retrocedieron, aunque no le abrieron el paso a Valentín. El líder obrero lo contemplaba con gesto irónico. Parecía buscar algo en su memoria. Luego dijo:

—Sí. Ya me acuerdo de ti. Teniente Quintanilla, ¿no? Valentín Quintanilla. De los hombres de Robledo. ¿Se puede saber por qué chingados interrumpes mi fiesta?

El agente volvió a guardar su arma en la cintura. Luego avanzó dos pasos más, hasta toparse otra vez con los cuerpos de los guardaespaldas. Desde ahí preguntó:

—¿Estás festejando el asesinato de León Trotsky? ¿Lo mandaste matar?

—Mira nada más. Yo sabía que había trotskistas en México, pero no me imaginaba que se hubieran infiltrado en la policía. ¡Tenemos que hacer una labor de limpia, muchachos!

Los hombres de Toledano se carcajearon y asintieron mientras Quintanilla forcejeaba con los dos que querían detenerlo. Consiguió acercarse un paso más. Repitió:

—¿Tú fuiste?

Toledano, apoyándose en la mesa, se acercó al policía para decirle:

—No sabes con quién te estás metiendo, pendejete. Ten cuidado, te puede pasar algo. Y te voy a responder nomás pa que ya te vayas. No. Yo no lo mandé matar, aunque me hubiera gustado. Y estoy festejando la muerte de ese cabrón traidor a la revolución mundial nomás porque me da harto gusto que se lo haya llevado la chingada. Es lo mejor que pudo haberle pasado a la clase obrera que yo represento. ¿Contento?

—No. No estoy contento. Y usted tampoco debería estarlo porque voy a encontrar a quien dio la orden. Es una advertencia.

—Haz lo que quieras, policía. Y dile a tu jefe Robledo que a ti y a él les van a faltar manos para pelarme la verga. ¿Cómo ves? ¡Y ahora sí, muchachos, ya quítenmelo de aquí a la chingada!

Antes de que pudiera evitarlo, los matones de Toledano lo aferraron de brazos y ropa y lo arrastraron entre la gente hasta la salida. Ahí lo soltaron y el que había recibido el recto a la mandíbula lo pateó en las nalgas. Quintanilla hizo como que se alejaba rumbo a

la escalera, pero de pronto dio media vuelta y estrelló el puño en la nariz de su agresor. Sintió cómo el cartílago se rompía y lo comprobó al ver que la sangre salpicaba a los mirones. Los otros dos detuvieron la caída de su compañero, mientras el teniente los miraba con una sonrisa altiva. Volteó hacia donde estaba Lombardo Toledano, cuyos ojos no se le habían despegado. Dio media vuelta y, ahora sí, comenzó a bajar los peldaños.

En la calle Pensador Mexicano lo recibió una ráfaga de aire casi limpio que, aunque le incrementó la borrachera, era un alivio para sus pulmones. Se sostuvo de una pared y pasó junto a una mujer que lo miró con expresión invitante. La esquivó y caminó hacia San Juan de Letrán. Seguía sonriendo. Lombardo Toledano, uno de los intocables del sistema político mexicano, era inalcanzable para él y para el mayor Robledo, pero ahora ya sabía que lo estaban investigando, y tal vez con esa presión encima él o alguien de su gente cometería un error que los llevara al esclarecimiento de quién estaba detrás del homicidio de Trotsky. Por lo pronto, Quintanilla ya podía ponerse a rastrear a otros sospechosos.

XIII

A esa hora, La Continental era semejante a un viejo borracho que se niega a irse a dormir. Los bebedores en las mesas cabeceaban de sueño, pero seguían aferrados a sus caballitos de tequila o sus vasos de cerveza. Tom se acercó a la barra de caoba. Se despojó de su sombrero y lo dejó a un lado. Por el rabillo del ojo miró a los clientes por si algo le resultaba sospechoso: algún intruso, alguien que no comulgara con la causa. Nada le hizo recelar que hubiera peligro. Sólo entonces se decidió a llamar con una seña al cantinero de aspecto español.

—Póngame dos tragos, un vodka y un Fundador.

—¿De cuál vodka apetecéis?

Tom señaló un envase transparente con una rosca verde. La etiqueta mostraba con letras grandes el nombre: Moskovskaya. El cantinero tomó ambas botellas, escanció las dos copas y las colocó frente a Tom, que no hizo el intento de agarrarlas.

—Voy a querer aceitunas también.

El hombre le dedicó una mirada de inteligencia y obedeció de inmediato. Mientras maniobraba tras la barra, Tom sacó con disimulo un papel de su bolsillo y, cuando el otro le arrimó el pedido, lo dejó debajo del pequeño plato. El cantinero asintió y con rapidez tomó el mensaje. Después de ordenarle a su ayudante que lo supliera, desapareció en la trastienda.

Tom tamborileó un par de veces sobre la barra. No estaba seguro de cómo reaccionarían sus superiores a su solicitud. En el papel les

recordaba que la misión sólo había sido cumplida a medias: sí, estaba muerto el traidor a la Revolución rusa, pero el agente designado para llevarla a cabo había caído con la policía. Y aunque confiaba en la ineptitud de los investigadores, le preocupaba que los enemigos del Partido unieran los cabos sueltos y que los señalamientos apuntaran directo a Stalin, a Beria, o incluso a él mismo, pues para nadie era un secreto que desde hacía tiempo todos estaban bajo la mirada de las agencias de inteligencia de varias naciones enemigas, que podrían aprovechar ese tipo de pifias como pretexto para inmiscuirse en los asuntos de la Madre Patria. Sabía que para ganar una guerra siempre se necesitaba mucho dinero, pero sobre todo tener cubiertos sitios clave para asegurar un éxito rotundo. Y México eso era. Todavía no terminaban de tejer todas las redes, debían seguir en las sombras antes de dar la primera estocada.

En cuanto a la solicitud a sus líderes de que lo ayudaran a montar un plan de fuga para Jacques Mornard con el auxilio de los camaradas en territorio mexicano, no le agradaba. Le resultaba burdo. Tom prefería tácticas más sutiles, en las que las casillas del tablero se ocupan poco a poco sin que el contrincante advierta que está a punto de perder la partida. Sin embargo, Klava había insistido al grado de deslizar ciertas amenazas contra él y sus superiores, y Tom había cedido a presentar la petición. Para él, lo más sencillo sería deshacerse para siempre del "estorbo" que había fallado al no conseguir escapar. Quizá también lo intuía Klava, y por eso su terquedad. Fue un error haberla reclutado, se repitió Tom, es evidente que aún la dominan sus sentimientos por encima de la voluntad del Partido.

Pasado un rato, el cantinero volvió. Traía en la mano ahora un cenicero. Lo puso frente a él y le dio la espalda para acomodar unas botellas en la contrabarra. Tom sacó sus cigarros. Movió el cenicero y vio un papel escrito con caracteres cirílicos. Con su adiestramiento, le bastaron unos segundos para interpretar el mensaje. El Partido

también aceptaba la propuesta a medias: él saldría rumbo a Cuba; a Klava le daban la oportunidad de intentar, con ayuda de simpatizantes locales, el rescate de Mornard, como recompensa por sus pasadas contribuciones a la causa. Tom encendió un cerillo, dio lumbre al papel y con el mismo fuego prendió el cigarro. Cuando sus órdenes terminaron de convertirse en cenizas, sacó un billete y lo dejó en la barra. Al tomarlo, el cantinero acercó la cabeza y dijo:

—Cuidado, un tipo con olor a chapa ha estado merodeando por acá.

Tom asintió mientras se colocaba el sombrero. Que un policía se metiera a ese sitio podría ser casualidad, si él creyera en casualidades. Pero no era el caso. El cantinero asió la copa de Fundador y se la bebió de un trago. Tom hizo lo mismo con el vodka. Con ello aceptaba las órdenes recibidas. El barullo de La Continental se difuminó en sus oídos al salir. Ahora debía transmitir las instrucciones a Klava, y seguro no iban a hacerla feliz.

XIV

El sol pegaba de lleno a esa hora de la mañana en el estudio de Quevedo. Él aprovechaba la buena iluminación para revisar una vez más las fotografías del asesino de León Trotsky esparcidas sobre el escritorio mientras se pasaba la mano por una barba inexistente.

Levantó una de las imágenes. Tomó una lupa y la acercó a su rostro. En ella, el tal Jacques Mornard, recostado en una cama de hospital, tenía la cabeza y parte del rostro cubiertos con vendas, en una posición que sugería que trataba de ocultarse, escamoteando el cuerpo, como si sintiera miedo.

—¿De quién? —se preguntó Quevedo—, ¿de quién te escondes, asesino? ¿De la policía? ¿De los jueces? ¿De algo más?

Esa foto, al igual que las demás, había sido tomada después del atentado, cuando Trotsky vivía. Si Mornard sentía miedo, pensó Quevedo, acaso era porque su misión aún no tenía éxito, es decir, porque había fracasado. Dejó la lupa y la foto junto a las demás, se puso de pie y retiró la silla para mirar el conjunto. Además de las imágenes, el juez Robledo le había enviado un par de expedientes a primera hora del día: el del atentado de mayo, cuando Trotsky y su familia resultaron ilesos a pesar de que se dispararon cientos de tiros a la casa, la mayoría de ellos en contra de la habitación de la pareja de ancianos; y otro muy delgado, donde venía copia de la supuesta confesión de Jacques Mornard, las primeras indagatorias hechas por la policía, muy escasas, y el informe de la autopsia del líder ruso. Comprendió el juego de su maestro: quería que su curiosidad fuera

tanta que no pudiera negarse a la petición de colaborar con Quintanilla.

Quevedo negó con la cabeza y volvió a fijar su atención en otra foto. Además de las vendas en la cabeza y rostro de Mornard, se apreciaban otros hematomas en varias partes del cuerpo y la herida en la mano del homicida donde el viejo comunista lo había mordido para que soltara el piolet, que, aunque también estaba vendada, no había dejado de sangrar: se advertían en la tela varias manchas de sangre fresca. La mirada de Quevedo se paseó por las impresiones, los expedientes y, más allá, en un rincón del escritorio, topó con la calavera del Tigre de Santa Julia.

Volvió a sentarse y se dio cuenta de que tenía la respiración agitada. Se pasó una mano por la frente y la encontró llena de sudor, a pesar de que la temperatura en el estudio era más bien fresca. Sonrió. Sabía que su cerebro trabajaba a toda marcha, y al hacerlo ponía el cuerpo en tensión, incluso si se hallaba inmóvil. Tenía la garganta seca. Estuvo a punto de levantarse a tomar agua, pero cuando iba a hacerlo posó la mirada en un acercamiento a la cara magullada de Mornard, y se olvidó del asunto.

—¿Qué estará pensando ese asesino, Tigre?

El cráneo del bandolero porfirista pareció destellar por un instante reflejando la luz que entraba por el ventanal. Quevedo sonrió ante lo que interpretó como una respuesta.

—¿Tú qué crees? ¿Cuánto hay de verdad en lo que este cabrón afirma? Es curioso, y aunque mi francés no sea tan bueno, el modo en que está redactada su confesión no parece como si la hubiera escrito un hablante de esa lengua. ¿Que en qué me baso? No lo sé. Es tan sólo intuición. Suena raro. ¿No lo crees tú? Y mira, mira esta foto donde se ve bien la mordida que le dio Trotsky. ¿Ves lo mismo que yo, Tigre? Si Mornard fuera un asesino experto, ¿tú crees que el viejo le habría podido hacer algo así? Piénsalo: un sesentón, por muy jefe revolucionario que haya sido, con una grave herida en el cráneo, ¿habría podido girarse y atacar de ese modo a un asesino

experimentado, decidido a matar? No. Y, sin embargo, tomó por sorpresa a Mornard. ¿Por qué? Muy sencillo, Tigre: a este hombre lo dominaban los nervios. Estaba muerto de miedo ante lo que iba a hacer y ante lo que podrían hacerle sus superiores si fallaba. No dudo que haya matado antes, pero desde lejos, a tiros y entre una multitud. Sí, este hombre ha estado en la guerra, pero nunca había matado de cerca, nunca se había salpicado con la sangre de sus víctimas. Eso lo aturdió y por eso se descuidó. ¿No crees, Tigre? No obstante, estamos en ceros todavía.

Quevedo se sobresaltó: estaba tan concentrado en su soliloquio que no había escuchado ni el timbre del teléfono ni los pasos de Lupita al entrar al estudio. Antes de que le diera tiempo de responder, ella caminó hasta el escritorio y vio las fotografías.

—¿Es el que mató a Trotsky? ¿Así lo dejaron? —Lupita le puso una mano en el hombro mientras veía una imagen donde el asesino miraba directo a la lente del fotógrafo—. Parece que tiene miedo, Alfonso, pero también se le nota otra expresión.

Contempló la foto con más cuidado. Lupita no se equivocaba: ese hombre no temía a las autoridades que lo habían detenido. Al contrario, parecía saber cómo manejarlas, cómo desviar la atención lejos de sí mismo. Su miedo, pensó, era hacia otros. Hacia quienes lo habían enviado a matar a Trotsky.

—Por cierto, Alfonso, hace rato llamó el juez Robledo.

—¿Y por qué no me lo pasaste? ¿Le dijiste que aquí estaba?

—Eh, ¿por qué esos modos? Le dije que estabas aquí. Pero él no tenía tiempo de hablar. Iba a entrar a una junta con no sé quién. Pero me pidió que te dijera que te espera en la comandancia por si quieres estar presente en los interrogatorios.

—¿Interrogatorios? ¿A quién van a interrogar?

Quevedo se puso de pie. Lupita se acercó aún más a él al tiempo que decía:

—No sé. No me dijo. Pero supongo que Valentín ya detuvo a algunos sospechosos.

Quevedo se apartó de la muchacha con un gesto de disgusto.

—¿Valentín?

—¿No se llama así el teniente Quintanilla?

Quevedo sintió una oleada de ira en su interior. Se alejó de ella, recogió su gabardina y su sombrero de uno de los sillones y salió del estudio con paso firme sin despedirse de Lupita.

XV

Con sólo escuchar el timbre del teléfono en su oficina de la comandancia, el licenciado Rogelio Armenta sospechó de quién se trataba. El sarpullido en la nuca comenzó a torturarlo. Se rascó. Luego se miró en las uñas rastros de sangre, y fijó la mirada en el aparato. Deseaba que el sonido no se interrumpiera, que fuera alguien de archivo solicitando un expediente, o algún periodista pidiendo una entrevista, pero en el fondo sabía que no era así. Cuando el ruido cesó, sintió que sus tripas se enredaban con una fuerza que amenazaba con partirlo en dos, y soltó la pluma sobre los papeles que estaba firmando. Sobrevino otra llamada. Tan sólo dos timbrazos. Sabía que al tercer intento debía contestar. No antes, no después. Era la clave que le aseguraba la identidad de quien aguardaba al otro lado de la línea. Intentó controlar el temblor de la mano cuando descolgó el auricular. El dolor en el vientre no amainaba. Esperaba esa llamada porque sabía que Escorpión no estaba contento. No tenía motivos para estarlo. El ataque contra Trotsky era ahora un circo mediático del que todos querían sacar tajada. Un circo de tres pistas donde, si no ponían atención, los payasos serían ellos. Pero ¿qué podía hacer él ahora que todos los periódicos lo tenían bajo la lupa? Claro que eso no se lo iba a decir a Escorpión. Pero ¿decirle qué a quién? Escorpión era un fantasma, y más de unos meses para acá, desde que se le habían cerrado los caminos hacia la cumbre más alta del poder. Una voz que lanzaba torrentes de aire a través del teléfono cada cierto tiempo, como si

fuera el jadeo de un hombre a punto de morir. Un ruido siniestro que siempre le ponía los pelos de punta. Eso era Escorpión. Alguien detrás del aparato que le dictaba órdenes cada vez que necesitaba hacer uso del puesto policiaco de Armenta. Pero no se lo pedía a él, a Rogelio Armenta, jefe de policía, sino a Géminis, el nombre clave que le había asignado. Una voz que, también, le dictaba indicaciones de dónde recoger el siguiente sobre con dinero o dónde reunirse con otros compañeros nombrados con otros signos zodiacales. ¿Por qué esa obsesión? ¿Tanto creía en la suerte? Era imposible para un hombre que maquinaba tantos planes para lograr sus aspiraciones políticas. Esos planes que podrían convertirlo en la persona más poderosa del país. Por eso, él, Géminis estaba dispuesto a obedecer a Escorpión.

Tercera llamada. Por fin llegaba el momento de levantar el auricular. Cuando las vibraciones de la voz de Escorpión le llenaron los tímpanos, no pudo evitar un nuevo escalofrío. El hombre hablaba con autoridad, sin dar tiempo a sus respuestas:

—Géminis, ¿ya sabes qué andan haciendo tus hombres? Andan metiendo pullas en los cabarets y molestando a algunos buenos camaradas.

Armenta percibió cómo se liaban más sus intestinos. Se aflojó la corbata para respirar mejor. Cuando se tocó el cuello desnudo, supo que no era la prenda lo que lo asfixiaba. Dijo con voz adelgazada:

—Voy a detener la investigación de inmediato, señor.

—¿Estás idiota? No puedes hacerlo. ¿Por qué crees que pusieron a Robledo al frente? Él también tiene amigos poderosos. Debemos ser más sutiles. Aprovechar sus puntos flacos.

—No entiendo, señor.

—Se está apoyando en el teniente Quintanilla y en ese doctorcillo para encontrar información sobre Mornard, y debes evitarlo mientras decidimos qué hacer con él. En pocas palabras, debes cuidar las apariencias de que realmente la policía de México hace algo para

esclarecer el crimen, pero al interior tú puedes interferir cuanto sea necesario, al fin y al cabo eres la ley, ¿entendiste?

La línea volvió a quedar vacía. Escorpión, ese espíritu que le hablaba al oído desde las alturas políticas, volvió a dejarlo solo. ¿Por qué, si había quedado fuera de los planes del general Cárdenas para el siguiente sexenio, seguía ejerciendo tanto poder? ¿Cuáles serían sus intereses ahora que tomara posesión el nuevo presidente? ¿Aún conservaría todos los hilos en la mano para mover a ministros y funcionarios? Todo parecía indicar que sí.

Armenta abrió el cajón del escritorio. Hizo a un lado el vaso que tenía ahí, y se empinó directo la botella de whisky.

XVI

En la sala de interrogatorios, Quintanilla caminaba en torno a una silla solitaria en la que un individuo con señas de golpes en la cara permanecía quieto, esposado, siguiéndolo con la mirada. El teniente lucía pensativo, concentrado. De pronto detuvo su andar y, plantándose frente al detenido, le colocó una mano en el hombro mientras preguntaba:

—¿Ya te acordaste, cabroncito? ¿O quieres que te refresque la memoria?

El hombre miró al policía sin miedo. Su boca se torció en una sonrisa cínica y siguió en silencio. La mano de Quintanilla se deslizó del hombro hasta cerca del cuello del detenido y comenzó a apretar con fuerza.

—¡En tu sindicato todos hacían cábalas de los atentados contra el ruso! ¡Del de mayo y del de hace días! ¿O qué? ¿Ya se te olvidó? ¡Por eso te estoy ayudando a recordar! ¿Quieres que traiga el Tehuacán y el chile?

Quintanilla retiró la mano de la carótida del hombre. Se apartó un paso de él. El hombre soltó un ronquido, luego varios jadeos que fueron disminuyendo de intensidad. Por fin habló:

—Uno de ellos…

—¿De quiénes?

—Uno de los líderes de la sección, al que le dicen el Guanaco, dijo que quesque los que atacaron la casa del viejo en mayo habían

resultado puros pájaros nalgones, y que por eso los de arriba ya tenían preparado otro ataque, y que este iba a ser el definitivo…

—¿Los de arriba?

—Eso dijo…

—¡Nombres! ¡Quiero nombres!

—Pos seguro se refería a don Lombardo…

—Lombardo Toledano, ¿y quién más? —Quintanilla se situó detrás del detenido y con la mano volvió a aplicarle castigo en el mismo lugar. Los gritos del hombre fueron creciendo.

El teniente lo soltó después de un par de minutos. Caminó hasta ponerse de nuevo frente a él y se agachó con el fin de que sus rostros quedaran uno frente a otro.

—Ai donde usté me ganchó, en los billares XEW, un coyote anduvo diciendo…

—¿Un coyote?

—Sí, uno de esos apostadores que se fingen maletas pa enganchar incautos y ganarles…

—¿Qué con él?

—… anduvo diciendo que entre los primeros que atacaron la casa del viejo en Coyoacán andaba un Arenal, creo que le hace a la pintura… Nomás eso oyí, se lo juro…

Quintanilla contempló al detenido como si quisiera meterse en su cabeza para comprobar que era todo lo que sabía. Su instinto estaba insatisfecho, así que se acercó al oído del preso, quien gritó de dolor cuando sintió un mordisco en la oreja. El hombre, entre sollozos, terminó por murmurar tres nombres completos: Lombardo Toledano, Eduardo Soto Innes y Luis Arenal, que el teniente escribió en una libreta salpicada con un par de gotas de sangre.

—¿Ya ves? ¿Para qué te hacías el difícil? —le palmeó la espalda.

Luego se giró hacia el espejo que se hallaba en uno de los muros y asintió seguro de que, tras el cristal, Robledo había escuchado lo mismo. Encaró al preso de nuevo, y estiró la mano para darle unas cachetaditas.

—¿Ya ves, mi valedor? Todo está en la memoria, nomás hay que saberlo buscar.

Amagó otro golpe al rostro, con tal realismo que el detenido por poco se va de espaldas al suelo con todo y silla. El policía sonrió socarrón y salió de la sala de interrogatorios.

XVII

Al otro lado del cristal, invisible para el detenido, Robledo notó que el preso primero daba un suspiro de alivio y luego se ponía a llorar durante unos instantes. Pensó que en verdad Quintanilla era bueno en eso de aterrorizar a los sospechosos hasta sacarles la información que quería. Ya había dado suficientes muestras de ello durante la Revolución, cuando le tocaba interrogar a los enemigos. No se tentaba el corazón para hacerlos bramar de dolor si era preciso.

—Arenal, Arenal, ¿por qué me suena? "Le hace a la pintura", dijo el hombre. ¿Se refería a que pintaba casas y edificios? —se preguntó Robledo mientras leía sus apuntes—. Con estos nombres ya podemos empezar a trabajar. Pero antes, creo que es hora de traer al tal Mornard para ver de qué está hecho.

Se escucharon unos pasos que se acercaban y Robledo pensó que se trataba otra vez de Quintanilla, con una pregunta respecto al interrogatorio. Volteó y se encontró con Quevedo, que miraba a través del cristal al tipo esposado. En vez de saludarlo, su pupilo lo cuestionó:

—¿Eso le parece bien, maestro? ¿Traer a inocentes, golpearlos y aterrorizarlos para arrancarles nombres con violencia? ¿Para eso quiere que trabaje con uno de la vieja guardia?

Robledo sintió las preguntas de Quevedo, más que como una insubordinación, como un ataque, y respingó con enojo, pero pudo calmarse antes de responder:

—Cálmate, Alfonso. Ni siquiera sabes de lo que se trata.

—¿Cómo quiere que me calme, no ve cómo dejó Quintanilla a ese pobre infeliz?

—¡Que te calmes, te digo! En primer lugar, el interrogatorio ya terminó, en segundo, este hombre nos dio una buena pista, y en tercero, así como lo ves, este tipo no es tan inocente. Valentín lo detuvo porque había una orden de aprehensión en su contra por robo.

Quevedo le dirigió a su maestro una mirada llena de ironía.

—Una orden de aprehensión que seguramente usted firmó a petición de Quintanilla. ¿Me equivoco?

Robledo prefirió no responder a la última insinuación. Caminó unos pasos para apartarse del cristal y su alumno lo siguió con expresión de disgusto.

—¿Ve por qué no quiero trabajar con él? No apruebo sus métodos. Ese pobre hombre de ahí está golpeado, y no dudo de que ya lo haya sometido a tormentos más refinados, de esos que no dejan huella.

Robledo pareció perder la paciencia:

—¡Ya para tus quejas! A ese tipo Quintanilla lo sacó de los billares XEW, que tú jamás has pisado y a los que jamás te meterías, ¿no es cierto? Y míralo bien. Es un obrero de fundición que vive en Candelaria de los Patos. ¿Crees que si lo interrogaras tú conseguirías empatizar con él? ¿Cómo te meterías en su cabeza si no tienen nada en común? Entiéndelo. Para hombres como ese, quien resulta necesario es Quintanilla, carajo.

Alfonso guardó silencio. Clavó en su maestro una mirada rencorosa, después vio al hombre a través del cristal y sus rasgos perdieron dureza, señal de que había comprendido las razones de Robledo y, aunque le pesara, debía estar de acuerdo con ellas. Bajó la cabeza como un alumno regañado, justo cuando un uniformado entraba para sacar de ahí al detenido, lo que el juez aprovechó para preguntar:

—¿Qué has decidido? ¿Te sumas a las investigaciones o no?

Antes de responder, Quevedo primero miró la sala vacía, luego al juez y preguntó:

—¿A cuántos han interrogado hasta ahora?

—Media docena.

—¿Y ha habido resultados?

—Sí, los ha habido. Pero no me has respondido la pregunta, Alfonso. ¿Pudiste echarle el ojo a los expedientes y las fotos que te hice llegar?

Al criminólogo se le distendieron los músculos de la cara y le brillaron las pupilas.

—Sí. Los leí, y estudié las fotos. Estoy seguro de que con el tal Mornard sí conseguiré "empatizar", si usted me permite interrogarlo antes de ese animal.

Escucharon que la puerta se abrió y ambos volvieron la mirada a la sala de interrogatorios: Valentín llevaba del brazo al asesino de Trotsky, quien caminaba con dificultad. La venda en la cabeza de Mornard, chueca como si lo hubieran sorprendido durmiendo, ya no mostraba rastros de sangre. De pronto los ojos del belga quedaron fijos en el cristal de doble vista, como si intentara traspasarlo y clavar las pupilas, igual que un par de punzones, en quienes lo observaban. Robledo percibió en ellos una mirada hueca, como de quien ha muerto con anticipación, pero con voluntad asesina. Se cruzó de brazos. Se había topado con actitudes semejantes con otros cautivos durante la Revolución, cuando eran sentenciados a la horca o al paredón de fusilamiento. Hombres sin alma, les llamaba, porque no expresaban nada ni cuando la soga les apretaba el cuello al levantarlos del suelo para hacerlos pendulear en el aire durante horas, ni cuando las ráfagas de plomo les atravesaban el cuerpo. Mornard era de esos: sin un ápice de arrepentimiento, sin miedo a morir, sin esperanza ni creencia alguna. Robledo se volvió hacia Alfonso. Sintió un estremecimiento cuando descubrió la forma en que su pupilo contemplaba al detenido: concentrado, como en un

duelo del viejo Oeste. Su rostro había cambiado: tenía las facciones duras, sin rastro de empatía.

—¿Estás bien, Alfonso?

Al escuchar la voz de su superior, la cara de Quevedo volvió a su gesto habitual.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Sé que apenas es la segunda vez que estás frente a un asesino así de tan cerca. En lo que me has ayudado antes, lo has hecho a partir de los expedientes y los cadáveres, no frente al perpetrador —Robledo se rascó la barbilla—. En mi cátedra hablamos del término falacia…

—Lo recuerdo, se refiere a cuando un hijo es abandonado violentamente…

—Y no hay nada más violento que un asesinato, Alfonso.

Robledo había investigado el pasado de su discípulo cuando se percató de su inteligencia. Descubrió que el progenitor de Alfonso, Gustavo, encargado de una aduana en Ciudad Juárez, fue asesinado por un exempleado al que despidió por robar mercancía. Desde una ventana, este disparó sobre su jefe, quien se hallaba sentado frente a su escritorio, hiriéndolo en la nuca. Sin embargo, el asesino no pudo percatarse de que, recostado a un lado de los pies de su padre, el niño de diez años leía un libro a la espera de que su papá concluyera el turno y los dos regresaran a casa. El cuerpo sin vida de Gustavo Quevedo se derrumbó sobre el pequeño Alfonso. Cuando el homicida saltó por la ventana y se acercó para vaciarle el resto del cargador, se encontró con el rostro moteado de sangre del niño. Las miradas permanecieron enredadas un instante hasta que el agresor dejó caer el arma para salir corriendo. Alfonso quedó con el cuerpo de su padre sobre el suyo mientras sentía que sus propios orines y la sangre del herido se unían en el piso de madera de la oficina. Según leyó Robledo en el informe, con una seriedad que asustó a los oficiales, Alfonso dio una descripción tan fiel del perpetrador, que no tardaron en encontrarlo.

—Si se enteró de eso, maestro, también debió leer que, salvo la tristeza de quedar huérfano, no tuve ninguna afectación.

—Alfonso, la cercanía de la muerte siempre nos afecta, no hay que ser médico para saberlo…

Robledo interrumpió la frase cuando escuchó el carraspeo de Quintanilla, que se preparaba para iniciar la faena. Traía la camisa sucia y arremangada, por lo que en sus brazos resultaban visibles varias salpicaduras de sangre. Mornard las notó cuando el policía le puso un cigarro en la boca, pero no expresó ninguna reacción. Valentín encendió un cerillo, dio fuego al cigarro de Mornard, luego al suyo, y se despatarró sobre una silla de frente al detenido.

—Conque belga, ¿no? —Quintanilla sonrió—. Pues los de tu país son muy raros. Yo soy de Tamaulipas y allá usamos pistolas para matar a otros cristianos, no picos.

Mornard hizo con el humo un par de donas perfectas que se fueron agrandando hasta disolverse cerca del techo. Alfonso y Robledo entendieron que quería mostrar indiferencia. También Valentín, a quien se le borró la sonrisa. Con un movimiento rápido, apresó con fuerza la mano del otro, lo obligó a extenderla y le acercó la brasa del cigarro. Mornard aguantó el grito al tiempo que el aire se impregnaba de olor a carne quemada. Quintanilla sonrió con furia:

—Aquí no te vas a burlar de nadie, putito. ¿Quién te mandó? ¿Para quién trabajas?

Detrás del cristal, Quevedo se removió incómodo.

—¿Qué está haciendo ese animal?

Sin esperar respuesta, rodeó la sala de interrogatorios antes de que el juez Robledo pudiera evitarlo. Abrió la puerta y encontró a Mornard con la mandíbula trabada de dolor. Irrumpió iracundo y Robledo entró detrás de él. Quintanilla estaba a punto de apagarle el cigarro en la oreja al asesino de Trotsky.

—¿Qué hace ese cabrón aquí, mayor? Quedamos en que primero lo haría a mi manera.

—Cree que necesitas ayuda, Valentín.

El agente escupió a un lado del detenido. Le dio una fumada al cigarro y lo tiró al piso. Miró a los recién llegados y un gesto de desprecio y furia se marcó en su cara. Luego se volvió de nuevo al detenido, quien los veía irónico mientras hablaba en francés:

—Lean mi carta de confesión, es todo lo que tengo que decir. Nada más.

Quintanilla pareció perder la paciencia.

—¿Qué dijo ese cabrón? —cerró el puño.

Quevedo tradujo sin dificultad, y Quintanilla encaró a Mornard.

—¡Qué confesión ni qué la chingada! ¡A punta de madrazos te voy a hacer que hables en cristiano, hijo de mil madres!

Como estaba a punto de cumplir su amenaza, Quevedo se interpuso entre el detenido y el policía.

—¡Espérate! ¡Así no vas a conseguir nada!

Valentín buscó con la mirada al mayor, pero se encontró con una negativa. Al ver que no tenía su apoyo, dio en la mesa un manotazo que retumbó en la sala. Pateó la silla de metal y el estruendo le hizo a Quevedo dar un respingo. Mornard contuvo una risa irónica. Quintanilla enfureció aún más. Se dirigió a la puerta, golpeando con el hombro a Quevedo al pasar, pero Robledo le cerró el paso.

—Valentín, ya te dije que te necesito en esto.

—Parece que no, mayor, a pesar de que le he demostrado que puedo obtener información sin haber leído tantos libros. Mejor déjeme pasar.

Se hizo a un lado y el agente se perdió en el fondo del pasillo. Robledo pensó que tal vez era mejor que se calmara un poco antes de volver a hablar con él: Valentín tenía tanta furia guardada en el alma que parecía que nunca se le acabaría. El juez miró a Alfonso, asintió levemente, salió y cerró la puerta. Quevedo se quedó a solas con Mornard, quien curvó los labios hasta formar una sonrisa torva. Era la primera vez desde que estaba en ese cuarto que se veía tranquilo.

—Conque los compañeros no se llevan bien… —dijo en francés, en tono de burla.

Quevedo miró al espejo, que le devolvió sus imágenes. Su rostro contrastaba con el del asesino confeso. El suyo denotaba molestia, enojo, frustración, mientras que el del extranjero serenidad y cinismo. El espectáculo que acababan de dar frente a Mornard sólo los colocaba en desventaja ante él. Había sido un error. Lo sabía como criminólogo, pero también Jacques lo había comprendido: ahora tenía ventaja franca sobre sus inquisidores.

XVIII

El Güero estaba cansado de merodear el edificio de policía sin encontrar información que le diera la de ocho en su periódico. A pesar de sus contactos, no había conseguido gran cosa; a lo mucho algo para terminar su columna semanal, un par de rumores que servirían para que el caso del homicidio de Trotsky siguiera en la mente de los mexicanos. Pero él quería carne de primera para lanzársela a sus lectores. No le habían permitido colarse en las salas de interrogatorios. Ni Robledo ni Quintanilla asomaban la nariz para poder sacarles declaración. Y cuando trató de interceptar a Quevedo y preguntarle qué hacía ahí, el criminólogo ni siquiera volteó a verlo.

Estaba a punto de marcharse a la redacción, cuando vio que llegaban dos gendarmes con un par de albañiles detenidos. De entrada, no les prestó atención. Alguna pelea en un tugurio, un robo o algo que se iría a interiores. Él no estaba para sobras. Pero cuando escuchó que los patas blancas afirmaban que ellos eran los dueños de las pinturas y los pinceles porque hacían murales y retratos, paró oreja. Se imaginó que podría sacar una nota chusca, algo de color para no irse en blanco. Se acercó con disimulo al mostrador, donde los agentes habían dejado los objetos. De inmediato los reconoció: esos pinceles no podían ser de ellos. El Güero sabía quién los usaba, porque había visto instrumentos semejantes al entrevistar a un artista, quien aseguró durante la charla que los fabricaban exclusivamente para él en Estados Unidos y se los mandaban cada

cierto tiempo. El periodista se acercó al oficial que llenaba el registro de los albañiles antes de pasarlo al Ministerio Público.

—¿Dónde agarraste a estos cabrones?

—Por el rumbo de La Merced. Querían venderle todas esas chingaderas a un judío que tiene una papelería por allá.

El Güero agradeció la información. Tal vez tuviera un hilo de dónde jalar para tejer una buena historia. En eso, Valentín salió del rumbo de las salas de interrogatorio como alma que lleva el diablo. Corrió tras él. Si no hubiera sido porque el detective se detuvo afuera de la comandancia a encender un cigarro, no lo habría alcanzado. Al verlo, el teniente bufó:

—No estoy de humor, cagatintas. Vete a chingar a otro lado.

—Tranquilo, Leandro. Te traigo un regalo para que quites esa cara de haber comido guajolote crudo.

Quintanilla apretó los puños y los huesos de los dedos tronaron tan fuerte que el reportero pensó que había roto una rama. Luego gruñó una maldición y le dio la espalda para alejarse. El Güero tuvo que esquivar a un camotero que pasó junto a él y dio un par de trancos largos para colocarse al lado del policía.

—¡No te estoy jodiendo, Leandro! ¡Escúchame!

Valentín soltó un pujido y lo agarró por las solapas, estrellándolo contra la pared. El Güero no esperaba ese movimiento y por segundos perdió el aire. Contempló los ojos duros del policía. Pocas veces lo había visto tan enojado.

—Tranquilo, Quintanilla. Agarraron a unos albañiles por La Merced con unos botes de pintura, unos pinceles, overoles, espátulas. Todo robado.

—¿Y eso que chingados me importa, Güero? ¡Te dije que no me estuvieras jodiendo!

—Esos pinceles son los únicos que usa Siqueiros, Leandro.

Al escuchar el nombre, el teniente aflojó la fuerza de sus manos. Hacía meses que todos buscaban al muralista para que diera su versión de los hechos sobre el primer atentado contra Trotsky.

Aunque no tenían pruebas de su participación en la acción de mayo, el agente estaba seguro de que, si había intentado una vez matar a Trotsky, no era descabellado que lo intentara de nuevo. A Quintanilla se le abría otro camino para develar la identidad del belga sin los jueguitos mentales de Quevedo si demostraba que Siqueiros y Mornard se conocían. Soltó las solapas del periodista e hizo el intento de plancharle las arrugas con las manos.

—Te debo una, pinche cagatintas. Si confirmo algo, serás el primero al que le pase la información.

—¿No le vas a avisar a tu compañero?

En tanto se despedía con un ademán, Quintanilla aclaró:

—Yo no tengo compañeros, Güero, que no se te olvide.

XIX

Tom colocó la maleta en el suelo y con la mirada pareció insistirle de nuevo a Klava que se marcharan juntos a Cuba, aunque estaba claro que ella nunca dejaría a Mornard a su suerte en una cárcel mexicana. Klava sabía que contaba con un tiempo limitado para poder hacer algo por él, sobre todo después de las palabras que le dijo Tom cuando volvió la noche anterior:

—Oportunidades como esta no se las dan a cualquiera, así que es mejor que la aproveches, porque no habrá otra.

Al verlo a punto de partir, ella escudriñó el rostro de su amante: lucía como si hubiera envejecido cinco años en las últimas noches. Lo mismo que Klava: esa mañana, después de bañarse se había descubierto en el espejo arrugas y canas que no tenía antes de llegar a México. Con un suspiro de resignación, reconoció que los años, las preocupaciones y la tensión de las misiones que el Partido le encargaba poco a poco le iban desgastando la belleza y el salero que años atrás habían sido legendarios. Esa belleza y ese salero que hacían que la siguieran los hombres, que estuvieran dispuestos a morir por ella, con tal de pasar un rato a su lado, incluso en medio de los combates de una guerra civil. Y ahora esta misión les estaba arrebatando a Tom y a ella no sólo el sosiego, sino también las energías y lo que les quedaba de juventud.

Lo mejor para ambos sería que se largaran cuanto antes de ese país que, aunque lo había visitado en otras ocasiones, nunca

terminaba de descifrar: en México nada parecía tener orden ni lógica y todo se llevaba a cabo en medio de un caos de baja intensidad.

Al ver que su amante aferraba el picaporte de la puerta, Klava se cruzó de brazos para disimular el temblor que la envolvía a causa de la ansiedad, y le preguntó si le había aclarado a los hombres con los que se vería lo que necesitaba de ellos.

Tom se le acercó, le acomodó el cabello que le caía sobre el rostro y, para tranquilizarla, comenzó a enumerar:

—Armas, uniformes y un carro para poder escapar. La misión ha sido bautizada como Operación Gnomo. ¿Por qué no vienes conmigo de una vez? Deja que ellos se encarguen. Tú más que nadie sabe que, en estos asuntos, todos somos reemplazables.

—En esta ocasión, ni Jacques ni yo lo somos. Está decidido. Él regresa conmigo a Moscú.

Tom suspiró. La conocía y sabía que nada la haría cambiar de parecer. Con expresión resignada levantó la maleta del piso, la sopesó como si quisiera comprobar que llevaba todo lo necesario y luego le dio a la mujer un largo beso en la boca. De inmediato supo que había desayunado vodka. Otra vez.

—Recuerda que el muchacho recibió entrenamiento para burlar interrogatorios y resistir torturas. Nadie podrá sacarle ni la verdad ni su origen. Fuimos cuidadosos. Y, mientras ignoren eso, Jacques estará a salvo.

—Pero no podemos arriesgarnos. Es mejor actuar ahora que no hay tanta seguridad. No quiero ni imaginar su situación si lo llegan a trasladar a un penal.

Tom, que ya había abierto la puerta, se giró al escuchar las palabras de Klava.

—Si termina en Lecumberri, da todo por perdido. *Udachi tebe*, Klava querida. La vas a necesitar.

Tom cerró la puerta tras él. Klava sintió como si las habitaciones del departamento se ensancharan en un instante a más del doble de su tamaño. Sola. Estaba sola. Lo reconoció mientras un

estremecimiento la recorría. Sabía que las palabras de Tom eran certeras: debía contar con la fortuna. Pero ella no estaba acostumbrada a dejarse llevar por el destino. Siempre había sabido construir su propia suerte y ahora no tenía por qué empezar a confiar en azares, sino volver a recurrir a su propia capacidad, experiencia y astucia.

EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS

Sabe que la noche está de su lado, así que decide aprovechar la soledad del paraje para concluir lo que la mujer no pudo otorgarle en vida. De un tirón le arranca la blusa y el movimiento hace que la cabeza de Juana golpee varias veces el vidrio del auto. Queda al descubierto un sostén roído por el uso. La tela no resiste la fuerza del tirón y los pechos fofos se desparraman sobre el estómago. El hombre traga saliva. Ahí está lo que busca. La cicatriz de una cesárea mal hecha. Un gusano rosáceo que repta en el bajo vientre y desciende como si quisiera esconderse en la madriguera del pubis. Tiembla. En ese momento, un par de minutos apenas, pierde el control de sus emociones y de su cuerpo. Acaricia con los dedos la marca. Cierra los ojos y se ve de niño, debajo de la mesa del cuarto de vecindad donde su madre se reunía con sus colegas por la mañana, después de una noche ardua de trabajo. Se le reborujan en el cerebro las charlas, los llantos, las risas, el olor del café recién hecho, el humo del cigarro, el hedor penetrante del tequila. Y él, abajo, muy quieto, mirando fascinado las batas semiabiertas de aquellas mujeres cansadas de trajinar durante la noche y la madrugada las calles de la ciudad. Ahí fue cuando descubrió esas cicatrices que no sólo cruzaban el cuerpo de su madre, sino de todas sus compañeras.

El hombre se agacha. Empieza a lengüetear la rugosa cesárea de Juana. ¿Es parecida a las que contemplaba de niño?, se pregunta mientras el sudor salobre adherido a la piel de la muerta se mezcla

con su saliva y, ahora sí, un cúmulo de sangre se concentra en su miembro. Con una mano, baja el cierre de su pantalón para empezar a masturbarse. La excitación no le dura más de siete enviones y, mientras se vacía sobre el asiento, lanza una especie de grito —extraña mezcla que se confunde entre un berrido y un sofoco casi al mismo tiempo— que se pierde entre las sombras cómplices que aún cobijan la ciudad.

XX

A esas horas de la tarde, el barrio de La Merced, uno de los más antiguos de la urbe, era un hervidero de vehículos y gente. Había desde carretas y carretones cargados de mercancías, ya fueran tirados por caballos, mulas, burros u hombres, hasta camiones desvencijados y temblorosos, camionetas y automóviles de los dueños de negocios y bodegas o de quienes iban ahí a hacer compras al por mayor; comerciantes, paseantes, ropavejeros, pepenadores, turistas, militares en día franco, vagabundos, policías uniformados, algunas prostitutas tempraneras, teporochos, sirvientas en el mandado, cargadores, macheteros, vendedores de drogas, malvivientes, rateros o simples transeúntes sin nada que hacer.

Todos sufriendo el calor de agosto, todos sudando bajo la ropa como si se hallaran en un cuarto de vapor, todos caminando con displicencia igual que si hubieran perdido el rumbo desde un rato antes.

Valentín Quintanilla, quien avanzaba con más rapidez y firmeza que la acostumbrada a causa del coraje que le había despertado la intervención de Quevedo en el interrogatorio de Mornard un rato antes, detuvo sus trancos en una esquina y miró al cielo: ni una nube que cargara algo de lluvia, apenas tres o cuatro retazos de algodón que parecían disolverse en el azul claro. Tampoco había viento. Respiró profundo para tranquilizarse. Se quitó el sombrero Panamá para limpiarse el sudor de la frente con la manga del saco y maldijo la hora en la que se le ocurrió vestir de traje ese día.

Había entrado al barrio por la parte posterior del Palacio Nacional, siguiendo la calle de Soledad con rumbo de la iglesia del mismo nombre, la primera iglesia de indios en la Ciudad de México, sin tener un objetivo fijo, pero con la certeza de que encontraría una pista que lo condujera hacia el paradero de David Alfaro Siqueiros.

Recordó que el Güero le dijo que los albañiles habían encontrado los implementos de pintura en las inmediaciones del claustro de La Merced, así que en cualquier esquina debía doblar a su derecha, hacia la calle de Uruguay.

Siguió caminando mientras miraba uno a uno los rostros de quienes lo rodeaban y se cruzaban con él, a la espera de toparse con alguno que iluminara su memoria e hiciera reaccionar su instinto de sabueso. Palpó la bolsa inferior del saco para asegurarse de que llevaba la imagen del pintor, y sobre la tela sintió la firmeza del papel fotográfico.

Llegó a la altura de un pequeño muelle cancelado que hasta hacía unas décadas había servido para que en él atracaran las trajineras cargadas de legumbres o de flores provenientes de Xochimilco a través de los canales, y decidió tomar esa calle, más ancha y menos transitada que las otras, para acercarse al exconvento sin tener que esquivar tanto vehículo.

Por ahí había más fondas, pulquerías y puestos de comida que negocios de compra-venta. Conforme se acercaba a la calle de Uruguay, comenzó a fijarse con mayor cuidado en la gente, tratando de adivinar quién podría haber visto a Siqueiros, en cuál fonda o pulquería acostumbraba a meterse.

De pronto notó que un hombre vestido con harapos lo veía fijo y rápido daba media vuelta para alejarse de él. El instinto de Quintanilla hizo que siguiera al tipo, al tiempo que buscaba en la memoria el recuerdo de aquel rostro.

—¡Espiridión! —lo llamó por su nombre—. ¿A dónde con tanta prisa? ¿A poco me quieres sacar la vuelta?

El frustrado fugitivo, un ladrón al que Quintanilla había arrestado un par de veces en años anteriores, detuvo su marcha en cuanto oyó su nombre, y se volvió con una sonrisa nerviosa en el rostro.

—Nooo. Cómo cree, mi jefe. Pa qué juir si ando bien limpio…

Quintanilla se acercó despacio a él mientras lo estudiaba. El tal Espiridión llevaba un pequeño costal que, con ingenuidad, trató de ocultar detrás de su espalda. Cuando estuvo cerca, el teniente se lo arrebató de un manotazo:

—¡Trae acá, cabrón! Así que "bien limpio", ¿no?

—Son cosas de mi propiedad, mi jefe. Ando bien bruja, por eso las llevaba a vender.

Quintanilla abrió el costal. Adentro había dos radios, otro par de relojes y hasta una cartera aún con algunos billetes. Extrajo la billetera y la abrió.

—Así que "cosas de tu propiedad". ¿Ahora te llamas licenciado Rodolfo Guzmán y vives en la Roma? Qué raro, porque no te pareces en esta foto con traje y corbata.

El hombre palideció, miró a los lados con rapidez. Comenzaba a girarse para echar la carrera, cuando Quintanilla se abrió el saco y puso la mano sobre la cacha de su Walther mientras decía:

—¡Ni se te ocurra, cabrón, porque te trueno, o de perdida te dejo cojo!

Espiridión se paralizó. Tenía el rostro desencajado y su cuerpo temblaba, dejando escapar el aroma que el teniente identificó con el del miedo. Permaneció en silencio, con los labios trémulos, en tanto Quintanilla terminaba de revisar el contenido del costal. Luego, al sentir que el policía lo aferraba del brazo y comenzaba a caminar hacia la sombra de un muro alto, se atrevió a suplicar.

—Páseme esta, mi jefe… le juro que es la última vez…

Quintanilla lo puso de espaldas al muro y le soltó el brazo. Sacó la cajetilla de Tigres, se puso uno en la boca y le dio otro a Espiridión. Luego de encender ambos, y de ver cómo el olor a tabaco cubría el del miedo, preguntó:

—¿Cuántos años te darían por ratero reincidente?

—La verdad, mi jefe, ni sé, pero muchos —el hombre respondió a punto del llanto—, y el abogado que me sacó la última vez ya no quiere ni verme porque no le pagué…

El policía contempló al ratero a través de una cortina de humo y casi sintió lástima por él al ver sus ojos cristalizados. Calculó que era el momento, que Espiridión estaba lo suficientemente asustado, sacó la foto que traía en el bolsillo y se la puso frente al rostro.

—¿Has visto a este cabrón?

El otro echó un vistazo a la imagen con la mirada húmeda.

—No… No sé…

—¡Míralo bien! ¡De ello depende que te atore y te lleve a la comandancia o que te deje ir!

La amenaza surtió efecto: Espiridión reaccionó como si hubiera recibido un toque eléctrico, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y agarró la foto para verla más de cerca. Luego miró al teniente y volvió a ver la imagen. Se notaba que hacía un esfuerzo.

—La cara me suena, mi jefe. Creo que sí lo he visto por aquí, pero no jallo dónde. ¿Qué hizo este vale? No tiene tipo de rata…

—Es un artista, un pintor al que queremos echarle el guante.

—¿Pintor, dijo? —se quedó pensativo unos instantes—. Como que ya me suena más. Si no le jierro, creo que algunas noches le cae a echarse sus alipuses en una pulquería que queda aquí a dos cuadras. Si es él, sincho que el ciego Meneses lo reconoce. ¿Sí sabe dónde encontrarlo?

Quintanilla asintió, dio un paso atrás, tiró la colilla al piso y le tendió el costal al ratero, pero cuando el otro iba a agarrarlo, retrajo el brazo poniéndolo de nuevo fuera de su alcance.

—No debería dejarte esto, cabrón. Es la última vez. Pero primero dime, ¿cómo se llama la pulquería donde dices que has visto a Meneses?

—El Abrevadero de los Dinosaurios, mi jefe. Aquí a la vuelta.

Quintanilla lo recordó: un agujero de un solo cuarto, ínfimo, con los toneles de pulque a la vista y tres mesas que ocupaban casi siempre pepenadores y putas viejas. ¿Por qué atraían esos sitios a los intelectuales y artistas?

Miró a Espiridión y le extendió el costal. El otro lo agarró antes de que el teniente fuera a arrepentirse y se apartó a paso rápido, primero, para pegar la carrera después, mientras cada dos o tres zancadas volteaba hacia atrás con el fin de asegurarse de que nadie iba tras él.

Quintanilla lo vio mientras se preguntaba por qué corría, si lo había dejado ir. Se rio. Ahora se sentía satisfecho de su expedición a La Merced, y estaba seguro de que muy pronto Siqueiros caería en sus garras.

XXI

La Lagunilla estaba justo como Lupita la recordaba: llena de charcos enormes que formaban un lodo tan espeso que, si no tenía cuidado, la haría terminar con los zapatos inservibles.

Vio en la esquina, bajo un farol rojo, a un grupo de mujeres y se dirigió hacia allá. Al darse cuenta de que se acercaba, una de ellas entornó los ojos intrigada. Lupita sonrió con calidez y le extendió la mano.

—¿De dónde vienes? —preguntó una mujer de huaraches y sobrecargada de maquillaje mientras se cruzaba de brazos.

Las demás del grupo se colocaron a su espalda y Lupita pensó en el modo en que los pollitos se colocan detrás de la mamá gallina para que los cuide.

—Sólo estoy actualizando este censo —mostró la portada del libro —. Quiero saber si ha habido alguna mejora, si creen que hay más prostitución, si han podido salir de la calle gracias a los apoyos…

La lideresa enchuecó la boca y ahogó un pujido.

—El pinche gobierno nomás sirve para cobrarnos más, y si algunas ahora no están circulando por la Lagunilla se debe a otros motivos.

—¿Qué motivos? —Lupita buscó con la mirada el rostro de las mujeres. La mayoría no rebasaba los veinte años. Le pareció incluso que la última muchacha, la que se cubría con un rebozo, no pasaba de los quince.

—Desaparecen —dijo alguien en voz baja.

—Nadie desaparece. Se han de haber cambiado de esquina o de rumbo, o volvieron a sus pueblos. No les haga caso a esas chismosas que no saben ni conseguirse un hombre que las saque de trabajar —la lideresa se giró hacia sus compañeras.

—Ger, no quieres que digamos nada para que no asomen sus narices los azules —le contestó otra.

—¡Ya no se metan en lo que no les llaman! —las regañó la llamada Ger—. A ver, ¿a quién andas buscando? Mejor te despacho antes de que nos espantes a la clientela.

Lupita estuvo a punto de reclamarle el trato que les daba a las mujeres, pero sabía que era inútil. Si no era un padrote, era una madrota quien las regenteaba. Al final, las únicas que salían perjudicadas eran las muchachas. Y si se metía de más, seguramente cuando no estuviera a la vista ellas terminarían por pagar los platos rotos que Lupita colocara en la mesa.

Abrió la libreta y empezó a nombrar una por una la lista de mujeres que traía. De las prostitutas que conocía, Ger le daba los paraderos donde laboraban ahora, o le precisaba si alguna enfermedad, casi siempre sífilis, o un embarazo difícil, las había despachado al panteón. Lupita suspiró cuando descubrió que ninguna de las que enumeraba había dejado el oficio por cuenta propia.

XXII

Quevedo estudiaba desde hacía más de una hora cada uno de los movimientos de Mornard a través del espejo de doble vista de la sala de interrogatorios. Tras el ridículo que habían hecho Quintanilla y él frente al detenido cuando mostraron su rivalidad, prefirió dejar que su cabeza ofuscada se calmara. El paso en falso ya había sido dado. Lo único bueno era que de algún modo el berrinche de Quintanilla, una pataleta de adolescente, lo había quitado del camino al menos por un tiempo. Robledo había permanecido a su lado hasta unos minutos atrás, cuando un agente acudió a él para decirle que el licenciado Armenta necesitaba verlo.

El criminólogo se acercó al espejo. El rostro de Mornard había pasado de un rictus estoico, donde fumaba un cigarro cada tanto, a una inquietud que lo hacía voltear hacia la puerta a intervalos de cinco minutos. Quevedo alternaba la mirada en el reo y en las manecillas de su reloj. El espacio de tiempo entre un tabaco y otro se redujo a la mitad. También empezó a escucharlo carraspear, toser, murmurar maldiciones en francés, mientras se removía en la silla y se limpiaba el sudor de la frente con la manga de su camisola rayada. En una ocasión que realizó ese ademán, a Quevedo le llamó la atención una cicatriz en el antebrazo izquierdo.

Sin poder permanecer quietas, las piernas del reo se agitaban de un lado a otro como si ensayara pasos de baile sin abandonar su asiento. Sólo cuando advirtió que las facciones de Mornard se contraían enfurecidas, igual que si estuviera a punto de exigirles a

los guardias que lo sacaran de ahí, Quevedo decidió que ya era tiempo de una segunda ronda.

Al verlo aparecer, el extranjero refunfuñó algo que Quevedo interpretó como "Ya era hora".

No dijo palabra. Se limitó a lanzarle al otro una mirada inexpresiva mientras dejaba un portafolios sobre la mesa, para después caminar unos segundos con pasos medidos por el interior de la sala. Se sentó frente a Mornard. Después de otros minutos de mutismo, desesperantes para el detenido, Quevedo abrió su portafolios y dijo en francés algo referente a su carta de confesión.

Cuando escuchó la voz del criminólogo, Mornard soltó un largo suspiro. Luego sonrió con burla mientras le respondía que, si ya había leído su confesión, estaría enterado de todo sobre él. Luego añadió que no tenía nada más que decir. Quevedo se le acercó. Extrajo de su bolsillo una cajetilla de cigarros y con una sacudida de la mano le acercó uno a la boca. Mornard lo tomó con los labios y el doctor se lo encendió.

—¿No me va a quemar con él? Ah, ya estoy entendiendo: el otro es el policía malo y usted el bueno, ¿no? —el detenido ironizó en francés—. Cuando usted no consiga sacarme nada de lo que quiere, va a entrar el otro a golpearme, y así se van a ir turnando, ¿no es cierto?

—Yo no soy policía. Sólo vine aquí a conversar con usted, señor Mornard. ¿O debo decirle Jacson? ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Mornard. Jacques Mornard.

—Jacques Mornard, entonces, aunque haya ingresado al país con un pasaporte a nombre de Jacson —Quevedo se tocó el cuello de tortuga de su camisa—. Belga, ¿verdad? Nacido en Persia, en Teherán, para ser preciso. Y periodista, además de soldado. ¿Por qué eligió el periodismo como carrera?

El detenido miró a Quevedo en silencio, extrañado por la pregunta. Movió los labios, mas no dijo nada. Tras unos segundos de desconcierto, regresó a su rostro la expresión de ironía y le repitió

que, si ya había leído su carta, él no estaba dispuesto a hacer ninguna otra declaración.

—¿No le gusta conversar, señor Jacson, señor Mornard? ¿Sabe lo que creo? Que quienes le encargaron este asesinato lo entrenaron para resistir golpes y tortura con la boca cerrada, pero no lo prepararon para una simple conversación entre hombres civilizados.

—A mí nadie me encargó nada ni me entrenó para nada, salvo cuando estuve en el ejército belga.

Quevedo acercó su rostro al del detenido, lo contempló con calma durante unos instantes, estudiándolo, y le dijo que, si nadie le había ordenado matar a Trotsky, entonces por qué no respondía a su pregunta de por qué eligió el periodismo como carrera.

Mornard bufó. A señas le pidió otro cigarro a Quevedo. Cuando lo tuvo encendido en los labios, tras echar una bocanada de humo al techo, dijo que había escogido periodismo porque se trataba de una profesión que le permitía luchar contra…

Quevedo lo interrumpió completando la frase:

—… "contra el actual sistema de justicia social". Sí. Eso es lo que escribió en su carta de confesión. ¿O no será que alguien la escribió por usted y ya nomás tuvo que memorizarla? ¿No tiene otras palabras para explicarlo más que las que se aprendió igual que un escolar? Si hasta ahí llegan su vocabulario y sus ideas, debe ser mal periodista. Además, ¿a cuál sistema de justicia social se refiere? ¿Al capitalista? ¿No debió escribir entonces "injusticia social"?

En las pupilas del detenido brilló una chispa de furia.

—No voy a caer en sus enredos.

—No lo haga. Sobre todo si no tiene ni la inteligencia ni la habilidad para salir de ellos.

La ira en el rostro de Mornard se intensificó, lo que el criminólogo aprovechó para continuar, diciéndole que, si la tenía, la inteligencia, entonces le explicara cómo es que un periodista puede combatir el sistema de injusticia social. ¿Sería acaso denunciándolo? ¿Y ante quién o ante quiénes?

Mornard tomó aire.

—Ante la opinión pública, ante el pueblo —respondió titubeante.

—¿Ante el pueblo? ¿O sea que usted pretendía decirle al pueblo jodido quiénes son los que lo joden? ¿Cree que ellos no lo saben? Ahora dígame, ¿dónde realizaba usted esas denuncias, señor Jacson, señor Mornard? ¿En qué medio? ¿En algún periódico? ¿O nomás soñó con hacerlo y nunca denunció nada en ningún lado?

El detenido lo miró con odio. Dio un par de fumadas iracundas al cigarro hasta terminarlo y lo dejó caer al suelo donde lo aplastó de un pisotón.

—Esa herida del antebrazo, ¿cómo se la hizo? —Quevedo apuntó hacia la cicatriz.

—Esgrima —contestó seco.

Quevedo entornó los ojos para ver la encarnadura.

—No. Eso no fue con un filo, es más bien una herida de bala. Mire, señor Jacson, señor Mornard, me queda claro que usted está guardándose muchos datos que nos interesan. Al leer su supuesta confesión, y fíjese que no soy muy buen lector en francés, es fácil advertir que usted no escribe tan bien como se esperaría de un periodista. Es más, yo creo que usted nunca ha publicado nada. Lo que quiere decir que usted mintió sobre su oficio. Usted nomás es un matón. Y tampoco es un buen matón. Si no, ¿cómo explicaría que un anciano, de espaldas, herido de muerte, haya tenido tiempo para voltearse y atacarlo a mordidas causándole esa herida tan grave que aún no ha conseguido sanar? ¿Sabe qué pienso al respecto, señor Jacson, señor Mornard? Que usted es un bueno para nada. Como decimos en México: ni picha, ni cacha, ni deja batear.

Quevedo terminó el discurso con una evidente sonrisa de satisfacción: Mornard estaba cerca de salirse de sus casillas. Y cuando dejó de sonreír, el criminólogo le dirigió al supuesto belga una mirada de infinito desprecio. El otro bajó la cabeza, pero alzó los ojos y en su mirada se notaba una furia asesina.

—¿Quiere usted matarme también, señor Jacson, señor Mornard? Carajo, no estoy seguro de la manera en que debo llamarlo, sobre todo porque no creo que ninguno de esos nombres sea en realidad el suyo. Bueno, ¿quiere usted matarme como lo expresan sus gestos, como lo afirma todo su cuerpo? ¿Y por qué no lo hace? No tiene nada que perder, ¿o sí? Todos aquí sabemos que usted no es más que un simple asesino. Mató al señor Trotsky, aunque por poco le sale el tiro por la culata. Y yo estoy seguro de que, aunque de modo mediocre, sin profesionalismo, ya había matado antes, quizá muchas veces. ¿Qué espera? Máteme. Su sentencia no va a ser mayor si lo hace. ¿O matarme le complicaría más las cosas a quienes lo enviaron a acabar con Trotsky? ¿Quiénes fueron, señor Jacson, señor Mornard? ¿Por qué no me lo dice ahora y descansa de tanta presión y se alivia por fin?

El detenido lucía agotado, confuso, iracundo. Clavaba en el criminólogo la mirada y tenía los dientes apretados, la mandíbula trabada. No decía nada, ni iba a decirlo por esta vez. Quevedo lo sabía. Pero no le importaba: había recuperado el terreno perdido, consiguiendo exasperarlo hasta cierto límite.

Sacó de nuevo la cajetilla y, a pesar de la renuencia de Mornard, que intentó girar la cara, le puso otro cigarro en los labios. De inmediato se lo encendió mirándolo fijo a los ojos. Luego se acercó a la puerta y golpeó dos veces.

—Ahora sí, llévense a ese matón inútil —dijo al uniformado que abrió—. Por hoy ya he terminado.

Lo vio levantarse de la silla, aún con la expresión homicida en las pupilas. Pero, cuando Mornard le dio la espalda para salir del brazo del uniformado, vio que su columna se encorvaba y que bajaba la cabeza, abatido.

Entonces Quevedo suspiró, seguro de que había empezado a doblarlo.

XXIII

Valentín divisó al ciego Meneses en cuanto dio vuelta en una esquina cercana al exconvento. Desde lejos vio el desgarbo de su figura tumbada en la banqueta con la espalda unida a la pared, semejante al Pípila antes de incendiar el portón de la alhóndiga de Granaditas. El supuesto ciego había sido en su juventud un ladronzuelo que cayó en sus manos varias veces, aunque nunca cumplió condenas largas, unas semanas, acaso unos meses, y de vuelta a la libertad.

Así había seguido, hasta que un día tuvo la mala suerte de robarle la cartera a un hampón conocido y violento, quien lo persiguió por las calles de Tepito hasta alcanzarlo, y le puso una golpiza que casi lo mandó al panteón. Meneses salvó su vida, pero quedó tullido, con una pata bandola, como decían sus conocidos, y ya no pudo progresar en su carrera de caco. Tenía que cambiar de actividad o aprender un oficio. Mientras se acercaba a él, esta vez despacio, Quintanilla recordó lo que unos agentes le platicaron: un tío de Meneses, quien se desempeñaba como pordiosero en las puertas de la catedral, lo había iniciado en su mismo oficio. No había sido difícil, pues se trataba del trabajo más cómodo. Ni siquiera tenía que moverse; tan sólo debía fingir una incapacidad, y mientras más provocara la compasión de la gente, mejor. Meneses optó por la ceguera. Se consiguió unos lentes negros, ensayó un sonsonete lastimero y se tumbó en esa banqueta de la que prácticamente no se había movido en cinco años, reclamando un par de metros cuadrados como su territorio. Desde entonces, todo el que pasaba

junto a él lo escuchaba repetir hasta el infinito la frase: "Una limosnita para este pobre ciego que no ve".

Quintanilla se dio cuenta de que, detrás de los cristales oscuros de sus gafas, Meneses lo había visto acercarse. El supuesto invidente tuvo una reacción espontánea, la de ponerse de pie y salir corriendo, pero justo cuando iba a hacerlo, como si hubiera recordado su papel de ciego, se quedó quieto, sentado sobre el cemento.

Sin decir nada, el teniente se puso a su lado y, de pie, también recargó la espalda en la pared. Permaneció así unos minutos, tan sólo disfrutando del nerviosismo creciente del otro. Luego se puso en cuclillas y le preguntó qué tal iba el día y cuánto había sacado de la gente. Meneses volteó hacia Quintanilla, alzó el rostro como si lo olfateara, con desconfianza, preguntó quién era y enseguida le dijo que se fuera de allí porque estaba invadiendo su territorio.

—No me digas que no me reconoces, cabrón —le ladró el teniente.

—Yo… yo no… no puedo reconocer a naiden, ¿qué no ve que soy ciego de nacimiento? A la gente nomás la huelo y la oigo… Y ni su voz ni su jedor me son familiares…

—Ah, qué pinche ciego falso. Bien sabes quién soy, no te hagas pendejo. ¿Ya no te acuerdas de todas las veces que te atoré por raterillo?

Meneses tragó gordo. Para no empeorar lo que creía que ya de por sí era una mala situación, se rio nervioso y luego trató de explicarse.

—Ah, qué mi jefe… Sí, ta bien, ya me acordé de usté, je, je… —y empezó a hablar con rapidez, escupiendo saliva—. Pero usté sabe que debo hacer como que no. Sí, tengo que fingir. Igualito que los actores del cine o de la carpa, ¿ve? Si no, ¿aluego con qué trago? Me moriría de hambre si la gente se da cuenta de que no soy un poca luz de verdá…

—Ya párale a tu tarabilla, pinche Meneses —se arrimó aún más al ciego y le habló casi en un susurro—. Vine a buscarte porque te tengo unas preguntas, y si no me las respondes te llevo a la delegación acusado de fraude, o de usurpación de funciones. ¿Cómo la ves?

—Usté… usté no se atrevería, mi jefe.

—¿Por qué no? Ponme a prueba… Al fin lo que estás haciendo es robar otra vez, nomás que ahora engañando a la gente.

Mientras llevaba a cabo su amenaza, el teniente advirtió que Meneses palidecía y que su pecho comenzaba a temblar. Para calmarlo un poco, le puso la mano en el hombro.

—Claro, a menos que…

Estas palabras hicieron que Meneses levantara de nuevo el rostro, interesado y con cierto alivio de encontrar una salida a su situación.

—¿A menos que qué? —preguntó y en sus labios se formó un amago de sonrisa.

Sin responder, Quintanilla llevó su mano del hombro del pordiosero al bolsillo interior de su saco y extrajo la imagen de su sospechoso. Se la entregó con disimulo, para que la gente que pasaba por la calle no viera al ciego contemplando una foto y empezara a preguntarse cosas o, peor, a asumirlas.

Sin embargo, Meneses, tal vez por sentir que ese pedazo de papel duro era su salvación, no sólo fijó la mirada en el hombre del retrato, sino que por unos segundos se alzó las gafas para poder verlo con más claridad. Cuando escuchó la pregunta de si había visto por la calle al cabrón ese, asintió seguro, y uniendo las yemas de los dedos de la mano le dio a entender al teniente que muchas veces.

—¿Por dónde?

El ciego señaló alargando la cara hacia la esquina contraria, donde se hallaba la pulquería El Abrevadero de los Dinosaurios, y comentó con voz sigilosa:

—Este endeviduo siempre va a inflar a ese chante, le gusta harto el pulque —luego señaló el exconvento con el índice—, y de allá sale y allá se regresa ya cuando anda bien burro. Lo he mirado haciendo eses hasta que se agarra de las rejas del portón del convento para no irse de hocico…

—¿Seguro? ¿Se regresa al exconvento? —preguntó Valentín.

—Sincho… Yo creo que chambea de albañil en la restauración…

—No sabía que lo estuvieran restaurando.

—El que dirige la obra es un gordo de nombre raro, un dotor no sé qué.

—¿Hoy lo has visto?

—No, hoy no ha salido —Meneses se rascó la cabeza—. En los últimos días lo he mirado poco en la calle… A lo mejor ya ni está chambeando.

El teniente se dio por satisfecho. Llevó de nuevo la mano al hombro del pordiosero, le apretó con fuerza el músculo sobre la clavícula hasta hacerle soltar un gemido, tan sólo para que supiera quién mandaba.

—Mi estimado poca luz —dijo Quintanilla—. Desde hoy puedes considerarte mi informante. Tengo muy pocos porque me gusta confiar en ellos.

Enseguida le metió un billete de veinte pesos en el bolsillo de la camisa y se puso de pie para empezar a caminar rumbo al portón del edificio colonial.

XXIV

El sudor que perlaba la frente de Armenta escurría por momentos hasta sus párpados, nublándole la visión. El jefe de policía se lo secaba con el pañuelo, pero era inútil: volvía a brotar como si un intenso calor lo estuviera derritiendo desde adentro. Maldijo. No soportaba estar bajo presión. Pero no cumplir las órdenes de su jefe significaba estancarse, sin poder subir los peldaños que tenía por delante en la escalera de la política. No importaba que no comprendiera esas órdenes ni las razones de su superior. Ni siquiera que ahora que dejaría su ministerio en el gobierno federal para irse a gobernar un estado del norte, según se decía en los corrillos políticos, perdiera parte de sus influencias en la capital.

Como el mismo Escorpión le había dicho en varias ocasiones, el papel de Armenta no era entender las cosas, sino obedecer y hacer obedecer a sus subordinados. No se le olvidaba que gracias a su jefe, moviendo los hilos que su mano manejaba, le había conseguido su cargo actual, ese que le otorgaba control sobre los jueces ministeriales y acceso a la información reservada que podía utilizar para su beneficio, como hacerse de solares sin dueño o inmuebles en litigio entre herederos, poner al mejor postor la resolución de un juicio, o incluso recibir las cuotas voluntarias que algunos hombres adinerados le proporcionaban si daba celeridad a ciertos casos. Pero él tenía más ambición. Sabía que lo que obtenía ahora no eran sino miserias, sobras de los banquetes a los que todavía no tenía acceso.

Extrajo un cigarro de la cajetilla que estaba en el escritorio y, justo cuando lo iba a encender, una gota salobre se desprendió de su frente y cayó sobre el papel que apretaba el tabaco dejando en él una mancha redonda y oscura.

Armenta murmuró una maldición. Partió el cigarro en dos con furia, lo echó en la papelera a su lado y sacó otro del paquete. Se apresuró a darle lumbre antes de que el sudor volviera a traicionarlo y le dio una fumada larga y profunda. El humo en los pulmones lo tranquilizó por unos segundos. Pensó que su lealtad a Escorpión debía mantenerse contra todas las adversidades, al menos por el momento, pues aunque no sentía ningún afecto por ese individuo autoritario y déspota, lo consideraba el apoyo del que se agarraría para acercarse un poco más a la cima de las posiciones de la administración del país. Esa cima añorada desde la que él, Armenta, cuando llegara, sería quien repartiera entre sus subordinados y favoritos ventajas y prerrogativas. Todo era cuestión de tiempo, disciplina y obediencia. Ah, y de fortaleza, pensó.

Nada podría conseguir si mostraba debilidad ante los caprichos de su superior, porque sabía que como él había varios hombres que estaban a las órdenes de su jefe, aunque no se conocían si no era necesario. Recordó a Aries: Escorpión le había ordenado que le llevara personalmente unos expedientes sobre el hijo de Winston Jenkins, uno de los hombres más ricos del país. El joven y sus amigos se habían metido en una pelea afuera del Salón Rojo y uno de los contrincantes estaba muy malherido. Armenta se imaginó que, debido a su posición social, sería normal que luego llegara a la política y los antecedentes criminales no serían bien vistos. A pesar de que Armenta le pidió a Escorpión que le permitiera llevárselos a él o a Jenkins, su superior se negó de manera rotunda. “No has llegado a esos círculos, Géminis. Todavía te falta demostrar valía”, le dijo aquella vez antes de colgar. Tuvo la reunión nocturna en un callejón mal iluminado cerca del Zócalo. Aries era un tipo siniestro, inexpresivo, rígido, aunque vestía con elegancia. No le había caído

nada bien. Le entregó los papeles, dio media vuelta y se fue sin despedirse.

Supo que siempre debía estar a la altura de los requerimientos de Escorpión si quería sentarse a las mesas de la gente más poderosa. Su jefe era un viejo lobo de mar que había pasado por múltiples puestos desde la Revolución, incluso por algunas gubernaturas, y durante el sexenio actual había aprovechado su estrecha amistad con el presidente de la república para afianzar aún más su poder, que ya era enorme.

Por eso la presión experimentada ahora, que tal vez sería más tolerable si consiguiera detener ese insufrible y constante brote de sudor en su frente que se le internaba entre las cejas y le bajaba como lágrimas por las mejillas. Volvió a enjugarse con el pañuelo ya empapado, y alcanzó a guardarlo en un bolsillo justo antes de que la puerta del despacho se abriera con una leve corriente de aire y el juez Robledo apareciera en el umbral.

Armenta bajó la mirada hacia los papeles sobre su escritorio para fingir que leía. Los conocía de memoria porque él mismo los había redactado, aunque el legajo ostentara el nombre de otra persona. Si a Robledo se le ocurría indagar quién era el autor del documento, se iba a topar con que se trataba del escribiente más baladí de una oficina escondida en el laberinto burocrático, quien seguro no estaría enterado de que alguien usaba su nombre. No podría saberlo, pues Armenta tenía muy presente que, si se quería llegar a la cúspide, era preciso borrar las huellas de sus movimientos.

Apenas se sentó frente al escritorio, Robledo recibió el papel con sellos oficiales y firmas ilegibles.

—Son las instrucciones de lo que debe hacerse con Jacques Mornard: el reo permanecerá detenido cuarenta y ocho horas más, y luego usted, como juez del caso, debe fijar fianza para que sea puesto en libertad hasta el día en que inicie su juicio —Armenta se aclaró la garganta y añadió—: Órdenes de arriba.

—¿De arriba? ¿Qué tan arriba? ¿De Palacio?

El juez posó la mirada sobre la hoja unos segundos, contrajo el ceño, luego le dio vuelta y estudió la siguiente. Azotó el documento en el escritorio y luego dio un par de manotazos sobre él, como si quisiera desbaratar lo escrito en las hojas.

—¡Son pendejadas, y usted lo sabe, licenciado! Este individuo primero llega a México haciéndose pasar por Frank Jacson, luego se presenta como Jacques Mornard, logra acercarse al mayor enemigo de Stalin en el mundo gracias a su novia, y termina asesinándolo. ¿No se da cuenta de que se trata de un plan armado? No pueden hacerlo pasar como un pleito que acabó mal. ¿Quién se supone que autorizó esto?

Armenta ya no sudaba. En algún instante había podido recuperar el aplomo. Se recargó en el respaldo de su silla y contempló a su subordinado como si hubiera adivinado de antemano su reacción y no le diera importancia.

—Alguien que no quiere meter al país en conflictos internacionales, y menos con una de las grandes potencias. No se altere, Robledo. Ya le dije que son las instrucciones. Además, hasta donde sé, los papeles de ese individuo son legítimos. Si él dice ser quien es y ustedes no lo desmienten, no puede hacerse nada. Si se demuestra su culpabilidad, cumplirá su sentencia.

Robledo se puso de pie como si le hubiera picado un insecto ponzoñoso.

—¿Lo duda, licenciado? Claro que es culpable…

Intentó seguir hablando, pero la indignación provocaba que las ideas se le atropellaran y de su boca sólo salían frases inconexas. Armenta sonrió: comprendió que tenía atado de manos al juez, pues un tecnicismo legal podía echarle abajo el caso por el que tanto había luchado. Que se vaya con Quintanilla y con Quevedo a estudiar criminales y que me deje hacer mi trabajo, pensó. Con ello, Escorpión estará más que satisfecho y quedará muy bien con la gente que le procuraba apoyos internacionales y con los líderes sindicalistas que apuntalaban su posición en el gobierno. Miró a

Robledo, quien aún de pie parecía estar a punto de sufrir un ataque, el rostro cárdeno, sudoroso, y decidió darle la puntilla:

—¿Vio la mano de Mornard, Robledo? Su herida es grave. Habrá que demostrar que no fue Trotsky el primero que atacó y la única opción del detenido fue defenderse. Eso además de la golpiza que recibió. Un buen abogado puede alegar que Trotsky participó en ella junto con sus guardaespaldas y que Mornard dio el pioletazo para quitárselo de encima.

El juez no podía creer lo que escuchaba. Su furia lo llevó a apoyar los puños en el escritorio, con lo que semejaba un gorila en posición de desafío. Entendía que alguien, entre los de arriba, quienquiera que fuera lo que eso significaba, pretendía convertir el asesinato del líder ruso en una simple rencilla entre dos hombres.

En el papel se abría la posibilidad incluso de que Mornard hubiera actuado en defensa propia y por ello resultaba candidato para llevar su causa penal en libertad. Robledo sabía que esa triquiñuela legal, que en teoría lo liberaba de prisión, sería aprovechada por Mornard para esfumarse, para desaparecer del radar de la ley, porque si algo le quedaba claro era que el detenido contaba con cómplices que lo ayudarían a abandonar el país.

—¿Defensa propia? ¿En serio?

—Si yo fuera el abogado defensor del belga haría eso. Es todo lo que tengo que informarle de su caso.

Armenta resopló para dar a entender que no toleraría insubordinaciones y con un movimiento de cabeza señaló la puerta del despacho.

XXV

La reja se hallaba emparejada y, adentro, en los jardines se observaba el ir y venir de hombres con vigas, carretillas y herramientas. El teniente deambuló sin empacho entre albañiles y obreros, escrutando los rostros por si se topaba con Siqueiros. En el ambiente se respiraba polvo de piedras antiguas y se oía el ruido común en cualquier obra en construcción. Un hombre grueso y de barba cana, vestido con un overol sucio y desgastado, revisaba, trepado en un andamio, una escultura que sobresalía de un muro. Mientras lo hacía daba instrucciones a una mujer que se encontraba de espaldas. Quintanilla supuso que el tipo era el director de la obra, de la restauración, es decir, el doctor no sé qué mencionado por el ciego Meneses. Le vino a la mente el recuerdo de una nota leída en el periódico, donde se hablaba de un tal Doctor Atl. Por eso le sonó raro al ciego, se dijo.

Debido al trajín de los obreros podía pasar desapercibido. Se acercó al andamio para observar al hombre más de cerca, pero en eso la mujer giró su cuerpo y Quintanilla quedó paralizado. Era una real belleza. Tal vez la mujer más hermosa que había visto en su vida. Casi sin respiración, estuvo durante bastantes segundos sin poder apartar la vista de ese rostro que no podía sino calificar de "angelical". La mujer parecía buscar algo entre los hombres que se movían por el patio. Posó de pasada sus pupilas de destellos dorados en Quintanilla, provocándole un intenso cosquilleo en el estómago y un leve temblor de piernas.

Quintanilla seguía inmóvil, contemplando cada uno de sus movimientos. La vio acercarse al hombre del overol mientras le decía palabras que el teniente no alcanzaba a escuchar. La vio obedecer una orden, alejarse y detenerse al escuchar la voz estentórea del hombre mayor.

—¡Nahui, ven aquí!

La mujer volvió junto al andamio para servirle de soporte mientras él descendía el último peldaño hasta tocar el piso con los pies. Y cuando Atl abrazó a Nahui y le besó el nacimiento del cabello en una de las sienes fue como si a Quintanilla le tronaran los dedos para despertarlo del trance en que había caído.

¿Qué veía esa belleza en un viejo como ese? ¿La atraía su talento? Había escuchado que se trataba de un gran artista, como Siqueiros, tal vez más grande, pero aun así era casi imposible para él concebir que los dos estuvieran unidos por algún vínculo, emocional o sexual. Sólo cuando la pareja se encaminó al interior del edificio y fue testigo de cómo el mentado doctor combaba la palma de su mano en una de las nalgas de la mujer, ya no tuvo dudas. Eran pareja. Tal vez la pareja más dispareja que había visto en su vida, pero eran pareja.

Tardó un minuto en reaccionar. En su cerebro se abrió paso la frase "Debo buscar al pintor" y de inmediato comprendió que no se refería al Doctor Atl. Igual que si despertara de un sueño, o de una pesadilla, el teniente tuvo que sacudir la cabeza para concentrarse de nuevo en su trabajo. Desde el patio en que se hallaba recorrió con la vista los jardines, las construcciones que se ubicaban al fondo, junto a la barda, y algo que le parecieron a la distancia corrales para ganado.

En tanto avanzaba, ahuyentó de su mente los pensamientos sobre la mujer, sobre la pareja, y recuperó los que recién había perdido sobre su búsqueda. Siqueiros. Siqueiros debía estar por ahí, en ese lugar, en alguna habitación, no tenía dudas. Y no colaboraba con el Doctor Atl ni con Nahui. Si los dos artistas estaban a la misma

altura en lo que se refería a prestigio, a carrera, a reconocimiento, ninguno podía ser subordinado del otro. Sus egos no lo permitirían. Y si no trabajaban juntos, lo más seguro era que Atl le prestara refugio al otro, que lo estuviera escondiendo. El sitio era ideal. Un edificio grande, con suficientes cuartos y bodegas para albergar a un ejército en pleno centro de la ciudad. Lleno de trabajadores, donde podía pasar desapercibido ahora que la policía lo buscaba.

—Está aquí —se dijo Quintanilla alzando el rostro y olfateando el aire.

La tarde se venía abajo, pero aún había luz suficiente. Tras revisar varias construcciones que tal vez habían servido de caballerizas en otros tiempos, descubrió que la empalizada que de lejos lucía como la cerca de un corral para ganado era en realidad la barda de un antiguo cementerio. Atravesó el terreno a saltos, para no pisar alguna lápida que se desmoronara y lo hiciera caer dentro de la tumba, y de una ojeada leyó en los epitafios que todas las sepulturas pertenecían a monjas de otros siglos.

Se detuvo al escuchar que el portón chirriaba a la distancia y desde ahí vio salir a los obreros que terminaban las faenas de la jornada. También contempló alejarse al Doctor Atl y a Nahui, y aunque no perdió tiempo pensando en la pareja sí sintió cómo la ira se apoderaba poco a poco de su cuerpo. Era envidia. Sólo envidia.

Iba a patear una piedra del cementerio, cuando un ruido metálico, tenue pero identificable, lo hizo mirar hacia el otro extremo del terreno. Distinguió un tejabán grande y alto de tablas un tanto podridas, con techo de lámina y carretillas y material de construcción en el exterior. Una bodega, seguro.

La puerta del tejabán estaba cerrada y el entorno en completo silencio. ¿De dónde había salido el sonido? Por puro instinto, Quintanilla avanzó con pasos sigilosos, evitando que las piedras sueltas del sendero chocaran entre sí y produjeran ruido. Pegó el rostro a las rendijas que había entre las tablas de la puerta, mas en

el interior del almacén la luz había desaparecido y era imposible distinguir nada.

Rodeó la construcción. En uno de sus costados había un hueco de ventana, sin la ventana, y se agachó para trasladarse al otro extremo, desde donde creyó que tendría mejor vista. No se equivocó. Desde ahí podía distinguir casi por completo las sombras del interior. Sobre todo la de una amplia mesa de trabajo hecha de tablones en cuya superficie había herramientas, implementos de pintura, lienzos enrollados.

Y un hombre durmiendo.

Cerca de los pies del individuo, en el suelo, yacía un cepillo de carpintero, acaso derribado en sueños por el propio durmiente, produciendo el ruido que Quintanilla había escuchado desde el cementerio. Junto a sus piernas, dos botellas: una caída y vacía; la otra, erguida, con un resto de líquido transparente. El hombre dormía la mona, echado de espaldas y con un sombrero de palma cubriéndole la cara. Vestía ropa de manta, como un campesino, pero calzaba unas botas charras de buena calidad.

Rodeó otra vez el almacén para situarse frente a la puerta. La estudió con la escasa luz que venía del cielo. La cerradura era antigua: una simple aldaba que descendía sobre un agujero metálico. El teniente echó mano a su cartera, pero las únicas credenciales que traía eran pequeñas y no alcanzarían para lograr su objetivo. Entonces recordó la foto impresa en papel duro. La extrajo de su bolsillo y la dobló.

La aldaba resistió a dos intentos, pero al tercero se levantó y se vino abajo con un leve chasquido. Como respuesta, del interior de la bodega brotó un carraspeo y después un ronquido fuerte. Cuando se regularizó la respiración del durmiente, Quintanilla estuvo seguro de que no había despertado.

Empujó la puerta que, como por obra de milagro, no rechinó ni hizo ningún ruido. El teniente avanzó hasta penetrar las sombras que parecieron agitarse ante su presencia. Aún con la foto del

sospechoso en la mano, sacó su arma y fue acercándose poco a poco a la mesa de tablones.

Cuando estuvo junto al durmiente, colocó la fotografía a su lado. Sacó unos cerillos del bolsillo. El fósforo chisporroteó primero, luego iluminó parte del almacén. El dormido no hizo ningún movimiento, ni siquiera volvió a roncar. Quintanilla pensó que estaría demasiado borracho para reaccionar. Con el cañón de la pistola, retiró el sombrero que le cubría la cara. Alumbró la fotografía, luego lo acercó a aquel rostro.

Sí, era David Alfaro Siqueiros que, al resplandor del cerillo, a punto de extinguirse, abrió los ojos y se encontró con el arma de Valentín Quintanilla apuntándole directo al rostro.

XXVI

Las instrucciones que le había dado Tom a Klava eran precisas: debía estar cerca de la puerta trasera de una mercería ubicada en la esquina de la calle Abasolo, en la colonia Guerrero, antes de que anocheciera. Por eso permanecía recargada al costado de un kiosco de periódicos, mirando a través del paso de los transeúntes el portón de hierro del establecimiento mientras empuñaba la Tokarev oculta en su bolso de mano. Estaba lista para usarla a la primera señal de que todo el asunto pudiera irse al garete.

Desconocía a los hombres con los que se encontraría, pero le daba confianza que Tom hubiera dicho que eran de los suyos. En España, y en otros países de Europa, había tenido misiones semejantes, en las que no conocía a sus compañeros ni a sus cómplices, y ninguna había salido mal. Pero de todos modos no debía confiarse.

Miró de soslayo a la gente que caminaba por la banqueta, atenta a cualquier ruido o movimiento sospechoso. Fijó la vista en una pareja que se aproximaba. Si algo le había enseñado su tiempo de pertenencia al Partido era que siempre había que estar alerta para no caer en celadas. La pareja pasó de largo y los ojos de Klava volvieron al portón: no sería extraño que se abriera y que los cañones de varias armas le escupieran fuego de improviso hasta dejarla tendida. O podría ser que, sin que nadie lo advirtiera, dos o tres hombres la introdujeran a la fuerza en el edificio para después desaparecerla.

No. No estaba dispuesta a doblar las manos. Al primer indicio de que algo anormal estuviera por ocurrir, dispararía sobre quien fuera, incluso sobre miembros del Partido, con el fin de que el escándalo saliera en los periódicos y la policía, al capturarla, la protegiera de los suyos: así la dejarían en paz, al menos por el momento. Sus superiores no querían visibilidad. Les gustaba ser sombras bajo sombras.

Miró la hora en su reloj de pulsera. Los de la miscelánea estaban retrasados. Se limpió el sudor de las manos en la tela del vestido, y de inmediato volvió a empuñar el arma dentro del bolso. Se preguntó si estaba paranoica. No, respondió en voz baja. Conocía a los suyos y sabía que el peligro era real. Por eso era mejor exagerar en las precauciones.

Ahora, en la calle Abasolo, vio que dos tipos con aspecto de obreros caminaban en su dirección. Sus recuerdos la habían distraído, cuando debía permanecer alerta. Los dos hombres la miraron con atención al pasar junto a ella. Uno de ellos le sonrió al detenerse frente al kiosco y tomar del tendido *El Universal* vespertino. Parecía que iba a decirle algo obsceno, tal vez un piropo de esos tan subidos de color que acostumbraban los mexicanos, pero la expresión hostil de Klava lo hizo desistir. Pagó el periódico al voceador y continuó su camino, justo cuando una serie de sonidos metálicos anunció la apertura del portón. Por instinto, ella apretó de nuevo el arma dentro del bolso, el dedo listo en el gatillo. El ritmo de sus latidos se aceleró y volvió a sentir húmedas las manos al ver que se asomaba un individuo rechoncho con una pátina de bigote sobre el labio, vestido con un overol gris, que miraba hacia ambos lados de la calle antes de fijar la vista en ella, al tiempo que comentaba:

—Hace un mal clima para salir sin paraguas.

—Sólo si llega a caer granizo.

Tras escuchar la contraseña, el tipo terminó de abrir y se hizo a un lado. Sin soltar el arma dentro del bolso, Klava traspasó el umbral hasta llegar a la trastienda de la mercería: una bodega atiborrada de

cajas con etiquetas que señalaban el color de los estambres en su interior, paquetes de agujas de tejer, cartulinas, pegamentos, tijeras. El hombre caminó hacia una habitación y ella lo siguió sin dejar de desconfiar ni de estar alerta. Adentro, en torno a una mesa con un amplio papel extendido, dos hombres fumaban en silencio.

Klava se acercó. Sólo hasta reconocer en el papel el plano de la comandancia de policía y, al lado, una libreta con horarios y varios tachones, pudo bajar la guardia un poco. El ritmo de sus latidos pareció sosegarse y, más tranquila, se plantó ante los tres desconocidos y les dijo que no quería saber el nombre de ninguno de ellos.

—Si quieren, invéntense un nombre de batalla, cualquiera, un seudónimo, y díganmelo. Es mejor. Así nos vamos a entender sin revelar demasiado de nosotros mismos.

Los hombres se miraron entre sí, titubeantes. El más alto señaló el cigarro que traía en la mano, y le dijo que podía llamarlo "Faros". El que traía un sombrero de paja desgastado sonrió, dio un paso al frente, y adoptó el sobrenombre de "Chesterfield".

Klava volteó hacia el que le había abierto la puerta, quien sonrió como si se tratara de un juego de niños y dijo que él prefería "Carmencitas".

—Tú nunca has fumado un Carmencitas.

—Y tú tampoco un Chesterfield, así que no me vengas con chingaderas.

Klava los interrumpió, tajante.

—¡A ver! ¡Déjense de discusiones inútiles! —apenas los conocía y su falta de seriedad y de disciplina ya la estaban irritando demasiado —. ¿Qué no saben por qué están aquí? ¡Joder!

Al sentirse reprendido, Faros colocó de mal modo sobre la mesa una caja de cartón. Del interior sacó tres conjuntos de camisa y pantalón color azul, fornituras y gorras de plato. La mujer palpó la tela porosa del uniforme policial, revisó las costuras, los cuellos, las mangas, las perneras de los pantalones y las valencianas. Después

comprobó la resistencia de botones y cremalleras. Asintió complacida, aunque al mirar los rostros que la rodeaban no le parecieron de hombres muy brillantes. Contempló largo y de pies a cabeza a los tres mientras se preguntaba quién los había elegido. ¿El Partido? ¿El mismo Tom? ¿Por eso había dicho que eran "de los suyos"? Quien hubiera sido, estaba obligada a confiar en ellos. Comenzó a darles instrucciones en tanto dibujaba con el dedo una línea invisible sobre los planos.

—Como seguro ya saben, la policía tiene detenido en la comandancia a un hombre muy importante para nosotros. En cualquier momento lo van a trasladar a otra prisión y debemos sacarlo antes de que eso suceda. Vamos a entrar por la puerta principal. Dos de ustedes me escoltarán con el pretexto de que me llevan detenida a dar una declaración.

Los tres individuos fumaban y asentían a sus palabras, obedientes. El humo de sus cigarros poco a poco inundaba el espacio. El llamado Faros dejó caer la ceniza sobre el plano al tiempo que preguntaba si Klava creía que los tiras eran tan tontos como para no darse cuenta de lo que iban a hacer. Ella terminó de dar las instrucciones.

—¿Usted planeó todo? —preguntó Chesterfield al mismo tiempo que se rascaba la cabeza. Parecía muy admirado.

Klava no respondió, de momento. De una última ojeada advirtió satisfecha que los tres tipos se habían sometido poco a poco a su autoridad, acaso creyéndola una jerarca del Partido. Tan sólo volteó a ver un reloj que había en la pared, luego confirmó la hora en el suyo.

—Cuando no hay tiempo, a uno se le ocurren las ideas más descabelladas —volvió a tomar la pluma y escribió una dirección—. En esa esquina los voy a esperar mañana a las siete menos quince o, como ustedes dicen, al cuarto para las siete de la noche.

Carmencitas arrancó el pedazo de hoja del plano donde Klava hizo sus anotaciones, leyó y memorizó los datos, los mostró a sus

compañeros hasta estar seguro de que se los habían aprendido y lo rompió en pedazos minúsculos. Sin palabras, todos asintieron.

Carmencitas y Klava dieron media vuelta y se dirigieron al portón de hierro. Ella se quedó inmóvil por unos segundos mientras contemplaba cómo, ajena a sus problemas y a los del Partido, la gente realizaba sus actividades cotidianas en medio del ruido, del tráfico y del humo de los escapes. Miró al cielo y vio que un conjunto de nubes comenzaba a apelmazarse sobre la luna. Luego miró hacia la banqueta, donde entre los caminantes un perro callejero se le acercó, movió la cola y luego prosiguió su deambular. Lo tomó como un buen augurio. Reprimió una sonrisa y se despidió de su nuevo compañero con un gesto.

Salió otra vez a la calle. Buscó un taxi. Mientras aguardaba, vio que después de ella salían Faros y Chesterfield, que se alejaron en dirección opuesta. Los contempló. A simple vista lucían como amigos que recién habían terminado su jornada y buscaban una fonda dónde merendar. El último en salir fue Carmencitas con la caja que contenía los cuatro uniformes policiales. La guardó en la cajuela de un Ford negro, encendió el auto y se alejó de la mercería, que volvió a convertirse en una inocente bodega ubicada en una colonia popular de la Ciudad de México.

XXVII

Las noches en la comandancia se volvían más ruidosas que durante el día. Por todos los rincones se oían gritos, quejas, reclamos e insultos. Había familias completas que entre llantos e hipidos suplicaban a los agentes de barandilla que liberaran a uno de sus miembros, que según ellos había caído allí por error; los niños chillaban, los detenidos retaban a golpes a los policías que los habían capturado. La mezcla de humores corporales era intensa y desagradable en extremo: suciedad, sudor, mierda, sangre seca, comida, tabaco, yerba mala, todo mezclado con el tufo de la angustia y la desesperación.

Quevedo permanecía recargado en un muro apartado, a la espera de encontrarse con Robledo para informarle de sus avances con Mornard. El juez le había pedido que lo esperara pues debía realizar varias llamadas después de reunirse con el licenciado Armenta. No le dio más datos.

De pronto escuchó un alboroto aun mayor en la entrada, que mezclaba vítores y hurras lanzados por los uniformados. Quevedo supuso que traían a un detenido importante. Cuando la muchedumbre se hizo a un lado, vio entrar a Valentín Quintanilla que arreaba a un tipo con aspecto de ranchero recién emigrado a la urbe, vestido con ropa de manta desgastada y sombrero de palma, aunque con botas charras que parecían hechas a mano. El hombre lucía medio borracho, o demasiado crudo; traía una barba de tres o cuatro días, la boca algo babeante y los ojos hinchados, enrojecidos.

Quevedo comenzaba a preguntarse quién sería ese individuo de aspecto tan torvo, cuando escuchó la voz eufórica de Robledo a sus espaldas.

—¡No puede ser! ¡Este cabrón atoró a Siqueiros!

Incrédulo, el doctor volvió a mirar al detenido que toda la policía del país había estado rastreando por cielo, mar y tierra desde el primer atentado en la casa de León Trotsky. No cabía duda: a pesar de su facha de labrador ebrio apenas salido de la milpa, se trataba del mismísimo David Alfaro Siqueiros. ¿Dónde lo había agarrado? Quevedo repasó en su mente la información que llegaba hasta ellos sobre los posibles paraderos del muralista: según les dijeron, lo habían visto en el estado de Colima; otros aseguraban que se escondía en algún pueblo del sur de Jalisco; también recibieron pitazos de que se había fugado en alguna embarcación fuera del país, a Cuba o incluso a la Unión Soviética. ¿A dónde había tenido que ir Quintanilla para capturarlo?

Quevedo vio cómo su maestro se adelantaba para felicitar al teniente justo cuando los flashes de las cámaras de los reporteros iniciaban su bombardeo luminoso en torno a ellos en medio de un barullo de preguntas apremiantes y exclamaciones de entusiasmo. Oyó que el juez Robledo le hacía al teniente la misma pregunta que a él le rebotaba en el cráneo.

—Lo agarré durmiendo la borrachera en una bodega del exconvento de La Merced —respondió Quintanilla.

Pasada la sorpresa, Quevedo también se acercó a ellos. Lo carcomía la envidia, no podía negarlo, pero también se alegraba de tener ya ahí al tipo que podía aportar datos importantes en la investigación.

—Lo felicito, teniente. Capturó usted una presa mayor —le dijo despacio, luego se dirigió a Robledo—. Nada me daría mayor satisfacción, maestro, que poder interrogar al detenido de inmediato.

Parecía que el juez iba a responder de modo afirmativo, cuando Quintanilla jaló con violencia del brazo a Siqueiros hasta ponerlo

detrás de su espalda, como si lo escondiera. El muralista lanzó una mentada por lo brusco del movimiento, pero nadie le hizo caso.

—¡Niguas! ¡Ni madre! ¡Yo lo ganché y yo lo interrogo! ¿O me va a quitar ese derecho, mi mayor? —preguntó retador el teniente.

El juez Robledo volteó a ver a Quevedo, luego a la turba de policías y reporteros que los rodeaban, todavía felicitando a Quintanilla por ese arresto, y supo que el criminólogo no tendría ninguna oportunidad en esos instantes: el agente era un verdadero héroe para la corporación.

—Esta vez no se va a poder, Alfonso. Lo justo es lo justo, y quien tiene derecho de interrogar primero al reo es el que le echó el guante —le dijo Robledo al oído en un susurro.

El doctor no tuvo otra que aguantar los reparos. Iba a tener que conformarse con verlo y escucharlo a través del espejo de una sola vista. Apesadumbrado, se dirigió a la sala de interrogatorios para esperar.

Robledo le hizo una señal a Quintanilla para que se apurara, pero los fotógrafos no paraban de accionar sus cámaras para registrar el rostro de soberbia de Siqueiros. El Güero se coló entre la multitud y se puso frente al teniente con libreta y lápiz en mano.

—Leandro —le dijo a sabiendas de que odiaba ese nombre—, deberías darme una entrevista. Si es exclusiva, mejor. Quiero registrar cuáles son tus métodos de investigación, las pistas que seguiste, a quiénes les sacaste la sopa y cómo diste con este fugitivo tan escurridizo al que seguro muchas personas ayudaron a esconderse.

—Tas jodido, Güero —respondió con su rudeza acostumbrada—. Ahora no voy a dar entrevistas, ni a ti ni a nadie. Eso no forma parte de mis obligaciones. Y tampoco te voy a dejar hablar con este cabrón hasta que nosotros no le saquemos lo que sabe. Y hazte a un lado, no me quites el tiempo.

Cuando escuchó las respuestas del teniente, el pintor sonrió con cinismo.

—Pinche tinterillo de mierda —murmuró y escupió un gargajo espeso que cayó justo en la parte frontal del zapato del Güero.

Al ver la agresión de su reo, Quintanilla le dio un soplamocos en la nuca y lo zarandeó para conducirlo a la sala de interrogatorios. Aunque el Güero entendió que el teniente no había salido precisamente en su defensa, agradeció el gesto. Y más le gustó lo que le dijo a continuación, antes de desaparecer por un pasillo con su presa:

—Si quieres hacer entrevistas, Güero, busca a otro pintor, el Doctor Atl, en el exconvento de La Merced… Y de paso tómale una foto a su vieja y me la regalas.

XXVIII

El juez Robledo, en silencio, fumaba al lado de su pupilo. Estaba a punto de informarle sobre la reunión con Armenta cuando Quintanilla y Siqueiros ingresaron en la sala de interrogatorios.

Del otro lado del espejo vieron que, apenas atravesó el umbral, el teniente zarandeó de nuevo a su detenido con brusquedad, como si quisiera dejarle muy en claro quién mandaba, aunque el muralista no se amilanó: respondía a las sacudidas del otro con gesto fiero y actitud de reto, como si estuviera a punto de soltarle varias tarascadas, dirigiéndole miradas asesinas, insultándolo con las peores maldiciones. Hubo un instante en que quedaron ambos de pie, frente a frente. Se trataba de dos hombres rudos, decididos, correosos, de corta mecha y acostumbrados a la violencia. Y, por supuesto, ambos sabían matar y ya lo habían hecho.

Siqueiros se había distinguido por su arrojo y valentía en la Guerra Civil española, donde sus subordinados le pusieron el sobrenombre de *el Coronelazo*, pero antes también había participado en la Revolución mexicana, lo mismo que Quintanilla. Conocían los campos de batalla, habían visto la muerte muchas veces cara a cara y jamás se habían arrugado.

Mientras los observaba, en ese instante que le pareció eterno, Quevedo pensó que lo que presenciaba era algo semejante a un duelo de fieras. El reto mudo entre los dos hombres terminó cuando el teniente dio al muralista un fuerte empujón para obligarlo a ocupar la silla en la que sería interrogado. Al caer sobre el asiento,

aún esposado por detrás, Siqueiros le mentó la madre a Quintanilla, quien le respondió con una brutal bofetada.

—¡Ya me tienes hasta los güevos con tus bravatas, hijo de mala madre!

Quevedo vio a su maestro con expresión reprobatoria, pero el juez le pidió con un ademán que tuviera paciencia.

Con la mitad del rostro enrojecido, Siqueiros parecía echar espuma por la boca. El teniente, en cambio, lucía más calmado y caminaba frente al detenido como si pensara las preguntas a formular.

—A ver, cabroncito. En vez de intentar demostrarme que los tienes mejor puestos que yo, platícame de dónde te vinieron las órdenes para eliminar al viejo Trotsky y cuál ha sido tu historia dentro del Partido Comunista…

Siqueiros sólo clavó en el teniente una mirada aguda, como si quisiera traspasarlo de lado a lado, sonrió y escupió al suelo, muy cerca de los pies del otro.

—Y no me vayas a salir con que no tuviste nada que ver con eso, porque tenemos bien registradas las amenazas que hiciste en contra de Trotsky ante los periodistas, así como tus deseos de que alguien lo matara. Ah, y también quiero que me cuentes cómo conociste al tal Jacques Mornard y tus relaciones con él. ¿Tú le diste el piolet y las otras armas que llevaba el día del homicidio?

El pintor permaneció impasible: tan sólo miraba al teniente con un odio que por momentos parecía desprecio. Quevedo sabía que el interrogatorio era un error garrafal. Valentín Quintanilla, tan terco como Siqueiros, no sacaría nada. Él, en cambio, era su opuesto: podía hacerlo caer con las preguntas precisas.

Pero cuando el teniente, de militar a militar, comenzó a burlarse del fracaso del primer atentado en contra de Trotsky, en el que, a pesar de ir a la cabeza de un comando armado hasta los dientes y de que él y su gente dispararon cientos de tiros, no había podido acabar con el anciano líder ruso, Siqueiros se removió en la silla

igual que si estuviera a punto de, esta vez sí, saltarle al cuello a Quintanilla.

Al lado de Quevedo, el juez comentó en voz baja que el interrogador había dado en el clavo. Sí, le había pegado a Siqueiros donde más le dolía: en su orgullo de militar y de comunista. No tardaría en soltar la lengua, aunque fuera por puro coraje. Y ante Robledo y el doctor, del otro lado del cristal, el teniente Quintanilla desplegó todas sus habilidades de perro de caza, de esos que nunca abandonan el asedio de la presa una vez que le encajan los colmillos.

—A ver, explícame: si se supone que eres tan chingón con eso de las estrategias y las armas, ¿por qué tú y la gente a tus órdenes resultaron unos verdaderos inútiles al tratar de realizar una operación militar que hasta un simple cabo y unos cadetes hubieran coronado bien? ¿No que eres el Coronelazo? Pos déjame decirte que actuaste como un pinche corneta recién dado de alta. Si yo hubiera sido tu superior, después de eso te habría degradado a soldado raso. Ah, cabrón, ¿ya notaste que coronelazo rima con raso? A lo mejor de ahí viene tu apodo, ¿no?

Siqueiros, que masticaba espuma con dientes y muelas, de pronto estalló:

—¡Teníamos que hacerlo rápido y no podíamos ver al interior del cuarto! ¡Y había muchos hombres armados en esa casa, no lo olvides, pendejo! ¿Tú crees que lo habrías hecho mejor?

—¡A huevo! ¡Porque además de tompeates tengo cerebro! ¡Lo que a ti te falta! ¡Cerebro para dirigir un comando y cumplir una misión, no nomás para pintar monos en las paredes!

Robledo sonrió con satisfacción. Siqueiros lo había admitido: participó en el primer atentado contra Trotsky. Era suficiente para mantenerlo en la cárcel. Pero del otro lado del cristal el teniente no cedía. Continuaba el acoso verbal hacia el muralista con furia, con ironía, con burla en todas sus preguntas hasta sacarlo de quicio.

—Yo tracé un plan sin errores —Siqueiros bajó la voz, como si las palabras le salieran del fondo del estómago y emergieran medio desinfladas de su boca—. No debía haber falla alguna, pero el Partido me dio a un montón de novatos sin entrenamiento militar para el ataque, simples obreros que apenas si habían agarrado un arma en su vida, sin puntería, sin dominio de sus nervios…

—No les eches la culpa a ellos, Coronelazo —el teniente pronunció el sobrenombre con notorio sarcasmo—. Cualquier oficial que se precie de serlo puede conducir de modo eficaz un escuadrón de neófitos hasta llevarlo al éxito, sobre todo si cuenta con el elemento sorpresa y no hay resistencia por parte del enemigo. ¿O no lo crees así?

—¡Había hombres bien armados dentro de la casa!

—Sí, los había, es cierto… Dormidos… Y por lo menos uno de ellos era un traidor que estaba de tu lado, ¿no? Si no, dime, ¿quién les abrió el portón y los dejó pasar?

—¡Ese idiota también resultó balín y cometió errores!

—¿O sea que, según tú, tu plan era perfecto pero lo echaron a perder tus secuaces? —el teniente escupió una corta carcajada de burla—. ¿Quieres decirme que eres un estratega nato, pero que fallaste porque tus colaboradores no sirvieron? ¡No me hagas reír!

—¡Pues aunque lo dudes, hijo de la chingada! ¡Tengo más experiencia militar y soy más hombre que tú en todos los terrenos! —hizo un intento por levantarse de la silla, pero volvió a caer sobre ella como un fardo—. ¡Y si quieres comprobarlo, quítame las esposas ahora mismo!

Fascinado con los exabruptos del muralista y, aunque le dolía reconocerlo, también con los métodos de su compañero, Quevedo estaba seguro de que lo que seguía era llevar al detenido a hablar de su relación con Mornard. ¿Había estado Mornard en el primer comando? ¿Participó en su organización? ¿Disparó también contra la recámara de Trotsky? ¿Era él el hombre que Siqueiros tenía dentro de la casa?

El juez Robledo sonreía sin tapujos al ver el rumbo que tomaba el interrogatorio. A Quevedo le palpitaba fuerte el corazón, sentía los latidos en las sienes.

—Tu fracaso fue humillante, cabrón. Acéptalo —el teniente bajó el tono de voz y sus palabras ahora sonaban moderadas, como si quisiera aplacar al otro, pero al mismo tiempo humillarlo aún más—. ¿O me vas a decir que no fue debido a ese ridículo que hiciste que los rusos decidieron traer a un matón belga para que hiciera la chamba que a ti te quedó demasiado grande, pinche inútil? Muy chingón según tú, pero no eres más que un pobre pendejo…

—¿Un matón ese animal? —reaccionó Siqueiros con desprecio—. ¿Y belga? Está ahí por su madre. De veras que los traen bien apendejados. ¿Y tú me dices a mí inútil? Si supieras hacer tu chamba de policía ya te habrías dado cuenta de muchas cosas.

Siqueiros continuó despotricando entre gritos y susurros. Sus palabras salían atropelladas, enredadas con maldiciones. De pronto callaba, como si recordara que debía permanecer en silencio, pero enseguida la ira y la indignación le empujaban más frases fuera de la boca. El cuerpo de Quevedo se cimbraba a causa de la emoción, cuando escuchó que a sus espaldas una puerta se abría provocándole el efecto de un cubetazo de agua helada. Él y el juez miraron hacia atrás al mismo tiempo y vieron entrar a Armenta, acompañado de un hombre de traje con sombrero elegante y lentes redondos con montura de oro, cuyas primeras palabras fueron que ese interrogatorio era ilegal y debía suspenderse a la de ya.

—Este caballero es el licenciado Gustavo Reyes Retana, abogado del detenido —dijo Armenta al tiempo que golpeaba con los nudillos el cristal de la sala de interrogatorios para llamar la atención del teniente—. Lo llevarán a otra sala para que platique con tranquilidad con su cliente.

Reyes Retana agradeció a Armenta con un cálido abrazo. Luego se fue de la habitación. Al otro lado del espejo, Quintanilla protestó

con furia cuando dos compañeros se llevaron a Siqueiros, quien no dejó de mentarle la madre todo el tiempo.

XXIX

El portazo provocó que se cayera el crucifijo. Lupita bajó la mirada. El cristo, desclavado ya de su cruz, se había desportillado la cabeza y parte del brazo izquierdo. Levantó la imagen de bulto y luego fue a asomarse a la ventana. Recargados en un Ford, tres amigos de Jerónimo lo esperaban mientras fumaban y se hacían bromas. Su sobrino les hizo señas para que subieran. Dio la vuelta al carro, se puso tras el volante y se internó en el tráfico de la ciudad.

—¡Pinche chamaco! —dijo Lupita apretando con fuerza el extremo de la cortina.

Cuando llegó al departamento se asombró de ver ese auto estacionado afuera. Los amigos de Jerónimo la saludaron coquetamente y, cuando uno de ellos le lanzó un piropo, Lupita no se contuvo y fue a jalarle una oreja. El grito del adolescente alertó a Jerónimo, que entreabrió la puerta.

—A chiflarle a la más guanga de su casa —Lupita dio media vuelta y se dirigió al departamento —. Y tú, adentro, que quiero hablar contigo.

Jerónimo movió apesadumbrado la cabeza. Había calculado mal. Creyó que tendría el tiempo suficiente para darse un regaderazo, cambiarse de ropa e irse antes de que su tía le soltara el sermón de siempre: que ya era hora que agarrara juicio, que tan buen niño que era antes, que tan sólo se tenían uno al otro. Lo de siempre. Como si ser ellos dos contra el mundo fuera razón suficiente para aguantar todo.

—¿De quién es?

—¿De quién es qué, tía?

—No te hagas el tonto conmigo —Lupita enarcó las cejas—. El carro ese que está afuera.

—Es del trabajo, ¿no dijiste que sentara cabeza si dejaba la escuela? —Jerónimo se fajó la camisa.

Lupita se dio cuenta de que era nueva, también el anillo de oro que adornaba uno de sus dedos.

—¿Dónde? ¿Qué trabajo le da carro a un chamaco como tú y dinero suficiente para comprarse eso?

—Mi jefe está bien parado en el sindicato petrolero —el adolescente se encaminó a la puerta, pero Lupita se interpuso.

—Ya me sé esas cantaletas… y luego se meten en broncas porque se creen bien grandecitos. Ahorita mismo le das las llaves a uno de tus amigos para que regrese el carro y mañana vamos a pedirle a la maestra que te acepte de nuevo —mientras hablaba, con el dedo índice tocaba el pecho de su sobrino—. Ándale, no te convienen esas amistades.

—Está bueno —dijo Jerónimo muy serio.

Ella pensó que el regaño por fin había funcionado y le dio la espalda. Fue en ese momento que escuchó el golpazo de la madera. Le gritó a su sobrino que regresara, pero no le hizo caso. Lupita se tocó con las manos la cabeza. La masajeó para que el dolor que poco a poco se cristalizaba en su interior dejara de hacerlo. Fue inútil. Se dirigió a la cocina, abrió el refrigerador y se quedó parada ahí. Tenía el estómago tan engarrotado que sospechaba que ni un frijol iba a poder cenar, así que decidió, mejor, irse a la cama.

EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS

La práctica le había dado la experiencia de poder cavar un hoyo lo suficientemente hondo para enterrar un cuerpo en menos de veinte minutos. Sólo debía concentrarse. Meter la punta de la pala en la tierra, sacarla a un lado apenas, no muy lejos, para ahorrar tiempo, y repetir.

Una y otra vez.

A veces contaba las paladas; otras veces imaginaba que el terreno era el cuerpo de alguna de las mujeres de ese libro que releía cada noche, esa que recibía cada uno de sus golpes. Pronto descubrió que era cuando más rápido avanzaba.

Rodó el cadáver, que soltó un sonido bofo cuando golpeó contra la tierra. Empezó a cubrirlo de inmediato. Cuando terminó, aplanó lo más que pudo con el revés de la pala la protuberancia que había formado Juana Rentería. Dio una ojeada. Satisfecho, fue a la cajuela y se despojó de las botas de jardinero. Las sacudió antes de intercambiarlas por sus zapatos. Se alisó la ropa y se subió al auto.

En tanto buscaba una estación que le gustara en el radio, un sonido entre los matorrales le provocó un sobresalto. Prendió las luces. Sonrió cuando comprobó que se trataba de una pareja de ardillas: se correteaban y, en círculos, subían a toda velocidad por un árbol. Dio vuelta a la llave y, despacio, giró el volante para alejarse de la última morada de Juana Rentería.

XXX

Todavía iracundo porque le habían arrebatado su presa cuando ya la tenía a punto de quiebre, Valentín Quintanilla se paseaba frente al escritorio de Robledo, quien lo contemplaba desde su silla con una taza humeante de café al alcance de la mano. Luego de que el juez les explicara la plática que tuvo con Armenta, Quevedo se había retirado a La Torre de Cristal porque quería agregar los nuevos datos al expediente. El juez le dijo que lo alcanzarían después de que el teniente se calmara.

—La investigación no ha concluido, Valentín. Estas cosas son como crecientes de agua que hay que sortear para no ahogarnos.

Y le repetía los cabos sueltos, las líneas ya trazadas que debían seguir, las personas a las que debía buscar aún.

Quintanilla nomás bufaba. Y no le faltaba razón. Había conseguido capturar a uno de los hombres más buscados del país, convirtiéndose en el héroe de sus colegas, para que de inmediato apareciera un burócrata con poder para liberarlo. Y con ello no sólo había frustrado su logro, sino que entorpecía las pesquisas emprendidas desde que tomaron el caso.

Ante la mirada del juez, el teniente fue hasta la ventana del despacho y desde ahí observó el movimiento de las patrullas y los uniformados afuera de la comandancia. Distinguió entre los transeúntes a una secretaria de juzgado que le gustaba, y eso le alivió un poco el mal humor. Sin embargo, al ver de nuevo hacia el escritorio volvió a recordar todo y el ardor de la rabia se le instaló de

nuevo en el bajo vientre. Hizo un gesto de desagrado, se sobó el estómago con una mano y fue a ocupar una de las sillas frente a Robledo.

El juez miró a su antiguo subordinado militar. En un par de parpadeos recordó que, en plena Revolución, las reacciones del teniente habían sido semejantes a cuando sufrían un revés, o cuando perdían una batalla: Quintanilla echaba madres durante horas, buscaba responsables, los reprendía, los golpeaba incluso, y cuando descargaba su muina volvía a ser el mismo de siempre, listo para la siguiente acción. No esperaba menos. Bebió un sorbo de su café, ya casi frío.

—El siguiente paso es que unas fuerzas con Alfonso —dijo—. Es preciso que intercambien información sobre el caso.

Al escucharlo, el teniente echó el cuerpo hacia atrás.

—Ya le había dicho, mayor, que yo con ese tal doctorcito nomás no puedo trabajar. Es muy finolis para mi gusto. Y no es que dude de que sus métodos funcionen, pero también los míos, como usted pudo darse cuenta con Siqueiros, aunque el doc los desprecie.

Ahora quien se puso de pie fue Robledo. Comenzó a caminar hacia la ventana mientras hablaba.

—Ya sé que tus métodos funcionan tanto como los de él. Y por eso necesito que ambos platiquen sobre lo que han averiguado cada uno por su lado, que intercambien ideas y establezcan los pasos a seguir.

Le contó lo que había sucedido detrás del cristal mientras él interrogaba al muralista: sin necesidad de palabras, pudo advertir, gracias a sus expresiones y ademanes, que Quevedo al principio desconfiaba de la capacidad del teniente para interrogar a alguien con los vuelos intelectuales de un artista como David Alfaro Siqueiros. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que el instinto policiaco de Quintanilla lo atacaba por el lado del orgullo militar, su reacción había sido de reconocimiento.

—En ese instante comenzó a respetarte, Valentín —le dijo—. Me di cuenta de inmediato. Y al final del interrogatorio, antes de que lo interrumpieran Armenta y el abogado, Alfonso ya tenía menos dudas sobre ti.

Quintanilla lo miró desde su asiento.

—¿Ahora el doc reconoce que mis métodos cavernarios están a su altura de policía sabiondo?

—La experiencia, el olfato y el instinto están al mismo nivel que las técnicas científicas y psicoanalíticas que se aprenden en los libros, Valentín. Debes dejar de vez en cuando de lado la soberbia.

—Aunque el doctorcito me haya otorgado su reconocimiento, mayor, yo no estoy tan seguro de que nos funcione trabajar juntos. Ya vio que no nada más somos distintos de carácter, sino que ambos tenemos maneras diferentes de ver la vida…

—Sí, por eso vamos a pasar por Alfonso a La Torre de Cristal y los dos me van a acompañar a una cita —dijo Robledo mirando el reloj de pared de la oficina—. Si después de eso no quieren trabajar juntos, que cada uno se vaya por su lado. Eso sí, no respondo de que sigan con el caso.

—Pero, mayor…

Robledo levantó la mano para detener la frase y se puso de pie. Abandonaron la comandancia por la puerta del frente, donde apenas unas horas antes Quintanilla había vivido su momento de gloria. Ahora los uniformados con los que se cruzó en vez de felicitarlo le daban palmadas en la espalda, condolidos con él por el oprobio que Armenta había dejado caer sobre él al soltar a Siqueiros. Se subió al auto del mayor. Por supuesto, no le hizo ningún comentario acerca de la posibilidad de que en La Torre de Cristal, además de Quevedo, estuviera Lupita.

XXXI

—¿A dónde nos lleva, mayor? No nos va a aplicar la ley fuga, ¿verdad? —Quintanilla soltó una ligera carcajada al ver el rostro de Quevedo tras su broma.

Después de recoger al doctor en La Torre de Cristal, los tres hombres habían tomado el rumbo del Desierto de los Leones, luego siguieron por una brecha vecinal. El camino de terracería se volvía más abrupto conforme avanzaban y llegó un momento en que ni las ventanas cerradas impedían que el viento arrojara polvo al interior del coche.

—Para serte sincero, cuando los dos se ponen necios sí me han dado ganas de aplicárselas —contestó Robledo bajando la velocidad —. Pero luego pienso que sería mucho desperdicio de balas.

Se detuvieron provocando que una nube se levantara del terregal. Cuando comenzó a asentarse, Robledo hizo parpadear los faros del vehículo y, metros más adelante, a través de la polvareda, otro auto respondió con la misma señal.

—¿Por qué estamos aquí, maestro?

—Porque si no me hacen caso a mí, espero que le hagan caso a él.

—¿A quién, mayor?

Como única respuesta, Robledo bajó de su auto, les hizo el ademán de que lo siguieran y se dirigió al Fiat 1500 estacionado a unos veinte metros de distancia con el motor encendido. Conforme avanzaban los tres, la ventana de la parte posterior del otro coche

descendió con lentitud, develando la silueta de un hombre con sombrero.

—Valentín, Alfonso —dijo el mayor a sus pupilos—, mi general quiere decirles algo.

El doctor y el teniente se quedaron perplejos cuando distinguieron quién los aguardaba.

—Seré breve, muchachos: necesito que se dejen de babosadas —les dijo terminante, a manera de saludo, el general Lázaro Cárdenas.

Tras esa peculiar introducción, ambos escucharon, en la característica entonación marcada al final de cada frase que realizaba el militar y político cuando daba sus discursos, un repaso de sus trayectorias, como criminólogo en el caso de Quevedo, y como soldado y policía en el caso de Quintanilla, con lo que Cárdenas les hacía notar que sabía muy bien quién era cada uno. Y mientras comenzaba a abordar sus argumentos sobre la necesidad de que se revelara la verdadera identidad del homicida de León Trotsky, ambos pudieron observar de cerca, aun entre la penumbra, las pronunciadas ojeras que en las imágenes de los periódicos sólo se insinuaban en ese rostro moreno desde que habían pasado las elecciones que declararon a Manuel Ávila Camacho como el nuevo presidente de México. ¿Por qué era tan importante el Caso Trotsky para Tata Cárdenas, si ya iba de salida de su gobierno?

—Tal vez ustedes no lo sepan —dijo el general luego de un breve carraspeo—, pero estar sentado en la silla presidencial es igual que estar sentado en la silla eléctrica. Según las decisiones que tomes, o te vas tranquilo o ahí mismo te chamuscas.

El mayor Robledo contuvo una sonrisa al tiempo que manoteaba para ahuyentar un insecto. El teniente y el doctor permanecían en silencio, reponiéndose de la sorpresa. Sólo de cuando en cuando Quintanilla escudriñaba los arbustos de alrededor para comprobar que no hubiera presencias indeseables.

—Ya me había librado del problema de Trotsky por lo del atentado de mayo, antes de las elecciones, pero ahora vienen a

asesinarme al ruso justo antes de entregar la presidencia a Ávila Camacho. Y esto ya se puso color de hormiga porque, si no tejo bien una red de protección, México puede quedar en medio de una crisis diplomática que los gringos no tardarán en aprovechar, porque están muy resentidos por lo del petróleo; o los mismos soviéticos, para tener armas que les permitan establecerse en el patio trasero de Estados Unidos. Pero para tejer esa red, es preciso que sepa, sin lugar a dudas, de dónde vino el golpe, ¿me explico?

Quintanilla y Quevedo asintieron. Los dos conocían a grandes rasgos la situación del país y del mundo en aquellos momentos: el comunismo internacional se hallaba en uno de sus instantes de gloria, de mayor fortaleza, y el enemigo número uno del movimiento había sido, hasta que fue borrado de la faz de la tierra, precisamente Trotsky.

Y no sólo en la Unión Soviética estaba fuerte, incluso algunos de los partidos comunistas de los países de Occidente ostentaban bastante poder. León Davidovich tampoco había sido bien visto por los gobiernos democráticos, ni por las dictaduras de derecha, ni por las instituciones religiosas, ni por los empresarios, en fin, casi por nadie. El Partido Trotskista era perseguido sin descanso en la Unión Soviética, donde por años tuvo que actuar de modo clandestino, y casi había desaparecido. Y sus miembros en los países europeos, en Estados Unidos y en las naciones latinoamericanas, eran tan pocos que no podían hacerles frente a los comunistas, ya no se diga a los demócratas y a los fascistas. Para colmo, las acciones de Hitler en Europa complicaban aún más el escenario, pues el estallido de la guerra que habría de involucrar a todas las potencias no tenía marcha atrás.

—Necesita saber quién le quiere jugar chueco al tal Mornard para neutralizarlo —continuó Quevedo el razonamiento del general—. Porque, si se desata la crisis que usted teme, se aprovecharían de nosotros otros países, otras potencias.

—Y aparte de los conflictos internacionales que eso podría provocar, también se haría un desmadre a nivel de la política mexicana —añadió Quintanilla.

—Ya sabía que no andaban ustedes tan perdidos —en el rostro adusto de Cárdenas casi se esbozó una sonrisa—. Es claro que en el primer lugar de la lista de sospechosos están los rusos. Stalin dando la orden directa, Beria organizando el plan. Pero ¿lo hicieron solos? ¿No pueden haberlos ayudado los gringos que, si bien son sus enemigos, tal vez olvidaron de momento esa enemistad para quitarse de encima a otro adversario ideológico bastante peligroso, ese al que la Iglesia consideraba el mayor demonio que habitaba la tierra? Si Estados Unidos entra en guerra, cosa que pasará, los trotskistas muy bien podrían convertirse en espías, ya dentro de su territorio, ya en el vecino, que es el nuestro. Además, el ejecutor entró a México desde el país del norte, con pasaporte canadiense a nombre de un tal Jacson. Repito: ¿es posible que los gringos estén implicados? ¿Que hayan intentado curarse en salud? —Cárdenas soltó el aire como si estuviera cansado de que todas esas teorías conspirativas estuvieran dentro de su cuerpo.

—El general necesita estar seguro de quién está detrás de esto, de dónde vino la orden —Robledo prendió un cigarro y la brasa encendida se asemejó a una luciérnaga que volara a su alrededor.

—Sé que muchos me tachan de comunista por lo que he hecho, pero lo que no han entendido es que todo ha sido pensado para mejorar al país y a sus habitantes. Hay decisiones que deben tomarse y acciones que se deben llevar a cabo, ya luego las ideologías las cubren con el paño rojo, o las señalan como del bando capitalista, eso es inevitable, ni hablar. Vivimos tiempos agitados en cuestión de ideologías. También sé que entre los mexicanos hay muchos inconformes, de esos que nomás jalan agua para su propio molino, que alcanzaron puestos de alto nivel en mi gobierno —Cárdenas volteó hacia Robledo, quien asintió despacio—, incluso amigos cercanos que han colaborado conmigo por décadas. Y no

puedo deshacerme de ellos porque gozan del apoyo de las corporaciones sindicales y de sus líderes, o de facciones políticas con bastante poder. En el ámbito militar ya los hubiera enviado al paredón de fusilamiento por traidores, pero en la política tengo que envenenarlos poco a poco hasta que se den cuenta de que no son más que unos cadáveres refundidos en oficinas mediocres del gobierno —se acomodó en el asiento trasero—. Sé, por ejemplo, que el general Múgica no quedó muy contento con mi decisión de quitarle el caballo político. Pero yo debo contemplar el panorama completo en lo que respecta a la política mundial y a la historia. También sé que Ávila Camacho puede empezar desde ya a querer imponer su nombre. Lo que ellos no entienden es que quiero irme en paz, porque con el tiempo he comprendido que mi mayor miedo como presidente es equivocarme y tomar una mala decisión cuando pude preverla y evitarlo. ¿Cuento con ustedes?

Un ruido entre los matorrales cercanos al Fiat alertó a Quintanilla, pero antes de que el teniente reaccionara todos vieron cómo el chofer del general sacaba un revólver y dirigía el cañón hacia donde se escuchó. Tras un movimiento en las ramas más bajas, apareció un perro callejero que, primero, alzó el hocico hacia ellos, luego se rascó el lomo, y al final dio media vuelta para alejarse. El teniente retiró la mano de su cintura y el chofer bajó el arma. Ni Cárdenas ni Robledo se mostraron nerviosos. Tras unos segundos de silencio, continuaron la conversación.

—Pero si atrás de todo está Ávila Camacho —dijo Quevedo cauteloso—, tendría que evitar que tomara posesión en diciembre.

—Esa no es opción y usted lo sabe. Esto es México, doctor. Y el pueblo ya decidió en las urnas. Pero yo todavía sigo siendo el presidente, aunque sea por poco tiempo, y no me quedaría de brazos cruzados. —Cárdenas tocó el hombro de su chofer—. Mayor, señores...

El Fiat echó reversa y se alejó.

—Ahora ya saben quién me dio las órdenes directamente —Robledo tiró el cigarro—. Y no está de más decirles que esta reunión nunca ocurrió.

Los tres, en silencio, volvieron a desandar el camino hacia el auto de Robledo.

XXXII

El apodado Carmencitas giró el volante del Ford, ahora con un anuncio de taxi en el techo, para tomar Reforma. La calle se hallaba atestada de vehículos. Se ajustó la boina para que la línea de sus cejas quedara oculta. Manejaba atento a las señales, sin aumentar la velocidad ni tratar de adelantar a los otros, pues no deseaba que un agente de tránsito los detuviera. Ataviados con sus uniformes, Faros y Chesterfield podían pasar por unos auténticos tecolotes.

En medio de ellos, Klava se pintaba los labios con un colorete rojo intenso mientras vigilaba el delineado en el espejo de una polvera. Carmencitas lanzó una mirada furtiva a través del retrovisor para observarla mejor. Le gustaba. Nunca había tenido como líder de una misión a una mujer, y mucho menos a una con tantos arrestos como parecía tenerlos Klava. Entornó los ojos para buscar un resquicio libre entre las piernas. Chesterfield advirtió el intento de su compañero por fisgonear la ropa interior de su compañera y sonrió cómplice. Faros, en cambio, más comprometido con la causa que los otros dos, vigilaba el exterior a través de la ventana sin perder detalle, por si había algún obstáculo que superar.

Klava cerró el espejo con un chasquido y lo guardó junto con el labial en el pequeño bolso dorado. Con lentitud, se arremangó un poco el extremo del vestido corto. Chesterfield y Carmencitas se removieron ansiosos en el asiento, ávidos de ver más allá de las medias de red que apenas cubrían aquella piel nívea. Klava detuvo la develación de su cuerpo justo en la parte donde tenía la funda, con

una pequeña Margolin calibre .22 que parecía adherida al muslo. Luego miró al fisgón al tiempo que bajaba el vestido, y murmuró con voz ronca:

—No es buena idea que te distraigas del camino, Carmencitas. Si tenemos un accidente podrías pagarlo con tu vida.

—¡Cabrones, compórtense! —Faros volteó a ver a sus compañeros. Chesterfield asintió varias veces y Carmencitas reacomodó el retrovisor.

Diez minutos antes del cambio de turno general de los agentes policiacos, el Ford se detuvo en la esquina de Revillagigedo. La tarde se extinguía y las marquesinas de los comercios, las luminarias del alumbrado público y los fanales de los carros empezaban a dar luz a la ciudad.

—¿Están listos? —preguntó Klava y ellos respondieron con movimientos de cabeza.

Ella sabía que entre la muchedumbre de esa hora sería muy difícil que alguien reparara en quienes se bajaban de un vehículo civil o de una patrulla. Un gentío siempre desorienta. El ruido de las tres puertas duró una fracción de segundo. Carmencitas permaneció tras el volante. Desde ahí vio a Klava y a sus compañeros caminar por la banqueta en dirección de la comandancia.

Revisó el reloj en su bolsillo. Todo estaba perfectamente cronometrado. A partir de ese momento tenían veinte minutos para entrar y salir con el hombre al que apodaban Gnomo. Pocas horas antes había comprobado sus sospechas: a un compañero del Partido se le había escapado durante una llamada telefónica que iban a ayudar a huir al asesino de Trotsky. Sonrió complacido. Por fin podría hacer algo en verdad valioso por la causa. Examinó otra vez el reloj. El segundero caía con parsimonia sobre los números. Encendió el radio. La XEW empezaba un programa de variedades musicales. Miró de nuevo la hora e intentó concentrarse en la canción para evitar el nerviosismo. Se trataba de "Borrachita, me voy", de Tata Nacho. Sin

embargo, a la segunda estrofa perdió el hilo de la letra y volvió a sentir la angustia de la incertidumbre.

Mientras, cerca ya de la entrada de la comandancia, Faros sujetaba del brazo a Klava con firmeza con el fin de hacer más creíble su detención, en tanto Chesterfield abría camino haciendo a un lado a los transeúntes para avanzar más rápido. Varios oficiales que salían del edificio saludaron a los agentes apócrifos tocándose la punta de la gorra. Divertido, Faros les devolvía la cortesía con una sonrisa. Al darse cuenta, Klava hizo un gesto de disgusto.

—No exageres —dijo entre dientes—. Si no, alguno va a querer platicar contigo.

—Les encanta eso. Confía en mí. Me han perseguido muchas veces —contestó Faros.

Entraron por la puerta principal, atestada de quienes abandonaban la comandancia y de los que apenas arribaban a ella. Los recibió un bullicio de voces, movimientos, risas y reclamos, en el que se confundían los humores del sudor con el aroma a jabón de quienes recién se habían bañado. Klava bajó la vista y se concentró en la suciedad del piso, en las colillas de cigarros que lucían como bichos de sangre negra desmembrados.

Al llegar a la barandilla, Chesterfield tomó una pluma, garabateó un nombre y un número de placa sobre el libro de registro, e informó al oficial de guardia que la detenida no quería acudir a cumplir con un citatorio y que, por ello, su compañero y él habían tenido que traerla a la fuerza del Jardín de Tumbaburros. Luego con un grito le ordenó a Klava que avanzara, y de un empujón la hizo pasar por la pequeña puerta de madera que separaba la barandilla del interior, donde se hallaban los separos. El agente de guardia, sin alzar la vista de unos papeles, comentó que así eran todas las furcias, creían que se mandaban solas y no le presentaban el debido respeto a la autoridad. Por instinto, Klava quiso reclamar las palabras del hombre, pero Faros le puso una mano en la espalda para que se tranquilizara y siguiera caminando.

—Ya pasamos la barrera, compañera —le dijo en voz baja—. Y vinimos a otra cosa, no a reclamar comentarios estúpidos.

Habían memorizado en el mapa el trazo de los pasillos. Avanzaron sin contratiempos, sin llamar la atención de los demás agentes. Pasaron las oficinas donde el alboroto de las máquinas de escribir de las secretarias, las quejas de los detenidos y los gritos de los gendarmes se mezclaban al grado de sonar semejantes a una pelea de gatos callejeros.

Tras varios metros de caminata, abrieron una puerta al final de un corredor y desembocaron en uno de los patios de la comandancia. Se hallaba vacío, excepto en el fondo, donde un gendarme sentado en un banco de madera custodiaba cinco calabozos de los que sólo se distinguían las rejas sumergidas en penumbras. La mujer pensó que en uno de ellos se encontraba el hombre al que habían ido a buscar y se llenó de indignación. No podía ser posible que un agente que había prestado un servicio tan grande al Partido estuviera dentro de esa pocilga.

Al verlos acercarse con la mujer asida por ambos brazos, el custodio bostezó, se puso de pie y desenganchó el anillo de llaves de su cinturón. Apenas les dio la espalda para abrir una celda, Faros saltó sobre él y le aplicó una llave china. Puso toda su fuerza en el brazo derecho y apretó a fondo con el izquierdo. El guardia se revolvió bajo el castigo, intentó gritar, pero la falta de aire apagó su cerebro en unos cuantos segundos aflojando su cuerpo. Faros tuvo que sostenerlo para que no se viniera abajo. Entre los dos hombres lo metieron al calabozo que antes había abierto, tendiéndolo en el piso que olía a orines y lucía semejante a un muladar.

Klava se agachó y recogió las llaves. En el dorso de cada una de ellas había un número que identificaba la celda que le correspondía. A señas apuró a sus compañeros, recordándoles que tenían el tiempo contado y que restaba muy poco. Fue entonces que en los otros calabozos los presos comenzaron a moverse y a murmurar entre ellos. Miraban asombrados cómo una prostituta abría la celda

mientras dos policías aluzaban el interior con lámparas de mano. ¿Venían a liberar a alguien o a encerrarlo? ¿Quién era esa mujer?

De uno de los calabozos del fondo, un preso gritó que a esa mamacita la encerraran con él y que sacaran a sus compañeros de prisión para que los dejaran solos. Los demás detenidos comenzaron a reír. Faros dio una patada en la reja para hacerlos callar. Al no distinguir con la luz de las linternas a quien buscaba, Klava decidió llamarlo:

—¡Jacques! ¡Jacques! —gritaba en tanto recorría el estrecho pasillo de cara a las rejas—. ¡Soy yo! ¡Vine a sacarte de aquí! ¡Dime dónde estás!

Faros se rascaba la cabeza, preocupado. Estaba muy consciente del tiempo y sabía que tenían menos de cinco minutos para abandonar la comandancia antes de que volviera a llenarse de agentes. Miró con ojos muy abiertos a su compañero. Chesterfield entendió el gesto, pero sólo le palmeó la espalda para darle ánimos, mientras le decía:

—Carajo, compañero, con la suerte que nos cargamos, seguro el tal Gnomo está hundido en el último agujero —señaló al fondo.

Recorrieron el pasillo de piso un tanto pegajoso mientras dirigían la luz de las linternas directo a la cara de los detenidos. En la siguiente mazmorra había más hombres de aspecto astroso y la falta de ventilación hacía que los humores se concentraran al grado de provocarles arcadas. Esa pestilencia recrudecía el mal humor, la indignación y la angustia de Klava.

—¡Jacques! ¡Jaques Mornard! ¿Dónde te metieron? ¡Dímelo!

Al no obtener respuesta, la desesperación la hacía clavarse las uñas en las palmas de las manos hasta hacerlas sangrar. Sólo después de que gritara muchas veces el nombre, al fondo del cuarto calabozo se alzó una mano al tiempo que se oyeron unas palabras que al principio resultaron ininteligibles. Chesterfield advirtió de inmediato el ademán y dirigió hacia ese sitio el haz de luz. Los reos, aturdidos y curiosos, se hicieron a un lado para darle paso a un

hombre viejo y harapiento que intentaba ponerse en pie. Al verlo, Faros sonrió y atestiguó el alivio en el rostro de Klava, que no había notado el aspecto del tipo. Pero ese alivio se trocó en desconcierto al ver la escualidez, los trapos y el pelo apelmazado de un anciano que parecía llevar en ese calabozo una eternidad.

—Simón, sí, el franchute ese —dijo con voz cascada que apenas se entendía—. Aquístaba, pero no, ya no. Los tecolotes vinieron hace poco… lo sacaron… a otra parte…

—¿A dónde? —preguntaron al mismo tiempo Faros y Klava.

—¿Pos a ónde va ser? —manoteó el viejo—. ¡A la grande! ¡A Lecumberri!

Lecumberri.

La mujer sintió que la sangre abandonaba sus arterias. Habían llegado tarde. Se tambaleó a causa de un mareo repentino, pero consiguió reponerse al pegar un golpe contra la pared frente a los calabozos mientras masticaba una maldición en otro idioma. Cuando amenazó con gritar para desahogar su impotencia, Faros la sacó en vilo del pasillo y Chesterfield puso el cerrojo en la reja de entrada. A lo lejos, la orden de romper filas les llegó claro y entendieron que su tiempo se había terminado.

XXXIII

El doctor Quevedo inició el ascenso de las escaleras de cantera, anchas y cómodas, que se curvaban en los descansos en vez de cortarse en bloques como en las construcciones comunes y corrientes. Se detuvo frente a la puerta de roble de la oficina de Rogelio Armenta. Esperó un poco antes de tocar, quería normalizar su respiración agitada. El edificio, localizado a pocos metros de la comandancia, todavía conservaba la majestuosidad del periodo de Porfirio Díaz, época en la que fue construido. No es que fuera muy lujoso, no, los gobiernos emanados de la Revolución aún no sabían derrochar bien el dinero del pueblo en objetos suntuosos, pero como aquel sitio había sido en otros tiempos un ministerio del general Díaz conservaba aún parte de su garbo. Se preguntó si le gustaría trabajar en un espacio así, y de inmediato se respondió que no, que era mil veces más práctico trabajar desde su estudio en La Torre de Cristal.

Palpó de nuevo el sobre por encima de la tela de su saco, como si se tratara de un amuleto, y luego con los nudillos tocó la puerta. Un tipo joven, con una pajarita al cuello y saco a juego, abrió la puerta. Se quedó en el umbral mirándolo con cierto reproche al advertir que Quevedo no llevaba corbata, sino su acostumbrado suéter con cuello de tortuga.

—Tengo una reunión —Quevedo revisó su reloj de pulsera para comprobar la hora.

Se introdujo en la oficina. Tras el escritorio, Armenta parecía hundido en una amplia silla acolchonada. Frente a él, Robledo permanecía de pie y con aspecto preocupado. Después de saludar a su maestro, Quevedo se inclinó sobre el escritorio para darle la mano a Armenta, y al hacerlo vio de reojo un expediente abierto donde estaba escrito el nombre de Jacques Mornard y, al calce, un par de firmas ilegibles, desconocidas para él.

—¿Ya me pueden decir el motivo de la visita? —Armenta se arrellanó más en su sitio—. Quiero suponer que, siguiendo las órdenes de nuestros superiores, y ya cumplido el plazo acordado, hicieron el papeleo para que el acusado pueda llevar el juicio en plena libertad. ¿Estoy en lo cierto?

Quevedo volvió a golpear el sobre que traía en el bolsillo con las yemas de los dedos. Le dirigió a Armenta una mirada llena de ironía, que el otro notó con disgusto, y luego se giró a ver al juez Robledo con una mueca que estaba a punto de curvarse en sonrisa.

—Permítame informarle, licenciado —dijo con seriedad Quevedo —, que luego interrogar a Mornard no me convencí de que lo que afirma fuera la verdad respecto a su origen y nacionalidad, por eso acudí a gente de mi confianza para que me ayudara en las indagaciones…

Armenta inició una perorata para dejar en claro que aquello ya no tenía importancia, que la decisión se había tomado y era incuestionable, pero se detuvo de pronto al escuchar que Quevedo continuaba:

—… gente de la Secretaría de Gobernación…

Entonces miró a Quevedo intrigado, dio un manotazo en el escritorio y preguntó con ira:

—¿Tuvo usted el atrevimiento de involucrar a Gobernación?

El doctor respiró hondo. Experimentaba en su interior una sensación de triunfo, aunque supo disimularla muy bien mientras miraba a su maestro y descubría en sus pupilas un brillo de alegría.

Luego se volvió hacia el licenciado, que temblaba de indignación, y comenzó a explicar:

—La ayuda de Gobernación, señor, era precisa porque constituía la única manera de comunicarnos de manera oficial con la embajada de Bélgica, es decir, con la supuesta representación diplomática del reo. Los funcionarios de la embajada me aseguraron que los colegios donde asegura el tal Mornard que estudió nomás no existen ni han existido nunca… —hizo una breve pausa pues advirtió que el rostro de Armenta enrojecía cada vez más, que su mentón temblaba, que el sudor inundaba su frente y tenía los puños apretados—. Por esta razón, les pedí que ellos mismos entrevistaran al reo. Dos secretarios de la embajada me acompañaron entonces a una nueva entrevista con el prisionero y, tras dos horas de conversación, en francés, por supuesto, la conclusión a la que llegaron es que el tal Jacques Mornard no ha vivido nunca en el país, no ha estudiado en ninguna escuela en él, sus descripciones de ciertas partes de las ciudades que mencionó son por completo imaginarias, inexactas, falsas y, para terminar, que su acento no es belga, sino de alguna región específica de Francia, tal vez de Normandía...

Mientras el doctor terminaba de narrar los hechos, a Armenta sólo le faltaba echar espuma por la boca. Robledo, por el contrario, escuchaba la relación de su pupilo de pie, impasible, aunque vibrante de satisfacción. Cuando Quevedo hizo una pausa, después de echar por tierra la supuesta nacionalidad de Mornard, Armenta sacó toda la furia acumulada:

—¡Cómo es posible que se haya atrevido usted a acudir a otras instancias! ¡Y sin decírmelo! —al gritar, escupía grumos de saliva—. ¡Se saltó usted… se saltaron la cadena de mando! ¡Eso les va a costar caro! —azotó la palma de la mano en la superficie del escritorio—. ¡Si no obedecen mis órdenes de dejar en libertad a Mornard, voy a aplicarles un castigo que no van a olvidar nunca!

Luego se dejó caer en su sillón, jadeante, con la piel del rostro casi morada.

—Me temo que eso no va a ser posible… —dijo Quevedo y extrajo un sobre del bolsillo interior del saco, mientras con voz neutra explicaba—: Recibí este telegrama del secretario de Gobernación, quien, al conocer el resultado de las indagatorias de los diplomáticos belgas, decidió intervenir directamente.

Quevedo entregó el sobre a Robledo ante la expectación trémula de Armenta. El juez lo abrió, leyó su contenido, reprimió una sonrisa de satisfacción y luego lo entregó a su superior, quien lo tomó como si se tratara de un hierro al rojo vivo.

El mensaje era escueto: tan sólo ordenaba que tanto Robledo como la gente a su cargo debían continuar la investigación por la línea indagatoria ya iniciada, mientras que el reo conocido como Jacques Mornard debía ser trasladado en forma inmediata a la penitenciaría de Lecumberri, de donde sólo saldría, debidamente custodiado, para asistir a los autos de su juicio, para de inmediato volver al penal. Eso era todo.

Al terminar de leer, Armenta permaneció en silencio casi un minuto, mientras sus subordinados lo observaban a la espera de instrucciones nuevas. Era un silencio caviloso y angustiante, en el que Armenta rumiaba el siguiente paso a seguir, ahora que le habían bloqueado el camino anterior. ¿Qué hacer? De pronto, como si despertara de una pesadilla, advirtió que Quevedo y el juez aún seguían allí y lo observaban. Entonces les dirigió a los dos una mirada asesina, se reacomodó en el asiento y apenas detuvo el nuevo manotazo que iba a dar sobre el escritorio. Volvió a observarlos lleno de ira y dijo:

—¡Qué carajos están haciendo aquí todavía! ¡Vayan a cumplir lo que se les ordena en ese documento! ¡Lárguense ya!

—Ya lo hicimos, licenciado. Desde esta noche, el asesino de Trotsky duerme en Lecumberri —informó el juez.

—¡Agustín, acompaña a los señores a la salida!

El secretario de Armenta abrió la puerta y con el brazo les indicó el camino; ambos abandonaron la oficina con paso firme, sin mirar

atrás.

Cuando Armenta quedó solo, descargó su ira con un manotazo fuertísimo sobre el expediente abierto ante él, y luego tuvo que sobarse la palma en la pierna para atenuar el dolor. Extrajo el pañuelo de su bolsillo, porque las perlas de sudor volvían a inundarle la frente y las sienes. Al enjugarse la humedad, contemplaba el teléfono con recelo, casi con miedo: estaba seguro de que el timbre sonaría de un momento a otro y él tendría que soportar un regaño humillante mientras intentaba dar las explicaciones pertinentes a Escorpión de por qué el caso seguía abierto y Mornard no podría huir del país por ahora.

XXXIV

El dato del traslado de Mornard lo había recibido el Güero por teléfono una hora antes, de parte de Quintanilla. Quiso agradecerle el gesto al teniente, pero este le colgó antes. El reportero agarró su gabardina y sombrero, y le pegó un chiflido a Olivares para que lo acompañara. Mientras esperaba al fotógrafo, le marcó al encargado de impresión. Le pidió que esperara una última nota para la portada. El hombre refunfuñó porque eso le costaría un par de horas extras y ya se hacía saliendo temprano para irse con su familia.

—Si quieres horario de oficina, pide tu cambio a recepcionista —ironizó el Güero antes de cortar la comunicación.

Aunque sabía que no lo iban a dejar entrar a esas horas de la noche, sólo necesitaba ver la julia, tomar una foto y adornarla con una crónica. Olivares y él se apostaron a un lado de uno de los portones del Palacio Negro. Al segundo cigarro, el sonido de una sirena fue acercándose. El reportero le hizo señas a su compañero para que estuviera listo. El auto se detuvo frente al punto de inspección. De la pequeña ventana del vehículo se asomó el rostro de Jacques Mornard. Olivares soltó el flashazo de inmediato. El Güero observó primero la mirada frustrada, enseguida de desconcierto y por último de derrota del detenido al fijar los ojos en la fortaleza a la que estaba a punto de ingresar. Se imaginó lo que pasaba por su mente: una fuga de un lugar como Lecumberri sería casi imposible. Ahora estaría, además de bien enjaulado, rodeado de los más peligrosos delincuentes.

En ese tiempo el Palacio Negro, más que una simple prisión, era algo así como una galería del mal. En México, tal vez sólo las Islas Marías lo superaban en cantidad de asesinos y delincuentes peligrosos. Había parricidas, matricidas, homicidas de niños, violadores, asesinos múltiples, ladrones finos de esos que se especializan en vaciar cajas fuertes sin violencia, asaltabancos, rateros callejeros, cuchilleros, timadores, delincuentes políticos, gatilleros profesionales… Muchos de ellos habían tenido sus días de fama en la nota roja, cuando fueron conocidos por todos los habitantes del país, para luego ser olvidados al poco tiempo de caer tras las rejas. Otros todavía no gozaban de la fama que tuvieron años más tarde, y no porque no fueran desde entonces maleantes consumados, sino porque todavía no daban sus golpes más célebres o aún no cometían sus más famosos asesinatos. Como ya no se ejercía en México la pena de muerte, había que encerrarlos en esas prisiones, que luego serían conocidas como las universidades del crimen. Y el mote tenía algo de cierto, porque, por ejemplo, si caía preso algún ladronzuelo con vocación pero sin experiencia, ahí encontraba mentores que iban a mejorar su educación en poco tiempo. Esos eran los compañeros que iban a convivir a partir de ese día con Jacques Mornard en los pasillos y las bartolinas de Lecumberri.

El portón se abrió y la camioneta avanzó despacio bajo la mirada arisca de un par de guardias armados. El Güero terminó de apuntar varias frases que se le vinieron a la cabeza para integrar la crónica. Olivares fotografió de nuevo la parte trasera de la julia y asintió satisfecho.

—Misión cumplida, compañero, ahora vámonos, que si terminamos temprano te disparo un trago en La Ópera —dijo el Güero sin dejar de contemplar esa inmensidad que era el Palacio Negro de Lecumberri.

XXXV

La tarde siguiente, un viejo Ford T se orilló a un costado del penal y de él bajaron un hombre vestido con sotana y una mujer con hábito de monja. Apenas se alejó el vehículo, ambos caminaron hacia la entrada de la prisión. Ni por esos días ni antes ni después resultaba raro ver sacerdotes y religiosas por el rumbo, ya que muchos de ellos visitaban el Palacio Negro con el fin de otorgar algo de consuelo a los reclusos, llevarles mensajes de sus seres queridos o un poco de alimento conseguido por medio de la caridad.

Pero quienes los vieron desplazarse por la banqueta y luego acercarse al portón, advirtieron que algo extraño había en esa pareja: de inicio, la manera de andar, que en él parecían los pasos de un obrero de la construcción acostumbrado a mantener el equilibrio sobre los andamios, y en ella los de una militar que marcha entre contingentes vestidos de uniforme. Otra cosa eran los ademanes y los gestos: siniestros los del ensotanado, como si se tratara de alguien a punto de cometer una fechoría, y sigilosos los de ella, iguales a los de quien trata de mantener un perfil bajo para no ser reconocido.

El que habló con el guardia de la entrada fue el sacerdote, mientras la mujer se mantenía detrás, en silencio, oculto el rostro en el tocado y con un rosario entre sus dedos. Se anunciaron como conocidos del padre José Aurelio Salvatierra, preso por haber estado involucrado más de una década atrás en un importante asesinato político y por su participación, como recaudador de fondos y

organizador, en el levantamiento cristero que había tenido en jaque al gobierno en años anteriores. Una de sus leyendas negras lo señalaba como quien bendijo la pistola que utilizó José de León Toral para disparar sobre el general Álvaro Obregón cuando ya había sido electo para su segundo periodo como presidente del país.

A los custodios del penal no les pareció sospechosa esa visita, pues Salvatierra solía recibir a mucha gente, tanto fieles de su parroquia como comerciantes ricos que pertenecían a Acción Católica, además de otros religiosos, hombres y mujeres.

Les abrieron el portón, los pasaron a una suerte de sala de espera, los anotaron en el registro como sor Aurelia y el padre Benito Canales, y por último los registraron por encima del hábito y la sotana. Estaban limpios. Les pidieron que esperaran hasta recibir aviso de que el padre Salvatierra había sido llevado al área de visitas.

Mientras aguardaba, la monja, que en realidad era Klava, trataba de dominar sus nervios. La noche anterior, ya de regreso a la bodega, derrotados los cuatro comunistas, Carmencitas pareció compadecerse de ella. Le dio la dirección del tal Canales, un antiguo miembro del Partido Comunista Mexicano, arrepentido de haber abjurado de la fe católica durante años para abrazar el marxismo. Ahora era un cristero convencido que mantenía nexos desde hacía años con el padre Salvatierra. Él la podría conectar con el sacerdote, que era una figura muy poderosa dentro del penal. Tal vez podrían llegar a algún acuerdo, pero eso dependía de ella. Klava agradeció el gesto y de ahí mismo fue a buscar sola a Canales, quien al escuchar sus tribulaciones aceptó, tras acordar un precio, acompañarla al penal para que le expusiera su caso al sacerdote preso. Klava se despidió de Canales después de quedar citados para la tarde siguiente.

Fue idea de Canales ir vestidos de religiosos y ella estuvo de acuerdo. Sabía que tras las rejas de aquellos muros se hallaban muchos miembros y exmiembros del Partido, cuyas órdenes

desobedecía al acudir a la prisión. Algunos de ellos podrían reconocerla y, por consiguiente, delatarla. Pensaba qué podría pasar si avisaban a alguno de los integrantes de la jerarquía de su presencia allí. Lo más leve sería que la llevaran ante un superior para que recibiera una severa llamada de atención, que quedaría registrada en su expediente. Pero si la cosa era considerada grave por sus camaradas, seguro la sacarían de inmediato de país para trasladarla a Moscú donde, sometida a los tratamientos más terribles, debería explicar los motivos de su insubordinación; y luego vendría el castigo, que podría ser incluso la muerte en el paredón de fusilamiento. Por eso permanecía con la cabeza gacha, oculta tras el hábito, sin mirar a nadie a su alrededor y, sobre todo, sin tratar de acercarse a Jacques Mornard.

La espera no fue larga. En menos de diez minutos uno de los custodios del penal fue por ellos para conducirlos a donde los reclusos recibían a sus visitas. En tanto recorría aquellos pasillos desnudos, olorosos a humedad y encierro, Klava imaginaba cómo sería de ese día en adelante la vida de Mornard al interior de tantas paredes de piedra sólida. Pensó en noches frías, en la miserable alimentación que le darían, peor que la de los ranchos de los soldados después de la batalla; en el constante acoso de los demás presidiarios, sobre todo de los que estaban alistados en el Partido. Se estremeció. Alejó esos pensamientos de su mente.

Llegaron hasta una puerta de hierro. Otro custodio les dio el paso desde el interior y, en una mesa del fondo, ambos distinguieron la figura severa y oscura del padre Salvatierra. Otras mesas estaban ocupadas por reos y sus familiares, pero en torno al sacerdote cautivo todas se hallaban vacías, como si los demás prefirieran estar alejados de él. Aunque Klava había dejado de lado la religión muchos años atrás, le resultaba extraño ver a un ministro de la Iglesia con uniforme de presidiario. Sólo cuando se fueron acercando reconoció en su actitud y sus gestos el aplomo sacerdotal de quien no ha perdido ni un ápice de su autoridad sobre quienes lo rodean:

se mantenía recto, entero, y bajo las cejas tupidas sus ojos parecían internarse hasta lo más profundo de la consciencia de quienes tenía enfrente.

—Dichosos los ojos, padre Canales —dijo Salvatierra con cierta ironía al pronunciar "padre"—. ¿A qué debo el milagro de su visita? ¿Quién es esta sierva de Dios que lo acompaña? —luego bajó la voz para preguntar—: ¿Es en verdad una religiosa?

El padre Canales le dijo al oído unas palabras. Salvatierra barrió entonces a Klava de arriba abajo con una mirada penetrante, y con un ademán le indicó que tomara asiento.

—Déjanos solos —le murmuró al padre Benito y lo vio alejarse hacia una de las mesas vacías. Aunque los custodios de la sala de visitas no perdían detalle, supusieron que la monja venía a confesarse, y también dieron unos pasos hacia atrás—. Así que estás preocupada por un familiar que corre peligro aquí adentro… Cuéntame, hija, ¿por qué lo ingresaron?

A pesar de lo incómoda que la hizo sentirse el tratamiento de "hija", la mujer decidió ser honesta con el sacerdote. Lo primero que le contó fue que, tanto el prisionero como ella, pertenecían al Partido Comunista, no de México, aclaró al ver la mueca de disgusto de Salvatierra, sino al de la Unión Soviética.

—Los dos vinimos a México con una misión de nuestros superiores, padre —las palabras de Klava apenas tenían el volumen necesario para que el religioso la escuchara—. Ya la llevamos a cabo, con éxito. Pero él, que fue el responsable de ejecutarla, cayó detenido y lo encerraron tras estos muros, donde corre peligro de muerte.

—No me gustan los comunistas —dijo Salvatierra con tono de rencor y gesto de repulsión—. No aceptan a Nuestro Señor ni sus enseñanzas…

Klava se removió en el asiento, incómoda por el hábito monjil. Miró al sacerdote y esbozó algo semejante a una sonrisa.

—Entiendo su rechazo y su desconfianza, padre. Pero si toma en cuenta que el enemigo de su enemigo puede considerarse un amigo, creo que pensaría de modo distinto si le contara cuál fue esa misión.

—¿Y qué esperas para hacerlo?

Klava se levantó del asiento y se estiró sobre la mesa para acercar su rostro al del sacerdote con el fin de hablarle al oído. Mientras murmuraba los detalles del operativo planeado desde Moscú y realizado en Coyoacán, Salvatierra comenzó a relajarse al grado de que cerró los ojos y en su rostro se dibujó poco a poco una sonrisa de satisfacción. Cuando la mujer terminó de hablar y volvió a sentarse, el semblante del religioso mostraba alegría al decir:

—No cabe duda de que los caminos que elige el Señor son harto extraños… ¿Así que ustedes fueron los que libraron a la humanidad de ese demonio?

El padre Salvatierra reconoció que, aunque sus maneras de ver el mundo fueran opuestas, enemigas, por el momento las circunstancias los había unido en un mismo objetivo: luchar contra el gobierno, que a lo largo de dos décadas había promovido esa ideología atea que tenía al país hecho un asco. Que, a pesar de que no comulgaba con la ideología del homicida de Trotsky y la supuesta monja frente a él, agradecía sus acciones recientes y simpatizaba con ellas. Finalmente, decidió tranquilizar a la mujer:

—Yo mismo me voy a encargar, hija mía, de brindarle mi protección a ese muchacho. No te preocupes más. Pero te advierto que necesitaré que me consigas algunos recursos monetarios, aquí nada es gratis —ahora la expresión del sacerdote era una mezcla de bondad y amenaza—. Aunque en esta prisión abunden los miembros de tu Partido, te aseguro que no le pasará nada malo. Todos esos seguidores de Satanás saben que conmigo se topan con pared. ¡Ay de quien intente algo contra él!

Ante el ofrecimiento, Klava fue un poco más allá.

—¿Y… y qué posibilidad habría de ayudarlo a salir de aquí?

El padre Salvatierra miró a los lados como si se asegurara de que nadie los oía. Después sonrió de forma abierta mientras clavaba en la mujer una mirada fría.

—Todo es posible en la vida cuando se tiene fe —murmuró como si hablara para sí.

Siguieron conversando en susurros unos minutos más, observados por los custodios y el hombre de la sotana. Y cuando terminaron de ponerse de acuerdo en las cuestiones de dinero y al fin la monja se puso de pie para retirarse, todos vieron cómo sonreía y caminaba con soltura, ligera, con pasos decididos y la frente alta. Quienes no sabían a lo que había venido, seguro pensaron que esa confesión con el padre José Aurelio Salvatierra acababa de aliviar a la mujer de todas las penas que la atormentaban.

XXXVI

La calavera del Tigre de Santa Julia permanecía muda y distante en un rincón del escritorio. Quevedo hacía dibujos a lápiz en la hoja de un cuaderno, donde también anotaba de vez en cuando algunos nombres, los unía por medio de flechas y los coronaba con signos de interrogación. Los últimos nombres escritos eran Siqueiros, seguido de Armenta y Mornard y varias interrogantes. ¿Se conocían de antes Armenta y el muralista? Si así fuera, tal vez no tendría nada de extraño: Armenta de algún modo pertenecía a las altas capas de la administración pública, cuyos miembros acostumbraban relacionarse con los artistas de altos vuelos. Y, sin embargo, algo le sonaba mal. ¿Y Mornard y Siqueiros? El muralista había proferido varios insultos fuertes en contra de Mornard, dijo algo acerca de su madre y aseguró que ni belga era. Lo conocía bien, eso era obvio. Pero ¿de dónde? ¿En la Unión Soviética? Podría ser, pues el pintor era un comunista reconocido en México, enemigo declarado de Trotsky y el trotskismo, y Mornard debía serlo también, si no, no le hubieran dado la encomienda de eliminar al anciano. ¿Y Armenta? ¿Cómo encajaba en esta trama? ¿Por qué fue directamente él a sacar de la comandancia al pintor? ¿Cómo se había enterado el abogado de Siqueiros que estaba preso? Quevedo fijó los ojos en el cráneo del célebre bandido, como si le suplicara unas palabras de ayuda. Iba a extender el brazo para tomarlo y acercarlo a su rostro, cuando oyó que Lupita entraba al estudio.

Su taconeo y el balanceo de caderas le aceleró el pulso, aunque su rostro permaneció impasible mientras la recorría con la mirada. Al verla, advirtió que la muchacha no sonreía, sino que lucía un tanto alterada. Tampoco se sentó sobre la superficie del escritorio como otras veces. Apoyó las palmas de las manos sobre los papeles de Quevedo.

—¿Estás muy ocupado, Alfonso? —le preguntó con voz ronca.

—Aunque lo estuviera… —respondió mientras la miraba con ternura—. ¿Te pasa algo?

Ella suspiró.

—Es que… estoy preocupada por Jerónimo, necesito que me ayudes.

Quevedo, que ya le conocía de sobra esas angustias, pasó rápido de la ternura al fastidio y frunció el ceño. Antes ya habían discutido varias veces sobre el asunto. Él intentaba explicarle el comportamiento general de los adolescentes, su inclinación a ir siempre en contra de las normas y de lo que los adultos consideraban buenas costumbres, su exceso de energía… pero Lupita se cerraba a sus razonamientos, alegando que su sobrino ni era un caso de estadísticas ni una investigación que él debía resolver, sino un ser humano del que ella tenía que responsabilizarse. En esas discusiones se rebatían uno al otro, alzaban la voz, y no fueron pocas las ocasiones en que terminaron disgustados, sin dirigirse la palabra durante el resto del día.

—Nunca está en la casa, por las noches llega tardísimo, a veces borracho, y cuando yo vengo a trabajar no se ha levantado. Dice que consiguió empleo en el sindicato de Petróleos, por eso ahora trae hasta carro, pero he visto a sus nuevos amigos y son unos tipos que se miran torvos, violentos…

—Si no aprendes a tomar las cosas con calma, ese muchacho va a matarte de un infarto —Quevedo suspiró un tanto desesperado.

—¡Por favor, Alfonso! ¡No me salgas con lo mismo de siempre! Ahora es diferente, mi instinto me dice algo diferente.

—¿Tu instinto?

—¡Sí, mi instinto! Ese que me decía cuándo no debía irme con un cliente, el mismo instinto que me dijo que podía confiar en un tímido doctor en criminología que realizaba un estudio sobre nuestra profesión.

Lupita estaba furiosa. Apretaba los puños en tanto dirigía sus ojos negros a Alfonso con una expresión en la que se adivinaba que iba a estallar en gritos y lágrimas. Pero no pronunció palabra. Dio media vuelta y caminó en silencio hacia la salida del estudio. Cerró la puerta tras de sí, y luego se escuchó el ruido de sus tacones al bajar las escaleras.

Quevedo resolló con profundidad y el remordimiento se apoderó de él en un instante. Se puso de pie y fue al ventanal para ver la calle desde ahí. Pensaba que no le costaba nada pedirle a Robledo que enviara a un par de agentes a que comprobaran las actividades de Jerónimo, pero volvió a decirse que con toda seguridad Lupita exageraba el asunto y lo mejor era dejarlo así.

Una sensación de tristeza lo devolvió a la silla de su escritorio. La duda también lo torturaba. ¿Debía haberla consolado? ¿Ayudarla ahora? ¿O tenía razón él? Si bien sentía que amaba a Lupita, siempre estuvo convencido de que, incluso en el amor, debía poner ciertos límites. Sin límites, la vida se convierte en un verdadero caos, era una de sus consignas para existir.

Tomó uno de los expedientes, el que contenía sus notas del interrogatorio realizado a Jacques Mornard por los funcionarios de la embajada belga, pero supo que no iba a poder concentrarse en el caso. Volvió la vista hacia la calavera del Tigre de Santa Julia como si le dijera “Háblame, Tigre”, pero luego de unos segundos apartó la vista: no fuera a ser que el cráneo del bandido comenzara a aconsejarlo en cuestiones de amor.

XXXVII

El padre Salvatierra era un tipo inteligente que sabía manejar a quienes lo rodeaban. Tenía un gran carisma. También resultaba siniestro. Tanto que, si no se hubiera consagrado a Dios, seguro habría sido un capo de la mafia local. Y de algún modo lo era, a pesar de la sotana. Su historia resultaba algo confusa en ese entonces. Se le conocía como uno de los líderes del movimiento cristero, pero nunca se pudo probar hasta qué grado se había implicado con los campesinos que se levantaron en armas. Se decía también que había sido uno de los autores intelectuales del magnicidio del general Álvaro Obregón, pero como ese atentado en el restaurante La Bombilla fue uno de los más oscuros, retorcidos y confusos en la historia de México, a pesar de que el supuesto autor material cayó en el momento, tampoco se pudo establecer cuál papel real había representado el padre Salvatierra en él, más allá de que bendijo la pistola usada por el homicida José de León Toral para meterle algunos balazos en la cabeza al presidente electo. En fin, aun sin pruebas que lo relacionaran de modo directo con estos casos, las autoridades de esos años decidieron encerrarlo, y los gobiernos que vinieron después lo mantuvieron tras las rejas, lo que decía mucho de su peligrosidad y del miedo que en verdad le tenían.

Como cualquier dirigente criminal, Salvatierra manejaba muchos hilos desde su bartolina en Lecumberri. Hilos que se extendían, no sólo a la Ciudad de México, sino a muchas otras ciudades del país. Pero a quienes realmente controlaba por completo eran los feligreses

de su parroquia y a los habitantes del barrio donde se ubicaba. Su cantera, decía él. Entre ellos había "hombres" que mataban en nombre de Dios, terroristas que se habían quedado sin trabajo luego de extinguirse el levantamiento cristero. El sacerdote no se cansaba de asegurar que el movimiento seguía vivo en todo el país, aunque en estado de hibernación. Según él, los combatientes cristeros tan sólo habían guardado las armas, no se deshicieron de ellas, y esperaban una señal para volver a luchar contra el gobierno ateo que trataba de echar por tierra las creencias y la moral de sus ancestros.

Salvatierra también se consideraba a sí mismo un hacha de guerra que podía ser desenterrada cuando se requiriera. Y tal vez era cierto porque, como después se supo, él habría podido fugarse del Palacio Negro prácticamente en el instante en que lo decidiera. Tenía suficientes adictos a su investidura tanto dentro de los muros de Lecumberri como en las calles de la urbe, y con tronar los dedos le habría bastado para que se organizaran rápido con el fin de prepararle la huida.

También, como cualquier líder criminal, tenía sus obsesiones. O tal vez sería mejor llamarlas convicciones, porque estaba convencido de que la misión que le había sido encomendada por Dios mismo era la de derrocar al gobierno ateo y comunista, según él, para regresar a la vida de pureza, de fe y de moral cristiana que hubo en México décadas atrás, antes del derrocamiento de Porfirio Díaz.

Él sabía que, para que el movimiento cristero se transformara en una verdadera revolución, una santa revolución, primero se tenía que desestabilizar el país, hacer que el gobierno perdiera sus apoyos entre los obreros y campesinos, que se deterioraran las relaciones con otras naciones, sobre todo con la potencia del norte, hasta que desapareciera el poco prestigio internacional que habían conseguido obtener los regímenes revolucionarios.

¿Y cómo podía suceder algo así? Salvatierra le había dado muchas vueltas al asunto durante los años que llevaba encerrado.

Estar inmerso en un mundo que habitaban puros delincuentes le dio muchas ideas, pero las desechó o depuró, según pasaban los días y los meses. Le sobraba tiempo para pensar. Y llegó a la conclusión de que el único camino para tambalear al gobierno, ya que Dios no le ayudaba enviando catástrofes naturales ni plagas, era la desestabilización económica. Era lo único que podía producir un caos generalizado, un caldo de cultivo para que los guerrilleros cristeros dejaran de hibernar, tomaran las armas de nuevo e hicieran caer al gobierno. Sí, pero ¿cómo? No resultaba nada fácil conseguirlo. No tenía los medios.

Pero entonces el falsificador Enrico Sampietro fue ingresado en la penitenciaría de Lecumberri, y se hizo la luz para el padre Salvatierra.

Sampietro era considerado un verdadero artista de la falsificación de billetes y, por lo tanto, bastante peligroso en su área. Había inundado de francos franceses y libras esterlinas británicas, fabricados por él en su taller, varios países del norte de África, y por ello era buscado tanto ahí como en Europa. Se contaban muchas cosas sobre este francés de apellido italiano. Que había pertenecido al partido de los fascistas en Italia, que en Venezuela y Colombia falsificó dólares para que los grupos insurgentes pudieran hacerse del armamento que luego utilizarían en su lucha contra sus gobiernos, que había sido contrabandista en Panamá, y otras cosas.

Apenas el falsificador puso un pie en Lecumberri, Salvatierra mandó que lo trajeran a su celda para conocerlo y conversar con él. Hablaron en italiano y simpatizaron desde la primera ocasión, como si sin mencionarlo ambos supieran que necesitaban uno del otro para sobrevivir y llevar a cabo sus planes.

Sampietro le contó al sacerdote algunas de sus hazañas. Le detalló sus métodos de diseño e impresión de billetes falsos, lo que Salvatierra pudo comprobar cuando le entregó un cuaderno y plumines para ver si conseguía copiar dinero mexicano. Quedó encantado. Sampietro en verdad poseía talento artístico. Salvo por la

tinta y el papel escolar, las copias eran idénticas a los originales. Le preguntó si también sabía falsificar monedas. Sampietro nomás sonrió. Entonces, como si estuviera ante el mismísimo Salvador, el padre Salvatierra, dispuesto a abrirle su pecho sin reservas al otro, le contó los planes que había venido rumiando desde hacía tiempo.

—Se trata de inundar el país con dinero falso hasta lograr que la economía mexicana se tambalee y luego se venga abajo —le dijo—. ¿Estarías de acuerdo en ayudarme, hijo?

El europeo asintió. Había calibrado bien al sacerdote y comprendió que él le proporcionaría todo lo necesario para la realización del plan.

—Para empezar, padre… necesitaría papel y tintas iguales a las que usa el gobierno. No que se parezcan; tienen que ser iguales, las mismas. Luego una buena imprenta, implementos de tallado y escultura que yo le indicaré. Material para fabricar moldes, un buen horno para el vaciado de las placas, algunos ayudantes que sean bastante discretos y que tengan experiencia en cuestiones de impresión.

Salvatierra enumeró en la mente lo que había oído.

—¿Y podría realizar esos trabajos dentro de estos muros? —preguntó al francés.

—Tal vez podría intentar hacer un par de pruebas, o quizá más —Sampietro recorrió con los ojos las paredes de la bartolina, sus dimensiones, e hizo un gesto de disgusto—. Pero para la impresión de billetes en forma masiva sí necesitaría estar fuera de la prisión.

Miró al sacerdote con suspicacia, como si lo estuviera poniendo a prueba sugiriéndole que lo sacara de Lecumberri, pero no advirtió que el otro moviera un solo músculo de la cara.

El padre Salvatierra tomó nota de todo. Y, durante los siguientes días, los principales contrabandistas del Palacio Negro comenzaron a introducir al penal los materiales necesarios para que el europeo preparara los primeros ensayos.

Ya para entonces Enrico Sampietro había sido trasladado a la crujía donde habitaba el sacerdote. Le dieron una de las bartolinas más amplias y cómodas para él solo, y todos los reclusos sabían que se hallaba bajo el ala protectora de Salvatierra. Era intocable. Los mismos custodios de la crujía estaban ahí, no para vigilar sus movimientos, sino para cuidarlo, para evitarle contactos desagradables con otros presos y para servirlo en lo que se le ofreciera.

Empezó a trabajar, y rápido le mostró a su protector los primeros avances. Hizo milagros con el papel y la tinta que los hombres del sacerdote le habían conseguido, pero los billetes que produjo en ese tiempo aún podían ser detectados, si no por la gente, sí por los cajeros de los bancos. Por eso el sacerdote le prometió que muy pronto sus hombres de afuera llevarían a cabo un robo a la fábrica de pintura proveedora del gobierno, y otro a la que le proporcionaba el papel.

Por eso, el día en que recibió la visita del supuesto padre Benito Canales y la supuesta monja Aurelia, el sacerdote decidió ir a la celda de Sampietro. Lo encontró trabajando en una moneda de yeso, idéntica a los centenarios de oro. Al verlo llegar, acompañado por dos custodios del penal, el falsificador la aventó al aire como si tirara un volado, pero en dirección de Salvatierra, quien la atrapó al vuelo. Tras examinarla con cuidado, el sacerdote lo felicitó.

—Imagínela hecha de una aleación de plomo y un poco de oro. Pesaría lo mismo que la original y sería muy difícil que alguien detectara que no lo es —dijo en italiano el falsificador.

—Es cierto —respondió Salvatierra en la misma lengua—. Pero aun así prefiero los billetes. Sobre todo cuando logremos hacerlos con el papel y las tintas adecuadas.

Enseguida pasó directo al punto que lo había traído. Bajó la voz.

—El día de nuestra salida de este lugar infernal está acercándose, hijo —le puso al otro una mano en el hombro—. Sin embargo, hay algunas novedades que debes saber, cambios de última hora. No me

mires así, el plan sigue en marcha, pero con un añadido: vamos a incluir en la huida a otro huésped de la prisión.

—¿A quién?

—Un europeo, como tú. Parece ser que es belga, la verdad no estoy seguro. Un hombre cuya vida corre peligro dentro del penal.

Con esa aclaración, Sampietro comprendió que se trataba del asesino de Trotsky. Lo había visto deambular por algunos pasillos y patios, sin hablar con nadie. Cuando supo que se trataba de un belga, pensó que podría conversar con él en francés, pero luego de observarlo bien empezó a dudar: el tal Mornard no hablaba con ningún otro presidiario, pero muchas veces lo había sorprendido cerca de reclusos que conversaban entre ellos, como si entendiera bien el español y prestara atención a lo que decían. Eso lo había ahuyentado en su momento, pero ahora que el padre Salvatierra le dijo que sería compañero de fuga de ambos, decidió volver a su proyecto original: conversar con él en francés para conocerlo mejor.

—Es un comunista, lo que casi es lo mismo que decir enemigo —el sacerdote no reprimió un gesto de disgusto—. Pero un comunista que mató a otro mucho más peligroso para nosotros: León Trotsky. ¿Tienes algún reparo con este asunto?

—Ninguno —dijo el falsificador pensativo—. Recuerde, padre, que en Italia formé parte del Partido Fascista y, por lo tanto, lo que hizo el tal Mornard es para mí un verdadero acto de heroísmo. Además, quitárselo de las manos a los comunistas recluidos aquí, que seguro ya sienten la excitación de matarlo, me va a dar mucho placer.

El padre Salvatierra se quedó un buen rato en la celda de Sampietro. Ya no hablaron de la fuga, ni de las falsificaciones, ni de Mornard. Al sacerdote le gustaba que el falsificador le contara sus aventuras en diferentes países y de ello ambos eran capaces de hablar durante horas y horas.

XXXVIII

El coche del teniente Quintanilla dio vuelta en una esquina y desde ahí contempló la llamada Torre de Cristal. No le gustaba ese nombre, le sonaba a título de cuento para niños. Cuando se acercaba a la casa, vio que Lupita iba saliendo del estudio. Sin pensarlo, el teniente volteó el retrovisor para ver cómo se veía, se alisó el cabello con los dedos de una mano, y echó vaho sobre la palma con el fin de comprobar si su aliento olía mal. Se sintió satisfecho con la revisión, que terminó justo cuando estacionaba el coche a un lado de la banqueta. Al abrir la portezuela, Lupita se detuvo a saludar.

—Qué milagro, teniente —hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa—. ¿Qué lo trae por aquí?

Por alguna razón, Quintanilla se sintió cohibido por la muchacha.

—Pues ya ve usted, Lupita —le tendió la mano—. Por fin acepté las instrucciones de mi mayor Robledo de que el doctor y yo trabajemos hombro con hombro en el Caso Trotsky.

—Debe haberle costado mucho esfuerzo, ¿no?

—No tiene usted idea de cuánto —sonrió con timidez—. En fin, vengo para intercambiar información de nuestras pesquisas…

Iba a seguir hablando, pero al darse cuenta de que la muchacha traía los ojos hinchados y enrojecidos interrumpió su discurso. Lupita advirtió lo que el teniente había visto y, avergonzada, bajó la vista al piso y sonrió con una mueca. Él la tuteó mientras le apartaba el cabello del rostro.

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿Estuviste llorando?

Ella negó con la cabeza y se mantuvo así unos segundos. Quintanilla le acarició las mejillas con el dorso de la mano, en tanto volvía a preguntarle qué le pasaba. Lupita trató de esconder el rostro.

—Discúlpeme, teniente, no acostumbro a tener estas confianzas con desconocidos… aunque me sean simpáticos —el color de la cara se le subió.

El teniente se le acercó e intentó abrazarla, pero ella dio un paso atrás.

—¿Y qué es lo que te tiene en ese estado?

Tras unos instantes de silencio, luchando contra la vergüenza que sentía, Lupita se soltó contándole lo que la tenía angustiada. Le dijo de un solo tirón la historia de su sobrino Jerónimo.

Quintanilla la escuchaba un tanto divertido, aunque sin dejárselo ver. Recordaba sus propios años mozos, su rebeldía juvenil, los pleitos con su madre, los golpes que su padre le propinaba por insolente y falto de respeto, y estaba a punto de decirle a Lupita que así eran todos los hombres a esa edad, cuando ella dijo que, aunque a todo eso había conseguido acostumbrarse, ahora la conducta de Jerónimo era peor, mucho peor.

—¿Cómo peor?

—De unos meses para acá, desde que entró al sindicato de Petróleos —la voz de Lupita enronquecía conforme hablaba—, se ha estado juntando con un grupo de muchachos con tipo de maleantes. Se ha vuelto más majadero, a veces llega golpeado, le ha dado por fumar… la otra vez que le iba a lavar la ropa encontré en sus pantalones un fajo de billetes de cien pesos. ¿De dónde pudo sacarlos? Ni modo que le paguen tanto. Y también traía una navaja, con rastros de lo que parecía sangre…

Valentín prestó atención. Tal vez no se trataba de simples muchachadas, sino de algo que ya se acercaba a la delincuencia. Su olfato de policía despertó.

—Tienes razón, Lupita. Eso es mucho para un joven como él.

—Y si a eso le suma usted que toman a diario, es decir, que cada día compran cerveza y hasta vino, que gastan un montón de gasolina y además van por mujeres afuera de los cabarets, yo creo que sí es como para preocuparse, ¿no cree, teniente?

Tal vez fuera a causa de su desahogo, pero Lupita lucía más tranquila. Las lágrimas en su rostro se evaporaron y sus ojos brillaban secos. Le agradeció a Quintanilla por escucharla e intentó cambiar de tema. Pero el teniente no tenía ganas de hablar de él ni de su trabajo.

—¿No le pidió ayuda al doc?

—Piensa que exagero con mis preocupaciones. Como nunca he sido madre…

Quintanilla sintió de nuevo el impulso de abrazarla, pero volvió a contenerse.

—Es que hay motivos para que te preocupes, muchacha —le dijo acercándose—. Con lo que me acabas de contar, yo creo que es posible que tu sobrino ande pisando chueco. En cuanto al doc, también lo entiendo. Es un buen investigador, sí, pero de gabinete y de libros. No conoce bien a la gente de la calle ni está acostumbrado a convivir con hombres peligrosos. No sabe identificarlos por la facha.

—Pero él es experto en estas cosas, lo conozco bien.

—Eso es verdad, pero para él la delincuencia es algo abstracto, algo que él analiza en informes y expedientes. Sus conocimientos no le sirven para las calles que frecuenta tu sobrino.

—¿Y usted sí puede hacer eso?

—Yo conozco desde chamaco los barrios más peligrosos y, como policía, siempre me ha gustado trabajar ahí.

El teniente ahora sí se atrevió a abrazar a Lupita.

—No te acongojes, Lupita. Yo te voy a ayudar a ver en qué anda tu sobrino. ¿Jerónimo, dijiste que se llama?

Ella tuvo ganas de no soltarlo. Se apretó contra Quintanilla y él sintió en el suyo la cálida redondez del pecho de la muchacha. Una

sensación placentera le nubló la vista y movió la cara un poco hacia abajo, como si buscara el contacto con la mejilla femenina, o con sus labios.

Antes de hacerlo, logró reaccionar. Se apartó un poco mientras le decía a Lupita lo que necesitaba para comenzar a indagar sobre las amistades de Jerónimo: los nombres de ellos y, si era posible, los apellidos. La marca del coche en que se desplazaban y el número de matrícula, si la tenía. Y, por último, los rumbos, los barrios que frecuentaban en sus parrandas.

—Con esos datos, y preguntándoles a mis informantes, pronto te digo si tienes que seguir preocupada o no.

Conforme lo escuchaba y asentía a sus requerimientos, Lupita se fue apartando un poco más, como si estar tan pegada a él le hubiera parecido de pronto algo inconveniente. Sin embargo, la mirada que le dirigía estaba tan cargada de agradecimiento y admiración, que el teniente se volvió a sentir cohibido y decidió dar por terminado el asunto.

Mientras subía las escaleras, Valentín pensaba que a Quevedo, a pesar de ser tan listo, no sólo le faltaba calle y contacto directo con los delincuentes, sino también mucho más trato con las mujeres.

XXXIX

En el interior de su amplio despacho, sentado al escritorio, Armenta sostenía la bocina del teléfono pegada a su oreja izquierda. La voz cavernosa que brotaba del auricular lo había hecho palidecer desde varios minutos antes al grado de que su piel se había vuelto casi transparente. Le temblaban los labios cada vez que murmuraba un "Sí, señor" y sentía la boca reseca.

Le urgía beber algo. No agua, sino un buen trago de alcohol. Tenía una botella de Martell en el cajón inferior del escritorio, a su derecha, mas no se atrevía a sacarla antes de concluir la llamada, como si Escorpión pudiera ver sus movimientos. Al final, la voz de la bocina se alzó hasta sonar, si esto era posible, aún más autoritaria.

—Sí, señor, como usted diga —luego escuchó un clic y enseguida el pitido que indicaba el fin de la comunicación.

No colgó. Siguió escuchando ese timbre sostenido igual que si se tratara de la voz de Escorpión, bastante adelgazada, dándole nuevas instrucciones. Después de casi un minuto, emitió un largo suspiro, como si se desinflara, luego carraspeó para aclarar su voz, que casi no había usado en los últimos minutos, y acomodó con cuidado el auricular en el aparato, sin hacer ruido y rogando para que no volviera a sonar en todo el día. Sólo entonces se agachó y abrió el cajón. Extrajo de él la botella y un vaso corto, y se sirvió una generosa porción de coñac.

Aún temblaba por el regaño recién recibido, un regaño áspero, plagado de insultos. Lo comprobó cuando, antes de llevarlo a su

boca, alzó el vaso para contemplarlo y vio que en su interior el líquido ámbar se balanceaba en un oleaje agitado. Para detenerlo, lo bebió de un solo trago, hasta sentir cómo la calidez del alcohol lo reconfortaba, reforzando su piel por dentro con algo semejante a una coraza.

Pero no era suficiente.

Necesitaba que esa coraza se hiciera más gruesa y fuerte, algo así como una concha protectora, y para ello requería otros tragos.

Se sirvió de nuevo, esta vez casi hasta llenar el vaso. Lo acercó a su rostro, lo olió y sonrió: ahora sí podía irse Escorpión directito a chingar a su madre. ¿Cómo se le ocurría regañarlo por no haber podido liberar al asesino de Trotsky? ¿No había entendido que la intervención del secretario de Gobernación se lo había hecho imposible? Ni siquiera Escorpión, al ser también encargado de una secretaría del gobierno federal, contaba con suficiente poder para saltarse a ese ministro o para enfrentarlo, a pesar de que presumía ser uno de los amigos más íntimos del presidente. ¿O sí? Además, esas amenazas de quitarlo de su puesto y entregarlo a algún juez incorruptible para que terminara tras las rejas, él, que tantas cosas le había tapado a su jefe a lo largo de su carrera política… ¿Y él, Armenta, por qué las había soportado? No, lo que debió haber hecho era decirle que, si a él lo llevaban a juicio, fuera el juez que fuera y el delito que eligieran para procesarlo, también Escorpión caería. El escándalo sería mayúsculo. Sí, Armenta hablaría y lo arrastraría consigo…

Dio otro trago al coñac. El calor dentro de su cuerpo aumentó y con él la confianza en sí mismo. De pronto se sintió más poderoso. Intocable.

Pero ¿si él era tan poderoso, entonces por qué Escorpión nunca le daba las razones de sus órdenes?

Nunca había entendido la terquedad de su jefe en dejar libre al tal Jacques Mornard. Estaba consciente de que se trataba de un político radical de izquierda, más radical incluso que el mismo

general Cárdenas, y que por ello el partido de la Revolución, es decir, el propio presidente, había optado por apartarlo de la carrera por la más alta magistratura del país. Sabía que Escorpión mantenía relaciones cercanas con líderes obreros y comunistas conocidos en México, y que todos ellos, para quedar bien con Moscú, deseaban ver muerto al viejo León Trotsky, pero de eso a intentar eliminar también a su asesino había mucho trecho. ¿A quién le importaba si moría o se pudría en la cárcel ese pobre cabrón? ¿O qué? ¿Se trataba de tapar el sol con un dedo? Carajo. No era posible. ¿No querían dejar cabos sueltos los rusos? Ese no era problema de los mexicanos, por mucho que Escorpión quisiera quedar bien con cabrones como Lombardo Toledano o David Alfaro Siqueiros. México es México y la Unión Soviética es la Unión Soviética. Los separan miles de kilómetros de distancia.

Volvió a vaciar el vaso. Ya se sentía algo mareado y, con el mareo, las últimas palabras de Escorpión durante la llamada comenzaron a girar en su cerebro: la orden de organizar el asesinato de Jacques Mornard dentro del Palacio Negro de Lecumberri. Eso era fácil. ¿Por qué no había empezado Escorpión por eso, en vez de tirarle encima tal cantidad de mierda? Debió haber dicho simplemente: "Necesito que elimines a Mornard en Lecumberri ahora que no lo pudiste dejar libre", en lugar de perder minutos y minutos hasta completar casi una hora diciéndole que estaba muy decepcionado de cómo había llevado la investigación, regañándolo por haber formado ese equipo con el juez Robledo, con el doctor Quevedo y con el teniente Quintanilla. Si de lo que se trataba era de que los investigadores no investigaran, y de que el juez siguiera las instrucciones que le darían, ¿por qué no decirlo con todas sus letras y ya?

A Armenta le gustaban las cosas claras y prácticas. Como encargarse de mandar matar a Mornard. En cambio, los enredos políticos, los chismes y las corruptelas de otros lo ponían de muy mal humor. Si Escorpión se hubiera limitado a dar la orden,

ahorrándose los reclamos, Armenta ahora mismo se habría puesto manos a la obra, en vez de estar emborrachándose para ahuyentar la humillación.

De hecho, ya sabía a quién acudir. En Lecumberri, desde el director del penal hasta varios custodios, le debían favores y recomendaciones. Ellos se encargarían. ¿Qué tanto podía costar quitar de en medio a un extranjero tímido y solitario que ni siquiera entendía bien el español? Cualquier recluso condenado por homicidio, con experiencia y ansioso por obtener un trato, lo haría sin chistar.

Armenta vació el resto de la botella en su vaso. Todo le daba vueltas, pero la sensación desagradable de la llamada había desaparecido. Recapituló una vez más la conversación que había sostenido con Escorpión y ya no la encontró tan cruenta. Su jefe había dicho lo que tenía que decir. Además, ¿para qué negarlo? Le debía todo lo que era y lo que tenía…

Saboreó el coñac poco a poco hasta acabárselo. Hizo la silla hacia atrás e intentó ponerse de pie. Lo consiguió al tercer intento, aunque sintió las piernas inseguras. Se quedó junto al escritorio, y cuando al fin comenzó a caminar hacia la puerta del despacho, había conseguido disimular un poco su tambaleo.

XL

Quevedo le ofreció a Valentín Quintanilla algo de beber, y el teniente aceptó un trago para bajarse la inquietud que le habían dejado tanto la plática con Lupita como el breve contacto con su cuerpo. Por alguna razón, supuso que su anfitrión tan sólo tendría vinos generosos, bebidas de maricones, según él.

—¿Se conforma con un brandy? ¿O de plano se le antoja mezcal o sotol?

—¿Qué es eso de sotol?

—¿No le tocó andar por Chihuahua durante la Revolución?

—No, nunca pisé ese estado.

—Es algo parecido al mezcal, pero lo producen allá. Es muy fuerte, para gargantas acostumbradas a lo rasposo.

—Écheme uno pues.

Quevedo fue hasta un mueble cerca de los libreros y volvió con dos caballitos y una botella transparente, sin etiqueta, tapada con un trozo de olote. Arrancó el tapón con los dientes y sirvió el licor, que mostraba algunas perlas de aire en la superficie. Luego volvió a sentarse frente al escritorio. Levantaron los caballitos, dijeron "¡Salud!", y dieron un trago cada uno. El doctor dejó que la bebida resbalara por su garganta sin un gesto, pero a Quintanilla aquel licor de fuego sí le quemó y tuvo que carraspear un par de veces para quitarse el escozor de la garganta, mientras sentía que algunas lágrimas aparecían en sus ojos. Cuando los vapores del alcohol lo dejaron al fin en paz, se dijo que tal vez se había equivocado al

hacerse una idea de cómo era Quevedo, que por lo menos en cuanto a garganta no había resultado tan delicado como creía.

Mientras, el criminólogo ponía un poco de orden entre los expedientes y papeles en los que trabajaba al llegar él.

—¿Es cierto que este cráneo es del Tigre de Santa Julia? —preguntó el teniente que en ese instante tenía la vista fija en la calavera sin poder disimular su admiración.

—El sepulturero que me lo consiguió lo sacó de la mismísima tumba del bandido y me lo vino a vender —Quevedo lo tomó y se lo pasó—. Lo extrajo de ahí cuando tuvieron que hacer espacio en el cementerio para cadáveres más recientes.

Quintanilla lo sostuvo entre las manos con cuidado. Se trataba de una auténtica reliquia.

—Se sienten como vibraciones, ¿no cree?

Lo acercó a su rostro para mirarlo bien, apreciando todos los detalles, mientras se preguntaba cómo habría sido la mirada del Tigre, tratando de adivinarlo en esas cuencas vacías. Luego volvió la vista a Quevedo y sonrió.

—Yo tengo el último revólver que utilizó este cabrón…

—¿De veras? ¿Y cómo lo consiguió?

Ante la mirada de interés de Quevedo, el teniente infló el pecho con orgullo.

—Trabajé mis primeros dos años con un policía muy viejo que había empezado de gendarme en los tiempos de Lerdo de Tejada, en los años en que nació el Tigre, precisamente. Hice buena amistad con él y cuando se retiró me lo regaló. Estuvo en la cuadrilla que emboscó al bandido y terminó matándolo. A él le tocó el revólver en la rifa de las cosas del Tigre que hicieron todos los participantes en el ajusticiamiento, ¿recuerda? Luego de que lo sorprendieron cagando detrás de una nopalera.

—Me sé la historia, sí —Quevedo no podía ocultar su entusiasmo —. Me daría mucho gusto ver esa pistola algún día.

—Y, si quiere, hasta echar unos tiros con ella.

Ambos se sonrieron por vez primera desde el día en que se conocieron. Después, mientras bebían a pequeños sorbos sus caballitos de sotol, pasaron a comparar sus notas y reflexiones. La investigación mostraba ciertos avances importantes. A través de la embajada belga, y del interrogatorio al que lo había sometido, Quevedo demostró que Jacques Mornard no se llamaba así en realidad y que no era de Bélgica. Quintanilla lo pensó un poco.

—¿Y si no es belga, será francés?

—No lo creo —respondió el criminólogo—. Le he dado vueltas incluso a la idea de que tal vez sea ruso, soviético, pero estoy seguro de que los hombres de la embajada que me prestaron su ayuda habrían detectado cualquier rastro de acento ruso en él y me lo hubieran dicho. No, estoy seguro de que el supuesto Mornard es de origen latino.

—¿Italiano? —aventuró el teniente.

Permanecieron en silencio durante más de dos minutos, cavilosos. Luego Quintanilla recordó lo declarado por el muralista Siqueiros cuando consiguió exasperarlo. Había dicho algo sobre su mamá, ¿lo recordaba Quevedo?

—Sí, no se me ha quitado de la cabeza en ningún momento —y volvió a quedarse pensando. Luego planteó la pregunta de cómo podía haber conocido Siqueiros a la madre del homicida.

—¿En la Unión Soviética? —Quintanilla dio otro sorbo al sotol.

Quevedo abrió mucho los ojos, como si estuviera descubriendo algo frente a él.

—¡No! ¡En España! —casi gritó—. Sí, durante la Guerra Civil española el bando republicano estaba dominado en ciertas zonas del territorio por el Partido Comunista soviético. Incluso se hallaban en guerra, además de con los fascistas de Franco, con los anarquistas y los socialistas. ¡Tiene que haber sido allí!

—Si eso es cierto —Quintanilla también abrió mucho los ojos—, el hijo de la chingada ha entendido todo lo que hablamos frente a él. Ya nos tiene bien calados.

—Pero, si es así, el cabrón no sabe que nosotros ya lo sabemos. Habría que aprovecharlo.

Quevedo tomó la botella y rellenó los caballitos. Volvieron a levantarlos para brindar, ahora con amplias sonrisas. No estaban seguros del todo, pero sus conjeturas tenían lógica. Y aunque en la Guerra Civil española habían peleado hombres de muchas nacionalidades, sobre todo del lado republicano, mujeres extranjeras casi no había. Si Siqueiros había conocido a la madre del supuesto Jacques Mornard durante la guerra, ella tendría que ser española y, por lo tanto, sería casi seguro que su hijo también. Lo investigarían, por supuesto. Quevedo anotó en un cuaderno que debía ponerse en contacto con alguien en España para que corroborara sus especulaciones.

—Ahora —reflexionó—, si el tal Mornard es español, ¿quiénes son los interesados en que no se conozca su procedencia?

—Por supuesto que los soviéticos —al teniente le brillaron las pupilas—. Porque español o no, si se comprueba que el mismísimo Stalin dio la orden a través de Beria, sería un desprestigio para su gobierno y un pretexto para que los trotskistas arreciaran los ataques contra su régimen desde todas partes del mundo.

Quintanilla se puso de pie y dio un par de pasos. Continuó el razonamiento:

—Y si se descubre que ciertos altos funcionarios del gobierno de México apoyaron a los soviéticos a eliminar al viejo Trotsky, su desprestigio afectará al gobierno en su conjunto. La presión de los norteamericanos será difícil de sortear y, con ella, el presidente no se andará por las ramas si tiene que eliminarlos de su plantilla de colaboradores.

Quevedo guardó silencio unos segundos. Retomó la idea hasta ver que Valentín volvía a sentarse frente a él.

—Eso es lo que quería que entendiéramos el general Cárdenas la noche en que se reunió con nosotros. Quiere librar al gobierno de sospechas ahora que los gringos están contra él por la expropiación,

quitarles la tentación de ver a nuestro país como colaborador de los soviéticos —y el doctor volvió a servir sotol para ambos.

Mientras se ponía de pie para empezar a caminar con paso moderado por el interior del estudio, sorteando los muebles que se atravesaban en su camino, el doctor Quevedo propuso que él entraría en contacto con las autoridades españolas, lo que no sería fácil, pues con el triunfo de Francisco Franco el general Cárdenas había interrumpido las relaciones diplomáticas con España, y no se veía para cuándo quedarían restablecidas. Sin embargo, haría la lucha. Quintanilla, por su parte, hablaría con los obreros comunistas para ver si podía sacarles quiénes eran los funcionarios del gobierno que los consideraban su base política.

—¿Armenta será uno de ellos? —preguntó el teniente.

—No, no lo creo.

—Yo tampoco.

—No, Armenta no es sino un peón con algo de poder, que recibe órdenes de otro alguien situado más arriba, tal vez cercano al presidente. Debemos husmear hasta conseguir quién nos informe de qué funcionario se trata.

Alzaron de nuevo los caballitos y los chocaron en el aire. El doctor pensó que tal vez no sería tan desagradable trabajar al lado del teniente ahora que habían aprendido a confiarse lo que ambos sabían del caso, así como sus ideas y conjeturas, e incluso pudo sentir un repentino brote de simpatía por él cuando Quintanilla, que llevaba un rato callado, de pronto dijo:

—No sé si le moleste, doc, pero al llegar me encontré a Lupita y nos quedamos platicando unos minutos…

A Quevedo se le endureció la mandíbula al oír estas palabras, y se le trabó aún más mientras escuchaba lo que el teniente le contaba sobre las preocupaciones de la muchacha. Preocupaciones con las que Quintanilla estaba de acuerdo, al grado de que había decidido echarle una mano investigando en qué pasos andaba el sobrino, aprovechando que recorrería los mismos rumbos que él

buscando información sobre los comunistas. Quevedo iba a revirarle diciéndole lo mismo que le había dicho a ella, que se trataba de exageraciones sin fundamento, pero se lo impidió la mordedura de los celos que le llenó de retortijones el vientre. Miró al teniente con ira.

—Haga lo que crea conveniente —dijo tratando de que su voz sonara normal—, sin descuidar, claro, sus obligaciones en este caso.

Quintanilla se puso de pie y Quevedo hizo lo mismo. Al despedirse, el criminólogo apretó con furia la mano de su compañero, quien caminó hacia las escaleras mientras pensaba que no había imaginado antes la fuerza que el doctor tenía en esos dedos tan delicados, y que quizá también se equivocaba al juzgarlo de hombre debilucho.

XLI

Un custodio uniformado recorría de madrugada el pasillo de la crujía donde se hallaba la bartolina del padre Salvatierra, cuando creyó escuchar un rumor en uno de los extremos y caminó hasta ahí para comprobarlo.

Aguzó los oídos.

Nada.

Las luces de la prisión no llegaban a esa zona, y encendió su lámpara de mano. Aluzó los huecos de las puertas de metal, pero lo único que logró distinguir eran cuerpos dormidos y cubiertos con mantas sobre los catres. El corredor lucía vacío.

Casi al llegar al final, donde había una puerta abierta que daba a otro patio, una sombra se arrastró por el piso, como si huyera, y al enfocar el haz de luz, el custodio descubrió una rata que llevaba en el hocico un par de tortillas duras.

Maldijo y se tocó el pecho, donde su corazón daba tumbos ruidosos. Se preguntó cuánto faltaría para el cambio de turno, y decidió que el tiempo que le restaba lo pasaría en ese otro patio, fumando para no llevarse otro susto. Al salir entornó la puerta y caminó unos pasos antes de recargarse en la pared a escuchar el jadeo de la ciudad.

Por esta razón, no pudo darse cuenta de que, por el pasillo que acababa de abandonar, dos sombras se desplazaban con sigilo por el extremo opuesto, se detenían de vez en vez para comprobar los números de bartolina a la luz de una pequeña linterna sorda, y luego

continuaban, cuidando sus pasos con el fin de no hacer ningún ruido. Caminaron unos diez metros más, muy pegadas una a la otra, al grado de que podrían haber sido confundidas con un espectro amorfo, y volvieron a detenerse. La linterna brilló otra vez, dirigiendo su luz hacia la parte alta de la entrada, pero cuando bajó, dos destellos metálicos rompieron la oscuridad por un segundo. Eran dos puntas metálicas que dejaron de ser visibles al apagarse otra vez la luz. Uno de los hombres tomó al otro del brazo para indicarle con una seña casi invisible que lo que buscaban se hallaba tres puertas más adelante.

Avanzaron de nuevo como si caminaran descalzos sobre un pedregal y, al llegar a su objetivo, cada uno de ellos se situó a los lados de la puerta de hierro. El que llevaba la linterna la encendió para verificar el número. Después la arrimó a la abertura y el haz de luz se deslizó por el techo del interior, se posó sobre la litera superior, que estaba vacía, y enseguida se paseó por el piso, donde fue posible identificar un par de botines y un libro. Buscó luego la pared; ahí iluminó a medias una mesa de trabajo con un radio despanzurrado y con los cables de fuera, junto a dos pequeños desarmadores y unas pinzas, como si alguien lo hubiera estado reparando. Sí, era la celda del extranjero, de Jacques Mornard. Ambos asintieron y volvió la oscuridad.

Por unos segundos largos nada se movió entre las tinieblas, donde sin embargo se podían escuchar respiraciones tranquilas o agitadas, ronquidos, pedos y los gemidos de quien podría estar inmerso en una pesadilla. Nada de ello perturbó a los hombres que seguían junto a la entrada de la bartolina, hasta que un rumor como de alguien rasgando un papel vibró cerca de la puerta que daba al patio y los dos hombres se paralizaron. El de la linterna sorda la encendió y dirigió la luz hacia ese sitio. Se trataba de la misma rata de hacía unos minutos, que al desplazarse rozaba las tortillas duras con el suelo o la pared. Los dos intrusos bajaron la guardia y siguieron con lo suyo.

Hubo un ligero tintineo y volvieron a quedarse quietos, con los sentidos alertas por si se escuchaba algo en el interior. Se encendió la linterna una vez más, y la luz alumbró a través del hueco cuadrado el bulto en la cama. No se había movido, ningún sonido se desprendía de él. El hombre que había producido el tintineo mostró al otro un objeto alargado, que introdujo enseguida en el candado de la cerradura. Lo manipuló un poco, hasta escuchar un chasquido casi inaudible, pues el candado había sido muy bien aceitado de antemano. Lo mismo que los goznes, que, al abrirse la puerta, ni siquiera rechinaron un poco.

Se acercaron con mucho cuidado a la cama. Ambos sacaron sus fierros y los empuñaron con el filo hacia abajo. A la señal de uno de ellos, que consistió en palpar el hombro de su compañero, los dos comenzaron a apuñalar con saña el bulto sobre la cama al tiempo que murmuraban:

—Para que aprendas... —susurró el primero entre dientes apretados.

—Ya te llevó la chingada, ¡pinche Mornard! —añadió el segundo, clavando el filo hasta el tope.

Cada puñalada era breve y feroz, acompañada de un golpe sordo contra la tela. El bulto apenas se movió, como si fuera demasiado tarde para defenderse o gritar.

XLII

Después de recabar los datos del descubrimiento de una prostituta localizada en un paraje solitario de Santa María la Ribera, el Güero regresó a toda prisa a la redacción. El cadáver, que según los muerteros le dijeron que tenía al menos dos meses en ese sitio, le hizo recordar un caso parecido. No sabía si la ropa, el color de cabello, su profesión, la forma en que la habían matado, pero algo en su instinto reporteril le palpitó cuando estuvo frente al cuerpo. Llevaba gran parte de la madrugada en la hemeroteca de *El Universal* buscando casos de mujeres dedicadas a la prostitución asesinadas en la Ciudad de México. Quería ver qué antecedentes encontraba en las notas de los últimos años, porque algo le decía que el demonio andaba suelto.

Sin embargo, al momento de revisar diferentes periódicos de la capital, publicados durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas, le fueron llamando la atención tanto notas periodísticas como editoriales encaminadas a atacar las políticas sociales del presidente michoacano. Algunos diarios criticaban al presidente de manera frontal, otros con un poco más de disimulo, por sus programas de apoyo a los campesinos y a los obreros, que perjudicaban a la clase empresarial, pero sobre todo por haberles abierto las puertas a los refugiados de la Guerra Civil española. Y no es que no hubiera leído esas noticias en su momento, pero, a la luz del homicidio de León Trotsky, todo parecía adquirir un cariz más claro.

Decían en resumen que, con Cárdenas, México se encaminaba directo al comunismo, que el presidente quería convertir a nuestro país en otra Rusia, que seguía paso a paso los dictados del Kremlin y que, si no se le ponía freno, acabaría con la religión de nuestros padres, con nuestros valores tradicionales y hasta con la mexicanidad, pues terminaríamos tomando vodka en vez de tequila, bailando el *kazachok* en vez del jarabe tapatío y adorando imágenes de Stalin en vez de a la Virgen de Guadalupe.

—Ah, qué pendejos. Es de risa, pero parece que hablan en serio los que escribieron estas notas y artículos. Ay sí, ay sí, muy preocupados por nuestro futuro —murmuró el Güero sin dejar de leer.

Advirtió que la campaña en contra de las acciones de Cárdenas había sido sostenida y feroz. Desde antes de que México recibiera a los refugiados de la Guerra Civil española, ya se le hacían críticas muy fuertes al gobierno, por venderle armas al bando republicano, por estar en contra de los nacionalistas de Franco y por facilitar el traslado de voluntarios mexicanos que peleaban contra los fascistas. También lo atacaron cuando decidió traer a México a los huérfanos de la guerra, a los conocidos como "los niños de Morelia", pues casi todos eran hijos de "los rojos", como les decían los franquistas. Y era lógico, hasta cierto punto: varios de los dueños de tales periódicos eran de origen español, habían salido de la Madre Patria en tiempos de la monarquía y, por lo tanto, estaban a favor de Franco y los suyos. Cuando empezaron a llegar los exiliados, ya que la República perdió la guerra, afirmaron que, en vez de recibir inmigrantes españoles trabajadores que vendrían a engrandecer nuestra patria, el gobierno estaba dejando entrar a puros agitadores comunistas, anarquistas, terroristas y demás escoria, cuyo objetivo era trastocar todos los órdenes a los que los mexicanos estábamos acostumbrados. A tales críticas, por supuesto, se sumaban varios voceros del gobierno de los Estados Unidos, quienes temían que muchos de los que conformaban ese contingente de comunistas

españoles acabaran por cruzar la frontera hacia su país, contaminando la sagrada democracia gringa o, peor, actuando como espías ahora que los norteamericanos sin duda intervendrían en la guerra de Europa. Otras opiniones, también en contra de las políticas presidenciales, provenían de los gobiernos alemán, austriaco, inglés e italiano, es decir, de los fascistas y derechistas que veían el comunismo como una cosa engendrada por Satanás.

Pero el colmo de las críticas, el verdadero escándalo, se desató cuando el general Cárdenas decidió ofrecerle asilo político a León Trotsky. Ahí sí se descosieron los conservadores, los empresarios, los líderes religiosos, los gringos, los rusos y casi todos los europeos. No cabe duda de que el presidente debió tener mucha presencia de ánimo para aguantar el temporal tanto interno como internacional, se dijo el Güero. Si Trotsky entonces estaba solo contra el mundo, el general Cárdenas, al darle asilo, se situó casi casi en la misma posición: contra el mundo, el propio y el de afuera.

—Por eso la muerte de Trotsky estaba bien cantada y nadie habría podido protegerlo, ni siquiera el propio presidente de México. Sí, pero de entre todos esos que querían verlo muerto, ¿quiénes estuvieron implicados en los dos atentados que sufrió? ¿En su asesinato? —el periodista se frotó los ojos un poco para descansarlos.

No se dio cuenta de que tenía las yemas de los dedos negras con la tinta de esos periódicos viejos y su cara ahora se veía como la de un guerrero indígena a punto de atacar. Miró el reloj. No tardaría en amanecer. Decidió seguir revisando los diarios atrasados para ver si alguna nota lo iluminaba y en cuanto clareara el sol, en recompensa, iría a un puesto de birria ubicada por rumbos de Calzada de la Viga que hacía mucho tiempo no visitaba.

XLIII

Las dos sombras soltaron varios puntazos al bulto sobre la cama. Ninguno de los hombres advirtió gemido alguno escapando de su víctima. Tal vez por la adrenalina que circulaba veloz por sus venas, tal vez porque creyeron haberlo matado desde la primera cuchillada. Y siguieron dejando caer las puntas una y otra vez, cada vez más profundamente, en verdaderas puñaladas. Querían dejarlo como un cedazo, pues así acostumbraban a ajusticiar los presidiarios a otros presidiarios. Tan concentrados estaban en su empeño, que no escucharon los rumores que se levantaban en la crujía: murmullos en las otras celdas, roces, toses, carraspeos, algunos pasos.

Sólo cuando se le cansó el brazo, una de las sombras detuvo el accionar de la otra con un ademán, y mientras murmuraba algo semejante a "Ya lo quebramos", retiró la cobija de un jalón, encendió la linterna sorda para poder observar su obra y se encontró con dos costales de pinole envueltos en unos petates.

La otra sombra, que se había materializado en un hombre flaco de bigote y pelos crespos a la luz de la linterna, terminó de retirar las cobijas y comprobó su fracaso: lo que en la penumbra parecía chorros de sangre era en realidad derrames de pinole que escurrían por entre el tejido de los petates.

Se miraron uno al otro en tanto las voces crecían a su alrededor. Los presos de las bartolinas contiguas se habían despertado y armaban barullo. Algunos chiflaron, otros preguntaban qué pasaba. Cuando los dos asesinos quisieron reaccionar, ya era demasiado

tarde: el fanal de la torre de vigilancia apuntaba su potente haz de luz hacia esa crujía, cuyos faroles también se encendieron de pronto.

Afuera hubo un ruido creciente de pasos apresurados, pero en vez de los custodios del penal, quienes aparecieron por el pasillo y entraron a la celda a rodear a los agresores fueron un grupo de presidiarios que los homicidas frustrados no tardaron en reconocer: eran los fanáticos religiosos con vocación de martirio que siempre rodeaban al padre Salvatierra, actuando como sus guardaespaldas dentro del Palacio Negro de Lecumberri.

Los sujetaron de ambos brazos y enseguida les colocaron las puntas de las cuchillas en la garganta. Luego Enrico Sampietro se adelantó hacia ellos.

—Pinche *Sapo*, ya valiste madre —uno de los hombres presionó el filo en la garganta del detenido más alto y corpulento.

—¿Le doy su agua a este pinche ateo comunista? —le preguntó a Sampietro.

—Espera —respondió el falsificador mientras tomaba del cabello al llamado Sapo obligándolo a verlo a la cara.

Parecía que iba a decirle algo, a amenazarlo, pero tal vez pensó que no era necesario y sólo le sonrió con ironía, como diciéndole que su suerte estaba en sus manos. El otro inmovilizado, conocido como *el Peluches*, se revolvió entre sus captores. Sampietro lo tranquilizó con un puñetazo profundo en el estómago. En las otras celdas ahora se oían gritos de entusiasmo, de furor. Los presos olían que pronto se derramaría sangre. Reinó de nuevo el silencio cuando volvieron a escucharse pasos por el pasillo.

Tampoco esta vez se trataba de los custodios. Cuando las pisadas llegaron a la altura de la bartolina, todos pudieron ver al padre Salvatierra, acompañado de tres individuos más. Uno de ellos era el hombre que debía haber estado en el camastro en vez de los bultos envueltos en petates, Jacques Mornard. Al tenerlo frente a ellos, los dos homicidas frustrados trabaron las mandíbulas con ira. Comprendieron que los habían burlado. El padre Salvatierra se

acercó al Sapo y al Peluches, sonrió con cierto paternalismo burlón y les dio a ambos un par de cachetaditas como si les impartiera la confirmación.

—¿Quién los envío?

—Nadie, le queríamos dar chicharrón porque nos cae gordo —dijo el Peluches mirando de reojo al Sapo.

El padre dio una señal y empezaron a pegarles en el estómago y las zonas bajas, tan fuerte que lo único que se escuchaba eran sus gemidos y los lejanos gritos alebrestados de los habitantes de las bartolinas de alrededor pidiendo más golpes.

—¿Acaso no saben que Mornard está bajo mi protección y por lo tanto nadie puede tocarlo? —el sacerdote levantó la mano y sus hombres detuvieron el castigo—. ¿Quién les dio la orden?

El Peluches y el Sapo continuaron en silencio.

—Este estuvo en la sala de visitas con un tal Camacho, y yo sé que es comunista —informó al sacerdote el hombre que sostenía al Sapo—. Se miraban muy sospechosos, de ahí se fue el Sapo a platicar con el Peluches.

—¿Conque comunistas? —el sacerdote se acercó. Le alzó el rostro al Sapo tomándolo de la barbilla—. ¿No quieres aliviar tu espíritu con una confesión?

El hombre curtido y asesino experto se estremeció ante la cercanía de Salvatierra: conocía su fama de despiadado y su poder dentro y fuera del Palacio Negro. Aun así, permaneció en absoluto silencio. Uno de los hombres del padre, entonces, preguntó qué hacían con esos cabrones. Salvatierra lo pensó un poco. Le dirigió al Sapo una ojeada diabólica y luego otra al Peluches.

—Esa decisión no me corresponde a mí, sino a quien estuvo a punto de pasar a la vida eterna.

Todos voltearon con Mornard, quien hasta entonces había permanecido aparte, atrás y en silencio. Cuando comprendió que debía decidir la suerte de los dos hampones, el homicida de Trotsky dio un paso hacia el sacerdote y le murmuró unas palabras al oído.

—Siempre es buena la compasión —el padre habló en tono de sermón, como si se hallara en el púlpito de su parroquia—. Agradezcan que les ha perdonado la vida. Pero yo, yo estoy convencido de que toda mala acción debe tener un castigo, por pequeño que sea.

Salvatierra hizo una seña en el aire, como si dibujara la cruz en una bendición, dirigida a los hombres que portaban las cuchillas, y ellos de inmediato trazaron una herida profunda en el rostro del Peluches y del Sapo, arrancándoles un alarido, mezcla de dolor y furia.

—La misión que me ha encomendado Dios es la de perseguir a todos los comunistas ateos que pretendan desaparecer de entre los hombres nuestra santa religión. Y sepan que lo haré de cualquier manera, aunque signifique tener que matarlos a todos, porque nuestro Señor sufrió más que eso para la salvación de todos nosotros.

Hizo otra seña, y los hombres que rodeaban a los cautivos se lanzaron sobre ellos para darles una golpiza. Mientras los apaleaban con puños y pies, el sacerdote siguió hablando, aunque sus palabras a veces eran sofocadas por los pujidos, los gritos de dolor y el ruido de los golpes.

Les dijo que, tocando ya cuestiones más terrenales, no olvidaran nunca, y que se lo dijeran también a sus camaradas de adentro y de afuera del penal, que en Lecumberri quien mandaba era él, que esa era su prisión, y que para cualquier cosa que quisieran hacer tenían que contar con su permiso. Que, como habían visto, él tenía ojos y oídos en todos los pasillos, las crujías y bartolinas del penal, y que hasta los custodios y las autoridades lo obedecían. Que por esa vez habían corrido con suerte gracias a la blandura de Mornard, pero que él no era tan compasivo y a la próxima acabarían muertos sin contemplaciones.

Cuando terminó de hablar, el Sapo y el Peluches ya no eran sino un amasijo sanguinolento y quejumbroso en el suelo de la celda.

—Saquen esos despojos y tírenlos en el rincón más alejado del patio. Y no permitan que los vean los enfermeros hasta dentro de unas horas, para que escarmienten mejor —ordenó a sus hombres —. Ustedes —colocó una mano en el hombro de Sampietro, otra en el de Mornard— acompáñenme a mi celda a tomar un trago del vino de consagrar que me sobró de la última misa. Hay que aliviar estas emociones.

Mientras los dos heridos eran arrastrados por el pasillo, los tres hombres se alejaron platicando como viejos camaradas.

XLIV

Alfonso Quevedo llegó a la oficina del director de la penitenciaría, el licenciado Carlos Murillo. Le enseñó una orden firmada por el juez Robledo, y un par de minutos después salió rumbo al área de crujías guiado por un custodio del penal. Luego de que le abrieron el cerrojo, Quevedo entró en la celda con toda tranquilidad.

—Buenos días, Jacson-Mornard —la expresión en su rostro bonachón era de sarcasmo.

El reo se incorporó del camastro donde se hallaba tumbado hasta sentarse sobre el colchón. Se mostraba sorprendido, como si al escuchar aquellos pasos por el corredor hubiera pensado que se trataba de otras personas, tal vez su abogado, tal vez Sampietro o el padre Salvatierra. Esperaba a cualquiera, menos a ese hombre en su propia crujía.

Quevedo no lo había visto desde que lo trasladaron de la comandancia. Comprobó que sus heridas habían mejorado bastante. Ya no llevaba los vendajes en la cabeza ni en el brazo, que antes lo hacían verse desvalido y débil. Lucía más robusto. Hasta parecía de mayor estatura. Un hombre fuerte y vigoroso, de rostro afable, lejos de la imagen de un asesino furioso armado con un piolet. ¿Quién podría imaginárselo dando el golpe sobre cráneo del viejo líder ruso con un gesto terrible, salpicándose el rostro de sangre y sesos?

—¿Ha venido a interrogarme en mi propia celda? —preguntó Mornard en francés con una sonrisa en los labios.

—Más que un interrogatorio formal, se trata de una conversación. Una charla entre conocidos, porque me interesa conocerlo más a fondo —contestó Quevedo, sin abandonar la ironía y también en francés.

El preso se retrepó en el colchón del camastro hasta recargarse en la pared, mientras su visitante permanecía de pie.

—Quiero que me hables de tus padres —soltó a bocajarro Quevedo.

—Yo cerraré la boca. Eres como una cuchara que trata de sacar las cosas…

La sonrisa que se le borró a Mornard pareció trasladarse al rostro del doctor. Tampoco a él se le había pasado por alto la manera en que había conjugado el verbo *cerrar* en francés. Quevedo estaba consciente de que, cuando alguien se expresaba en un idioma que no era el suyo, debía poner mayor atención en ello. Él sufría de lo mismo al intentar comunicarse en otra lengua. Según la primera declaración sobre su educación y oficio, Mornard no podía cometer esa clase de errores lingüísticos.

—Mi nombre es Jack Mornard, mi padre fue miembro del partido católico belga —empezó el reo. Quevedo se percató del cambio de opinión y sacó una libreta y una pluma para apuntar de inmediato—. Primero fue cónsul, después secretario de la legación, luego ministro y por último embajador… por algún tiempo estuve trabajando con reporteros, con el fin de ir adquiriendo la técnica necesaria para la profesión y también para poder estudiar y comprender lo que es la disciplina periodística…

Quevedo lo miraba de reojo sin interrumpir la perorata.

—… el hombre que me había presentado Sylvia Ageloff me hizo la propuesta de venir a México, me dijo que Trotsky necesitaba de incondicionales como yo. Acepté porque comprendí que jamás volvería a tener una oportunidad como esa. Conocería nuevos países y, sobre todo, a Trotsky...

Mornard hizo una pausa. Su interrogador la aprovechó para acercarle un vaso de agua. Él lo rechazó con un gesto.

—¿Se le secó la garganta o perdió el hilo de la historia? —preguntó el doctor.

—Le confesé que no tenía ni documentos ni pasaporte ni mucho menos dinero —prosiguió Mornard sin contestarle—. Dos días después, me dieron un pasaporte canadiense con mi foto y a nombre de Frank Jacson, además de doscientos dólares para los gastos de viaje…

—Espere, eso lo puedo leer en su declaración. Ya me habló de su padre, ahora quiero que me cuente sobre su madre.

Quevedo advirtió que por un instante el rostro de Mornard pareció suavizarse. El tono de su voz fue más relajado cuando empezó a describirla, algo que no hizo con su padre. El criminólogo anotó la reacción y rodeó lo escrito varias veces con círculos. Mornard contó que era alta, delgada, atlética, de ojos verdes, que le gustaba leer y era una ardiente defensora de las causas justas.

—Muchos decían que nos parecíamos.

—Pero ¿realmente a qué se dedicaba? ¿Ama de casa sin oficio ni profesión fuera del hogar? Dígame, Mornard, ¿quién de sus padres era el que tenía relación con el Partido Comunista soviético? ¿Tal vez con Beria, el director del servicio secreto de la URSS?

Al escuchar estas últimas preguntas, Mornard palideció por unos instantes, se enderezó en la cama y fulminó a Quevedo con la mirada, pero de inmediato se recompuso y en la boca se le dibujó de nuevo una sonrisa retorcida, burlona.

—Está mal informado. Ha oído de mí puros inventos. Yo fui un trotskista convencido hasta que el máximo líder del movimiento me decepcionó…

—"Al revelarle que la ambición era su verdadero rostro", ya me sé su declaración de memoria —lo interrumpió el doctor mientras guardaba la pluma y la libreta—. Algo que he aprendido todo este tiempo es que el diablo está en los detalles, y hace unas horas

comprobé en la embajada de Bélgica que nunca han tenido un diplomático con el nombre de su padre.

El criminólogo estudió la reacción del preso. Fría. Ni un parpadeo y la respiración pausada.

—Pero lo que realmente me importa ahora es el pasado de su madre.

Mornard apretó los puños y el rugido de los huesos de los dedos inquietó a Quevedo. Se previno por si lo atacaba. Pero después de unos segundos observó que la tranquilidad volvía al cuerpo del asesino de Trotsky.

—Haga lo que quiera, sólo va a perseguir fantasmas.

Quevedo ni siquiera le respondió. Caminó hasta la puerta de la bartolina y salió de ella sin voltear de nuevo. Mientras caminaba por el corredor, el recluso se asomó al pasillo y gritó:

—¡Fantasma! ¡Soy un fantasma! —y se carcajeaba como un loco encerrado en el manicomio de La Castañeda.

XLV

—¿Ya supiste, Leandro? —el Güero se acercó al teniente cuando lo vio junto a un puesto de café de olla frente a la comandancia.

Horas antes, en las inmediaciones de La Torre de Cristal, Lupita le había pasado varios de los datos para poder iniciar la investigación de su sobrino Jerónimo. Le dio una foto de él, las señas de los amigos con los que lo había llegado a ver, el modelo del auto, un Ford color vino, y también le dijo que le había escuchado algo sobre ir a cierto lugar del barrio de Tepito esa noche. Había sido un encuentro rápido, lo que lamentó Quintanilla, pues él esperaba una conversación en la que pudiera conocerla un poco más.

Esperaba que no le quitara mucho tiempo encontrar a Jerónimo. Pensaba darle un susto, enseñarle la pistola, decirle lo mucho que su tía se preocupaba por él. Tal vez un par de cachetadas para que entendiera que iba en serio. Estaba seguro de que Lupita se lo iba a agradecer y, la próxima vez que se entrevistaran, tendría oportunidad de platicar de situaciones menos aciagas. Ahora estaba haciendo tiempo antes de dirigirse a Tepito por los rumbos que le había indicado la muchacha.

—¿Si ya supe qué? —el teniente dio un sorbo, despacio. Le hizo señas a la dependienta para que le sirviera al reportero. Ella llenó un pocillo de barro con café, lo regó con un chorrito de tequila y se lo entregó al Güero.

—Se quisieron tronar a tu amigo extranjero anoche —el Güero sopló al pocillo para enfriar un poco la bebida—. Al parecer, todo fue

obra de unos rojillos.

A Quintanilla se le iluminaron los ojos.

—Si nomás se lo quisieron tronar, es que fallaron. ¿Cómo la libró?

—Me enteré por unos custodios de que está ahora bajo la protección del padre Salvatierra.

Tras escuchar el dato, Quintanilla reflexionó un par de segundos.

—No creo que ese cabrón ateo se haya acercado al padrecito para que interceda por la salvación de su alma.

—¿Y si lo intentaron matar por haber abandonado a sus camaradas?

Quintanilla guardó silencio. Sospechaba que los comunistas habían decidido quitarlo de en medio sólo para asegurar su silencio, pero la conjetura del periodista también podía ser certera.

—Algo está raro aquí, chupatintas… pero de cualquier modo no tienes idea del enorme favor que me acabas de hacer con esta información.

Quintanilla pagó los dieciséis centavos de las bebidas y se alejó para iniciar las pesquisas de esa noche. Buscaría primero a Jerónimo, luego seguiría conectando puntos en los lugares que frecuentaban los comunistas.

XLVI

Escuchó los golpes de nudillo en la puerta de su departamento y dejó el vaso de vodka en la mesa de centro de la sala. Se arregló la bata y, al extrañar el peso de su arma en el bolsillo, caminó rápido a la recámara. No podía tratarse de Tom; él se hallaba lejos, en el otro lado del mundo. Y desde que se había ido, nadie visitaba el departamento. ¿Serían noticias del padre Salvatierra? Igual no podía confiarse. Encontró la pequeña pistola sobre el tocador, comprobó que estuviera cargada, se miró al espejo con una ojeada rápida y volvió a arreglarse la bata.

—¿Quién? —preguntó con el oído cerca de la puerta.

De afuera le llegaron dos palabras en ruso que constituían un santo y seña. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. Se trataba de alguien del Partido. ¿Mexicano, español o ruso? ¿Y si venían por ella? Sacó la pistola del bolso, colocó el cañón pegado a la hoja de madera apuntando al exterior más o menos a la altura del pecho de un hombre, y agarró el picaporte.

Entreabrió.

Al advertir que el individuo de afuera le mostraba las palmas abiertas, para que viera que no traía armas, respiró aliviada. Lo había reconocido: su nombre clave era Totó, y había sido amante suyo durante el tiempo que vivió en Francia. Se hizo a un lado para dejarlo pasar.

Antes de decir cualquier cosa, Totó la estrechó por la cintura, la atrajo hacia sí y le dio un beso prolongado en la boca. Klava se dejó

besar, aunque estaba demasiado tensa para disfrutar la caricia. Cuando se separaron, el hombre pareció decepcionado.

—Tan deseable y guapa como te recordaba, pero demasiado fría. ¿Ya te olvidaste de nuestras noches?

Ella no respondió, tan sólo bajó la cabeza al tiempo que negaba, pero una sonrisa le brotó en los labios. Fue suficiente para que el hombre volviera a animarse.

—¿Qué haces en México? —Klava caminó a la cocina.

Volvió con una botella de vodka y otro vaso. Se sentaron en los sillones de la sala, sin que el hombre dejara de devorarla con la mirada. Totó se sirvió un generoso trago, tapó la botella de nuevo y le dio un sorbo. Se acomodó en el sillón hasta pegar el cuerpo al respaldo.

—Deja de verme así y contéstame.

—Nos enteramos de tu visita a Lecumberri. En Moscú están preocupados por eso y por la situación de Gnomo. Debes saber que ya hay planes para sacarlo de ese penal y de México. Viajará a Cuba, y de ahí en un carguero a la Unión Soviética, donde el Partido lo recibirá como héroe por el gran servicio que ha realizado para la patria.

Mientras lo escuchaba, Klava no era capaz de reprimir la incomodidad que le provocaban la presencia del hombre y sus palabras. Más que incomodidad, se trataba de desconfianza. Sus pensamientos se desbocaron. ¿Sería sincero Totó? Y, si era sincero él, ¿lo serían los jerarcas del Partido? ¿Cómo tener la seguridad? Llevaba demasiado tiempo en lo mismo que ese hombre, en el servicio secreto soviético, como para ignorar que, cuando el prestigio del gobierno estaba en peligro de ser cuestionado, los agentes recibían órdenes de borrar todos los elementos y pistas que pudieran perjudicarlo. Ella misma se había encargado de quitar de en medio algunos de esos elementos en el pasado, sin reparos ni cargos de conciencia, aunque los objetivos hubieran sido sus conocidos o incluso sus amantes. Pero esta vez se trataba de Gnomo.

—¿Comprendes lo que te he dicho? —preguntó Totó al verla sumergida en sus pensamientos—. Lo que pretendas hacer por tu cuenta, dalo por olvidado. El Partido se encargará de tu hijo.

Klava lo miró llena de suspicacia. Era la primera vez que un agente se refería a Gnomo como su hijo.

—¿Ya estás enterado de que intentaron asesinar a Gnomo dentro del penal? ¡En su propia bartolina! Eso quiere decir que ha sido una misión planeada con cuidado, algo que sólo una organización con los alcances del Partido puede llevar a cabo. ¿Fueron ellos? —lo miró directo a los ojos.

Con gesto compungido, Totó respondió que, si bien comprendía las sospechas de Klava, le dolía la insinuación.

—¿Cómo puedes creer que yo estaría dispuesto a autorizar algo así o a participar en ello? Conozco a Gnomo casi desde niño y lo amo como a un familiar. Durante un tiempo, en Francia, lo consideré casi un hijo propio. Pero, dejando eso de lado, ¿acaso no sabes que él es muy valioso para Beria y para el mismísimo Stalin? Lo que Gnomo hizo por la Unión Soviética nunca se olvidará.

—¡Júramelo!

Totó vació su vaso de vodka de un trago, carraspeó y volvió a servirse casi hasta el borde. Miró a Klava, sonrió con ternura, y luego adoptó una expresión conciliadora.

—Te lo aseguro, mujer. En Moscú, desde hace meses, se hablaba de él con veneración. Cada vez que se menciona su nombre, la gente se pone de pie con respeto: se le considera un héroe de la mayor jerarquía. Y pasa casi lo mismo contigo, Klava. Todos los miembros del Partido, pero en especial los jefes, te consideran una verdadera heroína.

Sensible a los halagos, pero también desconfiada, Klava apretó dentro del bolsillo de la bata la empuñadura de su arma. Luego sonrió y le preguntó a Totó por qué debía creerle.

—Si no quieres creerme a mí, créele a uno de los hombres de Beria que muy pronto va a llegar desde Cuba —le dio otro trago

largo a su vaso de vodka—. Carga con él oro suficiente para sacar a tu hijo de Lecumberri.

—¿Quién es?

—No me han dado su nombre. Llegará en una o dos semanas.

"Una o dos semanas", las palabras comenzaron a rebotar dentro del cráneo de Klava cuando comprendió que ese era el tiempo que le quedaba para arreglar la fuga. Porque en cuanto el hombre de Beria estuviera en la Ciudad de México tanto la vida de Gnomo como la de ella penderían de un hilo muy delgado. Se adelantó hacia la mesa de centro, tomó su vaso y también dio un trago largo. El alcohol resbaló por su esófago quemándola, pero también llenándola de un calor agradable que la hizo sentir un poco más tranquila, relajada.

—Entonces, ¿no sabes nada del intento de asesinato de Gnomo? —la mujer preguntó con voz firme, un tanto acusadora, mientras miraba fijo a Totó.

—Nada, esa orden no salió de nosotros —removió el vaso con cuidado, luego asintió como si se diera permiso para decir algo que no debiera—. Según mis informantes, todo parece indicar que los autores intelectuales son ciertos funcionarios del gobierno mexicano que pretenden vengar el daño que Gnomo hizo al prestigio del general Lázaro Cárdenas, al matar a un huésped de su administración.

Klava enrojeció. ¿Acaso Totó se creía esas patrañas? ¿Qué interés podían tener esos burócratas en que Gnomo muriera o viviera, si ya lo tenían preso en el Palacio Negro a la espera de juicio y de sentencia?

—Si lo sentencian por homicidio premeditado, con alevosía y ventaja, le darán sin duda la pena máxima. ¡Veinte años! ¿Estás consciente de ello?

El hombre sonrió.

—No te preocupes, Klava, el hombre de Beria repartirá dinero a quien sea necesario. Por lo pronto, sé que va a contratar al mejor abogado mexicano para estos casos, un tal Bernabé Jurado. Nunca

ha perdido un juicio y tiene el conocimiento necesario para indicarnos a quién hay que sobornar.

La noticia no animó a Klava. Seguía con semblante adusto, bebiendo su vodka a pequeños sorbos.

—¿Y si los que han querido matar a Gnomo son miembros del Partido Comunista Mexicano? ¿Qué vas a hacer al respecto?

Mientras formulaba la pregunta, volvió a acariciar la culata de su pistola en el bolsillo de la bata. Totó se soltó entonces con consideraciones acerca de cómo funcionaban la política y el gobierno mexicanos.

—Mira, aquí en México los sindicatos están demasiado ligados al poder ejecutivo y, por lo tanto, también los partidos de izquierda. Puro corporativismo. En ese orden de cosas, algunos funcionarios son muy cercanos, y hasta cómplices en ciertos asuntos, a los líderes sindicales que controlan el Partido Comunista. Les giran instrucciones que a veces van contra sus convicciones políticas, pero que ellos deben seguir para no perder el apoyo del poder central.

—¿Estás diciendo que algún ministro o secretario de Estado le pidió a Lombardo Toledano que consiguiera gente dispuesta a quitar de en medio a mi hijo?

—No lo aseguro, pero todo es posible. Toledano, a pesar de representar a la clase obrera, se inclina mucho más hacia el poder que hacia la ideología. Lo único que puedo asegurarte, querida, es que ninguno de los miembros del Partido ha dado la orden ni ha participado en el intento de asesinato.

Totó dejó el vaso vacío sobre la mesa y se levantó. Fue a sentarse junto a ella. Luego le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Cuando llegue el hombre de Beria, quiero participar en la operación —exigió ella sin apartar el rostro.

—Veré qué puedo hacer. Pero ya sabes que, como miembro femenino del Partido, hay operaciones en las que tienes prohibido participar —el hombre sonrió. Rozó con sus labios la oreja de ella—.

En cambio, hay otro tipo de cosas que, siendo mujer, yo esperaría que estuvieras dispuesta a llevar a cabo.

Klava decidió que debía deshacerse cuanto antes de Totó, para luego desaparecer de la vista del Partido y organizar la fuga por su propia cuenta. Sintió una de las manos del hombre en la espalda, mientras la otra le abría por completo la bata. Cerró los ojos al sentir el beso apretado sobre los labios y la lengua tratando de abrirle la boca. Se dejó llevar por las caricias que poco a poco le resultaron conocidas, habituales, pero sin dejar de repetirse que, antes de que llegara al país ese hombre misterioso proveniente de Moscú, debía sacar del penal a su hijo. Sí, a su hijo.

XLVII

Valentín Quintanilla recorría una de las zonas más peligrosas, más rudas, de Tepito con los sentidos alerta. Se sentía como un instrumento musical recién afinado. Las calles se hallaban casi en penumbras. Los burdeles de medio pelo, pulquerías y cantinas de mala muerte no mostraban las grandes marquesinas ni los anuncios luminosos de los cabarets ostentosos de otras partes de la ciudad. Los nombres de los locales estaban escritos con pintura corriente sobre las puertas: Le Rat Mort, El Papagayo, El Tobillo Ancho, La Oficina Nocturna. En algunos tramos la calle carecía de pavimento y en muchos otros de banqueta. Las cantinas y burdeles no tenían portero, sólo prostitutas a la espera de clientes.

Los efluvios desagradables se esparcían por doquier, pero los habituales y vecinos del barrio no parecían darse cuenta de ellos, tan acostumbrados como estaban. El teniente rodeó una alcantarilla abierta de la que surgían borbotones de aguas negras, y agitó la mano para esquivar el enjambre de moscas y mosquitos que le salió al paso. Bufó enojado.

No era la primera vez que andaba por la zona; de hecho, había conseguido dos arrestos por ahí en años anteriores, pero con el paso del tiempo olvidó las condiciones en las que se encontraba sumergida la gente del barrio.

Aflojó el paso. Si caminaba a su velocidad habitual, corría el riesgo de llevarse de encuentro a una de las prostitutas que pasaban desapercibidas en la penumbra al no alcanzar ni el metro y medio de

estatura, o a uno de los teporochos que se tambaleaban. O peor: a uno de los chiquillos encuerados y panzones que deambulaban entre la gente con huellas de lágrimas en los cachetes y mocos bajo la nariz. En tanto observaba con atención cada uno de los rostros con que se topaba, para ver si eran asiduos al barrio o lucían extrañados de andar por ahí, se preguntó cómo era posible que las personas vinieran a buscar placer o diversión a semejante estercolero, y por un momento cruzó por su mente la posibilidad de ver salir de alguno de los tugurios al doctor Alfonso Quevedo, con su actitud aristocrática y su suéter de cuello de tortuga. La idea casi le arranca una carcajada. No. Le resultaba imposible siquiera imaginarlo por estos rumbos. Quevedo nunca habría podido ayudar a Lupita con esta investigación. Para hacerlo se necesitaba conocimiento de los bajos fondos, estómago fuerte, todo, en fin, de lo que el doctorcito carecía, aunque la última vez que estuvo con él hubiera comenzado a dudarlo.

El petardeo del mofle de un motor llamó su atención. Quintanilla se arrimó a la pared más próxima y llevó la mano a la cintura en busca de su arma. Sin embargo, un simple vistazo a la gente por la calle lo tranquilizó: nadie se había alterado, todos continuaban en lo suyo como si nada. Las putas seguían recargadas en los canceles de las puertas, o caminando frente a los burdeles y cantinas; los teporochos no dejaban de balancearse en busca de equilibrio al caminar, los niños no paraban de revolcarse en los charcos lodosos. El teniente sonrió para sí y no se movió por un rato, los ojos vigilantes escrutando su entorno. El auto cuyo mofle había tronado era un Hudson gris, y lo manejaba un gordo prieto, casi calvo. Supuso que sería un padrote porque arrimaba el vehículo a las mujeres de la calle y les decía algo, que a la distancia Quintanilla interpretó como un aviso de que las estaba checando y la orden de que le pusieran más entusiasmo al trabajo.

Fue entonces cuando distinguió a poco más de una cuadra, bajo uno de los escasos postes de luz pública, a una mujer chaparra,

regordeta y de rasgos indígenas, que hablaba con el conductor de un carro. A pesar de que apenas se le veía la trompa al vehículo, Quintanilla no tuvo dudas de que se trataba de un Ford, aunque no pudo precisar el color que, por la luz escasa, parecía verde o vino. El chofer acercaba mucho su rostro al de la prostituta, mientras le acariciaba el cuello con cierta lascivia, al tiempo que ella se hacía la remolona sin dejar de sonreír, como si se tratara de un coqueteo y no de una transacción comercial. Sin saber por qué, acaso por un pálpito, el teniente apretó el paso dirigiéndose a ellos para confirmar si era Jerónimo.

Por ese lado de la calle había más bullicio. Unas mujeres gritaban discutiendo, como si pelearan, pero de pronto la risa de alguna de ellas estallaba en medio de la discusión, con lo que se notaba que en realidad bromeaban. Un niño pequeño lloraba a berrido suelto junto a una puerta cerrada, seguro esperando a su madre, que atendía a un cliente adentro. Una pareja de borrachos, hombre y mujer, entonaba a todo pulmón "La Valentina" mientras se abrazaban y se metían mano entre sus vestimentas andrajosas. Dos vehículos pasaron por la calle a toda la velocidad que les permitían los baches y los transeúntes que cruzaban sin el menor cuidado, haciendo rugir sus motores y tocando el claxon.

El teniente no alcanzaba a distinguir el número de la matrícula del auto junto al poste, aunque le pareció que de repente verdeaba. Pero ni siquiera distinguía si se trataba de verde limón o verde bandera. Pero de que es verde, lo es, se dijo. Aceleró sus zancadas hasta iniciar una carrera, pero casi cayó al suelo porque, al esquivar a un escuincle encuerado de unos dos años que meaba al aire un hilillo de orina en forma de parábola, chocó con un teporocho que fue a dar de boca en un charco de aguas negras. A punto de perder el equilibrio, Quintanilla siguió caminando de lado. Dos prostitutas se carcajearon con la escena y él tuvo el impulso de detenerse a insultarlas, pero cuando recuperó la vertical vio cómo el conductor que hablaba con la chaparra bajo el farol la tomó de pronto del

cuello con las dos manos y comenzó a arrastrarla hacia el vehículo sin hacer caso de sus pataleos y manotazos.

El teniente reaccionó sacando su pistola. Antes de que pudiera gritar al hombre que se detuviera, tres jóvenes salieron corriendo de la cantina El Panteón Feliz y en el interior del lugar se escucharon dos balazos.

Entonces fue el caos.

Los muchachos se escondieron detrás de un carretón y empezaron a devolver el fuego a quienes los atacaban.

—¡Dejen de disparar o se los carga la chingada! —la voz de Quintanilla se diluyó entre los llantos de los niños y la gritería que se desató en la calle, donde todo mundo parecía buscar refugio de las balas.

El teniente no estaba seguro de hacia dónde apuntar. Tiró un par de veces al aire mientras seguía avanzando. Iba a volver a gritar que se detuvieran, cuando una bala pasó a unos centímetros de su cabeza como un zumbido de abeja que lo hizo lanzarse al suelo, entre el lodo, y después rodar hasta situarse detrás de un bote de basura. Se percató de que le disparaban de ambos lados.

Repartió balazos entre los jóvenes y los hombres de la cantina. Cruzó la calle a la carrera para refugiarse en el zaguán de una vecindad. Desde ahí podía observar a todos los atacantes. Volteó hacia la esquina de la prostituta del farol. La mujer estaba tendida en el piso, ya sin manotear ni patalear, pero el auto y su conductor habían desaparecido. Iba a correr para auxiliarla, cuando tuvo que volver a sumirse en el zaguán porque varias balas pegaron muy cerca de él. Una de ellas arrancó del muro grandes fragmentos de adobe y uno de los cascotes, pulverizado, le dio de lleno en los ojos.

Justo en ese instante se escucharon las primeras sirenas que se acercaban al barrio. Quintanilla se engurruñó en el zaguán al ver que los jóvenes y los de la cantina dirigían el fuego contra él. Los ojos le ardían como si lo estuvieran quemando y sentía los párpados llenos de piedras minúsculas, pero aun así disparó a quienes lo

atacaban. El sudor escurría por su rostro y, al llegar a los ojos, convertía el polvo en una plasta lodosa.

Oyó rechinar unas llantas. Ocupado en recargar su arma, no levantó la vista. Se escucharon portazos y más disparos. Medio ciego, vislumbró que una nueva andanada de balazos daba en el auto donde huían los muchachos. Apuntó al agresor que salía de la cantina y apretó el gatillo un par de veces. El hombre giró al recibir las balas, luego se desplomó junto a la entrada del local. Los otros atacantes retrocedieron.

El teniente sentía su respiración agitadísima y el corazón dándole tamborazos contra las costillas. Estaba agotado. Entre las lágrimas que no dejaban de escurrirle a causa del ardor, agradeció que las sirenas se escucharan cada vez más cerca, hasta que oyó cómo por lo menos tres patrullas llegaban a esa cuadra y frenaban con violencia. Entonces sacó su placa de policía y la alzó para que los recién llegados la vieran, mientras señalaba la entrada de El Panteón Feliz.

Cuando el ardor en los ojos comenzó a ceder, todo había terminado y Quintanilla se encontraba en medio de cuatro patrullas y dos ambulancias cuyas torretas iluminaban de azul y rojo aquella calle macabra. Un enfermero lo llevó del brazo a la parte trasera de una ambulancia para lavarle los ojos irritados.

—¿Está muerta? —preguntó a quien lo atendía, cuando vio que colocaba una sábana sobre el cuerpo de una mujer.

—Una bala le destrozó el cráneo. Deje de moverse, le voy a poner una gasa.

—Allá abajo del farol vi a otra mujer, una chaparrita.

—Ah, sí, nada más se desmayó, seguro por la impresión de la balacera. Pero cuando volvió en sí no quiso que la revisaran y se fue —dijo el enfermero.

El teniente se apartó de la ambulancia. Salió del cerco de patrullas y llegó hasta la esquina donde el farol alumbraba con luz

sucia un área pequeña. Revisó el suelo. Nada. Luego, justo donde había visto a la prostituta, encontró un lápiz labial barato.

¿Se la iba a llevar a la fuerza, pero los balazos le echaron a perder el plan?, se preguntó Quintanilla sin dejar de contemplar el pintalabios.

Regresó a donde estaban los policías y los enfermeros. Necesitaba un trago, o dos, o tres. No se los iba a tomar en El Panteón Feliz, por supuesto, ni en ninguno de los tugurios de por ahí. Un sargento le dijo después que habían logrado atorar a dos de los atacantes de la cantina, uno más iba herido rumbo al hospital. Aseguraban haber sido víctimas de un asalto por parte de unos delincuentes juveniles, y que sólo se habían defendido.

—Dijeron que dispararon también sobre usted, teniente, porque, al verlo armado, pensaron que era cómplice de los asaltantes. Estaban bien enchilados porque lo que les robaron fue bastante.

—Seguro es porque en ese lugar se mueve droga, sargento —aseguró Quintanilla—. No creo que tenga tantas ventas de alcohol como para que vengan a robarles.

Le preguntó al uniformado si una de sus patrullas podía dejarlo en las inmediaciones de la comandancia, y el otro dijo que sí. Antes de subir al vehículo, el teniente contempló el campo de batalla, que le recordó sus tiempos de militar en la Revolución.

—Carajo —dijo.

Sí, necesitaba alcohol para pensar con calma cómo decirle a Lupita que tal vez su sobrino Jerónimo no era tan buen muchacho como ella pensaba.

—Carajo —repitió—. Y yo que pensaba que sería fácil.

XLVIII

Enrico Sampietro vio aparecer en la puerta de su celda la figura alta y corpulenta de Jacques Mornard sujetando un par de libros que le había prestado. Estuvo seguro de que con el paso del tiempo hubieran podido convertirse en grandes amigos. El padre Salvatierra no contaba como amistad, pues su relación se basaba en la conveniencia mutua: el sacerdote lo ayudaba porque tenía un objetivo para el cual Sampietro resultaba fundamental, mientras que él colaboraba con el sacerdote bajo la promesa de que lo ayudaría a escapar del Palacio Negro. Le caía bien Mornard, grandote de cuerpo, pero con cierto aire infantil en sus rasgos, de carácter bonachón, que, sin embargo, había tenido la valentía suficiente como para matar, casi cuerpo a cuerpo, a uno de los hombres más importantes del comunismo internacional. Porque Trotsky también había sido comunista, aunque Stalin lo declarara hereje. Era como con los católicos y los protestantes, pensaba, ambos bandos eran cristianos y creían en lo mismo, en Cristo, pero diferían en la manera de adorarlo. Y el hecho de que Mornard hubiera quitado de en medio a Trotsky le agradaba al francés, porque desde que estuvo en Italia sus simpatías políticas se inclinaron hacia el fascismo, que odiaba a todo tipo de comunistas, fueran estos de la corriente que fueran.

Mornard le sonrió a Sampietro y lo saludó con un firme apretón de manos. Luego se sentó cerca de él en el camastro sin decir nada. Permanecieron ambos en silencio durante un rato. Aunque los dos se

comunicaban con soltura en francés, de inmediato supo que Mornard era de muy pocas palabras. El asesino de Trotsky era un hombre que sabía escuchar con atención sobre sus viajes por Francia y el norte de África, donde había distribuido billetes falsos y donde vivió como millonario durante mucho tiempo, rodeado de mujeres bellas y asistiendo a puros sitios de lujo. Su traslado a Italia, cuando las ganancias se agotaron, a donde fue en busca de uno de sus cómplices, quien para esos años ya era un oficial importante dentro del partido fundado por Benito Mussolini. Su incorporación al fascismo italiano. Y, finalmente, su regreso al mundo del hampa, ahora en Latinoamérica, en Colombia, Panamá y Cuba, donde había falsificado dólares para contrabandistas y para guerrilleros insurgentes que pretendían hacer la revolución, como ahora el padre Salvatierra.

Mornard solía escuchar sus historias con atención. Los recuerdos de su compañero lo entretenían y, a veces, lo entusiasmaban. Por supuesto, mostraba mayor interés por las cuestiones políticas que por las delincuenciales, y eso al falsificador le resultaba natural.

Cuando le platicaba de su época de fascista era cuando Mornard se atrevía a hacerle algunas preguntas como: ¿cuáles eran los fundamentos del fascismo? ¿Qué perseguían con ellos? ¿Era tan sólo la grandeza imperial de la Roma antigua, o también se trataba de que los trabajadores, obreros y campesinos alcanzaran una vida más digna? Sampietro respondía que, al hacer al país grande, tal como milenios antes lo había sido el Imperio romano, todos los ciudadanos alcanzarían una dignidad que nunca antes tuvieron, y le recordaba que en la Roma de los césares, por ejemplo, los ciudadanos recibían el pan de manera gratuita, que la única preocupación de los poderes imperiales era la de tener al pueblo feliz y bien alimentado, que por eso también se ocupaban de ofrecerle los espectáculos del circo de manera constante. Mornard se quedaba pensativo después de escucharlo, pero cuando formulaba la siguiente pregunta, el

falsificador se daba cuenta de que no estaba satisfecho de su respuesta, o que no llegaba a convencerlo.

—Pero ¿el fascismo realmente mantenía la separación en clases sociales? ¿Si los dirigentes estaban demasiado por encima del pueblo llano, entonces dónde queda la dignidad de este último?

Definitivamente, Mornard nunca dejaría de ser un comunista, pensaba Sampietro.

Sin embargo, los dos se hallaban presos y eso los hacía semejantes. Y ahora los dos estaban incluidos en los planes de fuga del padre Salvatierra, es decir, eran también cómplices.

—¿Te ha contado algo Salvatierra?

—Me dijo que ya casi todos los detalles están resueltos, pero nada más —contestó Mornard bajando la voz.

—La gente de su parroquia, antiguos combatientes de la guerra cristera, ya recibieron la paga de la monja.

Al escuchar estas palabras, Mornard parpadeó varias veces, un tanto nervioso, y el falsificador no supo a qué atribuir esta reacción.

—¿Monja?

—Sí, una monja extranjera es la que reunió el dinero para pagarle a cuatro custodios.

—¿Tú la has visto? ¿Sabes cómo es? —preguntó ansioso Mornard.

—No, el padre me dijo que era mejor que ni tú ni yo la conociéramos hasta el día de la fuga —dijo el francés.

A Sampietro, Mornard siempre le había parecido un enigma. Además, estaban sus sospechas de que el belga entendía perfecto el español. Y las comprobaba cada vez que lo veía deambular por el patio, donde resultaba indudable que prestaba bastante atención a las conversaciones de los otros presidiarios. Por las caras que hacía, parecía entenderles todo, aunque no hablara. El propio Sampietro, que llevaba suficiente tiempo en países latinoamericanos como para saber suficiente español, no les entendía, por la forma de hablar, y menos cuando empleaban la jerga delincuencial. En cambio, se

notaba que su compañero, si bien disimuladamente, lo captaba todo o casi todo. Incluso a veces sonreía con los chistes y los albures, como llamaban los mexicanos a esos juegos de doble sentido siempre relacionados con cuestiones sexuales.

—Mornard, dime la verdad, ¿eres belga o no? Porque creo que sí entiendes español.

Su compañero se sorprendió por la pregunta y tartamudeó un poco, con expresión de disgusto, al responder que tan sólo lo que se le había pegado desde que estaba en México, de unos meses atrás a la fecha. Añadió que la lengua era semejante al francés, y que por deducción encontraba el significado de muchas palabras, pero que le era imposible seguir una conversación. Sampietro lo miró con suspicacia y el otro notó la intención, pero ya no dijo nada.

—Pues te felicito por tener tan buen oído para los idiomas, ¿no hablas otro más?

—De niño, algo de árabe por vivir en Persia, pero con el paso de los años lo olvidé.

Volvieron ambos al silencio durante varios minutos. Cuando Mornard hizo el ademán de ponerse de pie para retirarse, Sampietro lo retuvo.

—Te tengo envidia porque la suerte de los dos será muy distinta cuando nos vayamos de este infierno. Y no dejo de pensar que voy a salir de una prisión para entrar a otra, acaso peor.

—A qué te refieres? —preguntó Mornard.

—Yo tengo que cumplir un trato con el padre Salvatierra, y sospecho que tú estarás libre para hacer lo que se te venga en gana.

—¿Qué trato?

A Sampietro le pareció extraño que su compañero no estuviera enterado.

—Falsificar tanto dinero que la economía se convierta en un caos —le confesó.

—No es un mal plan. La gente estaría descontenta y el sistema debilitado —Mornard suspiró. Palmeó el hombro de Sampietro—. Es mucha responsabilidad, pero cuando uno es fiel a sus ideales nada debe detenerte.

—Yo lo hago por mi libertad y el padre Salvatierra para desencadenar otro levantamiento en armas de los cristeros, con miras, ahora sí, a derrumbar definitivamente a este gobierno corrupto y ateo.

Sampietro se quedó pensativo, como si calibrara su situación futura, luego también suspiró. Estaba acostumbrado a salir adelante en las peores condiciones y, a pesar de todo, también iba a buscar alguna ventaja extra. Tal vez se quedaría con parte de las ganancias de la operación y volvería a vivir con los lujos a los que estuvo acostumbrado años atrás; quizá mandaría traer a su esposa desde Europa, para instalarla en una mansión en México, y ya cumplida su parte del trato, regresar a Francia a vivir con los suyos igual que un magnate.

—¿Y tú que harás, *pote*?

—Irme de este país, eso es lo único que deseo.

Jacques Mornard y Enrico Sampietro se pusieron de pie. Se miraron. En ambos había una mezcla de simpatía con cierta lástima. Se despidieron estrechándose las manos, aunque por un momento pareció que Mornard le iba a dar un abrazo.

El asesino de Trotsky salió de la bartolina y el falsificador lo contempló alejarse erguido cuan largo era, pero con paso calmo, como si no tuviera ninguna prisa, mientras se repetía de nuevo que había algo muy raro en su nuevo amigo.

XLIX

En su despacho, Armenta sostenía el auricular del teléfono pegado a su oreja de nuevo con cara de angustia. De vez en vez se lo retiraba un poco, sobre todo cuando la voz de Escorpión se elevaba para reclamarle. Entonces Armenta reprimía apenas las ganas de insultar a la bocina, exigirle que no se desquitara con él por no haber podido llegar a la presidencia, en lo que él seguro consideraba una gran traición de parte de su amigo el general Cárdenas.

Cuando Escorpión se ponía repetitivo y le gustaba girar sobre el mismo tema muchas veces con los mismos términos, Armenta procuraba distraerse mirando hacia afuera a través del ventanal, pero lo hacía sin levantarse de su silla situada junto al escritorio, y todo lo que alcanzaba a ver eran azoteas, mujeres tendiendo ropa, cuartos de servicio y algunos tinacos; y una cuadra más allá las ventanas y balcones de un edificio no muy alto. Todo esto lo contemplaba al tiempo que repetía cada tantos segundos su fórmula de "Sí, señor", "Tiene usted toda la razón", "Haré mi mejor esfuerzo para resolver el asunto, señor".

Esta vez Escorpión estaba iracundo porque se había enterado de que, por medio de una orden del juez Robledo, Alfonso Quevedo había conseguido entrar en la penitenciaría de Lecumberri para entrevistar al acusado del asesinato de León Trotsky, en vez de hacerlo en la sala de visitas, donde los custodios podían escuchar la conversación.

¿Cómo era posible que a Armenta no se le hubiera ocurrido hablar con el director de la prisión, el licenciado Murillo, que era hombre de ellos, para impedir esa entrevista? ¿Ahora le había dado por pasarse las órdenes de Escorpión por el arco del triunfo? ¿Qué acaso en la cabeza tenía mocos en vez de sesos? A esta última pregunta insultante, Armenta sí alcanzó a responder con un "No, señor" firme, que vino a interrumpir por unos instantes la perorata agresiva del otro. Y aprovechó ese silencio momentáneo para explicar que, aunque hubiera hablado con el director Murillo, la orden de un juez como Robledo era inapelable y se tenía que cumplir sin rodeos; ni el mismo Murillo habría podido hacer nada para frustrar la entrevista, a no ser, claro, que mandara incendiar la crujía o que se desatara un motín entre la población de presidiarios.

Pero si Armenta creía que con eso iba a calmar el furor de su jefe, estaba equivocado. Los insultos a través del hilo del teléfono se recrudecieron. Escorpión lo acusó de haberlo desobedecido desde que el criminólogo y el teniente bruto ese, Quintanilla, tomaron el caso por instrucciones del juez Robledo. Le reclamó que desde entonces todas las órdenes que le daba habían sido ignoradas olímpicamente, y que él no estaba dispuesto a ver sus planes echados a perder por causa de su ineptitud.

La diatriba continuó, hasta que llegó un momento en que Armenta dejó de escuchar. Ya sólo oía ruido, gritos, ladridos, y pensó que enseguida su jefe volvería a amenazarlo con lo mismo de siempre: dejarlo fuera del juego, quitarle el puesto de mando que él le otorgaba cuando lo creía confiable, qué engañado estaba entonces, y devolverlo a la calle para que volviera a ser lo que siempre fue: un don nadie sin talento. Le recriminó de nuevo el fracaso en el intento de asesinato contra Mornard, lo que habría silenciado para siempre a ese extranjero, resolviéndoles a ellos todos los problemas de una buena vez. ¿Qué no se suponía que ellos eran quienes controlaban el penal de Lecumberri? ¿No habían nombrado director a Murillo para asegurarse de que el control de los

presidiarios no se les fuera nunca de las manos? ¿No tenían, entonces, que haberles facilitado el camino a los comunistas encargados del asunto quitándoles los obstáculos de en medio? ¿Se daba cuenta Armenta de toda su ineptitud y estupidez?

Sí, se daba cuenta, por supuesto, pero no había sido culpa suya. Él no sabía que Mornard ya contaba con protección dentro de la cárcel, una protección demasiado poderosa, según le habían dicho, aunque aún no sabía con exactitud de quién se trataba.

—Averígüalo de inmediato y lo neutralizas lo más pronto posible —gritó Escorpión más fuerte—. Me estás cansando, Géminis — escuchó la voz menos alterada y en ese tono sintió una verdadera amenaza—. Por tu culpa las intromisiones del criminólogo, del teniente y del juez nos impiden sepultar el caso. Si no solucionas el asunto, el escarmiento más viable no será que termines en la calle otra vez como un don nadie, no; te voy a convertir de verdad en nadie.

Armenta se levantó con un movimiento veloz. Sintió que sus piernas temblaban. Con voz titubeante preguntó qué era lo que quería decir con eso. Un zumbido que se le instaló de repente en los tímpanos le impidió escuchar el clic que daba fin a la llamada, por lo que se quedó con el auricular pegado a la oreja un buen rato, esperando la respuesta.

Cuando al fin advirtió que Escorpión había colgado, hizo lo mismo, pero siguió de pie, con las piernas trémulas, la respiración entrecortada y el pulso acelerado. Una amenaza, ya no de despido, sino de muerte. ¡Su jefe le había dado un ultimátum real! Si no resolvía lo de Mornard, lo de Robledo, lo de Quevedo y lo de Quintanilla, Escorpión lo mandaría matar para cubrir sus espaldas. ¿Sería capaz de hacerlo? Lo primero que se respondió fue que no, no, no podría, no sería capaz. Pero de pronto recordó lo que se decía en ciertos círculos sobre Escorpión: que había construido su carrera haciéndoles favores innombrables a ciertos ministros de los primeros gobiernos revolucionarios, que muchas veces fue él quien

se encargó de los trabajos sucios de hombres como los presidentes Obregón y Calles, como el líder obrero Morones, y de políticos sanguinarios como Gonzalo N. Santos, que cuando fue gobernador de Tabasco mandó quitar de en medio a varios opositores y lo mismo había hecho cuando fue el mandamás de Michoacán, y que, con el paso del tiempo, conforme escalaba la pirámide de la política en México, había comenzado a valerse de allegados y ayudantes que se encargaban ahora de realizar los trabajos sucios, como el mismo Armenta. Sí, Escorpión había estado en contacto con asesinos profesionales durante las últimas décadas, desde la Revolución. Armenta mismo conocía a algunos de ellos, porque también habían trabajado para él. Eliminarlo no representaba para Escorpión ningún problema. Podía hacerlo en ese mismo instante si quisiera.

Miró con temor la puerta de su despacho procurando escuchar cualquier ruido del otro lado. Permaneció inmóvil y en silencio un rato, en el que lo único que consiguió oír fue el latir desbocado de su corazón.

Al comprender que exageraba, se desplomó sobre su silla sintiéndose ridículo. Se frotó el rostro con ambas manos en tanto se decía que era preciso calmarse, pensar las cosas con frialdad. Mas ¿cómo hacerlo si su jefe acababa de amenazarlo de muerte? ¡De muerte! Retiró las manos de su cara y aferró con ellas la orilla del escritorio. Temblaba. Aun así, intentó reflexionar sobre su situación. El principal problema era que el asesino de Trotsky, si bien encerrado en Lecumberri, todavía estaba vivo y, por lo mismo, podía soltar la lengua cuando menos lo esperaran. Y con la protección de la cual gozaba al interior del Palacio Negro, protección que le proporcionaba alguien pesado, poderoso, era muy difícil deshacerse de él, como se vio con los comunistas que quisieron hacerlo. Después de la golpiza que les propinaron los protectores de Mornard, era demasiado difícil que alguien se atreviera a llevar a cabo otra intentona. Por otro lado, estaban el juez Robledo, el doctor Quevedo y el teniente Quintanilla, quienes hasta ahora no habían dejado de husmear en todo lo

relacionado con el caso. Y, tercos como eran los tres, no dejarían de hacerlo hasta llegar a una resolución, a la verdad. Su misión, entonces, la misión que le había encomendado su jefe bajo amenazas de muerte, era detenerlos. Pero ¿cómo?

Estiró la mano hasta la cigarrera de metal sobre el escritorio, extrajo un cigarro y lo encendió aún con mano insegura. Fumó con avidez. Por su mente pasaban, fumada tras fumada, las diferentes opciones que tenía. Las fue desechando una por una por inviables, o por dudar de sus resultados. En la última fumada comprendió que se encontraba en un callejón sin salida. Escorpión cumpliría su amenaza y mandaría matarlo.

—¡Matarlo! ¡Sí! ¡Esa es la solución!

Aplastó con entusiasmo, casi con alivio, la colilla del cigarro en el cenicero de cristal cortado. Sólo tenía que dejar que la amenaza de Escorpión descendiera otro peldaño de la pirámide, un peldaño por debajo del suyo. Pero no, él no amenazaría al juez Robledo ni a la pareja de investigadores. Sería inútil. En lugar de ello, pasaría directamente a los hechos, sin amenazas. Los mandaría quitar de en medio. ¿O valdría la pena empezar con amenazas para ver cómo reaccionaban? No se decidía.

Extrajo otro cigarro y lo encendió. Con alegría comprobó que su mano ya no temblaba. Aspiró profundo el humo y lo mantuvo en los pulmones más de lo habitual hasta que lastimó su garganta.

Abrió uno de los cajones para buscar una vieja agenda sepultada entre varios expedientes. Dio vuelta a las páginas, encontró el nombre que buscaba: *el Loco* Pruneda. Se trataba de un antiguo soldado de la brigada al mando del general Calles, que tras el triunfo de los sonorenses en el gobierno había hecho varios trabajos al general Serrano, quien al morir en la matanza de Topilejo en el año 27 se lo heredó a Escorpión y él, luego de cierto tiempo, se lo había heredado a su vez a Armenta. Era un gatillero efectivo, preciso, relacionado con otros hombres de su mismo oficio. Confiable. La última vez que requirió de sus servicios, Pruneda regenteaba una

pulquería por La Candelaria de los Patos. Sí, Los Aguajes de Dionisio. Él se encargaría de los tres entrometidos. Expulsó el humo en una larga recta que se perdió por el ventanal y volvió a tomar el teléfono. Marcó el número y esperó.

—Sí, ¿me puede comunicar con Dionisio Pruneda? De parte del licenciado Armenta. Dígale que tengo un trabajo muy importante para él…

L

El rostro de Lupita expresó preocupación cuando vio acercarse entre la gente a Quintanilla con el parche de gasa cubriéndole el ojo izquierdo. ¿Dónde se había metido este hombre? ¿Qué le había pasado? Habían quedado de encontrarse en la calle San Juan de Letrán, a unas cuadras de la Alameda, muy cerca del Salón México, no para bailar, sino para asistir a la función de una carpa que se había instalado en la explanada del Teatro Blanquita. De hecho, la idea fue de ella, asidua de las carpas de tiempo atrás, desde antes de entrar a trabajar con el doctor Quevedo.

Le gustaban los cómicos, en especial Palillo, Cantinflas o Medel, y su capacidad para desplegar albures a la menor provocación, lo mismo que sus parodias de los políticos y sus críticas al gobierno. Lupita le había dicho a Valentín que, si de veras le interesaba lo que opinaba la gente de la calle sobre los acontecimientos públicos, debía ir a una carpa con ella. Allí se enteraría. Además, pensó que era una buena forma de agradecerle que se hubiera ofrecido a ayudarle con su sobrino.

—¿Estás bien? —preguntó Lupita mientras le tocaba la mejilla, muy cerca del parche.

A Quintanilla le gustó que mostrara preocupación por él, lo hacía sentirse importante para ella.

—No fue nada, un accidente leve —dijo mientras la tomaba del brazo y se formaban en la fila para entrar en la carpa.

—¿Tuviste suerte? Ayer Jerónimo no llegó a dormir. Cada vez ocurre más seguido.

Quintanilla tocó el lápiz labial que traía en la bolsa del pantalón y que le pertenecía a la prostituta desaparecida. Por más que intentó

preguntar por ella, nadie le supo dar respuesta. Al parecer no era una asidua al lugar. El teniente miró a Lupita y negó con la cabeza. Prefirió no hablar del tema y que se arruinara la diversión que los esperaba. Además, no estaba seguro de nada. Aunque el carro se parecía al que manejaba Jerónimo, no podía confirmar que el sobrino de Lupita hubiera estado la noche anterior en Tepito.

Encontraron asientos en la cuarta fila. Pronto vieron cómo toda la carpa se llenaba, e incluso la gente seguía entrando, aunque tuviera que presenciar la función de pie.

—Desde que trabajo con Alfonso, ya casi no vengo a estas funciones —contó Lupita mientras aguardaban la apertura del telón.

—¿Y por qué?

—Le da miedo que recaiga, que vuelva a viejos hábitos, a lo de antes. Y yo nunca me atrevería a decepcionarlo.

Quintanilla no quiso preguntar a qué se refería con ese comentario para no meterla en complicaciones. Ya mejor averiguaría después por sus propios medios.

—Pero no sólo venir a las carpas, tampoco comer tacos en la calle o visitar ciertas noches algún salón de baile tan sólo para divertirme. Hasta dejé de ver a muchas de mis amigas. Alfonso es a veces demasiado estricto.

El teniente estaba a punto de decirle que no tenía por qué hacerle caso a Quevedo si ella no estaba de acuerdo, pero en ese momento inició la música. Era un mariachi que al principio tocó un par de piezas instrumentales. Para la tercera canción una mujer muy maquillada y vestida de china poblana pero con un escote demasiado generoso, entonó "México lindo y querido", "La feria de San Marcos", "Allá en el rancho grande" y "El corrido de Juan Charrasqueado", con lo que el público reaccionó dando chiflidos de alegría, gritos destemplados y, al final, varios minutos de aplausos. Enseguida vinieron varios payasos, cuyas evoluciones sobre el escenario, volteretas, maromas y pastelazos hicieron las delicias de

gran parte del público, sobre todo de los niños, aunque a Quintanilla sus chistes le parecieron, o demasiado simples, o demasiado malos.

Comenzaba a aburrirse, aunque si Lupita volteaba a verlo se colocaba una sonrisa fingida en el rostro. Ella, por el contrario, disfrutaba de la función como niña en el circo, lo que enterneció al teniente, que estuvo a punto de tomarla de la mano. Se contuvo. ¿Qué opinaría el doctor Quevedo de eso? ¿Y la misma Lupita? Su relación era extraña. A pesar de lo que había confesado minutos antes, Lupita no parecía que estuviera quejándose. A Quintanilla se le figuró que simplemente había sido un comentario sin otro trasfondo que el de platicar.

Tras los payasos vinieron los imitadores de Tito Guízar, Pedro Vargas, Emilio Tuero y Lucha Reyes. Esta última cantaba casi igual de potente y entonada que la original, lo que de nuevo hizo enloquecer al público y levantó el ánimo del teniente, quien le hizo segunda cuando se arrancó con "La tequilera", una de sus favoritas. Lupita lo contemplaba emocionada. Era obvio que el aburrimiento había desaparecido en Quintanilla y que empezaba a pasarla bien. Y aún faltaban los cómicos.

—¿Te diviertes, Valentín?

Quintanilla respondió que sí, lo que le parecía raro, porque de pronto se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en un hombre demasiado serio, hasta amargado, acaso debido a su profesión, pero que, si se basaba en la experiencia de esa noche, debía hacerlo más seguido.

—Muchas gracias por haberme invitado.

Apareció Palillo en el escenario acompañado de su patiño, un tal Globito, obeso y de pelos parados. Comenzaron con varios chascarrillos en los que involucraban al regente de la ciudad, criticándolo de modo oblicuo por los baches en las calles, la falta de alcantarillado y alumbrado público, que desataron la hilaridad de los oyentes. Siguieron con chistes alrededor del campeonato de futbol y los jugadores más destacados, con reacciones similares de parte de

la gente. Hasta que de pronto, a la pregunta de Globito de si sabía quién había matado a Trotsky, el cómico Palillo, tras soltar un par de albures en torno al arma homicida, el piolet, al que comparó con el órgano sexual masculino, aludió a que los mayores beneficiados con el asesinato eran el "emperador de los obreros de México" y, sobre todo uno de sus pupilos, líder de una sección del sindicato petrolero, que con ello se había ganado el apoyo de los soviéticos y del Partido Comunista Mexicano para poder hacer efectivas sus exigencias al gobierno. Todo lo dijo en medio de bromas, dobles sentidos y alusiones que tal vez se le escapó a la mayoría de la gente, pero Quintanilla tomó nota mental de todo ello, y volteó a ver a Lupita con una expresión de inteligencia que la muchacha le devolvió.

Cuando salían de la carpa, terminada la función, el teniente se enteró de que habría una segunda dentro de una hora. Tomó del brazo a Lupita y juntos caminaron por San Juan de Letrán, hasta que la muchacha le preguntó si tenía tiempo para tomarse algo con ella.

Entraron a un café de chinos llamado Cantón. Lupita ordenó una concha de chocolate y un café con leche al mesero. Quintanilla pidió el café negro mientras vaciaba su bolsa para buscar el encendedor.

—¿Y eso? —preguntó Lupita cuando vio el lápiz labial que el teniente había depositado sobre la mesa.

—Esto, anoche… —hizo una pausa para encender un Tigres—. Anoche lo conseguí…

—No tienes que decirme nada.

Los dos callaron cuando la mesera llegó con la charola. Con maestría, dejó caer el chorro de leche exactamente en el interior del vaso de cristal con café. Colocó la pieza de pan encima de un plato y se alejó.

Lupita aprovechó para ponerse de pie. Valentín, desconcertado por la actitud de la mujer, la tomó del brazo.

—Conozco muy bien esos bilés y quiénes los usan, son los que te dejan la boca más colorada. De seguro te fuiste a divertir ayer y sólo

me estás vacilando con que fuiste a buscar a Jerónimo.

Quintanilla contempló el lápiz labial como si fuera un objeto que viera por primera vez en su vida.

—Siéntate, tengo algo que contarte, después si te quieres ir… —suspiró.

La actitud de Valentín la intranquilizó y la mujer volvió a tomar asiento. Entonces él le contó la verdad sobre su visita a Tepito, la balacera, lo que le había pasado en el ojo, el extraño comportamiento del hombre que manejaba el Ford y el motivo por el cual tenía en su poder un pintalabios.

—¡Jesús bendito! —exclamó ella cuando Valentín terminó el relato, y bebió del café ya tibio.

Los dos quedaron en silencio. A su alrededor, el ajetreo del restaurante parecía ensordecedor. Los taconeos de las meseras, los platos puestos sobre la madera, el organillero que acababa de plantarse en la puerta.

—¿Cómo sabes lo del bilé?

Lupita carraspeó un poco. Valentín colocó una mano sobre la de ella. La dejó ahí, agradecido por el contacto de aquella piel tan suave, al contrario de la suya, llena de callos y cicatrices. Al cabo de unos minutos, Lupita le confesó que esa marca era la más económica y, a la vez, la más llamativa. La usaban la mayoría de las prostitutas que conocía.

—En mis tiempos, se los comprábamos a un judío cerca de la Ciudadela —dijo en voz baja como si le doliera pronunciar las palabras.

Quintanilla recordó que ella había dicho que el doctor la sacó de "lo de antes". ¿A eso se refería? ¿Y qué si había sido prostituta? ¿Acaso él no tenía también cuentas pendientes con la vida?

—Yo también tengo un pasado tenebroso que no me gusta aluzar, Lupita —acercó el dorso de la mano de ella y la besó despacio.

Ella la retiró apresurada.

—¿Quién traía el bilé? ¿El hombre o esa mujer?

—En esos momentos todo eran sombras y balazos, así que no lo sé bien, ¿por qué preguntas?

—A Jerónimo desde niño le llamaba la atención cuando me maquillaba; a veces agarraba mis pinturas para hacer dibujos… ¿Tú crees que…? —no se atrevió a terminar la pregunta.

Al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas, Quintanilla se levantó y fue a sentarse a su lado. La abrazó mientras ella lloraba en silencio, y por unos minutos ninguno pronunció palabra. Él se concentraba en lo agradable del contacto con el cuerpo tibio de Lupita, en su aroma, en su cercanía. Se preguntó si Quevedo la habría abrazado de esa forma, sintiendo lo que él ahora sentía: ganas de protegerla de todo mal, de ya no separarse nunca. Suspiró. Hacía mucho que emociones como esa no lo envolvían. ¿Lupita sentiría lo mismo por Quevedo? ¿Sería algo más que gratitud? Claro que ella estaba agradecida de que la hubiera ayudado a salir de la calle, pero ¿lo quería? ¿Estaba enamorada de él? Eso no sería fácil de averiguar si no se lo preguntaba de modo directo. Y debía hacerlo para poner él mismo sus propios sentimientos en orden. Aunque ahora no era el momento. Ya habría tiempo.

Quintanilla pidió la cuenta. Apenas salieron, detuvo un taxi. Lupita impidió que la acompañara, deseaba ir a casa. Tenía la esperanza de que Jerónimo hubiera vuelto. El teniente, como despedida, le depositó un cálido beso en la frente, cuando en realidad quería dárselo en los labios. Desde la ventanilla, ella le hizo un gesto de despedida con la mano y mantuvo una sonrisa triste en la boca. Valentín la vio alejarse en el taxi. Lanzó una maldición porque lo de Jerónimo tendría que esperar.

LI

El juez Robledo terminó de escuchar con atención los avances de Quevedo. Apagó el cigarro, callado, mientras seguía procesando toda la información del caso. Sabía que tenía que encontrar a Quintanilla para ponerlo al tanto, pero al parecer el teniente se le estaba escondiendo. No le extrañaba, Valentín era un animal solitario que sólo regresaría con una pieza jugosa en el hocico para ofrecérsela.

—¿Ha pensado en la posibilidad de una fuga de Mornard?

Claro que Robledo lo había sopesado. De la misma manera en que alguien podría querer quitarlo de en medio, existía la probabilidad de que alguien lo ayudara a escapar.

—¿Por qué lo comentas ahora, Alfonso?

—Por esto.

Quevedo le entregó un periódico que estaba sobre la mesa. Era la segunda entrega de las crónicas sobre Lecumberri que había escrito el Güero. Era una sección ilustrada con varias fotografías tomadas por el Niño Metinides. Robledo entornó los ojos y levantó el diario. Había una foto peculiar encerrada con un círculo: una monja y un sacerdote conversaban en tanto se dirigían a la sala de visitas.

—El rostro me pareció familiar —se acercó a un mueble donde se desperdigaban expedientes y algunas fotos sueltas. Recogió una, tomada en un mitin sindicalista de dos años atrás cuyo orador había sido Lombardo Toledano.

—Mírelo por sus propios ojos, maestro.

Le tendió una foto y una lupa. Y sí. Ahí estaba, detrás del líder obrero, como a un metro de distancia, la misma mujer. Era ella, sin duda, aunque vestida de calle y no con hábitos religiosos. ¿Una monja sindicalista? ¿Comunista? No podía ser. Tenía que tratarse de una falsa monja. No había de otra. ¿Y qué había estado haciendo esa mujer en el penal de Lecumberri? ¿Había ido a preparar otro atentado contra la vida de Jacques Mornard? ¿O su huida?

—Una mujer misteriosa, partidaria de Lombardo Toledano, disfrazada de monja en Lecumberri, seguro tiene que ver con el caso.

Robledo seguía pasmado por el descubrimiento de Quevedo y su cerebro trabajaba a marchas forzadas.

—Debemos dar con la identidad de esta mujer misteriosa, Alfonso —se colocó el sombrero—. Voy a buscar quién nos pueda ayudar con eso.

Le dio un abrazo paternal. Quevedo lo vio marcharse al tiempo que sentía cómo un hueco de angustia se le abría en el cuerpo. Se sentó en uno de los sillones del estudio que rodeaban la mesa de centro. Desde ahí escuchó los pasos del juez Robledo bajar hasta el último escalón. Se talló la cara con ambas manos antes de levantarse para ir al ventanal.

Contempló el auto del juez Robledo, alejándose rumbo a la esquina. Iba a retirarse cuando vio que por otra calle surgía un Plymouth viejo a toda velocidad y se emparejaba con el coche de su maestro. Sintió que de inmediato su corazón se aceleraba. Pegó la frente al cristal, justo cuando en una de las ventanillas del Plymouth aparecía un tubo negro: el cañón de un arma.

Una ráfaga de una ametralladora Thompson agujeró el costado del auto de Robledo y saltaron por los aires los vidrios de las ventanillas.

Con lágrimas en los ojos y la boca abierta en un grito mudo, el doctor vio que, después de soltar una segunda ración de plomo, el Plymouth aceleraba hasta perderse en la distancia, mientras el auto

del juez, a vuelta de rueda y dando algunos tumbos, terminaba por estamparse contra un poste.

EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS

Estaba molesto, por eso no dejaba de apretar el volante como si oprimiera el cuello de la mujer que se le escapó. El disparo lo había asustado un instante, uno solo, pero fue suficiente para mermar sus fuerzas y que la prostituta pudiera huir. ¿Huir? ¿Eso creía ella? Fue cuestión de revisar en el registro su último domicilio asentado. Condujo el auto hasta aquella vecindad semiderruida, ubicada en Tacuba. Después de estacionar el vehículo a cinco calles de distancia, se apostó enfrente de la ventana encendida de su víctima.

Sintió un cosquilleo en la entrepierna.

El escenario le recordaba su infancia: el olor del aceite en las esquinas, los gritos de los borrachos. Pensó en el cuarto de la prostituta, en la cama seguramente desvencijada, en las paredes sin pintar. Había venido sólo a deshacerse de ese cabo suelto, para evitar que pudiera acudir a la policía y describirlo. Pero al parecer no lo había hecho. No importaba. No podía permitir que quedara suelto un hilo. Además, lo hacía por orgullo. Nunca nadie se le había escapado, y no iban a empezar ahora.

La luz del cuarto se apagó. Él dejó que pasaran varios minutos antes de cruzar la calle e internarse en la vecindad. Al hacerlo, se dio cuenta de que su erección persistía. Sonrió. Se trataba de una señal: no se conformaría nomás con matarla.

LII

Valentín Quintanilla observó a lo lejos la entrada del Hospital Metropolitano y sintió que sus latidos le retumbaban en el pecho. ¿Por qué no le habían dicho en la llamada cómo se encontraba el mayor Robledo? ¿Viviría? ¿Estaría grave? Al descubrir un hueco junto a la banqueta estacionó con descuido el coche. Se desprendió de la gasa. Su ojo ya se encontraba mejor. Se bajó dando un portazo y echó a correr rumbo a la entrada. Una enfermera que atendía en la recepción le dijo que el paciente se ubicaba en el cuarto piso, y no pudo darle ningún informe sobre su estado de salud. Ante la cantidad de gente que aguardaba el elevador, el teniente prefirió subir por las escaleras.

En tanto ascendía de tres en tres los primeros escalones, recordó aquella batalla contra el ejército federal en la que resultó herido de dos balazos. Cuando despertó en el hospital de campaña, vio a su lado a Robledo, quien entonces tan sólo había alcanzado el grado de capitán, velando su sueño, preocupado por si sobreviviría o no. Quintanilla era apenas un soldado raso, pero Robledo no lo abandonó durante las dos semanas que se debatió entre la vida y la muerte. Cuando al fin se restableció, fue ascendido a cabo y se juró a sí mismo que su lealtad hacia ese hombre sería para siempre.

Ahora, mientras alcanzaba el tercer piso, se avergonzaba de no haber estado junto a Robledo en el momento del atentado. Lo único que le habían dicho por teléfono cuando le informaron fue: "El juez está en el hospital, le dispararon".

Le dolían las piernas. Hizo una pausa en la subida para recuperar el aliento, mientras se preguntaba quién habría podido querer matarlo. ¿Se trataba de una venganza? Sabía que, en su calidad de juez, Robledo había sentenciado a varios criminales a la condena máxima, lo mismo cuando significaba fusilamiento que, tras abolirse la pena de muerte en el país, veinte años de prisión. ¿Alguien se la había estado guardando hasta ahora?

—No —se respondió cuando ya le faltaban unos cuantos escalones—. Esto tiene que tratarse de algo más reciente, y lo más nuevo es lo de ese belga, Mornard.

Los pulmones estaban a punto de estallarle al llegar al cuarto piso. Sentía las piernas débiles. La vista algo nublada. Se detuvo unos segundos, agachado, para poder jalar más aire, antes de preguntarle en cuál habitación habían internado al juez a una enfermera que se acercó para saber si se sentía bien.

Era la 418. Caminó, ahora con paso más lento, hacia el cuarto indicado. Golpeó con los nudillos la puerta. Un médico abrió.

—No tan fuerte, hombre, que hay gente que necesita descansar —el doctor lo empujó un poco hacia atrás.

—¿Cómo está?

—Ya fuera de peligro —tranquilizó a Quintanilla—. Fueron dos rozones a la altura del hombro y un tiro que le atravesó un brazo sin dar en el hueso y sin perforar ninguna arteria. Tuvo suerte. Con un poco de reposo y un cabestrillo, pronto estará entero —se hizo a un lado para que el teniente pasara y se alejó por el corredor.

—Hierba mala nunca muere, ¿eh?

Al escuchar la voz de su antiguo subordinado en el ejército revolucionario, Robledo sonrió.

—Si no me tiro al piso al escuchar los primeros disparos, ahorita estarías tomando café con piquete y tratando de darles el pésame a mis sobrinas.

Quintanilla esbozó una sonrisa. El sentido del humor siempre es buen signo, pensó. El doctor Quevedo, sentado a un lado del herido,

levantó hosco la cabeza a manera de saludo. La sonrisa del teniente se desvaneció poco a poco. Interrogó con la mirada a los dos y se cruzó de brazos.

—¿Vieron algo?

Quevedo le hizo la reseña de las últimas horas. En su voz vibraba un tono de reproche, y el teniente comenzó a sentir cómo un acceso de culpa subía del estómago a su garganta. Reprimió el impulso de disculparse, sobre todo con su superior. Esperaba un reclamo en forma directa por no haber estado allí, pero Robledo permaneció reflexivo. Sólo emitió un par de quejas cuando cambió el cuerpo de posición en la cama.

—Puedo ir a atorar a Siqueiros o a esa parejita del exconvento de La Merced, la tal Nahui Olin y el Doctor Atl, para que nos digan quién lo quiso quitar de en medio —Quintanilla acarició la empuñadura de su arma.

Robledo le respondió que, por ahora, dejarían en paz a esos artistas. Además, tampoco podían tocarlos. En cuanto llevaran a alguno de ellos a la comandancia, se volvería a aparecer por allí Armenta en compañía de algún abogado defensor, como ya lo había hecho antes.

Quevedo observó el vendaje de su maestro. Una mancha sanguinolenta florecía poco a poco en la gasa.

—Si queremos parar los ataques en nuestra contra, debemos apurarnos con el caso antes de que Mornard escape de Lecumberri.

—¿Por qué tan seguro, doctor?

Quevedo abrió su portafolio y extrajo tanto el periódico con la imagen de la falsa monja como la de la asamblea de Toledano, para mostrárselas a Quintanilla.

—En la foto del estrado con Toledano durante el mitin sindicalista, está en un sitio de honor. Esa mujer no es una monja verdadera. Ahora, si se fijan en la cercanía con el sacerdote, la expresión de su rostro no es de respeto, es de otra cosa, de…

—¿Amistad? —aventuró el juez.

—Complicidad —remató Quintanilla.

—¡Exacto! —dijo Alfonso, asombrado de que Valentín hubiera llegado a esa conclusión—. Vean la posición de la mano sobre el brazo del sacerdote. Pareciera que lo está acercando para decirle algo. La autoridad parece ser de ella, más que de él.

—¿Encontraste otras fotos que la relacionen con Toledano?

—Ninguna. Después de eso, la mujer se esfumó en el aire.

—Como un fantasma, doc —Quintanilla movió los dedos de las manos al mismo tiempo, mientras intentaba emitir un sonido tenebroso.

—¿Qué dijiste? —el rostro de Quevedo se endureció.

—No te enojes, Alfonso, es una broma de Valentín —dijo de inmediato Robledo. Lo que menos necesitaba en ese momento es que sus discípulos empezaran a pelear.

Lo que no entendía ninguno de los dos es que al doctor la palabra *fantasma* le había recordado a Mornard cuando se despidió de él en Lecumberri. ¿Quiénes podrían desaparecer así? ¿De estar al lado de gente poderosa, hombro con hombro, a no volver a saberse de ellos?

—¿Podría ser una extranjera?

Quintanilla contempló la fecha de la fotografía de Toledano.

—Dos años atrás más o menos, una delegación de combatientes de la Guerra Civil española visitó el país para agradecerle al presidente Cárdenas su apoyo al bando republicano. Y se decía que también para recibir las armas que les proporcionó el gobierno de México. En ese grupo, además de españoles, venían varios miembros de otras nacionalidades, pertenecientes a las Brigadas Internacionales que pelearon en la guerra.

—Necesitamos que alguien de España nos ayude.

—Eso es complicado, Alfonso. No hay embajador nuestro allá, tampoco hay forma de pedirles cooperación policiaca. Al menos no de manera oficial.

¿Qué quería decir con eso? ¿Que si no se podía obtener el apoyo de las autoridades españolas por la vía reglamentaria, tal vez se pudiera obtener por la vía personal? Quevedo había estado en contacto por correspondencia con varios criminólogos e investigadores de la policía de ese país desde tiempo atrás, y algunos de ellos ya se consideraban sus amigos, aunque nunca se hubieran encontrado cara a cara. Pero ¿las consultas, o lo que fuera que se necesitara, se llevarían a cabo por carta? Eso sería demasiado tardado. Para cuando obtuvieran respuestas, tal vez Mornard ya estaría muerto. O ellos mismos.

—Conozco gente del otro lado del charco, pero no sé, algo me dice que no podemos arriesgarnos a una fuga de información —el juez soltó un quejido cuando intentó incorporarse—. A ver, Valentín, ayúdame. Y tú, Alfonso, averigua dónde está un teléfono que nos puedan prestar.

LIII

Lupita buscó en los periódicos los datos del incidente en Tepito. Había decidido que encontraría a la mujer para confirmar que Jerónimo no era su agresor. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si la prostituta le confirmaba su mayor temor? No, esos malos presentimientos eran por otra cosa, no porque Jerónimo fuera capaz de atacar así a una muchacha.

Lupita ubicó el sitio sin problema. Averiguó con las otras mujeres públicas lo que a Quintanilla y a los otros agentes les había faltado. Ana García se llamaba quien había escapado entre la balacera y desde entonces no había vuelto a la esquina donde acostumbraba trabajar.

Consiguió la dirección y fue a la vecindad ubicada en el barrio de Tacuba. Subió las escaleras. Estuvo tocando un par de minutos la puerta marcada con el número 11, pero nadie abrió. Se asomó por la ventana para confirmar que la vivienda estuviera deshabitada.

Dio un respingo involuntario y apretó la quijada para que el grito se quedara guardado en la garganta. Titubeante, volvió a acercarse al vidrio. No estaba equivocada. El cadáver de quien supuso que era la mujer que buscaba yacía tendido sobre la mesa en el centro del cuarto, desnuda, con los brazos extendidos en cruz. La imagen era terrible. En torno a la boca sobrevolaba un enjambre de moscas; eran tantas, que Lupita creyó escuchar su zumbido. Lo que más la impresionaba era que la cabeza, al salirse de la superficie de la

mesa, pendía en el aire y sus ojos, con la mirada vacía, parecían fijos en los suyos.

Recargó las manos sobre la pared para no venirse abajo. Inhaló varias veces. Cuando sintió que ya tenía un poco más de fuerzas, se puso de pie, dio media vuelta y descendió las escaleras. Fue a una tienda en la esquina y pagó por el uso del teléfono. Habló a la comandancia para preguntar por el teniente Quintanilla, pero no lo localizaron. Explicó lo que acababa de descubrir y le dio la dirección de la vecindad a la telefonista. Le pidieron que esperara a la patrulla que recabaría los datos y revisaría la vivienda. Lupita aceptó a regañadientes, no quería estar de nuevo frente al cadáver. Tuvo que hacer varios intentos para colocar la bocina del teléfono en la horquilla, porque el temblor de su mano entorpecía el movimiento.

LIV

Media hora más tarde, el asunto estaba resuelto. Tras recurrir a sus contactos en el ejército, el juez Robledo había logrado que un avión militar mexicano que partía esa noche para Burdeos, Francia, llevara como pasajero a Quevedo.

De ahí podía trasladarse a Barcelona en auto o en tren. En aquella ciudad lo esperaría el inspector Rosas, uno de sus amigos por correspondencia en cuestiones de criminología, y él tal vez podría identificar al supuesto Mornard, o a la mujer y, si corrían con suerte, a ambos. Quintanilla se quedaría en México para seguir las investigaciones y estar al pendiente de la seguridad del mayor, en caso de que fuera necesario.

Robledo intentó tranquilizar a sus pupilos:

—He recibido decenas de amenazas y aquí sigo tan campante. El secreto está en no hacerles caso. La único bueno de este atentado es que me confirma que vamos por buen camino en las investigaciones.

Quevedo no dejaba de pensar en quién o quiénes estaban detrás de la agresión contra su maestro. ¿Había sido una decisión tomada en Moscú? No era algo imposible, pero ¿a causa de qué motivo? No. No hallaba nada con peso suficiente para que la orden hubiera sido dada en Moscú. Los rusos, si acaso, estaban interesados en la muerte de Mornard, no en la de los investigadores de su crimen. ¿Entonces? Tenía que ser alguien de aquí, de México. Pero ¿quién y por qué? Era claro que alguien de "muy arriba" se había empeñado

en que la verdad permaneciera oculta, alguien que podía perder mucho si se sabía la verdadera identidad del tal Jacques Mornard y los motivos que tuvo para matar a Trotsky, pero sobre todo alguien que no quería que se supiera quién o quiénes habían apoyado la operación de los atentados en México.

—Aun así, preferiría que no bajara la guardia, maestro, y se quedara en el hospital para descansar.

—Estás exagerando, Alfonso.

—No, el doc Quevedo no está exagerando, ya llamé a la comandancia para que sitúen una patrulla en la banqueta del frente.

—Bonita chingadera. Nunca le tuve miedo a las balas de los pinches pelones, menos se lo tendré a un méndigo gatillero que se esconde detrás de un carro en marcha —dijo con burla Robledo—. No hay que mostrarnos cobardes ante los delincuentes, porque luego olfatean nuestro miedo.

Los dos se despidieron y abandonaron el cuarto. Bajaban por las escaleras ahora con paso moderado, en silencio, cuando Quevedo ya no pudo aguantarse y detuvo a Quintanilla en el descanso de un piso.

—¿Dónde estabas? Si hubieras estado con él, tal vez no lo habrían atacado.

—Tuve mis razones.

Si bien unos minutos atrás, en la habitación, había estado dispuesto a recibir un regaño y las reclamaciones correspondientes de parte del juez Robledo, que su compañero lo cuestionara no le caía en gracia. Continuó bajando, mientras el doctor se quedaba un poco retrasado, como si rumiara las razones a las que él se refirió. Cuando advirtió que el otro no descendía a su lado, se detuvo y giró el cuerpo. Quevedo se había parado unos seis escalones más arriba y le dirigía una mirada llena de rabia. El aspecto del criminólogo lo hizo sonreír, y su sonrisa acentuó la furia en la expresión de Quevedo.

—¿Por qué me miras de esa manera? ¿Me vas a brincar como luchador de la arena Coliseo? No te vayas a quebrar un hueso.

—¿Qué razones son más importantes que el caso?

—Razones que no te importan, pero que sobre todo nunca entenderás.

El rostro del doctor enrojeció. Bajó los peldaños lentamente dirigiéndose directo a su compañero. Ambos se retaron con una mirada dura, sin pestañeo de por medio. Los músculos tensos. Listos para lanzarse a los golpes.

Una enfermera entró a las escaleras por una puerta. Cuando vio a los dos hombres en franca actitud de reto, se detuvo, dio media vuelta, subió de nuevo y desapareció por otro acceso para mejor buscar el elevador.

El teniente comprendió las sospechas de Quevedo. ¿Sería capaz de golpearlo? ¿Y por qué, si en realidad no había hecho nada que lo ofendiera?

—Estuve ayudándole a Lupita con lo de su sobrino. Lo que tú no has querido hacer hasta ahora —dijo al fin.

El criminólogo permaneció impasible, aunque se notaba que su cuerpo estaba rígido y su mandíbula trabada. Enseguida parpadeó rápido, como si intentara comprender las palabras de Valentín. Abrió la boca igual que si fuera a decir o gritar algo, pero sólo jaló aire en una inspiración prolongada. Palideció. Dio un paso atrás.

—¿Tú? Yo soy el que la cuida, a mí debería habérmelo… tú no... —empezó a decir cosas sin sentido. Hablaba de una manera extraña, como si su voz saliera por un conducto delgado por el que apenas cupiera el aire.

Quintanilla casi no pudo entender al principio lo que decía.

—Yo siempre me he preocupado por Lupita, pero a veces resulta difícil… los traumas, las inseguridades…. el pasado —Quevedo relajó las facciones y Quintanilla hizo lo mismo con sus puños—. El pasado… siempre la hace ver moros con tranchetes donde no los

hay… —conforme soltaba todo lo que traía atorado, Quevedo se fue calmando y lo que decía ya fue más comprensible para el teniente.

—Creo que ahora Lupita sí está en lo cierto. Su sobrino anda en malos pasos…

—Exageran, tú y ella.

Quintanilla subió un par de escalones. Ahora el ofuscado parecía él.

—Sé que en realidad te interesa Lupita, doc. Debes escucharla. Si lo hubieras hecho, para ti no habría sido difícil descubrir lo que yo. Pero claro, como siempre estás convencido de que tienes la razón, no puedes oír nada que venga de alguien a quien no consideras a tu altura.

Las palabras de su compañero provocaron que el ánimo de Quevedo pasara por varios estados que se reflejaban en la expresión de su rostro: de la ira al desconcierto, del desconcierto a la culpa, de la culpa a la desesperación y de ahí de nuevo a la ira, para terminar en un abatimiento que lo hizo dar unos pasos hacia atrás, acercándose a la pared, de la que se sostuvo con una mano antes de derrumbarse y quedar sentado en un peldaño.

De pronto el teniente le hacía ver su realidad con Lupita, con la mujer que estaba seguro de amar. Sus pensamientos se transformaron en un remolino. Su vida en una cuesta abajo en la que caía y caía hasta quedar por completo solo. No podía culparla a ella. Nunca le había hablado de amores. Nunca.

Resonaron en su mente las palabras que el juez le dijo unos minutos antes del atentado: que Lupita podía escapársele en cualquier instante, que otro gavilán, así lo había dicho, podía comerle el mandado cuando quisiera si no formalizaba su relación. Otro gavilán. Desde su asiento en el escalón miró hacia arriba el rostro de Quintanilla, quien parecía contemplarlo con un gesto de triunfo, como burlándose de él.

Lo que el teniente sentía en ese momento, sin embargo, se distanciaba mucho de los pensamientos del doctor. Quintanilla

estaba sorprendido por la reacción de Quevedo. Desde que lo conoció, por primera vez lo veía aturdido por sus emociones. Lo había visto iracundo, sí, y envuelto en su caparazón de soberbia y superioridad, pero nunca afectado en serio, y menos por cuestiones tan comunes y banales como el amor. Porque era por amor, ¿no? El doctor había pasado del furor de los celos al sufrimiento por la mujer que amaba. Ambas cosas se parecían, mas no eran lo mismo. Por unos segundos el teniente sintió la arremetida de la empatía, pero la sofocó de inmediato al pensar que ya estaba cantado el tiro, que eran rivales y que, por ahora, quien llevaba las de ganar en esa rivalidad era él, Valentín Quintanilla. Sonrió. Dejó de hacerlo en cuanto vio que Quevedo se cubría el rostro con las manos como si fuera a llorar. Se acercó a él, lo tomó de un brazo para ayudarlo a ponerse de pie, y tal vez iba también a abrazarlo, cuando unos pasos que ascendían las escaleras los hicieron recomponerse al instante. Dos enfermeras pasaron a su lado a toda prisa.

—Ya hablaré con calma con Lupita cuando vuelva de mi viaje —el criminólogo se acomodó el cuello de tortuga y estiró las solapas de su saco—. No tengo que pedirte que la ayudes, ¿verdad?

Quintanilla sonrió.

—Buen viaje, doc —se tocó la punta del sombrero y le dio la espalda a su compañero. Bajó las escaleras sin esperarlo.

LV

Acompañado de un jefe de custodios del penal, el padre José Aurelio Salvatierra se acercó hasta la bartolina de Enrico Sampietro. El uniformado fue quien abrió y con la mano le indicó al sacerdote que tenía el paso libre. Salvatierra miró para ambos lados del pasillo, murmuró un "Gracias, Reséndiz" y se introdujo antes de que el jefe de custodios se alejara con sus hombres.

Ese Reséndiz, al igual que muchos otros guardias del penal y varios de los burócratas que laboraban en las oficinas, incluido el director Murillo, acostumbraban confesarse con él una o varias veces al mes, según el grado de religiosidad de cada uno. Lo preferían sobre los curas de afuera porque, al convivir a diario con criminales de toda calaña, el padre Salvatierra solía ser más comprensivo con los pecados de los hombres y les imponía penitencias menos duras. En eso residía parte de su poder.

Sampietro, sentado en el camastro, se incorporó al verlo llegar. Lo saludó besándole la mano.

—¿Por qué no ha llegado Mornard? —el padre le palmeó el hombro.

El falsificador lo ignoraba. Tal vez el custodio encargado de ir a la bartolina por él para conducirlo hasta ahí se había retrasado.

—Esperemos, entonces —Salvatierra se sentó en la única silla, junto a una mesa pegada a la pared. Sintió un dolor en los riñones y se sobó varias veces con la mano. La cara de Sampietro expresó preocupación.

—Son sólo los achaques de la edad combinados con los disgustos y preocupaciones que me provocan los herejes desde hace años.

Y volvió a contarle a Sampietro que no había tenido un momento de calma en década y media, desde que el gobierno ateo había enfrentado de manera directa a la Iglesia en México, provocando el levantamiento armado de los buenos católicos dispuestos a morir en defensa de su religión. El falsificador ya había escuchado esa cantaleta en varias ocasiones, pero no le aburría. Él también se confesaba con el padre Salvatierra, y en sus confesiones le había contado los episodios más vergonzosos de su vida una y otra vez.

La charla de los dos se mezclaba con las órdenes distantes de los guardias, carcajadas en el patio, mentadas de madre y otras insolencias, pasos remotos, discusiones, pleitos, los ronquidos de quienes dormían cerca de esa celda, las risas coquetas de los homosexuales, los gritos desesperados de los drogadictos. El sacerdote tenía las palmas de las manos juntas, como en oración, mientras el falsificador tan sólo lo contemplaba, admirado de la entereza del cura sobre cuyos hombros descansaba tanto poder al interior de esos muros. De pronto se escucharon pasos cercanos que se dirigían a ellos.

El custodio que conducía a Mornard del brazo lo soltó en la entrada y se alejó. El recién llegado saludó de mano a los dos hombres y fue a recargarse en el muro como si con ello les dijera que ya estaba ahí y podían empezar.

El sacerdote los miró a los dos, detenidamente.

—Creo que los voy a extrañar —dijo en un tono doloroso.

Sampietro y Mornard sonrieron.

—¿Eso quiere decir que ya está todo preparado? —preguntó el francés.

La respuesta de Salvatierra fue afirmativa. Ante la inminencia de la fuga, un intenso nerviosismo se apoderó de los dos presidiarios extranjeros. A Sampietro comenzaron a temblarle las manos,

mientras que Mornard se mordía los labios arrancándose los pellejitos.

—¿Cuándo? —el belga ojeó furtivamente a los hombres a través de sus anteojos.

—Dentro de tres días.

—Tú te quedarás más tiempo en esa casa segura —el sacerdote volteó con Sampietro—. Mornard y la mujer esa se irán de México lo más pronto posible.

—¿Hay miembros del Partido Comunista involucrados?

—No, Mornard —dijo Salvatierra seco—. Yo no trato con esos criminales sin Dios. Mi colaboración termina cuando tú salgas de estas paredes. De ahí, tú y la mujer se las van a arreglar por sus propios medios —Salvatierra lanzó un suspiro—. En cambio, Enrico sí seguirá siendo mi responsabilidad. Mi gente lo va a cuidar y le dará todo lo necesario para que empiece a trabajar en lo acordado.

El sacerdote miró con simpatía a Sampietro.

—Hay que repasar los detalles del plan de principio a fin, para que a la hora de la hora nada salga chueco —les hizo señas para que se acercaran y se dispuso a escucharlos como si estuvieran en confesión.

El jefe de custodios, Reséndiz, pasaría por ellos a sus bartolinas para trasladarlos a una crujía cercana a la entrada de servicio, mientras que en los patios los mayores comenzarían a alebrestar a los reclusos de sus crujías para que armaran desmadre. Todo tenía que ser perfectamente sincronizado y ellos, Sampietro y Mornard, no debían distraerse ni aunque el escándalo degenerara en motín.

—Habrá algunos heridos, seguro; quizás hasta uno que otro muerto, pero son gajes del oficio —dijo el sacerdote—. Nada debe apartarlos de su camino porque podría frustrarse la fuga.

Luego del repaso, Salvatierra extrajo de su uniforme un papel amplio, algo arrugado. Los hombres se percataron de inmediato que era un plano del Palacio Negro y de las calles aledañas. Quitó un plato y un pocillo de peltre, para extenderlo sobre la mesa. Indicó

con el dedo el sitio por donde saldrían de la prisión y, afuera, donde estaría el vehículo repartidor de carnes que los estaría aguardando. Enseguida señaló las calles por donde tenían que huir, con el fin de burlar a las patrullas, si acaso llegaran a aparecer, asegurándoles que en tal vehículo habría algunas armas por si se desataba una persecución y tuvieran que defenderse. Estaba hecho.

Tras varios repasos, Enrico Sampietro y Jacques Mornard se apartaron de la mesa mientras el sacerdote volvía a guardarse el plano en los entresijos de su uniforme.

—Los veo tensos, nerviosos, pero no hay por qué preocuparse, todo está bien ajustado. Eso sí, si quieren tranquilizarse, encomiéndense a Dios. Eso nunca falla. Recen un rosario para pedir la intervención de la Virgen. Yo mismo lo haré por el tiempo que resta, quiero que todo salga perfecto con el auxilio divino.

Luego se asomó al pasillo por la puerta abierta y, con un ademán, llamó a los custodios que debían acompañarlos a él y a Mornard de regreso a sus respectivas bartolinas.

LVI

Esta vez era Armenta quien gritaba al teléfono. Tanto, que su secretario abrió la puerta del despacho para preguntarle si se encontraba bien o si necesitaba algo. Le extrañó ver a su jefe de pie, junto al escritorio, manoteando en el aire, mientras dirigía al auricular una serie de insultos, desde pendejo hasta inepto, desde inútil hasta poco profesional. No estaba seguro de a quién se dirigía el licenciado, pero tampoco tuvo tiempo de enterarse: en cuanto Armenta lo vio aparecer en la puerta, sus aspavientos aumentaron y, con ademanes histéricos, le ordenó que saliera y cerrara la puerta tras de sí. El secretario obedeció. Armenta pasó entonces de los insultos dirigidos a quien estaba del otro lado de la línea a las amenazas directas.

—Si yo estoy decepcionado de tus estupideces, Dionisio, en cuanto informe de tu falla a ya sabes quién, te van a dejar como palo de gallinero.

Era un engaño. Por supuesto que pensaba negar todo con Escorpión cuando le preguntara. Convino con Dionisio en que todo quedaría entre ellos, de lo contrario lo mandaría de regreso a la prisión donde antes se pudría y de donde nunca debió haberlo sacado. También lo amenazó con mandarle otro gatillero, de esos jóvenes, uno que en verdad fuera efectivo, no como él, a quien el paso de los años lo había convertido en un viejo decrépito.

Cuando terminó de desahogar su rabia, un poco más calmado, le dijo a Dionisio que era posible que aún tuviera otra oportunidad para

reivindicarse.

—Se te fue el juez, pero todavía están el teniente Valentín Quintanilla y el doctor Alfonso Quevedo. ¿Quién es el que sigue en tus planes? Sí —estuvo de acuerdo con él al escuchar el nombre—. Pero no con armas de fuego. El doctor Quevedo es prácticamente un civil, un científico. Con él debes hacerlo parecer un accidente. Si lo matas a tiros, pones en alerta a todos los periodistas de la ciudad.

Para Armenta, que el doctor sufriera un accidente no levantaría tantas sospechas, y muchos se lo atribuirían a la fatalidad. Ya cuando se ocupara del teniente sí podía hacerlo del modo acostumbrado, pues Quintanilla tenía fama de bronco, de mecha corta, y era común que se viera envuelto en tiroteos al perseguir criminales. Respecto a él, a Quintanilla, no habría problema con eso.

Antes de colgar, por puro gusto, se dio el lujo de volver a insultar a Dionisio y repitió sus amenazas de devolverlo a la prisión. Esta vez sería a las Islas Marías, donde se pudriría por muchos años. Al fin y al cabo, pruebas no le faltaban sobre cada uno de sus crímenes, y si decidía rajarse durante el juicio, nadie le creería que había recibido las órdenes para cometerlos de funcionarios del gobierno, pues ellos sí, a diferencia de Dionisio, tenían las espaldas bien cubiertas. Después depositó la bocina en el aparato y tomó asiento.

Para distraerse, hojeó uno de sus expedientes abiertos, pero no pudo concentrarse en la lectura. Sabía que tenía el tiempo en contra. Ni Robledo, mucho menos Quevedo ni Quintanilla eran unos imbéciles y, si se ponían a unir puntos, podrían empezar a sospechar de él. Sí, debía deshacerse de ellos, y ya no porque así se lo había ordenado Escorpión, sino sobre todo por su propia seguridad.

Recordó la frase del juez cuando marcó al hospital para preguntarle cómo se encontraba: "Mucho mejor de lo que usted hubiera querido, licenciado". Y cuando le preguntó por qué le decía esas cosas, Robledo se disculpó diciéndole que no le hiciera caso, que le habían dado unos calmantes para el dolor que lo tenían bastante atontado y que no podía controlar lo que salía de su boca.

Pero había pronunciado las últimas palabras con un dejo de cinismo, por lo que sonaron bastante falsas. Después Robledo se había despedido de él porque deseaba dormir.

No cabía duda, los tres encargados del Caso Trotsky, el juez y los dos investigadores, lo tenían en la mira. Armenta se limpió el sudor de la frente con la manga del saco. No podía decirle sus sospechas a Escorpión, porque al ponerlo al tanto ya no consideraría a Armenta seguro para la organización. A su jefe no le gustaba dejar indicios sueltos de sus acciones, y si se enteraba de que el juez, Quevedo y Quintanilla sospechaban de él, buscaría la manera de desaparecerlo. Por eso debía adelantarse y eliminarlos antes de convertirse en un estorbo.

LVII

La noche ya caía sobre la ciudad y los faroles empezaron a iluminarse como si despertaran de una larga siesta. La plazuela poco a poco se poblaba de hombres de regreso de sus labores diarias, algunos con bolsas de pan dulce en la mano para la cena familiar. El tufo a aceite quemado de los camiones urbanos se mezclaba con el de los tamales que ofrecía una mujer frente a una olla humeante, colocada encima de un anafre viejo.

Quintanilla intercalaba la vista entre las manecillas del reloj y la salida trasera de la carpa ubicada en la explanada del Teatro Blanquita. Metió la mano en el saco en busca de la cajetilla de Tigres. Hasta entonces reparó en que quince minutos atrás la había tirado al extraer de ella el último cigarro. Buscó con la vista algún vendedor ambulante, pero sólo divisó a un globero rodeado de dos pequeños que exigían a gritos a sus atribulados padres que les compraran uno.

El teniente maldijo su suerte por no haberse prevenido con más tabaco; estaba a punto de dirigirse a la esquina contraria a la explanada, cuando una caterva de aplausos, hurras y silbidos emergió de la carpa.

Comprendió que la función finalizaba. Se abrió paso entre la multitud de hombres y mujeres sonrientes para colocarse a unos pasos de la salida trasera. Esperó. Apenas emergió el tipo de nariz colorada y sombrero contrahecho, Quintanilla lo aferró del cuello con firmeza, y los lentes de fondo de botella estuvieron a punto de ir a

dar al suelo. El agente primero vio su propio gesto amenazante reflejado en los cristales de los anteojos y luego el de susto en la cara de Palillo.

—¿Otra vez me quieren chingar? ¿Ora qué dije que no les gustó? —preguntó el comediante mientras intentaba zafarse—. Les voy a caer a periodicazos, ¡la libertad de expresión es un derecho inalienable! ¡El presidente lo ha dicho muchas veces!

—Qué libertad ni que ojo de hacha, ¿quién te contó lo que dijiste allá acerca de Trotsky? —Quintanilla señaló con un ademán la carpa.

Palillo se distrajo con dos tramoyistas que salían carcajeándose del interior. Puso el cuerpo tenso. El teniente intuyó lo que el otro estaba a punto de hacer, y de inmediato le pasó un brazo por el cuello e hizo presión. Logró que el otro se agachara un poco. Abrió el saco para que la culata de la Walther fuera visible.

—¿Para qué haces tanto borlote? —le susurró al oído—. Con el cuello roto no vas a poder dar funciones en mucho tiempo, quizá ya nunca.

El cómico sintió que aumentaba la opresión del brazo en su gañote y entendió que, si emitía un grito o hacía un mal movimiento, iría a parar directo al hospital. El hombre que lo sujetaba olía a placa, actuaba como los polizontes, pero algo le indicó que no era de los de la secreta, esa corporación donde los agentes poseían el mismo humor que un perro sin comer y lleno de pulgas.

—Lombardo Toledano —dijo en voz baja con la respiración entrecortada.

Al escuchar el nombre, el detective sintió que le temblaban las manos de ira. Palillo se siguió de largo y confesó que había dos rumores: el primero era que el líder sindicalista había estado detrás de los dos atentados contra Trotsky: el del fiasco, encabezado por el Coronelazo David Alfaro Siqueiros, y el bueno, el que llevó a cabo un belga que ahora estaba mascando barrote en Lecumberri. Quintanilla percibió en las palabras de Palillo una pieza que no encajaba. Según su lógica, la sociedad entre Toledano y Siqueiros,

debido a los egos de ambos, seguro se había desmoronado después de que el muralista falló de modo tan estrepitoso en el primer atentado. Por ende, para la segunda agresión, la que sí había tenido éxito, ya no estaban asociados. Empezaba a decirlo, cuando el cómico lo interrumpió.

—El sindicato de Petróleos Mexicanos.

El teniente aflojó la fuerza. Palillo recuperó por completo la respiración. Resolló. Se irguió lo más que pudo. Ahora no sólo tenía la nariz colorada, sus mejillas también estaban a tono. Quintanilla se agachó para recoger el sombrero gastado con el que se caracterizaba el actor para dar la impresión de ser un peladito común y corriente de los que proliferaban en las calles de la ciudad. Esa identificación con el pueblo y sus críticas hirientes al gobierno, la mayoría de las veces bien fundadas, hacían que la popularidad de su personaje cada vez fuera más grande. En señal de paz, el agente sacudió un poco el sombrero para quitarle la tierra antes de entregárselo. El cómico entendió que era mejor deshacerse del agente pronto para irse a descansar.

—Le advierto que es sólo un rumor. Me llegó volando, como todos.

—Pero a los rumores la verdad les da alas, así que mejor cuénteme.

—No sé el nombre, pero alguien ayudó al extranjero a tronarse a Trotsky.

—¿Alguien pesado del sindicato?

Palillo asintió varias veces. Al mover el cuello percibió un malestar que le limitaba el movimiento, aunque no parecía grave.

—Si quiere enterarse de lo que está ocurriendo, allá en la sede de los petroleros puede que encuentre la respuesta —Palillo se acomodó los lentes—. ¿Ya me puedo ir? ¿Nomás para eso me quería?

Quintanilla suavizó sus facciones. Le extendió la mano para despedirse.

—Dos cosas antes. Felicidades por las puntadas que se avienta en el escenario. Nada más tenga cuidado, puede que a muchos no les caigan en gracia —el cómico le dio la razón y levantó los hombros dando a entender que ya lo sabía—. Y, lo segundo, ¿usted fuma?

LVIII

Acababa de encender un cigarro cuando sonó el teléfono especial. El general Múgica fumó varias veces y vio cómo el humo que salía de sus pulmones se estrellaba en el vidrio del ventanal. Dejó que el aparato sonara un par de veces mientras recordaba la llamada que había recibido cuando le anunciaron que él no sería el candidato a la presidencia, sino otro más moderado y menos cargado hacia la izquierda, lo que le cortó de tajo las esperanzas de alinear al país con Moscú. Tuvo un estremecimiento a causa del hueco que se le volvió a abrir en el estómago, y descolgó.

—Robledo está herido en el hospital, parece que no fue grave.

Aplastó la colilla en el cenicero. Luego respiró hondo varias veces.

—¿Qué más?

—Nuestro coronel agregado en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes me confirmó que el juez llamó a su amigo, el general Martínez, para que trasladara a Quevedo a Francia, en un vuelo militar.

—¿Francia?

—Es una escala, aterriza en Burdeos y de ahí toma un tren a España. El destino final es Barcelona, ¿sabes lo que eso significa, Escorpión?

Múgica sintió que las venas de sus sienes palpitaban hasta hacer un ruido agudo. Casi estuvo seguro de haber escuchado el eco del sonido.

—Yo me encargo de que ese doctor no regrese del viaje.

Colgó.

El general se recargó en el respaldo de la silla. Que Alfonso Quevedo fuera rumbo a España no era casualidad: tenía una pista sólida sobre el origen de Mornard. Si encontraba los datos necesarios, podría ponerlos en aprietos a él y a varios compañeros que buscaban una dirección política del país diferente a la que le daría el presidente electo. Una dirección que continuara y, de ser posible, radicalizara las políticas del régimen actual. Y si Quevedo descubría la verdad, el apoyo de los soviéticos a su carrera política se iría por el caño, hundiéndolo más de lo que ya estaba. Era tiempo de acomodar nuevas piezas en el tablero, retroceder un poco y, por qué no, sacrificar las que ponían en riesgo el juego.

LIX

El traqueteo del ferrocarril empezó a disminuir su ritmo poco a poco hasta que se detuvo por completo. Alfonso Quevedo bostezó. Se estiró en su asiento antes de ponerse de pie para recoger su pequeña maleta. Aunque en el vuelo transoceánico no pudo dormir, debido a las incomodidades de la nave militar, además de las sacudidas a causa de las turbulencias, en el tren desde Burdeos sí logró conciliar el sueño, aunque fuera por poco tiempo.

Miró por la ventanilla la estación de Barcelona. Los pasajeros iniciaron el descenso y él hizo lo mismo. Escuchó interesado las voces en francés, catalán y español de la gente que llenaba los andenes. Nunca había estado en España, ni en ningún país europeo, y lo contemplaba todo con la avidez del recién llegado. Buscó con la vista la salida de la estación. Se dirigía a ella esquivando a la multitud, cuando un hombre de bigote grueso, canoso, pipa entre los dientes y gabardina se situó frente a él.

—¿Doctor Alfonso Quevedo? —preguntó el hombre en el tono rudo de los españoles.

Aunque el criminólogo tuvo un atisbo de desconfianza, respondió de modo afirmativo. El hombre se adelantó entonces para estrecharlo en sus brazos mientras le decía que era un gusto conocerlo al fin en persona, y que sería un placer aun mayor colaborar con él para llevar a buen puerto su investigación. Se presentó como el inspector Indalecio Rosas, jefe de investigadores de la Guardia Civil de Cataluña.

Rosas y Quevedo habían iniciado una relación epistolar desde varios años antes de la guerra, cuando el inspector andaba tras los pasos de un delincuente peninsular, Venancio Sosa, que había conseguido trasladarse a México, donde también cayó en manos de la policía al ser sospechoso de un par de homicidios. Fue durante los primeros meses del gobierno del general Cárdenas, antes de la ruptura entre ambos países. Robledo acababa de ser nombrado juez del caso y solicitó los servicios de su alumno como perito criminalista, a pesar de que Quevedo apenas se iniciaba en la disciplina. El juicio en México se alargó más de un año, lo que permitió un extenso intercambio de información por carta entre Quevedo y el inspector Rosas, quien solicitaba la extradición del criminal por la comisión, en Barcelona, de varios delitos, entre ellos un triple asesinato. Al final, tras varios interrogatorios y muchos análisis de conducta, Quevedo concluyó que, si bien Venancio Sosa no era culpable de lo que se le imputaba en nuestro país, sí era un homicida nato, y recomendó al juez Robledo que lo repatriara a España, donde Rosas había armado un caso sólido en su contra. Así se hizo. Sosa fue recibido en Barcelona por el inspector, quien lo llevó a juicio, y ahora purgaba una larga condena en una cárcel catalana. Después de ese caso su correspondencia prosiguió, pues ambos investigadores se pedían consejo mutuamente en forma habitual sobre sus respectivos sospechosos e investigaciones. A la larga, tanto intercambio de información consiguió que se tuvieran una confianza sin límites, sin que les importara que en la actualidad sus gobiernos estuvieran disgustados al grado de haber roto las relaciones diplomáticas.

Durante el trayecto en automóvil, Quevedo no dejaba de admirar la belleza de Barcelona, aún salpicada de ruinas por los edificios destruidos durante la reciente guerra.

—Tal vez no sea el mejor aspecto de la ciudad, pero el gobierno no está escatimando recursos para reconstruirla. Espero que puedas verla cuando los arreglos estén concluidos —informó Rosas mientras

veía a la gente que transitaba por las calles en bicicletas, autos y a pie.

Tras la guerra, los desplazados de otros pueblos habían llegado en grandes cantidades a la urbe catalana para instalarse ahí. Al ver tal multitud, Quevedo preguntó por el nivel de criminalidad en la ciudad. El inspector respondió que nunca había habido tantos crímenes en las calles, que los desastres de la guerra habían acostumbrado a la gente a la violencia y que eso, sumado a las varias bandas de guerrilleros republicanos que aún luchaban en las montañas, traían a la Guardia Civil hasta la cabeza de trabajo.

—Por eso te he consultado tantas veces durante los últimos meses. Tus observaciones y consejos me han ayudado en casos que parecían imposibles de resolver.

—Y espera un poco, inspector… que, con las nuevas técnicas y teorías, estoy convencido de que los métodos científicos serán los que resolverán los crímenes en los años futuros.

—Sin tener que recurrir a la violencia, ¿no, Alfonso? —Rosas hizo un gesto de afirmación.

Quevedo vio que llegaban al edificio de Inspección de Policía de la Guardia Civil, pero en vez de detenerse, su contacto siguió de largo.

—Recuerda que no estás en una visita oficial. Y, por más que quiera, sabes bien que somos hombres de instituciones, así que prefiero que platiquemos en un café —dijo el inspector mientras se dirigía en dirección a Las Ramblas.

Pasaron también por un edificio de dos pisos, de color azul, que tenía en la puerta una pequeña bandera mexicana. Rosas le señaló que ahí era la oficina de negocios de la delegación mexicana en Barcelona. Una sucursal de la de Madrid, pues si bien México no contaba con embajada ni consulados en España, eran tantos los negocios entre ambas naciones que debían tener quien representara sus intereses comerciales.

Dejaron el auto en una calle transversal y continuaron a pie, mezclándose con lugareños y turistas, hasta llegar a un café marroquí donde ocuparon una mesa. Como Rosas supuso que Quevedo había llegado hambriento, pidió un cuscús para los dos y vino de la casa.

—He leído mucho de tu caso en los periódicos, Alfonso. Las crónicas, las declaraciones del gobierno mexicano —el inspector hablaba con tono serio—. Y creo que aquí hay gato encerrado, mira que una carta de confesión del asesino tal y tal, son patrañas. Ese es el *modus operandi* de los desgraciados rojos.

Una hermosa muchacha de aspecto árabe se acercó a la mesa y llenó dos copas de tempranillo. El inspector tocó con el borde de su copa la de su colega y dio un trago largo. Quevedo apenas se mojó los labios con la bebida.

—¿Estás familiarizado con los comunistas españoles y su forma de operar?

—Por supuesto, llevo años lidiando con sus delitos. En los últimos meses de la guerra hubo una concentración enorme de rojos aquí en la ciudad, eso derivó en abusos, crímenes que antes no había acá.

La mesera se acercó con un plato humeante y lo colocó frente a ellos. Rosas, solícito, sirvió una generosa ración para Quevedo.

—¿No recuerdas el asesinato de Andreu Nin en el 37? —preguntó el inspector a punto de comer.

Sí, Quevedo lo recordaba: un ajuste de cuentas entre las diferentes camarillas comunistas en su lucha por el poder.

—Pues eso no es nada.

Los rojos, según contaba el inspector, se habían encarnizado contra los civiles que no pensaban como ellos, fusilándolos, levantándolos y desapareciéndolos. Aún seguían en busca de cadáveres, y lo peor era que seguido los encontraban. En cuanto a los rojos sobrevivientes de la guerra, todavía pululaban muchos por la ciudad, clandestinos, pero se sabía de sus actividades subversivas

y delincuenciales. El criminólogo confirmó que no se había equivocado al trasladarse para ver al inspector en persona.

Terminaron de comer y pidieron café. Rosas encendió su pipa. Quevedo extrajo de su maleta varias carpetas que entregó al otro. Le narró al inspector sus interrogatorios a Jacques Mornard y las inconsistencias que había encontrado en sus afirmaciones, sus sospechas de que el supuesto belga tal vez había estado en España durante la guerra y, sobre todo, la que él creía su estrecha relación con los partidos comunistas mexicano, español y soviético.

De las carpetas sacó las huellas digitales del asesino de Trotsky, los interrogatorios mecanografiados y las fotos de Mornard el día del crimen y como lucía ahora, además de las fotos de la mujer vestida de monja en Lecumberri.

El detective catalán revisó las huellas y los informes por encima, pero levantó las fotos y las observó por varios segundos. Frunció el ceño, se retiró la pipa de la boca, miró fijo a Quevedo y luego volvió a posar la vista en las imágenes.

—Te seré sincero, Alfonso, a ese tal Jacques no creo haberlo visto nunca, a pesar de que tiene un cierto aire familiar; en fin, déjame revisar mis archivos antes de darte una respuesta definitiva —en el semblante de Quevedo se reflejó la desilusión. Pensó en el tiempo perdido durante el viaje y en que se había metido él mismo en un callejón sin salida—. Sin embargo —continuó Rosas—, a la mujer sí le he visto, y que me castren como toro viejo si no ha sido varias veces.

El inspector lanzó varias volutas de humo. Al sentir la expectación del doctor, levantó los hombros.

—Sólo que no recuerdo con exactitud dónde, Alfonso. Tendré que preguntar a colegas que estuvieron en contacto con los combatientes durante la guerra. Dame veinticuatro horas, por lo pronto podrás descansar en un hotel discreto que está cerca de aquí.

Quevedo comprendió que no podía hacer más. Al menos tenía la certeza de que podía viajar de regreso muy pronto, gracias a los vuelos casi diarios del ejército entre México y Burdeos por una cuestión de compra de armas y asesoría de los franceses al ejército nacional. Rosas le aseguró que en cuanto tuviera algo en firme lo buscaría. Le aconsejó varios sitios turísticos para que visitara, y se ofreció para acompañarlo a pie al hotel.

Conforme caminaban, Quevedo se sintió observado. Era una sensación clara: alguien vigilaba sus movimientos. No se trataba de una certeza, pero sus instintos lo habían puesto en alerta. Miró de reojo en torno suyo y vio a varios hombres sentados en los cafés, otros deambulando, otros leyendo el periódico que, de pronto, al pasar ellos bajaban las hojas para mirarlos. Como no tenía la seguridad, no le comentó nada a Rosas, quien esperó en la recepción del hotel hasta que se registró, y luego se despidió de él tras decirle que lo vería pronto.

Verificó la hora. Para evitar que el sueño lo venciera, el criminólogo se dio un regaderazo. Tenía tiempo suficiente para deambular por la ciudad un rato y luego volver a comer algo. El día estaba nublado. Entró en una tienda para comprar un paraguas. Antes de salir sintió de nuevo el peso de una mirada. ¿O se trataba de varias? Seguro exageraba. ¿Cómo podría seguirlo alguien si nadie, salvo el inspector Rosas, sabía que estaba allí en Barcelona? Pero cuando alzó la vista, descubrió que un hombre muy pálido, rubio cenizo, de ojos azules, lo observaba de modo furtivo y luego fingía ver hacia otra parte.

Su corazón comenzó a latir veloz. Sí, lo tenían en la mira. Y ese tipo tenía aspecto de ruso. Esperó unos minutos antes de pagar y salió del local justo cuando comenzaba a lloviznar.

Aunque no conocía la urbe, decidió abandonar la zona turística para internarse en una serie de estrechas callejuelas al tiempo que abría el paraguas. Daba varias zancadas y volteaba hacia atrás con la esperanza de no ver a nadie, pero siempre había gente a sus

espaldas. ¿Los habría perdido? Giró en la primera esquina. Lo mismo. Volvió a doblar y aceleró el paso.

Antes de que la lluvia se soltara, distinguió al hombre de ojos azules que lo miraba en el café y afuera de la tienda. Ya no había duda. Lo seguían. Al topar con una calle un poco más ancha, creyó reconocer el rumbo. Sí, por allí habían pasado el inspector y él cuando venían de la estación del tren. Unas cuadras a su izquierda estaba la Inspección de la Guardia Civil, y dos calles a la derecha la oficina de negocios de México. Estuvo a punto de dirigirse al edificio de la Gendarmería, pero recordó que tendría que identificarse si deseaba acusar a ese hombre, y en Barcelona, como bien le había dicho Rosas, no estaba de visita oficial. Optó por ir a la derecha, rumbo al despacho de negocios.

Volvió a mirar atrás: el hombre de los ojos azules no abandonaba su persecución, y de pronto a Quevedo le pareció que hacía una seña. ¿A quién? Se estremeció. Movió la vista hacia adelante: un hombre moreno de boina morada caminaba en su dirección mientras metía una mano dentro del abrigo.

Al llegar frente a Quevedo, el desconocido se detuvo en forma brusca. Sin tiempo para pensar, el criminólogo bajó el paraguas y lo embistió con él. El hombre cayó y un ruido metálico resonó en el pavimento. El mexicano creyó ver un revólver, pero no tuvo tiempo de comprobarlo. Había soltado el paraguas y ahora la lluvia le caía de lleno en el rostro y sobre la ropa.

Corrió, pero pronto sintió que las fuerzas de sus piernas le empezaban a fallar. Volteó hacia atrás. Los dos hombres que lo perseguían estaban a punto de alcanzarlo. Atisbó una cuadra adelante la bandera mexicana y la fachada azul de la oficina de negocios.

Lanzó un grito, con el que pretendía sonar como un guerrero dispuesto al combate, pero que en realidad se oyó como un quejido: al menos le sirvió para acelerar el paso y les sacó a sus

perseguidores varios metros más de ventaja, hasta alcanzar su destino.

Tocó con desesperación la puerta de la oficina. Giró la cabeza. Ahí venían los dos hombres. El de ojos azules quiso acelerar también su carrera y resbaló en el pavimento mojado. Esta vez Quevedo sí reconoció una pistola escuadra que dio tumbos por el suelo. El otro hombre siguió corriendo. El criminólogo estrelló con mayor fuerza el puño en la puerta, que por fin se entornó.

—Me están siguiendo, déjenme entrar, soy mexicano —dijo de manera atropellada.

El hombre en la entrada lo observó con desconfianza y no se movió un centímetro. Quevedo señaló a su perseguidor para confirmar sus palabras. En ese instante, el de la boina se detuvo y el mexicano de inmediato entendió por qué: un Citroën color dorado daba vuelta en la esquina a toda marcha y de sus ventanillas surgieron un par de tubos negros.

En una fracción de segundo Quevedo recordó el atentado contra Robledo. Encaró al hombre en el umbral de la oficina de negocios, que lo miraba con recelo sin dejarlo entrar, y lo empujó para apartarlo y meterse a la fuerza antes de que empezaran a escucharse los tiros.

El doctor cayó encima del funcionario y con el pie cerró la puerta que, al recibir la descarga de las dos ametralladoras, comenzó a llenarse de decenas de orificios al tiempo que escupía una lluvia de astillas sobre los dos caídos.

LX

Mientras Valentín vigilaba la sede sindical, no dejaba de pensar en Lupita y en Jerónimo. El día anterior, antes de apostarse frente a las oficinas, había intentado localizar a la muchacha para preguntarle si sabía algo de su sobrino. Quería matar dos pájaros de un solo tiro: interrogar a Jerónimo para saber si era él quien había estado en la balacera en Tepito y averiguar qué tan ciertos eran los rumores de que un líder sindical estaba tomando más vodka que tequila.

Pero no tuvo suerte. Lupita no estaba en La Torre de Cristal y el doctor seguía de viaje en España.

Apertrechado con dos cajetillas de cigarros, fumaba en tanto observaba el movimiento del edificio de paredes grises y desgastadas. El dinero de las aportaciones de los obreros se va a todas partes menos a la pintura, concluyó mientras aplastaba con la suela la colilla del cigarro.

Había demasiado trajín en el sitio. A cada rato llegaban autos nuevos que se estacionaban frente al inmueble. De los coches emergían hombres vestidos con trajes elegantes y caros, a los que, se notaba, no estaban acostumbrados. Caminaban con actitud prepotente, con la soberbia que daban el dinero y el poder recién adquiridos. Quintanilla intuyó que eran los líderes de las diferentes áreas del sindicato. Confirmó a dónde iba a parar otra porción de las cuotas de ese gremio que, junto con los ferrocarrileros y los electricistas, tal vez era el más importante del país. También llegaban al edificio trabajadores para hacer alguna petición o realizar

un trámite, pero ellos vestían overoles desgastados y casi siempre sucios.

El teniente escupió al suelo, decepcionado. Ese no era el objetivo de la revolución en la que había peleado. El dinero y el poder habían cambiado de manos, sí, pero las grandes masas de mexicanos seguían tan, o más, jodidas que antes.

De repente notó que por la esquina más cercana aparecía un vehículo que conocía bien. El Ford de la balacera en Tepito. Se estacionó a pocos metros. Vio bajar a tres jóvenes, que se dirigieron a unos hombres vestidos de traje y con aspecto de matones. Guardaespaldas de algún líder, pensó el teniente. Se saludaron sonrientes, con camaradería, y los de traje hicieron pasar a los muchachos al interior del edificio. Quintanilla comprobó que el conductor permanecía en el interior del carro. ¿Sería Jerónimo? Debía averiguarlo.

Apenas dio unos pasos, creyó reconocer que la silueta dentro del coche era, en efecto, la del sobrino de Lupita. Sin anunciarse antes, arriesgándose a equivocarse, el teniente abrió la portezuela y lo sacó aferrándolo del cuello al tiempo que decía:

—Jerónimo, tienes muchas cosas que responderme

—¿Qué te pasa, cabrón? —el muchacho buscó ayuda mediante una mueca dirigida a los de la entrada.

Uno de los guardaespaldas contempló con extrañeza la escena, pero no se movió de su sitio. El teniente sabía que debía actuar con rapidez si no quería un escándalo. Palpó la cintura y el saco de Jerónimo. No encontró armas. En el bolsillo localizó una "charola" del sindicato y otra de la corporación policiaca. Quintanilla apretó las identificaciones con coraje. Así eran las cosas en México. El amiguismo lograba que cualquiera pudiera traer una identificación apócrifa para saberse intocable.

—¿Y esto? —preguntó.

—No sabes con quién te metes… —el joven lo señaló con el dedo y Quintanilla vio en él un anillo del sindicato petrolero.

—Tú eres el que no lo sabe, pendejete —le arrojó las credenciales a la cara—. Esas chingaderas son más falsas que el intento de bigote que traes encima del hocico.

Amedrentado por la forma de hablar del policía, Jerónimo titubeó.

—Tú y yo vamos a dar un paseo —le mostró la pistola y su placa —. Estas sí son de verdad. Entrégame las llaves y súbete al carro.

El muchacho ya no opuso resistencia y se acomodó en el asiento del copiloto.

—Ey, ¿para dónde lleva al chamaco? —se escuchó una voz ronca.

Al voltear, Quintanilla descubrió que tres guardaespaldas lo tenían rodeado, e hicieron el amague de que iban a sacar armas de la cintura.

—¿No sabe que trabaja para el sindicato? —preguntó el hombre de tono grave. Parecía ser el de más rango.

—Me vale madres para quién trabaja. Les voy a decir para quién trabajo yo —se identificó como teniente de la policía.

—A la gente del líder Covarrubias nadie puede tocarle un pelo —el tipo se le acercó mostrando sus dientes amarillos—. Y si insiste en atorar al chamaco, aquí mismo…

El hombre no alcanzó a completar la frase: Quintanilla sacó su pistola con un movimiento rápido y con el cañón le partió la nariz de un golpe certero. Luego apuntó a los otros dos.

En cuestión de segundos, quienes los rodeaban ya eran una multitud donde se confundían mirones, obreros y guardaespaldas. Alguien sugirió entonces que se le echaran de a montón, que el policía no iba a poder dispararles a todos.

—¿Quién es el primero que quiere probar su suerte? —Quintanilla amartilló la pistola.

Nadie se atrevió a dar un paso. La escena se congeló: el detective amenazando a los que lo rodeaban; ellos a punto de saltarle encima, pero sin atreverse a hacerlo. Quintanilla era consciente de que, conforme pasaran los minutos, alguno de los guaruras podía hacerse el valiente y atacarlo; sin contar con que del

edificio seguían saliendo guardaespaldas deseosos de pelea. Estaba sentado en un polvorín, y cada uno de los hombres a su alrededor tenía la chispa para hacerlo explotar. De pronto vio que varios de los tipos le dejaban el paso libre a un sujeto que caminaba con seguridad hacia él, alto, delgado, pelo cano y porte elegante. Iba bien afeitado y no tenía cicatrices en el rostro. Por un momento a Quintanilla le pareció conocido. ¿Lo habría visto en el periódico? ¿Sería el tal Covarrubias? El repentino ulular de una sirena le devolvió un poco el sosiego. La patrulla frenó en la calle junto al tumulto. Apenas se bajaron los uniformados, el hombre de pelo cano se acercó a ellos.

—Detengan al loco ese de la pistola —les ordenó con severidad.

Cuando los uniformados vieron a quién debían arrestar, hicieron un saludo con el canto de la mano.

—Me van a escoltar a la comandancia, ¿de acuerdo, oficiales?

Los uniformados titubearon. Miraron al hombre que les había dado la orden como pidiéndole disculpas. Valentín, entonces, observó con cuidado al tipo elegante. También traía un anillo del sindicato, pero el suyo era de plata y con una piedra de tintes amarillos. Debía tener también una inscripción, o leyenda, pero a la distancia le resultaba imposible identificarla. Subió al Ford con Jerónimo y se acomodó tras el volante. El canoso hizo un gesto para que los demás dejaran avanzar el automóvil color vino sin dejar de observar a Quintanilla con ironía.

LXI

Mientras cruzaba las aguas del Atlántico, una fuerte turbulencia sacudió el avión. Quevedo se sentía inseguro. No entendía por qué la aeronave no contaba con cinturones de seguridad; en realidad, ni siquiera había butacas, sólo unas bancas de lámina adosadas a las paredes y, en el centro, la mercancía que el ejército transportaba de Francia a México. Cuando una nueva corriente de aire estremeció la nave, se aferró con ambas manos al borde de la banca, temiendo ser arrojado al suelo.

Sin embargo, esa sensación era mil veces más soportable que la que había vivido horas antes.

Luego de la tormenta de plomo que le habían dirigido sus perseguidores en la entrada de la oficina de negocios de México en Barcelona, el hombre que no había querido dejarlo pasar y otro, mexicanos ambos, lo levantaron del piso para llevarlo a un cuarto lejos del exterior, pensando tal vez que se hallaba herido. Tras el ataque, el Citroën había recogido a los dos hombres de a pie para partir con ellos a toda velocidad.

El doctor estaba ileso. Se identificó ante el encargado de la oficina. Le preguntaron quién lo perseguía y por qué le habían disparado. Él movió la cabeza de un lado a otro. Les dijo que lo ignoraba. Después del bajón de adrenalina, se percató de que todos sus miembros temblaban. No se sintió tranquilo hasta ver llegar a la oficina a varios agentes de la Guardia Civil, en especial cuando

apareció el inspector Rosas quien, con cara de preocupación, lo apartó de los funcionarios mexicanos.

—Alfonso, me llegó el rumor de que alguien en Barcelona ha ofrecido una recompensa para eliminarte, la verdad no creí…

—¿A mí? —Quevedo sintió de improviso la boca seca.

—Bueno, no exactamente con tu nombre. La información asegura que unos gatilleros del Partido Comunista trataban de interceptar a un mexicano que iba a hablar con investigadores catalanes. Se tardaron en dar contigo porque no pisaste la gendarmería, de otro modo… —un guardia civil se acercó al inspector y le dijo algo al oído —. He mandado recoger tu maleta. No es seguro que te quedes en Barcelona. Como están las cosas, no puedo ofrecerte seguridad.

—Pero necesito averiguar lo que vine a hacer…

—Lo averiguarás. He enviado parte del expediente a Madrid, también las huellas de Mornard y, por supuesto, las fotografías. Saqué un par de copias para que circulen entre los policías veteranos de Cataluña.

Quevedo deseó estar frente al cráneo del Tigre para pedirle consejo. ¿Debía adelantar su regreso a Burdeos y de ahí a México? ¿Debía quedarse hasta tener la confirmación de la identidad de la monja y del asesino de Trotsky? ¿Y si los catalanes no llevaban a cabo un buen trabajo de investigación? ¿Y si a Rosas y a su gente les pasaba de largo algo importante que para él fuera un punto clave?

—Confía, Alfonso, confía. Que he aprendido algunas cosas gracias a ti —dijo el inspector al notarlo indeciso—. Si quieres un consejo, es mejor que regreses a México. Allá creo que serás de más ayuda. Lástima que ya no podrás pasear un poco por mi ciudad.

Rosas tenía razón. De nada servía demorar más su regreso. Pidió un teléfono a uno de los funcionarios de la oficina. Marcó el número del general amigo de Robledo. Le dijo que volvería esa misma tarde a Burdeos para volar de regreso al país.

Tanto el inspector como el jefe de la oficina de negocios, de apellido Castro, decidieron que esta vez el viaje a la ciudad francesa no sería por ferrocarril sino por carretera, en un auto de los funcionarios mexicanos, y que iría escoltado hasta la frontera por una patrulla de la Guardia Civil.

Al despedirse, Quevedo abrazó al inspector Rosas.

—En cuanto tenga la información, yo me comunicaré contigo, Alfonso.

Castro, tal vez asustado aún por el atentado ante su misma puerta, dijo que lo mejor era partir de inmediato. Quevedo abordó el auto y emprendieron el viaje.

La carretera se internaba en un paisaje montañoso. El doctor recordó haber leído que alrededor de un año antes ese mismo camino se había atiborrado de excombatientes republicanos en su trayecto al exilio en el país vecino. ¿Cuántos habían muerto durante la marcha? Los reportes hablaban de cientos, quizá miles, que perecieron de hambre, frío, o a causa de las heridas recibidas en las batallas finales. La inmensa caravana estuvo formada por hombres, mujeres, ancianos y niños, muchos de los cuales no habían alcanzado a llegar a la frontera, ya fuera por debilidad o porque sucumbieron a los ataques aéreos que Francisco Franco hacía caer sobre ellos. Quevedo miraba el camino e imaginaba aquel éxodo doloroso, hasta que el conductor vio en el espejo retrovisor que a lo lejos venía un Citroën semejante al del ataque en Barcelona. Un vacío se le abrió en el estómago.

—No se preocupe, la Guardia Civil los va a espantar —dijo el chofer—. Además, si se atreven a atacarnos, estoy preparado para lanzarles un quién vive —el hombre levantó apenas el muslo y sacó un arma para mostrársela a su pasajero—. Si ellos tuvieron acción en la Guerra Civil, yo también me fajé a tiros muchas veces en nuestra revolución.

La sensación de malestar, sin embargo, no abandonó a Quevedo sino hasta que el Citroën, que siempre se mantuvo unos cincuenta

metros detrás de ellos, dio media vuelta un poco antes de llegar a la frontera con el fin de regresar.

Los guardias civiles acompañaron el auto de los mexicanos un par de kilómetros más, hasta la línea divisoria. Ahí les hicieron cambio de luces y, entonces sí, los dejaron solos el resto del trayecto, ya en territorio francés.

¿Estaba a salvo? Quevedo no lo creía. El Partido Comunista soviético extendía sus tentáculos por todos los países de Europa, si bien sería difícil que se atrevieran a atacarlo en Francia. De cualquier modo, no se sintió en verdad seguro hasta que el vehículo entró en los terrenos del aeropuerto militar de Burdeos y se acercó al hangar donde los soldados mexicanos cargaban un avión con armas francesas.

Un capitán se acercó al verlos llegar.

—Mi general me avisó de que lo llevaría —dijo al saludar al doctor —. No se preocupe, aquí nadie va a intentar hacerle daño. Póngase lo más cómodo posible; partimos de inmediato.

Luego de un par de agitados minutos, la turbulencia amainó. Con alivio, Quevedo retiró las manos del metal y, al terminar de repasar su aventura de tan pocas horas en Barcelona, pensó que había tenido mucha fortuna al no hallarse tendido ahora en el anfiteatro de la Guardia Civil.

Sonrió con cierta tristeza. Tal vez si le contara su aventura a Lupita, ella lo consideraría también un hombre de acción, como el insoportable de Quintanilla. Rumió una retahíla de insultos contra su compañero durante un buen rato hasta que, sin darse cuenta, arrullado por el ronroneo de los motores, se quedó poco a poco dormido sobre la incómoda banca del avión.

LXII

Con el rostro pálido, Jerónimo revelaba a leguas su incertidumbre interior. Con las manos unidas entre las piernas, veía a todos lados casi sin mover la cabeza, tan sólo con la inquietud de las pupilas que en un momento estaban en los rabillos izquierdos de los ojos y al siguiente ya se habían desviado hacia los derechos.

De vez en vez escudriñaba las esquinas donde las paredes se unían al techo, como si buscara telarañas. Quintanilla lo contempló unos minutos desde detrás del cristal de doble vista. Según su criterio, el muchacho no tenía facha de delincuente, no al menos como los que él acostumbraba a tratar. No, no parecía un tipo duro, pero la verdad estaba aún por verse.

Antes de entrar en la sala de interrogatorios, el teniente encendió un Tigres y aspiró el humo muy profundo. Revisó su reloj. Dio otra fumada y avanzó por el pasillo. Al entrar advirtió que el sobrino de Lupita lo miraba con miedo. Iba a ser fácil. Caminó a espaldas de Jerónimo, luego rodeó la mesa y tomó asiento frente a él. Fumó por última vez y aplastó la colilla en el piso. Notó que al detenido le temblaba la mandíbula.

—¿Sabes por qué estás aquí, ¿verdad? —preguntó con esa voz impostada que solía infundir miedo a los que interrogaba.

Jerónimo no respondió. Entonces el teniente se inclinó hacia el frente y le propinó un rapidísimo sopapo en la nuca. Soltó un quejido, pero fue todo: volvió a caer en el mutismo. Exasperado, Quintanilla dio un par de manotazos en la mesa. Sin hablar, ahora

contemplaba a Jerónimo con ojos iracundos desde lo alto de su estatura mientras lo señalaba con el índice. Sin embargo, se contuvo. Pensó que se estaba excediendo, que había olvidado sus propósitos de ser suave con el muchacho, que no debía dejar que le ganara la costumbre, la inercia del oficio. Jerónimo soportó el peso de la mirada y se recargó en la silla.

El teniente intuyó que su juventud lo hacía testarudo y que tendría que usar todos sus conocimientos si quería hacerlo hablar sin recurrir a la violencia. A su mente vino el recuerdo de la forma de actuar de Quevedo. Respiró varias veces. Se rascó la barbilla con disimulo y volvió a sentarse despacio.

—¿No te has preguntado cómo sé tu nombre?

Valentín buscó la cajetilla de cigarros, se colocó uno en la boca y le ofreció otro al joven, como hacía cada vez que interrogaba a un detenido. Jerónimo lo agarró de inmediato. Cada uno prendió el suyo.

—Tu tía Lupita está muy preocupada por ti —soltó el humo despacio, mientras disfrutaba la expresión de desconcierto, primero, y enseguida de remordimiento en las facciones de Jerónimo—. Y, aunque no lo creas, yo también.

El joven lo escudriñó con recelo.

—Tu lealtad debe ser para quienes siempre han estado en tu vida, nunca te olvides de eso. Ahora vamos a hablar —le acercó de nuevo la cajetilla y el encendedor—. Dime primero, ese prepotente que salió del edificio del sindicato, ¿quién es?

El teniente había advertido a través del retrovisor que, cuando iban rumbo a la comandancia, aparte de la patrulla los seguían un par de autos con hombres trajeados. Y ahora permanecían afuera del recinto policial.

—Sabes bien de quién te hablo, Jerónimo. Te prometo que voy a echarte la mano en todo para que tu tía no viva con esa zozobra.

—Yo sólo esperaba a mis amigos mientras veían a… —dijo con voz apenas audible y Quintanilla se acercó un poco para escuchar

con claridad— …al ingeniero Daniel Covarrubias. Es amigo de gente muy poderosa y uno de los líderes principales del sindicato.

—¿De dónde lo conoces?

—Nos contrató a mis amigos y a mí como grupo de presión, para darles en la madre a los contrarios; a quienes no se alinean con la ideología y las acciones del sindicato.

—¿Como porros?

—Él nos indica sobre quiénes ir, cuáles negocios golpear, cuándo romper manifestaciones o mítines.

—¿Les ha pedido matar a alguien?

Jerónimo palideció ante la pregunta y se removió incómodo en la silla. Quintanilla no perdió detalle de su actitud. Sabía por experiencia que un hombre que ha asesinado nunca vuelve a ser el mismo.

—Yo nomás manejo, los otros son los que se bajan —dijo al fin.

El teniente sacó de su bolsillo una libreta y una pluma. Las colocó sobre la mesa. Le pidió al muchacho que escribiera las direcciones de los sitios a los que los había mandado el ingeniero Covarrubias. Con esa lista comprobaría qué tan grandes habían sido los delitos en los que se había involucrado Jerónimo.

Mientras escuchaba el sonido de la pluma deslizándose sobre el papel, no dejaba de pensar que no le gustaría decirle a Lupita que su sobrino estaba implicado en algún asesinato… o en varios.

LXIII

Armenta era un manojo de nervios. ¿Por qué debía ir al Palacio Negro? ¿Había escuchado bien lo que le decía Escorpión por teléfono? ¿Por qué él? ¿Qué tenía que hacer en ese basurero humano? No lo entendía, y así se lo hizo saber a su jefe a través de la línea, mientras daba una honda jalada al cigarro que sostenía entre los dedos.

Nunca le habían gustado las prisiones. Le parecían sitios peligrosos en los que no había que fiarse de nadie ni de nada, porque de cualquier rincón podía surgir una punta, un cuchillo hechizo en busca de su cuerpo. Claro, no podía decirle a Escorpión que le daban miedo, así que trató de inventar una excusa: trabajo acumulado.

Pero la voz aguardentosa de Escorpión rugió en el teléfono:

—Los rusos tienen gente infiltrada en la prisión, cabrones que quieren ayudar a escapar a Mornard.

¿Cómo se había enterado?, se preguntó Armenta, aunque no debía cuestionar a su jefe sobre sus fuentes. Calculó que Escorpión tenía informantes desparramados por toda la ciudad, acaso por todo el país, y se imaginó cientos de ojos y oídos deambulando por calles y carreteras con el fin de enterarse de lo que después le informaban. Sonrió a causa de la imagen, mientras de nuevo preguntaba:

—¿Y eso en qué nos afecta?

—Nos afecta en caso de no cubrir bien nuestras huellas. Si se lo quieren llevar, que se lo lleven; si se muere en la fuga, que se

muera; pero no quiero que nos involucren —esta vez Escorpión hablaba pausado, conteniendo las palabras.

Armenta se preguntó otra vez por qué era tan importante para su jefe la vida o la muerte del tal Jaques Mornard. ¿Pensaría que si salía a la luz que él y su gente habían facilitado el asesinato de Trotsky, el presidente electo, Manuel Ávila Camacho, podría quitarle también la gubernatura del estado norteño que le otorgaron como premio de consolación? ¿O tenía intenciones de desestabilizar el nuevo gobierno para vengarse del ninguneo al que lo había sometido el general Cárdenas? Escorpión era un enigma y él, Armenta, se hallaba a oscuras, como siempre, lo que lo hacía sentirse como un simple peón en un juego de ajedrez dirigido por otras personas. La única vez que se atrevió a formular preguntas, la respuesta de Escorpión, en exceso despectiva hacia su persona, había sido que el belga poseía demasiada información. ¿Acerca del grupo al que pertenecían ellos dentro del gobierno? ¿O de los políticos que colaboraron con los hombres de Beria para facilitarles el acceso, y con ello el asesinato de León Trotsky? ¿Debía preguntar más para enterarse? ¿Por qué, si él pertenecía a ese grupo, los de arriba lo trataban como un simple operador, casi un mandadero?

—¿Y el detenido que trajo Quintanilla?

—En ocasiones hay que sacrificar peones para proteger al rey —dijo lacónico Escorpión y colgó.

Armenta caminó a la puerta, la abrió y le dijo a su secretario que le prepararan el coche porque tenía que salir. Luego regresó al escritorio y abrió un cajón de la derecha donde, debajo de un altero de papeles, había un revólver Colt calibre .45. Lo tomó y se lo fajó en la cintura. No. Resultaba muy pesado, incómodo y visible. Además, si los guardias lo revisaban a la entrada del penal, lo obligarían a dejarlo allí, aunque les dijera su rango y alegara que venía a visitar al director Murillo en su oficina. Lo devolvió al cajón y abrió el de abajo. Extrajo de ahí una daga metida en su vaina de cuero. Se la fajó al cinto también y esta vez no sintió incomodidad.

La llevaría. Enseguida se puso el saco y revisó: el arma no era visible.

Antes de caminar a la puerta del despacho, recordó algo y abrió el cajón de nuevo. Buscó al fondo y sacó un revólver más pequeño que el Colt, calibre .38, de cañón corto. Abrió el cilindro: tenía municiones. Lo clavó en su cintura del otro lado de donde llevaba la daga. Cuando el secretario abrió la puerta para avisarle que su automóvil lo aguardaba en la entrada del edificio, caminó con soltura rumbo a la salida, aunque aún no estaba seguro de lo que tendría que hacer en el penal de Lecumberri.

LXIV

Quintanilla leyó en silencio el par de hojas que le entregó Jerónimo. En ellas el joven había escrito las señas de varios lugares donde él y sus amigos habían quebrado vidrios, robado las ventas del día, amedrentado a un par de líderes barriales, escuchado lo que se decía en otros sindicatos sobre la política mexicana.

—¿Les paga bien Covarrubias?

—Depende de la chamba. A veces cien, otras trescientos pesos. Según las ganancias elegimos las cantinas y burdeles a los que vamos.

—¿Por eso se aventaron el atraco de las drogas en Tepito?

Jerónimo se quedó pensativo unos segundos, luego dijo que no, que ellos no habían sido.

—Vi un carro parecido al que manejas en las inmediaciones.

Recordó cómo el conductor de aquel vehículo había intentado hacerle daño a una prostituta.

—Hay varios carros iguales al nuestro en los patios del sindicato. Los usan para hacer mandados o dar las vueltas necesarias. Al ingeniero siempre le gusta que haya disponibilidad para que lo lleven a sus citas, a algunas reuniones.

—¿Qué tipo de reuniones?

Jerónimo pidió permiso para encender un cigarro. Quintanilla accedió con un movimiento de cabeza.

—Comidas y eso. Pero a nosotros también nos pide que lo escoltemos a sitios más alejados. Siempre nos quedamos a

distancia, así que nunca he visto bien con quién se junta ni oigo de qué hablan. Aunque sí he llegado a oír palabras que no entiendo.

—¿Extranjeros? —el teniente respingó como si lo hubiera picado un reptil—. ¿Se reúne con extranjeros? ¿Cómo son?

—Por las voces, a veces españoles; claro, a esos sí les entiendo. También ha habido gringos, y rusos. Lo sé porque el ingeniero habla bien el inglés, y a veces dice frases en ruso para que no le entendamos.

A Quintanilla una pieza del rompecabezas no terminaba de encajarle. ¿Por qué reuniones clandestinas entre gringos, españoles y rusos? Esos eran países enemigos unos para los otros. Mientras ataba cabos, intentaba ocultar lo aturdido que estaba con la información de Jerónimo.

—Y a veces le sueltan dinero. Se sube con nosotros cargando portafolios y, si se pone espléndido, nos da dólares o pesos, depende. Con eso nos vamos a pasarla a toda madre con la Bandida.

De pronto Quintanilla sintió un pálpito de los buenos. Sonrió. Ese Covarrubias le estaba jugando al doble agente y traía algo más grande entre manos.

—¿Nunca les viste la cara a los tipos con los que se reunía?

—No, tenemos órdenes de permanecer en el carro, a menos que nos necesite.

El teniente hizo una mueca de desilusión. La esperanza de que Jerónimo hubiera visto algo más incriminatorio contra Covarrubias se esfumó en su interior. Hasta ese instante no había nada que sustentara que los comunistas del sindicato petrolero tuvieran una conexión con Trotsky o que la pista que seguía fuera correcta. Volvió a revisar los papeles. Tal vez podría sacar fácil a Jerónimo de esas broncas, pero por ahora le haría pensar lo contrario con el fin de que escarmentara y no le diera más preocupaciones a Lupita.

—Ahora que me acuerdo, sólo una vez sí alcancé a ver claro a un hombre de traje —Quintanilla levantó la vista al escuchar el

comentario—. Pasó frente al carro... parecía perdido. El ingeniero Covarrubias le gritó para que fuera con nosotros.

—¿Cómo era?

Conforme escuchaba la descripción, al teniente se le dibujaba en la mente la imagen de Armenta. Salió a toda prisa del cuarto de interrogatorios. Al minuto, regresó con un retrato que había descolgado del pasillo principal y lo depositó sobre la mesa.

—¡Sí, es él! —dijo Jerónimo.

El teniente sintió los músculos endurecidos a causa de la rabia. ¿Armenta era cómplice del líder petrolero que estaba detrás de la pandilla? Gracias al poder que parecía ostentar Covarrubias, acababa de convertirse en un buen sospechoso dentro de la maquinaría del asesinato de Trotsky. Llamó a un uniformado para ordenarle que encerrara al detenido en un separo, pero que no lo mezclara con los demás presos. Él volvería en un rato a recogerlo.

—No te preocupes, le voy a avisar a Lupita que venga para acá —acercó la caja de cigarros y Jerónimo agradeció.

—Ese cabrón de Armenta ya está acabado —Quintanilla revisó que su arma estuviera cargada por si el licenciado se resistía al arresto.

—Pero el ingeniero, al gritarle, no lo llamó Armenta; lo llamó Géminis. Lo recuerdo bien porque se me hizo muy raro —dijo Jerónimo antes de abandonar el cuarto de interrogatorios.

LXV

El juez Robledo había pasado las últimas horas dando vueltas en su cama de hospital, sin poder descansar realmente. Desde que se enteró de que habían tratado de matar a su pupilo en Barcelona, quiso comunicarse con el teniente Quintanilla para ponerlo sobre aviso, pero en la comandancia no sabían de su paradero. Cuatro veces se había levantado de la cama para ir a la sala de médicos a telefonear, y nada. Pero cada vez que lo hacía se daba cuenta de que las molestias tanto en el brazo como en el hombro habían disminuido hasta casi desaparecer por completo, por lo que decidió que su estancia en el hospital era inútil. Carajo, no podía pensar con claridad al estar encerrado ahí, en un ambiente tan aséptico y rodeado de médicos y enfermeras. Tenía que regresar a su despacho o, por lo menos, caminar, distraer un poco los pensamientos.

Se sentó sobre la cama. Debía tratar de localizar a Quintanilla de nuevo, decirle que se diera una vuelta por el penal de Lecumberri para hablar con Mornard; por lo menos para asegurarse de que continuaba vivo. Sí, que hablara con el tal Mornard, tal vez no le habían hecho aún las preguntas correctas. Era necesario hacerlo caer en una trampa verbal que le hiciera escupir lo que ocultaba.

Decidió volver al teléfono en la sala de médicos. Pero de pronto la idea de ir a ver a Mornard él mismo le cruzó por la cabeza. El juez Robledo se arrancó del brazo el tubo con el que le inyectaban suero y buscó su ropa en el cajón del buró. Se deshizo de la bata de

hospital y se vistió rápido, antes de que la enfermera de turno se asomara a la habitación.

Hizo un repaso mental de los superiores de su jefe, pero la mayoría contaba con hojas de servicio impecables y no le pareció que estuvieran en complicidad con los comunistas soviéticos. ¿Y si no se tratara de jefes directos sino de padrinos políticos? Si así fuera, el asunto se tornaba difícil. Terminó de vestirse y entornó la puerta.

No había enfermeras ni médicos a la vista. Era el momento. Se sintió como escolar volándose las clases cuando decidió que sería más seguro bajar por las escaleras que por el elevador.

No se topó con nadie. Sólo al llegar a la recepción se dio cuenta de que la enfermera que recibía a los pacientes lo miró unos segundos alarmada y tomó el teléfono. Pero a quienquiera que llamara llegaría tarde, porque el juez ya estaba en la calle donde había detenido el taxi que lo llevaría directo al penal de Lecumberri.

LXVI

Lupita colgó el teléfono y se dio cuenta de que la mano le temblaba. El teniente había sido parco en sus palabras, sin la amabilidad almibarada que usaba cuando hablaba con ella. Tan sólo le dijo que el muchacho estaba en la sala de interrogatorios y que era preciso que ella también fuera a la comandancia si quería hacerse responsable de él. ¿Sería capaz Valentín de dejarlo encerrado? ¿No había dicho que la ayudaría? Tras colgar el aparato, se abrigó con un suéter y agarró su bolso y un paraguas. Debía salir corriendo: necesitaba tomar dos camiones para llegar hasta el centro o buscar un taxi, pero sabía que eso podía costarle más minutos de ansiedad. A punto de traspasar la puerta de La Torre de Cristal su vista se topó con las llaves del auto del doctor. Alfonso entendería la urgencia. Además, muchas veces la había enviado a realizar vueltas en ese vehículo. No creía que fuera a enojarse. Agarró el llavero, salió y cerró la puerta tras de sí.

Empezaba a lloviznar, por lo que rápido abrió la portezuela y se metió, sin advertir que un DeSoto color marrón estaba aparcado en la esquina con un hombre al volante. El hombre, apodado *el Greñas*, estaba distraído leyendo *Kalimán* y tampoco la vio entrar en el auto. Fue sólo hasta que el aguacero se soltó y que Dionisio Pruneda se subió para ocupar el asiento del copiloto, que despegó los ojos de la revista.

—¿Alguna novedad? —le preguntó al Greñas.

Entonces oyeron encenderse el motor del Ford de Quevedo, y Pruneda le dio una cachetada guajolotera a su compañero.

—Te dije que estuvieras al tiro, casi se nos pela el doctorcito.

El Greñas encendió el motor del DeSoto. Vieron salir el Ford de la cochera y avanzar por la calle bajo la lluvia, al principio despacio; después a buena velocidad.

En el Ford, Lupita hacía esfuerzos por ver con claridad a través de las cortinas de agua que los limpiaparabrisas apenas lograban retirar del vidrio. Aunque tenía experiencia en el manejo, por un instante se arrepintió de haber tomado el coche ajeno, y estuvo a punto de dar media vuelta para volver a dejarlo en su garaje, pero la imagen de Jerónimo en la comandancia, solo, amedrentado por los policías, le dio el valor que necesitaba para proseguir. Tal vez hubiera sido mejor pedirle el favor a Alfonso, pero el doctor siempre se había mostrado bastante indiferente ante sus preocupaciones. Ni hablar. Tenía que ir con su sobrino, y si debía enfrentar los modos bruscos del teniente, lo haría.

Se detuvo en un alto, antes de cruzar una avenida ancha, y no advirtió que otro vehículo con dos hombres a bordo se pegaba mucho a su defensa.

Pruneda le insistía al Greñas que no se le despegara al otro auto, le decía que esa era quizá la única oportunidad que tendrían para llevar a cabo el trabajo, recordándole las amenazas de Armenta.

Nervioso, el Greñas respondía a todo que sí mientras trataba de aclarar su visión a través de la lluvia. Intentó emparejársele al Ford en tanto llevaba una mano a la cintura para sacar su revólver.

—No seas pendejo, Armenta dijo que quería un accidente para el doctorcito —le detuvo la mano al Greñas—. Nada de pistolas ni ametralladoras.

—¿Entonces? —el chofer guardó su arma de nuevo en la cintura y le dirigió a Pruneda una mirada interrogante.

Dionisio le hizo la seña de que esperara. Estaba pensando a marchas forzadas. Se había dado cuenta de que el Ford se dirigía al

centro, y tuvo una iluminación repentina.

—Cuando vayamos por la avenida grande, yo te digo qué hacer y cuándo.

El aguacero había vuelto la vialidad un verdadero caos. Los vehículos parecían dar tumbos. Iban despacio, pero en cuanto un hueco se abría ante ellos, aceleraban lo más que podían, y luego volvían a disminuir la velocidad ante el siguiente embotellamiento. En las calles de doble sentido, a veces quienes se dirigían a un rumbo iban a vuelta de rueda, mientras que los que venían en dirección contraria parecían bólidos. En su prisa por llegar a la comandancia, Lupita cargaba el Ford del lado izquierdo, por si tenía la oportunidad de rebasar cuando en los carriles contrarios no hubiera tráfico.

Mientras manejaba, pensaba que Valentín Quintanilla había cumplido su palabra de ayudarle a localizar a Jerónimo. Le gustaba ese hombre, con sus modos rudos y su conocimiento de la vida en las calles. Era muy diferente a Alfonso Quevedo, siempre inmerso en sus libros y sus estudios sin prestarle mucha atención. En cambio, Valentín…

Un camión de carga que transitaba en sentido contrario pasó rozando el Ford a toda velocidad y Lupita tuvo que girar el volante para meterse en su carril de manera violenta.

Pruneda pensó que el doctorcito no manejaba muy bien, se distraía mucho y eso podría darles ventaja.

—Hay que sacar al Ford de su carril —le dijo al Greñas.

Hicieron alto en un crucero atiborrado de vehículos y el Ford quedó al principio de la fila. Varios camiones ya esperaban en el carril de sentido contrario para arrancar en cuanto cambiara el semáforo. Podría ser el momento. El Greñas acomodó el DeSoto en posición para golpear al Ford de modo que invadiera el carril contrario. Pero de pronto Pruneda vio que por la avenida perpendicular se aproximaba un tranvía y se lo señaló a su

compañero, quien entendió la orden, metió primera y aceleró a fondo hasta chocar la parte posterior del Ford.

Lupita seguía inmersa en sus pensamientos cuando sintió el golpe que le sacudió violentamente la cabeza hacia atrás. El dolor en el cuello fue intenso, pero su terror fue aún más fuerte al advertir que el coche seguía moviéndose, empujado por el carro a sus espaldas.

Metió el freno hasta el fondo, pero fue inútil: entre un rechinado atroz y un gemir doloroso de metales, el Ford se arrastró despacio hasta ponerse en medio del camino del tranvía, cuyo conductor intentaba frenar al mismo tiempo que jalaba la cuerda para hacer sonar la campana en señal de alerta.

Mientras se alejaban, Pruneda vio fascinado por el retrovisor del DeSoto cómo el tranvía arrastraba al Ford varios metros entre un infierno de chispas, para por fin detenerse dejando una amalgama de fierros retorcidos.

LXVII

La camioneta pintada de manera burda como si fuera una julia de la policía se detuvo una cuadra antes de llegar a Lecumberri. El chofer apagó la máquina. Del asiento del copiloto descendió Klava vestida de monja, mientras los hombres que venían en la caja terminaban de ponerse sus disfraces: tres de reos y otros dos de policías. El chofer, también caracterizado como policía, incluida la gorra de plato, vio a Klava dirigirse hacia la entrada principal de la prisión con sus caminados de aire marcial y sonrió, mientras esperaba a que sus compañeros estuvieran listos. Leyó de nuevo los papeles que debía entregar a los guardias del penal al llegar, y sólo cuando vio a la supuesta monja ingresar en el recinto, volteó hacia atrás. Por el ventanuco que daba a la caja les preguntó a los otros si ya estaban listos, y al recibir la respuesta afirmativa encendió de nuevo el motor, para dirigirse a la entrada de reclusos de la penitenciaría.

Los guardias de la entrada habían visto a la monja en ocasiones anteriores y sabían que se trataba de una visitante regular del padre Salvatierra. La dejaron pasar el primer filtro, y en la zona de revisión la palparon rápido y por encima, antes de conducirla a la sala de visitas que se encontraba vacía.

Aún no llegaba el sacerdote y Klava se frotó las manos, con la inquietud de que algo malo hubiera pasado. Ya habían sobornado al jefe de custodios y Salvatierra la llevaría con él hasta el patio de la crujía 1, donde tenían sus celdas tanto Mornard como Sampietro. Ahí

era donde se iniciaría todo. Ella había exigido estar presente para comprobar que las cosas salieran conforme a lo acordado.

Calculó que en esos momentos estarían entrando sus hombres con los papeles falsos de los supuestos reos. El registro como reclusos del penal tardaría, si acaso, una hora o una hora y media, antes de que otros custodios, previamente aleccionados por el sacerdote, los condujeran a la crujía señalada.

Se sentía nerviosa. ¿Por qué estarlo si tan sólo se trataba de una misión más? Había hecho tantas ya para el Partido en España y en otros países. Y si esta vez estaba actuando a espaldas de los líderes era porque Gnomo, su hijo, era el objetivo del rescate. Tenían que sacarlo de allí porque su vida corría peligro.

Miró el reloj. Según el plan, ya estaría también a esa hora, en las inmediaciones del penal, el camión repartidor de carne que trasladaría tanto a Gnomo como a Sampietro a la casa segura del Desierto de los Leones, donde permanecerían unas horas. Después saldrían a la estación de Buenavista, donde Gnomo abordaría con nombre falso un tren rumbo al puerto de Veracruz.

Mientras repasaba una y otra vez el plan en su mente, Klava sentía su corazón latir de emoción. Ya se imaginaba al lado de Gnomo en la embarcación rumbo a Cuba, desde donde un carguero polaco los llevaría a la Unión Soviética. Allí, los jerarcas del Partido recibirían a su hijo como lo que era: un héroe de la patria.

Si los pasos que se acercaban no la habían sacado de su ensoñación, sí lo hizo el rechinar de la reja de la sala al abrirse. Al ver acercarse al sacerdote, Klava se incorporó.

—Hola, hija —Salvatierra extendió la mano y ella reprimió su disgusto para besarle el dorso.

Cuando ambos estuvieron sentados frente a frente, advirtió la sonrisa en el rostro de su cómplice.

—No tardan en iniciar los escándalos y los pleitos en los patios de las crujías. En cuanto se ocupen los custodios, Mornard y Sampietro

podrán llegar sin problemas al costado de la prisión —dijo el sacerdote y sonrió aún más.

—¿No ha cambiado de parecer respecto a la fuga?

—Soy demasiado conocido, conviene más que Sampietro salga de aquí. Prefiero seguir dictando las órdenes desde Lecumberri. ¿No has oído, hija, que quien controla la prisión controla la ciudad?

Hasta donde estaban el sacerdote y la supuesta monja llegaban algunos ruidos del interior del penal: voces de los guardias, pasos en los corredores, algún grito aislado. Klava comenzó a sentir un cosquilleo en las palmas de las manos. Tenía ganas de actuar ya. El sacerdote lo notó y le pidió calma con un ademán. Pero en cuanto vio caminar por el pasillo al jefe de custodios se levantó y se encaminó a la entrada de la sala. Intercambió algunas palabras con el uniformado y luego el padre Salvatierra regresó a la mesa donde se había quedado la mujer. Otra vez venía sonriente.

—Ya registraron a tus hombres en el penal como reclusos y van camino a la crujía. Es hora de continuar con el plan.

Mientras seguía al guardia, Klava sentía que su corazón golpeaba tan fuerte al latir que parecía rebotarle en las costillas.

LXVIII

El doctor Quevedo abrió la puerta de La Torre de Cristal y el silencio que lo recibió le pareció extraño. Siempre que llegaba a esas horas se encontraba ahí Lupita. La llamó desde el umbral; al no recibir respuesta, miró a la calle. Entonces advirtió que su automóvil no se hallaba en la cochera. Pensó que andaría en algún mandado relacionado con las investigaciones. La decepción lo embargó: pensaba contarle, tal vez en espera de consuelo, las peripecias de su viaje, el atentado contra su vida y su huida de Barcelona para ponerse a salvo.

Subió las escaleras y, cuando iba a medio camino, se dio cuenta de que en verdad estaba agotado. Aunque había dormido en el avión, las emociones de sus pesquisas lo habían vaciado de energía.

Llegó al estudio con paso lento y piernas trémulas. Arrojó el portafolios encima del sofá y fue a la cantinita para servirse un brandy. Lo bebió de un trago y se sirvió más. Después caminó hasta su escritorio. Se talló las sienes con las yemas de los dedos. Pensó en ir a su cuarto y dormir una siesta que le repusiera la falta de descanso, pero decidió que primero tenía que llamar al hospital para reportarse con el juez Robledo. Intentó ponerse de pie para ir al teléfono, pero su cansancio era demasiado, y tras medio levantarse se desplomó de nuevo en el asiento.

Sus ojos se toparon con el cráneo del Tigre de Santa Julia. Lo tomó, lo orientó de frente a él y se entretuvo contemplándolo. Luego

de un rato, lo sostuvo en la palma de la mano mientras lo interrogaba.

—¿Quién ordenó mi ejecución en Barcelona, Tigre? ¿El mismo cerebro tras el atentado que sufrió el juez Robledo? Debe de ser un hombre poderoso, mucho, con tentáculos más largos incluso que los de mi maestro. Tentáculos que llegan hasta otro continente. ¿Un político? Sin duda. Pero un político de altos vuelos.

Dejó la calavera en la superficie del escritorio y dio otro sorbo a su brandy. ¿Dónde estaría Lupita? ¿Y si tomó el coche para algo ajeno a la investigación, como encontrarse con Quintanilla? Una punzada de celos se le clavó en el bajo vientre y lo hizo tensar la mandíbula. ¿Seguirían investigando, esta vez juntos y en el coche de Quevedo, los andares de Jerónimo? Se esforzó en no pensar más en ello, en no imaginar ninguna escena protagonizada por los dos. Sintió la garganta seca. Apuró el resto del brandy y, ahora sí, se puso de pie para ir al teléfono.

Cuando estaba a punto de agarrar la bocina, el teléfono timbró haciéndolo pegar un salto. Sus latidos se aceleraron, y dejó que el aparato timbrara tres veces más antes de tomarlo, en lo que procuraba calmarse. Cuando levantó el auricular, escuchó la voz de una telefonista diciéndole que se trataba de una llamada por cobrar desde la ciudad de Barcelona. Quevedo respondió que aceptaba la comunicación, mientras volvía a sentir la rapidez con que palpitaba su corazón.

—Tengo noticias importantes, Alfonso —la voz del inspector Rosas rezumaba felicidad. Quevedo movió el cable para llevar el teléfono hasta su escritorio, donde se sentó y tomó un cuaderno y un lápiz. —No sólo hemos identificado en los archivos de la Guardia Civil las huellas del asesino de León Trotsky, sino que mis colegas barceloneses también han reconocido a esa religiosa que me mostraste. ¿Y qué crees, Alfonso? Se trata de madre e hijo.

Quevedo apretó la pluma tan fuerte que la rompió. La tinta empezó a impregnar las páginas y el dorso de su mano.

—Son miembros del Partido Comunista. Españoles, por supuesto. Ambos combatieron en la Guerra Civil y, según informes, al concluir la contienda se trasladaron a la Unión Soviética.

—De seguro para ser entrenados como agentes encubiertos —razonó en voz alta Quevedo mientras arrancaba varias hojas para limpiarse la mano.

—Es lo que se sospecha, porque hay indicios de que eran muy cercanos a Lavrenti Beria, jefe del servicio secreto allá.

Con esos datos ya no había ninguna duda de que la orden había salido del Kremlin y de que la había dado el dictador Josef Stalin. Debía trasmitirle esa información al presidente Cárdenas; él ya sabría qué hacer con ella. Anotaba lo que el inspector le decía sin necesidad de mirar la hoja del cuaderno, con los ojos fijos en la calavera del Tigre de Santa Julia, que parecía sonreírle.

—Escribe, Alfonso. El nombre verdadero del asesino de Trotsky es Ramón Mercader. Y el de la madre, Caridad Mercader, a quien sus partidarios comparaban con la mismísima Pasionaria por el ímpetu de sus discursos.

Una a una fue colocando vocales y consonantes con la mejor caligrafía posible. Los nombres aparecieron como dos fantasmas invocados desde otra dimensión. Los leyó en silencio un par de veces. Sí, ahí estaban los dos, develados de las sombras gracias a él.

—Mira, Alfonso, aquí también los buscan, así que, si las autoridades mexicanas quieren hacer un acto de buena voluntad y quitarse ese problemilla, sólo tienen que enviárnoslos —hizo una pausa y bajó la voz—. Tendrán trato de primera, ¿sabes a lo que me refiero?

Quevedo estuvo a punto de confrontar al inspector Rosas, de recordarle que las deducciones y la observación del comportamiento humano para atrapar a los criminales eran preferibles al uso de la fuerza. Pero estaba tan contento que prefirió no hacerlo.

—Los documentos que prueban sus identidades, junto con los antecedentes delictivos de los dos Mercader, los he puesto en el

correo certificado. Es posible que en cuestión de una semana los tengas en tu poder. ¡Ah, por cierto! También estamos tras la pista de los gatilleros que te atacaron, parece ser que entre ellos andan uno o dos soviéticos.

Antes de colgar, el inspector Rosas le aseguró que en cuanto tuviera más noticias se comunicaría de nuevo.

Quevedo releyó sus apuntes con un cosquilleo alegre recorriéndole el cuerpo. ¡Había conseguido identificar al asesino de León Trotsky! Y no sólo eso, también a su madre, Caridad Mercader. Recordó parte del interrogatorio con el homicida. La relación de poder y dependencia entre él y Caridad le confirmaba que la mujer era una de las autoras intelectuales del crimen.

—Ramón y Caridad Mercader. Ramón y Caridad Mercader —repitió para sí los dos nombres.

Levantó de nuevo el auricular y marcó el número del hospital. Su maestro, el juez Robledo, debía enterarse de inmediato del resultado de sus pesquisas.

LXIX

Valentín Quintanilla había subido al despacho de Armenta dispuesto a arrestarlo, ahora que tenía pruebas contra él. El secretario de la entrada le dijo que su jefe realizaba una inspección en el penal de Lecumberri, lo que le parecía algo raro. Molesto, el teniente bajó al primer piso y se dirigió a la barandilla para preguntarle al oficial si había llegado la asistente del doctor Quevedo, Lupita. Recibió una respuesta negativa. Preguntó entonces dónde habían encerrado a Jerónimo. Iba a ver al muchacho, cuando se topó con el Güero.

—Leandro, hasta que te encontré. Me avisaron de la Cruz Verde que el auto de Quevedo tuvo un accidente con un tranvía.

—Estás loco, pinche Güero, el doc anda en España.

La expresión en el rostro de Quintanilla cambió al acabar de decirlo, como si comprendiera de repente. Se demudó. Sus ojos parpadearon muchas veces. Debía ser Lupita. Con razón no había llegado todavía a la comandancia. Caminó hacia la salida, se detuvo y enseguida volvió a avanzar. Se veía tan alterado que el Güero se ofreció a llevarlo en su coche. Primero no le hizo caso, pero lo pensó mejor y aceptó. Así que ambos fueron al estacionamiento por el auto.

—¿Te dieron más detalles? —preguntó Quintanilla.

—Aún no han conseguido sacar el cuerpo de entre los restos del coche.

—¿Los restos? —Quintanilla palideció de nuevo.

—Sí, el vehículo quedó destrozado. El tranvía se lo llevó de encuentro, le pegó de lleno y lo arrastró varios metros.

Mientras manejaba, el periodista veía de reojo al teniente pensativo.

—Lupita tiene que estar bien —murmuró y luego se quedó en silencio de nuevo.

LXX

Quien contestó a la llamada de Quevedo en el hospital no fue la jefa de enfermeras, como él esperaba, sino el médico que atendió al juez después del atentado. El doctor Bermea reconoció en el acto la voz del criminólogo y, en vez de esperar su pregunta, lo regañó porque creía que Quevedo había ayudado a su mentor a sustraerse de los cuidados del hospital.

Así fue como Alfonso se enteró de que el juez se había escapado. Antes de darse cuenta, ya estaba devolviendo los regaños al médico, reclamándole que cómo era posible que lo hubieran dejado salir en las condiciones en que se encontraba, que los pacientes eran responsabilidad de médicos y enfermeras, y hasta deslizando alguna amenaza jurídica si el juez empeoraba su salud a causa de ese descuido.

Cuando finalmente concluyó la llamada, Quevedo bufaba de coraje, aunque en el fondo había comprendido que el único culpable del asunto era el mismo juez. Trató de serenarse mientras se preguntaba a dónde había ido el herido.

¿A su casa? No lo creía. Si Robledo había abandonado el hospital, no había sido para irse a descansar en su propia cama. Algo se traía entre manos, seguro. Algo que tenía que ver con el caso. Miró hacia afuera por el ventanal. Ya no llovía tan fuerte, pero seguía chispeando, por lo que de forma inconsciente fue a buscar una de sus gabardinas a su habitación.

Tomó su sombrero y caminó de vuelta al escritorio, donde había dejado el teléfono. Antes de agarrar el aparato, alzó el cráneo del Tigre de Santa Julia y lo asentó en un extremo, sobre un altero de papeles. Las cuencas vacías de la calavera parecían contemplarlo con insistencia y el doctor sintió un escalofrío repentino. No supo a qué atribuirlo, pero tuvo una sensación intensa de que se trataba de un mal presagio. ¿El Tigre quería advertirlo de algo? Extendió el brazo. Iba a tomar el cráneo para sostenerlo en la palma de la mano como otras veces, cuando un timbrazo del teléfono lo obligó a retirarlo con rapidez.

Contestó. Esta vez se trataba de una voz desconocida, chillona, cuyo dueño se identificó como un tal sargento Pérez, de la centralita telefónica de la comandancia de policía.

—El Güero me pasó su teléfono para el reporte de tránsito de su auto. Creía que estaba en España, pero marqué para asegurarme.

—¿Mi auto? ¿De qué habla? —preguntó intrigado.

El agente dio las señas, el modelo, la marca y el número de placas. Sí, era el suyo. El oficial añadió que quien conducía el vehículo era una mujer joven. Le dijo la dirección. No era muy lejos de ahí.

—¿Está bien? ¿A qué hospital la llevaron?

El silencio al otro lado de la línea duraba demasiado. El goteo de los desagües caía sobre el ventanal haciendo un ruido molesto.

—Fue un choque muy fuerte, doctor. Mi encomienda era avisarle por si —hizo otra pausa larga—, por si hay que tomar decisiones por la lesionada. El carro está a su nombre, tal vez usted conozca a los familiares de la mujer…

Quevedo ya no dijo palabra. Aplastó el auricular contra las horquillas del aparato y salió del estudio a toda carrera, bajando los escalones de dos en dos. Abrió la puerta y salió. Volteó a ambos lados de la calle buscando un taxi.

Recordó al juez, que se había escapado del hospital, a Jerónimo y a Quintanilla. Estaba desesperado. Aturdido. Caminó hacia la

esquina más próxima esperando ver pasar un auto de alquiler pero, cuando llevaba un minuto escaso ahí, le pareció que había pasado mucho tiempo y desanduvo el camino para llegar a la esquina contraria.

De nuevo repasaba los pendientes que tenía que atender: el juez Robledo, el teniente Quintanilla, Jerónimo, pero de todos la más importante era Lupita.

Lupita. Y el accidente. Divisó un taxi que dejaba pasaje junto a una plazuela. Entonces corrió hacia el vehículo con la mano en alto, agitándola.

LXXI

Tras cruzar el portón principal de la prisión, varios guardias reconocieron a Armenta y lo saludaron con respeto. Pasó el primer y segundo filtros sin que los oficiales lo revisaran. Ya dentro del penal, un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Siempre le ocurría al ingresar en el Palacio Negro, como si sintiera que atravesaba la puerta a otra dimensión, o como si de pronto se llenara de presentimientos funestos.

Pasó por el sitio donde los reclusos nuevos eran ingresados, vacío en esos instantes, y luego caminó por el pasillo que había junto a la sala de visitas, en cuyas mesas tan sólo se encontraba una monja. Se le hizo extraño, pero al ver que el jefe de custodios encaminaba a la sala a un reo que reconoció como uno de los sacerdotes cristeros que llevaban presos varios años, todo le pareció más natural. Siguió su camino para subir las escaleras hasta el segundo piso de las oficinas.

Antes de llegar a donde la secretaria del director Murillo recibía a todas las visitas, se detuvo para tomar aliento. Aún no sabía realmente qué estaba haciendo ahí. Escorpión sólo había dado la orden de que se presentara en el penal, sin mayores referencias. Debía comprobar que Mornard continuara en su bartolina, tranquilo, sin hablar de más, pero eso podría haberlo hecho cualquier día. ¿Cuál era la urgencia de Escorpión para enviarlo ahí justo esa tarde? Algo se traía entre manos su jefe, pero bien podría haberle dado más información para que tuviera las cosas claras.

Cuando llegó a los peldaños superiores, desde donde se divisaba el escritorio de la secretaria, se dijo por enésima vez que Escorpión lo subestimaba, que no le tenía ningún respeto y, encima, que además esperaba que él, Armenta, adivinara siempre sus intenciones. Al llegar al último escalón vio que la secretaria, Cuquita, se ponía de pie para venir a recibirlo con una sonrisa obsequiosa.

Tras los saludos de rigor, que incluían beso en la mejilla y coqueteo, Cuquita dijo algo así como que si ese día se habían puesto todos de acuerdo para visitar en su oficina al licenciado Murillo, pero Armenta no tenía ánimos para preguntar a qué se refería ni quién había estado ahí antes que él.

—Pero tu jefe sí está disponible para atenderme, ¿o no? —preguntó.

Como respuesta ella caminó hasta la puerta de la oficina y la abrió, cediéndole el paso. Murillo, un hombre joven y bien parecido que también había ascendido en su carrera política como Armenta, apenas lo vio entrar y se levantó a saludarlo con un apretado abrazo. Le dijo a su secretaria que los dejara solos. Antes de que el visitante tuviera tiempo de rechazarlos, le acercó un cenicero y una copa panzona con brandy.

—Hoy es un día extraño, licenciado. Sé que dirá que estoy loco, pero hay algo en la atmósfera, algo denso.

Armenta se quedó en silencio. No quería asustar a Murillo y decirle que era probable que estuviera en lo cierto. Destapó el brandy y rebosó las copas. Murillo sonrió.

—Los custodios andan nerviosos, pero les pregunto y no me dicen nada; también en los patios los reclusos andan alborotados, irascibles. Hoy tuve que mandar a dos al apando después de una pelea entre ellos porque se rozaron cuando hacían fila a la hora de comer, ¿se imagina? Sólo por eso. Demasiada tensión en el ambiente.

Armenta se removió incómodo en su butaca. Apuró un trago de brandy. Necesitaba calmar su ánimo y ahuyentar esos

presentimientos que lo atormentaban.

—Fuera de eso, ¿todo en orden?

—Ni una queja, ningún problema. ¿Viene por algo específico, licenciado?

—No, sólo quería hacer una inspección breve, sobre todo por la crujía 1, para verificar la situación de los reclusos con mis propios ojos.

—Licenciado, usted puede recorrer el penal con toda libertad. Ahora mismo damos el recorrido.

—No, sigue en lo tuyo. No es necesario que me acompañes. Todos los guardias me conocen.

Esta vez no hubo abrazo, sólo un apretón de manos. Armenta salió de la oficina, se despidió de Cuquita con un ademán y bajó las escaleras.

Antes de entrar en la zona de crujías, comprobó que Murillo no exageraba. Desde el pasillo escuchó que en los patios reinaba una agitación inusual, como si los presos supieran que algo grave se avecinaba. De nuevo experimentó un estremecimiento, aunque también lo atribuyó al rechazo que le provocaba Lecumberri con su población de desechos humanos.

Cuando los guardias le abrieron las rejas de la crujía 1, sintió el aire demasiado cargado de electricidad, pero en cuanto vio que en el patio varios reclusos se apartaban a su paso, se sintió mucho más seguro. Él era la autoridad. Entonces se enfiló con trancos firmes hacia la bartolina que hospedaba al asesino de León Trotsky.

LXXII

El taxi lo dejó justo frente a la entrada del Palacio Negro. Al descender de él, el juez Robledo revisó sus heridas. Sólo quedaba una leve comezón en el brazo que había sido atravesado por la bala, pero nada más. En el patio de descenso de los nuevos reclusos vio una julia de la policía con los logos y escudos pintados de modo burdo, y tomó nota mental para decirle al procurador que contrataran pintores profesionales para sus vehículos.

Presentó su identificación como juez federal y le franquearon el paso. En el segundo filtro, el de las revisiones corporales, tampoco tuvo problemas. Adentro lo sorprendió el bullicio que venía de los patios y se detuvo unos momentos al pie de las escaleras que llevaban a las oficinas de la dirección. Dudó en subir a avisarle de su presencia al director Murillo y saludarlo, pero el ruido y los gritos que venían de las crujías lo convencieron de pasar directamente a ellas.

Justo cuando el uniformado comenzó a manipular la cerradura para dejarlo entrar, se escuchó una explosión a sus espaldas al tiempo que las paredes, los pisos y las rejas del penal se cimbraban con violencia, al grado de casi hacerlo perder el equilibrio; enseguida se levantó una confusión de cristales reventados y metales que rodaban por el piso. ¿Un estallido? ¿Dónde? ¿Por qué? Deteniéndose de la pared con las manos, Robledo sintió que su corazón se desbocaba, y más cuando vio la cara de terror del uniformado a su lado. Siguió la mirada del guardia hasta descubrir la nube de humo y polvo que se expandía por el rumbo de la entrada del penal.

Pensó en la julia, en la desconfianza que le produjo verla tan mal pintada. Sus instintos no le habían fallado: la bomba estaba en el vehículo. Inmóviles aún, el juez y el guardia se miraron a los ojos como preguntándose qué hacer.

Fue el juez quien primero se movió: dio media vuelta para dirigirse a la entrada de Lecumberri justo cuando el bullicio de los patios se convertía en un verdadero escándalo. ¿Era la reacción al estallido? Así lo creyó, por lo que dio unos pasos hacia la entrada, pero al escuchar un balazo a sus espaldas, esta vez por el área de las crujías, volvió a quedarse paralizado.

¿Qué ocurría? Primero una explosión y ahora un balazo. ¿Algún preso se había puesto violento en el patio de su crujía y un custodio le había disparado? Pero, según recordaba, pocos guardias portaban armas de fuego, sólo los jefes. ¿Entonces? ¿Dónde era necesaria su presencia? Dudó. Vio que varios custodios corrían hacia la entrada del penal, y ya iba a ir con ellos, cuando escuchó otro disparo en las crujías. Algo grave pasaba allí. El custodio que le había abierto la reja no se veía por ningún lado. Quizá había ido a prestar ayuda a sus colegas en los patios.

Entonces Robledo, con decisión, avanzó hacia el interior de la cárcel, y al cruzar el umbral volvió a quedarse petrificado por el espectáculo: las rejas que delimitaban el patio de la crujía 1 estaban abiertas de par en par, pero pocos reclusos las habían cruzado, sólo los que parecían tener miedo de lo que sucedía adentro, donde un amontonamiento de uniformes rayados, brazos y piernas escenificaba una verdadera batalla campal. Por aquí cuatro presos golpeaban a otro con puños y pies, bañándolo en su propia sangre; por allá se trenzaban dos en un duelo singular. Quienes parecían ver el espectáculo de las peleas intervenían en ellas a la primera oportunidad, pateando a los caídos, dando puñetazos a los contendientes por la espalda, jalándolos de los pelos para inmovilizarlos y que su rival pudiera tundirlos con mayor facilidad.

Vio a dos custodios que llevaban a un reo cubierto de sangre hasta su bartolina, lo arrojaban adentro y la cerraban con candado. En un extremo del patio, advirtió que uno de los guardias, que golpeaba con su garrote a un preso de aspecto fiero, era pronto desarmado por él y tundido a garrotazos con su propia arma. El juez corrió hacia ellos mientras se preguntaba quién cargaba la pistola cuyos tiros había escuchado unos minutos atrás, pero de pronto fue interceptado por un tipo que traía la casaca del uniforme abierta y avanzaba hacia él con una punta filosa en la mano. Tardó en reconocerlo, pero cuando el agresor estuvo cerca se acordó.

—No le metas más años a tu condena, cabrón.

Era Ramón López, un asesino que él mismo, en su función de juez, había sentenciado a la pena máxima. Robledo sintió todo su cuerpo helado. Ya se daba por muerto, cuando otro recluso salió de la nada para taclear al hombre de la punta y en el suelo desarmarlo para apuñalarlo con ella.

LXXIII

Armenta había llegado a la crujía 1 varios minutos antes de la explosión de la julia, pero cuando ya se iniciaba el alboroto de los presos en el patio. Aunque varios de ellos, al verlo, le abrieron paso con desconfianza, otros comenzaron a insultarse y empujarse entre sí sin hacerle caso. No se intimidó. Si bien los conatos de violencia lo ponían nervioso, se dijo que no tenían nada que ver con él. Por lo demás, iba armado. Los guardias de la zona de revisión no le habían quitado ni la daga, ni el revólver de cañón corto. Se habían limitado a palparlo en los hombros y en las piernas, como si no creyeran necesario revisar a un funcionario de su rango, antes de permitirle el paso. Armenta incluso pensó que acaso todo eso tendría que ver con los planes de Escorpión, quien tal vez le había ordenado ir al penal ese día para aprovechar el alboroto y deshacerse de Jacques Mornard. ¿Sería eso? Su jefe era tan retorcido que no lo dudaba. Por eso no hizo caso cuando presenció el primer puñetazo que un reo estrelló en la cara de otro, a unos cuatro metros de él; ni al ver que uno de los guardias llegaba blandiendo su garrote para separarlos, y varios de los reclusos se le echaban encima, lo desarmaban y lo golpeaban con saña en el suelo. No tiene nada que ver conmigo, se repetía Armenta. Todo fue preparado desde arriba. Y avanzaba esquivando a los que se golpeaban entre sí.

Le faltaban unos cuantos metros para llegar a la bartolina de Mornard, cuando en el patio la gresca se generalizó hasta devenir en batalla campal. Gritos de furia, insultos, gemidos de dolor, mentadas

de madre, bufidos. Un garrote lanzado desde el otro lado del patio pasó cerca de su cabeza y fue a estrellarse en una de las paredes, para después rodar por el suelo, donde un reo lo recogió para golpear con él a su rival en turno.

Inquieto, Armenta palpó sus armas por encima del saco y caminó los últimos pasos envarado, con los brazos unidos al cuerpo, hasta alcanzar la puerta que buscaba.

No tenía candado. Corrió el cerrojo y la abrió, justo cuando todo Lecumberri se sacudió como si se tratara de un sismo al tiempo que a lo lejos se oía una potente explosión. Armenta volteó hacia atrás sobresaltado: los reclusos y guardias que peleaban detuvieron los golpes por unos instantes, temerosos a causa del estallido, pero casi de inmediato continuaron la lucha, los puñetazos, ahora con mayor furia, como si el susto les hubiera inyectado nuevas energías. Dos de ellos, agarrados de la ropa como luchadores de judo, se vinieron contra él y lo atropellaron, embarrándolo en el muro, haciéndolo rodar sobre él dos metros más allá. Con el corazón trémulo, Armenta se recompuso, volvió a abrir la puerta de la bartolina y entró.

No había nadie. El asesino de Trotsky brillaba por su ausencia ahí, y tampoco lo había visto entre los peleadores del patio. No podía ser. Algo muy extraño estaba pasando. ¿A dónde podría haber ido? El funcionario sintió que el sudor resbalaba de su frente y le corría hasta las comisuras de los labios.

¿Se habría equivocado de sitio? Entonces comenzó a revisar los rincones de la bartolina. Ni papeles, ni libros, ni las herramientas que, según le habían informado, usaba el reo para sus trabajos de electricidad, ni ropa; ninguna de las cosas personales que los reclusos acostumbraban tener con ellos. ¿Por qué? Un ligero temblor se apoderó de su esqueleto. ¿Qué había pasado con Mornard? Todo el escándalo, el alboroto de los patios, ¿era para cubrir su fuga? ¿Esos eran los planes de Escorpión? ¿O alguien se les había adelantado?

Esta última duda lo puso en alerta. Decidió regresar a la oficina de Murillo. Pero para hacerlo tenía que atravesar de nuevo el patio de la crujía, que en esos momentos parecía la arena de un circo romano. Se quedó paralizado.

Sacó el revólver y lo empuñó mientras se acercaba a la puerta. La abrió y, antes de que pudiera dar un paso fuera, un tubo que apareció de la nada se estrelló contra su antebrazo con fuerza. No soltó el arma, pero sí se le escapó un disparo que fue a dar al vacío del cielo. Tras la detonación, un silencio momentáneo se hizo en la crujía, pero enseguida se reanudó el alboroto, al tiempo que un recluso corpulento de crenchas enmarañadas abría por completo la puerta para avanzar contra Armenta blandiendo el mismo tubo que lo había golpeado.

Ambos cuerpos chocaron entre sí, esquivando Armenta el tubo y el otro el revólver, sin que ninguno de los dos soltara su arma. Con las manos libres se daban puñetazos uno al otro. En algún instante rodaron por el suelo, donde se golpearon con más enjundia.

De pronto, Armenta pudo montarse sobre su rival y, en tanto le daba puñetazos en la cara, lo reconoció: se trataba de uno de los hombres que Escorpión y él tenían dentro de la prisión, uno de sus brazos armados. El otro no parecía sorprendido al reconocer a Armenta, lo que llenó al funcionario de sospechas. Se sintió traicionado. Entonces consiguió liberar la mano que sostenía el revólver y le apuntó al rostro, pero, antes de que disparara, el recluso alcanzó a golpearle el brazo con el tubo desviando nuevamente la trayectoria de la bala, que se hundió en el muro de la bartolina.

El revólver se le soltó de la mano y rodó debajo del camastro. Entonces Armenta aferró el tubo de su contrincante y comenzó a forcejear con él.

—¿Quién te mandó? ¿Quién? —preguntó enfurecido Armenta y le estrelló dos cabezazos en el rostro.

Sentía que le salían espumarajos por la boca. Su rival no decía nada, sólo seguía forcejeando para que no le arrebatara el arma. ¿Quién lo había enviado? ¿Escorpión? ¿Por él o por Mornard? El reo estaba demasiado aturdido por los cabezazos y otros golpes y no respondía. Armenta, lleno de furia, consiguió hundirle un rodillazo en los testículos que lo hizo bufar y soltar el tubo. Ya con el arma en sus manos, Armenta se levantó. El otro trataba de incorporarse, débil y magullado.

—¿A quién te ordenaron matar? ¿A Mornard?

El recluso alcanzó la vertical, tambaleándose. Lo miró con ojos enrojecidos y en sus labios reventados se formó una mueca con atisbos de sonrisa.

—A ti. Me mandaron por ti.

Armenta tardó unos segundos en asimilar lo que escuchaba. Habían enviado a ese asesino a matarlo a él. ¿Quién? El único que sabía que estaría en Lecumberri ese día era Escorpión. El reo entonces hizo el amago de avanzar, y Armenta, sin tener tiempo para pensarlo, le descargó un fuerte tubazo en la cabeza. El ruido metálico retumbó agudo dentro de las cuatro paredes y los ojos del hombre miraron hacia arriba, como si fuera a desmayarse, pero permaneció de pie mientras un borbotón de sangre le escurría de entre los mechones por la frente hasta cubrirle el rostro.

Armenta amagó otro golpe. Las pupilas del recluso volvieron a fijarse en él y en su boca partida se dibujó una sonrisa de burla y lanzó toda su humanidad contra el cuerpo de su rival, quien soltó el tubo y lo oyó tintinear en el piso, al tiempo que le asestaba un puñetazo en el mentón para alejarlo. Entonces recordó la daga que traía unida a la cintura y, al ver que el otro se le dejaba venir de nuevo, la sacó con un movimiento rápido y hundió el filo no una, sino muchas veces en aquel cuerpo, oyendo cómo la piel se hendía y tronaba igual que globo reventado en varias partes mientras la sangre resbalaba por su mano, entre sus dedos, hasta que el

asesino al caer de bruces sobre el piso, sin duda, ya no era más que un cadáver.

Necesitó más de un minuto para que el ritmo de su respiración descendiera. No se había movido luego de la última puñalada, y permanecía de pie, con la daga alzada hacia el techo, la hoja de acero y la mano tintas en sangre, contemplando el cuerpo sin vida de su rival. Cuando al fin pudo pensar, repasó lo que había escuchado. Habían mandado a ese hombre a asesinarlo a él.

Y no podía ser otro que Escorpión. Era el momento de ajustar cuentas con su jefe. Tal vez acudir a alguna instancia superior y decir todo lo que sabía de él. Pero antes debía salir de ahí, atravesar el patio de la crujía, donde aún reinaban los enfrentamientos y la violencia.

Soltó la daga sobre el camastro y se agachó para recoger su revólver. Revisó las balas en el tambor y lo guardó. Haciendo uso de las pocas energías que le quedaban, levantó el cadáver del suelo y lo acomodó sobre el lecho, con la cara hacia la pared, como si se tratara de un preso dormido. Enseguida tomó de nuevo el tubo y la daga y, antes de cruzar el umbral de la bartolina, respiró hondo, como agarrando valor.

LXXIV

Parecía una zona de desastre. Desde que dieron vuelta en la esquina más cercana, tanto el Güero como Quintanilla pudieron darse cuenta de la magnitud del accidente. Ya lo presentían, pues calles más atrás el tránsito estaba detenido por un retén policiaco que sólo pudieron traspasar al identificarse como periodista y agente policial.

Pero nunca esperaron lo que vieron: el tranvía se había llevado de arrastre por lo menos a cuatro vehículos, aunque la carambola alcanzó a varios más. Por eso eran demasiados los heridos que atendían los socorristas de las ambulancias. Había hombres y mujeres, con vendas en la cabeza o en el brazo, algunos inmovilizados sobre camillas. El Güero descubrió dos cuerpos cubiertos con sábanas blancas y miró de reojo al teniente esperando su reacción.

—Ahí, ahí, párate de una vez —Quintanilla señaló un lugar dónde estacionarse, y antes de que la marcha se detuviera por completo, se apeó y se dirigió hacia los cadáveres.

Se acercó al primero. Bastó una ojeada para darse cuenta de que era un hombre. Metros más adelante, el siguiente difunto cubierto dejaba ver por fuera de la sábana unos zapatos femeninos. El teniente corrió al lado del cuerpo.

El Güero lo miró titubear por primera vez en su vida. Parecía un chamaco perdido; nada que ver con el malencarado policía que se enfrentaba todos los días con los malandros de la ciudad. Se limpió las manos en el pantalón. Ahí el Güero entendió que al teniente le

sudaban sin parar. Estaba a punto de agacharse, pero el cuerpo no le respondió.

—¿Quieres que yo me fije? —preguntó el periodista.

Intentó decirle que sí, pero únicamente se le movieron los labios sin que saliera ninguna palabra. El Güero se acuclilló. Aunque estaba acostumbrado a ver cadáveres, el cráneo reventado lo impresionó. Abrió más la sábana para que Quintanilla pudiera identificar a la mujer. Cuando vio que suspiraba, comprendió que no era Lupita.

El reportero señaló con el dedo al tranvía. Ahí estaba, junto a la trompa de la máquina, el auto de Quevedo, aplastado del lado izquierdo, con el frente sumido y la cola curvada por el impacto. Quintanilla no parecía haber visto su seña.

—¡Leandro!

Caminaron hacia ahí con los presentimientos más funestos embargándoles el ánimo. No era para menos: de aquel retorcimiento de fierros y láminas era muy difícil que alguien saliera vivo. El Güero vio al Niño Metinides tomando fotos. Cuando el fotógrafo los descubrió, avanzó hacia ellos.

—Está prensada de las piernas —dijo al ver los semblantes de preocupación—. Pero parece que está viva. Ya el doc Quevedo intenta sacarla con ayuda de los socorristas.

—¿No que el doctor andaba en España, Leandro?

El teniente apresuró el paso. Llegó hasta el coche, del lado opuesto a donde maniobraban Quevedo y los socorristas. Se asomó por la ventanilla con expresión de angustia. Unos segundos después volteó a mirar al Güero. Su expresión era distinta, por lo que el reportero dedujo que Lupita no debía estar tan mal. Fue cuando el doctor los vio.

—¡Vengan, necesitamos destrabarla!

Al acercarse a la puerta impactada, vieron que Lupita estaba despierta y lúcida. Al advertir al teniente a centímetros de ella, sonrió como avergonzada, lo que no escapó a la atención de Quevedo.

Luego de forcejear entre varios con las láminas y los fierros retorcidos, la resistencia del metal comenzó a ceder. Pero no lo hizo del todo hasta que llegaron unos bomberos que, con palancas y herramientas, hicieron más grande el boquete para poder accionar. El doctor se soltó a dar instrucciones sobre cada movimiento a los socorristas que extraían con cuidado a Lupita. Salió en brazos de los hombres. La colocaron en una camilla y Quevedo de inmediato comenzó a auscultarla. A su lado, el Güero y Leandro tan sólo miraban, pendientes de si la muchacha soltaba algún grito o se quejaba de algo.

—Es un verdadero milagro, y mira que yo no creo en eso —Quevedo soltó un suspiro de alivio—. Salvo las cortadas en las piernas y la descalabrada de la cabeza, no hay nada preocupante. Estarás como nueva en un par de días, Lupita —al terminar la frase, se agachó para abrazarla.

Leandro soltó uno de sus pujidos de cuando algo no le caía en gracia. En cuanto la pareja se separó, él también fue a abrazar a Lupita mientras el doctor lo fulminaba con la mirada.

—¿Cómo está Jerónimo?

—Veré la forma de que salga lo menos raspado —carraspeó el teniente—. Con la condición de que no vuelvas a espantarme así nunca.

Lupita sonrió y le acarició el rostro a Quintanilla. Quevedo miraba el piso, como si intentara ocultar la expresión de su rostro. Uno de los socorristas dijo que ya debían trasladarla al hospital.

—Yo voy con ella en la ambulancia —anunció Quevedo.

—Tenemos que hablar —el teniente lo detuvo del brazo, pero el doctor se zafó de la mano con un movimiento brusco. Quintanilla se aguantó las ganas de devolverle el agravio y soltó un pujido—. Jerónimo me confirmó que Armenta está metido en el desmadre, en lo de Trotsky, con los rusos, con los gringos, con un tal Covarrubias y su célula comunista del sindicato petrolero. Por eso las trabas, por eso las líneas absurdas que pedía que investigáramos.

Quevedo miraba con atención a Quintanilla como si quisiera meterse en su cabeza, en sus pensamientos.

—Agrega a los españoles, teniente —bajó la voz—. Mornard, o mejor dicho Ramón Mercader, nació en España.

—¡Pa su madre! Pinche sopa de nacionalidades que se avientan. ¿No andan metidos también los marcianos? —al momento, el Güero se arrepintió de lo que acababa de decir, por la forma en que lo miraron los dos.

—Me dijeron en su oficina que Armenta fue a Lecumberri. Voy por él para terminar de una vez por todas este embrollo —Leandro se palpó la pistola—. Habrá que avisarle al mayor de los avances.

El doctor palideció.

—Robledo no está en el hospital, se escapó. Sospecho que, al enterarse del atentado en Barcelona, fue a Lecumberri a encarar a Mercader.

—¿Cuál atentado? —preguntó sorprendido Quintanilla.

Quevedo hizo una mueca como diciendo "Luego te cuento". El teniente iba a insistir, pero en ese momento se acercó uno de los socorristas para hablarle al oído al Güero, quien lo escuchó con atención, y luego le dio un billete de diez pesos junto con una palmada en la espalda.

—Señores, si Armenta o el juez Robledo están en Lecumberri, tienen, tenemos que ir a encontrarlos. Me acaban de avisar que estalló un motín.

LXXV

El juez estaba inmóvil en el patio, oyendo en torno suyo golpes, quejidos, bramidos, maldiciones, garrotazos y las inútiles órdenes de los guardias. López yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Varios de los guardias que alcanzaba a ver mostraban también el rostro ensangrentado. Y la pelea seguía, generalizada, en todos los rincones del patio.

Robledo no sabía qué hacer, a dónde ir. De pronto recordó a Jacques Mornard. Miró la puerta de la bartolina que supuestamente lo alojaba. Estaba cerrada, pero no se veía candado en el cerrojo. Junto a ella dos reos, ya casi en el suelo, se molían mutuamente a puñetazos. ¿Estaría escondido Mornard en su celda? ¿Había optado por no salir de ella al ver la violencia que reinaba en el exterior?

Avanzó, esquivando a los peleadores y, justo cuando llegó ante la puerta, otro disparo tronó en el patio de la crujía, tan fuerte como un cañón, haciendo que Robledo diera una media vuelta instantánea.

Se palpó el cuerpo. Seguía ileso. Extendió la vista por todo el patio. Imposible saber quién disparó y a quién había herido la bala. La mayoría de los hombres, de pie o vencidos en el suelo, ostentaban enormes manchas de sangre. Los custodios continuaban dando garrotazos a los reos más bravos, pero no se veía una pistola por ningún lado.

El juez empujó la puerta metálica con cuidado. Con temor. Se asomó por la rendija. Vio unos pies sobre la cama, inmóviles.

Respiró hondo y abrió la reja aún más. El hombre estaba de cara a la pared y parecía dormido. Sólo cuando se introdujo en la bartolina dejando un poco del bullicio de las peleas atrás, Robledo se dio cuenta de que el cuerpo estaba herido y rezumaba sangre que empapaba el colchón del camastro. ¿Habían eliminado a Mornard? ¿De eso se trataba todo aquel alboroto? Examinó el lugar: lucía como si nadie lo habitara. No había papeles ni libros ni efectos personales, como si hubiera sido abandonado. ¿Se habían llevado todo lo que Mornard poseía? Entonces se animó y tomó el hombro para darle vuelta. A pesar de los golpes en el rostro y el torso lleno de cuchilladas, reconoció de inmediato que ese cadáver no era el de Mornard.

LXXVI

El motín en la prisión se extendía según el plan. Desde que empezó a avanzar por los pasillos, acompañada por el jefe de custodios Reséndiz y el padre Salvatierra, Klava escuchó el tumulto que parecía provenir de todos lados y de ninguno, como si se tratara de una nube ruidosa suspendida encima de Lecumberri. En su camino se habían cruzado con varios guardias, que se limitaban a acercarse a Reséndiz para recibir instrucciones. El jefe de custodios se las daba en susurros y los guardias seguían avanzando, algunos en la misma dirección de ellos, como si fueran a despejar la ruta; otros en dirección opuesta, como si se estuvieran encargando de cubrirles la retirada.

Sorprendida por la precisión con la que el sacerdote había formulado el plan, Klava comparaba la situación en su mente con las misiones del Partido en las que había participado. Por eso en el instante en que el estallido a la entrada del penal hizo que los muros, pisos y rejas vibraran con violencia, supo que todo saldría conforme a sus deseos. El único que pareció sorprendido con la explosión fue Reséndiz, quien volteó hacia el sacerdote.

—Tranquilo, está calculado —lo calmó el religioso con un ademán.

Llegaron al centro del penal y el jefe de custodios le hizo la seña de que todo estaba bien al vigía del panóptico. Klava vio que el hombre, un guardia armado con un fusil, respondía con un gesto similar. Los tres continuaron su andar y se internaron en una de las crujías traseras de la prisión.

En la crujía J, que albergaba los homosexuales, aunque había escándalo y bullicio, no cundía aún la violencia. Subieron al corredor del segundo piso, vacío en esos momentos, y se dirigieron directamente a una de las bartolinas del fondo, que tenía la puerta metálica cerrada. Reséndiz abrió y entraron. Dos de los hombres vestidos como guardias de la prisión, que habían llegado con Klava en la camioneta, estaban ahí junto a Sampietro y Mornard. Aunque esperaba ese encuentro, Klava tuvo que taparse la boca para acallar un grito de emoción. Al verla, Mornard sonrió y se abalanzó sobre ella.

—Madre —le dijo en perfecto español y la alzó del piso, extrañado de verla vestida con hábito de monja.

—Ramón, Ramón.

Sólo hasta que pasaron varios segundos se dieron cuenta de que los demás los observaban con atención en la penumbra de la bartolina. El padre Salvatierra con una sonrisa algo beatífica de satisfacción; Reséndiz y Sampietro con impaciencia, y los hombres uniformados con nerviosismo. Klava se desprendió de los brazos de su hijo.

—Síganme —apuró Reséndiz mientras se asomaba fuera de la celda.

—No te preocupes, Ramón, ya está todo preparado fuera de aquí —Caridad acarició la cabeza de su hijo.

Al mismo tiempo, el padre Salvatierra y el custodio revisaron sus relojes y dijeron que todos debían ponerse en movimiento.

Cuando salieron al corredor, se dieron cuenta de que las peleas habían llegado al patio de la crujía J, donde muchos de los internos se refugiaron en sus bartolinas. Varios reos que venían de otros pasillos miraban al sacerdote como para hacerle saber que seguían sus instrucciones. Reséndiz marcaba el camino: debían bajar al primer piso con el fin de atravesar el patio para llegar a un túnel que los conduciría a la zona de abastecimientos. Según sus cálculos, sería cuestión de minutos poder escapar del penal.

LXXVII

El vehículo se encontraba encajonado por una pipa de agua y tres carros; era imposible usarlo. El Güero se asomó a una ambulancia de la Cruz Verde y vio que tenía las llaves pegadas. Miró a los lados para comprobar que nadie le prestaba atención; los socorristas, bomberos y uno que otro curioso acomedido se hallaban ocupados intentando despejar la calle de los restos del accidente.

Se subió al asiento del conductor. Encendió la ambulancia y avanzó a vuelta de rueda hacia el sitio donde estaban el doctor y el teniente. Les chistó. Al verlo se mostraron sorprendidos al principio, pero comprendieron de inmediato y se treparon.

Salieron por una lateral despejada. El Güero fijó la vista en el retrovisor: un socorrista corría tras ellos con cara de angustia, pero cuando la ambulancia pudo sortear el último carro inmóvil y avanzó por el camino libre, no tuvo más remedio que darse por vencido y mentarles la madre con el brazo.

El Güero prendió la sirena para que les abrieran paso. Durante los primeros minutos ni Quevedo ni Quintanilla pronunciaron palabra. De pronto el teniente lo encaró.

—¿Qué más averiguaste en Barcelona?

—Caridad Mercader, una lideresa comunista, es la madre de Ramón: la supuesta monja que descubrimos en las fotos.

Mientras aumentaba la velocidad del vehículo, el Güero paró oreja lo más que pudo. Ahí se enteró de que Caridad y Ramón

Mercader tenían un largo historial en las filas del Partido Comunista, primero en el de España y después en el de la Unión Soviética.

—Los comunistas ya no podrán ocultar de dónde vinieron las órdenes del asesinato.

—¿Y sabes lo que significa eso? —Quevedo se sostuvo del cinturón de seguridad cuando la ambulancia dio una vuelta muy cerrada—. Que todo esto es un buen pretexto para iniciar otra guerra.

LXXVIII

Armenta avanzaba de poco en poco, metro a metro, esquivando a los rijosos muerto de miedo, desconfiando de todos con los que se cruzaba. Debido al caos y los gritos, se había desorientado al abandonar la crujía 1 y ahora no sabía dónde estaba.

Era el problema de esa maldita prisión, donde todos los patios, todos los pasillos, todas las crujías, además de converger en el mismo centro, resultaban casi idénticos. Volvió a pensar en que lo más urgente era salir de ahí, rumbo a las oficinas. Pero ¿podría llegar? ¿Por dónde sería la salida? En su accidentado periplo se había topado con varios guardias pero, por más que les pidió ayuda identificándose como funcionario del gobierno, nadie hizo el intento de socorrerlo porque, mientras unos eran golpeados con salvajismo, otros masacraban con furia a los presos.

Buscaba alguna señal para identificar qué crujía era por la que caminaba. Se sentía inseguro al establecer contacto visual con cualquiera de los hombres a su alrededor. Se imaginaba que, si lo hacía, sería una suerte de invitación para que lo atacaran y, entonces sí, ni su rango ni su revólver lo salvarían de ser masacrado a golpes.

Llegó a un pasillo en un segundo piso, a donde subió para ver si podía orientarse mejor. No escuchaba, no podía pensar, tan sólo atinaba a esquivar a los hombres que peleaban, aterrorizado porque cualquiera de ellos hubiera sido encargado de eliminarlo.

—¡Escorpión, hijo de su puta madre!

Lo había enviado a morir a Lecumberri. Extendió la vista por el pasillo hasta el sitio por donde se accedía a él. Le faltaban cerca de treinta metros, quizá más. No era tanto, pero en el camino había varios grupos de rijosos: dos hombres que se apaleaban con fervor, tres que molían a uno de los custodios, otros dos que vengaban sus afrentas en el cuerpo de un caído. Por el momento ninguno de ellos había reparado en él. Pero ¿si se acercaba y lo veían? Al darse cuenta de que no llevaba uniforme ni de guardia ni de recluso, ¿lo respetarían o sería peor? Mejor no arriesgarse.

Se acercó al barandal para contemplar, abajo, el patio de la crujía. Ahí la violencia era más extrema. Todos peleaban entre sí, y muchos presos continuaban golpeando a hombres en el suelo que ya de plano ni siquiera se movían. ¿Y si se quedaba ahí donde estaba? Esa era otra opción. Desechó la idea. ¿Quién podía asegurarle que el trabajo de eliminarlo se lo habían encargado a uno solo? Hizo memoria rápido: según él estaba enterado, había en Lecumberri por lo menos unos quince reclusos con sentencias largas que operaban bajo las órdenes de Escorpión, y de él mismo, por lo menos hasta ahora. Pero esos eran sólo de los que tenía conocimiento. ¿Cuántos más había de los que Escorpión nada le había dicho?

Mejor esconderse. Esperar a que los guardias contuvieran el motín. Ya para estas horas quizás habían recibido refuerzos de la policía, y seguro contaban con un plan para ingresar al penal. Él esperaría, pistola en mano, hasta que todo estuviera calmado. Se acercó a una de las bartolinas, abierta de par en par. Parecía deshabitada. Palpó el revólver en su cintura y entró. Se sentó en el camastro y agarró su cabeza con ambas manos. El rumor que llegaba de afuera era el de un manicomio sangriento. Y de pronto, a los pocos minutos de estar ahí, percibió el olor de la celda. Olía a miedo. ¿Era real? ¿O se trataba del suyo?

Armenta trató de calmarse, pero comenzó a sentir espasmos en el estómago; el sudor no dejaba de brotar por sus poros. Creyó escuchar pasos que se alejaban. Sacó su revólver y asomó la cabeza

por el umbral. Encontró el pasillo desierto, salvo por los cuerpos del guardia y de otro recluso inmóviles en el piso. Era el momento de avanzar.

Con el arma empuñada, bajó la cabeza y caminó con el mismo envaramiento de antes, en un intento de pasar desapercibido. En tanto recorría el pasillo despacio, del patio de abajo le llegaban ruidos violentos, gritos y quejidos. Sorteó al guardia inerte, cruzó por la puerta de otra bartolina vacía. Tuvo casi que saltar al recluso tendido y, cuando pasaba sobre él, advirtió que estaba muerto, con una punta clavada en el pescuezo.

Encontró otras bartolinas abiertas en cuyo interior no había nadie, y continuó hasta ver el cubo de las escaleras que lo llevarían abajo. Aún con la cabeza gacha y el andar tieso, dio vuelta en la esquina, pero en ese instante chocó con el cuerpo de un hombre que venía en sentido contrario. El golpe no fue duro, pero sí detuvo su avance. En un movimiento instintivo llevó la mano a la cintura al tiempo que alzaba la vista para enterarse de con quién se había topado, y al reconocer al otro sintió alivio, primero, y enseguida una alarma se le encendió dentro del cerebro.

—Aries, ¿qué haces aquí? —preguntó casi sin voz.

En vez de responder, el hombre le inmovilizó el brazo con mano férrea para impedir que sacara el arma; con la otra le tapó la boca, al tiempo que lo empujaba hacia atrás, hacia la última bartolina abierta por la que había pasado.

Ya en el interior, ambos cayeron sobre el camastro. Armenta se debatía como animal preso en una red, ponía todas sus fuerzas en tratar de quitarse al otro de encima mientras se esforzaba en alcanzar el revólver. Creyó que al fin iba a lograrlo, cuando escuchó un crujido al tiempo que lo invadía un dolor agudo que lo hizo gritar sin que el sonido atravesara los dedos que tapaban su boca. Su muñeca se había quebrado como un cristal. Aries, entonces, aprovechó su desconcierto para sacarle el revólver de la cintura y darle un duro golpe con él. Entre las nieblas de un mareo, Armenta

lo vio abrir el tambor del revólver, sacar las balas con movimiento experto y arrojárselas encima.

—No las necesito —Aries dejó el arma en la mesa, junto al libro de oraciones de algún preso—. Mejor dicho, así no me gusta.

Enseguida se inclinó sobre Armenta, quien continuaba paralizado sobre el camastro.

Con actitud ceremoniosa, Aries giró el anillo que llevaba en el anular hasta dejar la inscripción de Petróleos Mexicanos oculta a la vista. Después atenazó con ambas manos el cuello de su víctima, cuyos pies se agitaron de manera convulsa antes de que los dedos de su asesino empezaran a hacer presión.

LXXIX

El Güero maniobró con pericia para dar vuelta en la esquina y evitar la fila de autos que circulaban frente a la entrada principal de Lecumberri. Los conductores bajaban la velocidad para intentar observar mejor las fumarolas que se elevaban desde el interior de la penitenciaría. El reportero apagó la sirena de la ambulancia y se orilló.

—De una vez les digo que por aquí no vamos a poder entrar. Además esto no tarda en llenarse de policías, y en una de esas hasta de militares —el Güero recargó ambos brazos en el volante.

Quintanilla se bajó para observar el muro de piedra. Sabía de antemano que, en caso de un motín, la primera instrucción es: nadie entra, nadie sale. Llegar con sus pistolas y credenciales no iba a servir de nada. Se fijó en la atalaya. El sitio donde debía estar un guardia se encontraba abandonado.

—Sospecho que está cabrón allá adentro —apuntó a la torre cuando sintió a Quevedo a su lado.

—No podemos esperar.

—Y no lo vamos a hacer. Súbete. Ya se me ocurrió algo —Quintanilla entró en la parte trasera de la ambulancia—. Pégate a la pared —le gritó al Güero.

Un par de transeúntes tuvieron que hacerse a un lado cuando la camioneta se subió a la acera. El chirrido de la lámina contra la pared provocó que el Güero y Quevedo entrecerraran los ojos y trabaran las mandíbulas. Escucharon un ruido en el techo y, cuando

los dos bajaron de la cabina, vieron a Quintanilla a punto de lanzar un tanque de oxígeno amarrado a una hilera de sábanas. Al segundo intento quedó atrapado entre la separación de ladrillos del adarve.

—Vamos a ver cómo andas de fuerza, doc —dijo el teniente y comenzó a escalar con soltura—. O, si quieres, puedes esperarnos aquí.

El Güero sonrió cuando Quevedo lo hizo a un lado para seguir a Quintanilla. Pensó que iba a costarle más trabajo, pero antes de cinco minutos los tres ya estaban en el interior de la prisión.

LXXX

Al juez Robledo le extrañó distinguir a la mujer del hábito blanco en medio de los reos que se peleaban en el patio, pero más curiosidad le provocó que a su lado caminaran Sampietro, Mornard y dos hombres que parecían custodiarla rumbo al exterior de un patio. Su leve distracción permitió que un preso le sorrajara un golpe en el hombro. La herida del balazo se abrió de nuevo y una mancha roja impregnó su camisa.

Robledo apretó los labios para aguantar el dolor. Le soltó una enérgica patada en la ingle al hombre y, cuando cayó hincado, terminó por asestarle un cabezazo que lo hizo perder el sentido. Brincó el cuerpo de su contrincante y escabulléndose entre reclusos y policías consiguió avanzar en la dirección por la que había desaparecido el extraño contingente.

Aprovechó los recovecos de la arquitectura para seguirlos sin que lo vieran. Intuyó que se dirigían a la parte más alejada de la prisión, donde el motín parecía no haber llegado. A lo lejos, el ruido de las sirenas se acercaba con rapidez. Vio cuando los dos presos empezaron a quitar sacos de harina que estaban desperdigados en el suelo, ante la vigilancia complaciente de Mornard y Sampietro.

Debajo de los costales apareció una escalera que colocaron sobre la pared. Uno de los hombres volteó para asegurarse de que nadie los hubiera descubierto, pero el juez ya avanzaba hacia el grupo con el arma amartillada y apuntándole. No le dio tiempo de dar el grito de alerta. Un disparo de Robledo le atravesó el cuello y el salpicón

de sangre manchó la pared. El reo cayó de rodillas, y enseguida se vino abajo con las manos puestas sobre la herida.

Caridad giró con rapidez y devolvió la agresión. Robledo apenas tuvo tiempo de lanzarse a un lado para buscar refugio detrás de una pileta llena de agua. Intentó asomarse, pero una bala pegó en la orilla y una nubecilla de concreto se elevó. Supo que estaba ante una tiradora profesional. Su gesto sereno cuando cayó su compañero se lo había confirmado.

—¡Hijo de la gran puta! —gritó y disparó un par de balazos.

¿Por qué carajos está metida en este embrolló una española?, caviló el juez al reconocer el acento. Sacó el cañón del arma por encima de la pileta y, sin apuntar, disparó. Le respondieron con varios tiros. Se percató de que eran de diferentes calibres, y de que los tiradores disparaban conforme avanzaban. Miró hacia atrás. Si corriera por ahí, sería un blanco fácil. Tampoco podía salir a descubierto; no podría con los dos atacantes. Se pegó lo más que pudo a la pared de la pileta para esperar al primero que avanzara hasta quedarle a tiro.

—Nada como morir en una batalla, no importa que sea en una prisión —dijo y apretó más fuerte la cacha de la pistola.

Al escuchar los balazos, Sampietro inició el ascenso por la escalera sin que nadie se lo indicara. Desde la cúspide observó que uno de los guías del grupo le disparaba a Robledo mientras caminaba hacia él. Dispuesta a dejar atrás a su cómplice, Caridad apuraba a Ramón para que trepara, pero él se resistía.

—No, madre, primero tú.

Ramón la tomó de la cintura y la situó dos peldaños más arriba. Caridad hizo un mohín de disgusto, pero comenzó a subir. Notó que el hábito no le permitía hacerlo con la velocidad que ella hubiera querido y un par de veces estuvo a punto de caer cuando accidentalmente lo pisó. De pronto escuchó el sonido característico del cargador vacío. Reviró preocupada. Su escolta se acababa de

quedar sin balas. Vio cuando sacó una navaja retráctil de la parte trasera del pantalón. Maldijo su suerte.

—Upa, upa, Ramón, que no hay tiempo —apuró Caridad mientras subía otro peldaño.

Las detonaciones les llegaron clarísimas a Quevedo, Quintanilla y al Güero, cuando buscaban cómo llegar al patio central. Voltearon a verse. Los disparos venían de otra parte, no del sitio donde se veían las humaredas ni desde donde les llegaban los alaridos de guerra.

—Es por allá —señaló Quevedo y salieron corriendo en esa dirección.

Robledo escuchó el ruido hueco del percutor al chocar con el casquillo vacío. Se puso de pie dispuesto a contraatacar. Apenas lo hizo, sintió el empellón de aquel cuerpo musculoso que lo arrollaba con toda su fuerza. Intentó evitar que el arma se le escapara de las manos, pero fue imposible. Cuando logró incorporarse, descubrió en la diestra de su atacante el resplandor de una navaja. El hombre sonrió al ver la herida en el hombro de Robledo, y la sangre recorriéndole todo el brazo. Hizo un par de maniobras con el puñal. Dio un paso, confiado de deshacerse fácilmente de ese estorbo.

Al acercarse corriendo, apenas vio Valentín la posición de Robledo en el piso y la navaja en la mano de su agresor, supo que no tendría oportunidad. Atrás de él, Quevedo y el Güero contemplaron cómo el acero entraba en el cuello del juez al tiempo que un chisguete de sangre trazaba una parábola en el aire para ir a estrellarse con la tierra. Quintanilla lanzó un alarido, un sonido inhumano que logró asustar al atacante del juez.

—¡Se escapa ese cabrón! —el Güero señaló hacia donde Mercader empezaba a subir y se agachó para tapar la herida de Robledo.

Caridad y Sampietro, desde la cima de la pared, le tendían las manos para ayudarle a llegar más rápido. Quevedo, sin dudarlo, corrió hacia la escalera.

Valentín sintió que sus nudillos se hundían con rabia en la carne del hombre, a la altura del hígado. El agresor abrió la boca, intentado agarrar oxígeno, pero las fuerzas parecieron abandonarlo y la navaja se le escapó de los dedos. Un golpe cruzado del teniente le impactó la mandíbula. Por unos segundos, la visión se le nubló y estuvo a punto de desmayarse, pero un dolor lacerante en el pecho lo volvió a la realidad. Bajó la vista. Su propia navaja estaba incrustada al lado del corazón. Hizo un esfuerzo por sacarla de ahí, pero la mano recia de Valentín, parecida a la garra de un depredador, no permitió que la moviera ni un centímetro. El herido levantó el rostro. Quintanilla fijó la vista en aquellos ojos y no los separó hasta que el último hálito de vida se evaporó en ellos para siempre.

Ramón rozó la mano de Caridad. El contacto duró apenas unos segundos, porque el español sintió un fuerte jalón en los pantalones, a la altura de los tobillos, que al desequilibrarlo lo hizo chocar la mandíbula contra uno de los peldaños.

—¡Vámonos! Si no, nos atoran a nosotros también —dijo Sampietro al oído de Caridad cuando vio que su compañero de fuga soltaba la escalera para caer al suelo.

—¡No, no, no!

El francés entendió que ese grito no era una negativa a su petición, sino un furioso reclamo al universo.

Sampietro se deslizó hacia la calle. A partir de ahí, el plan de Salvatierra no incluía comunistas, sino tan sólo sus propios intereses. El falsificador se alejó rápido. Como lo había instruido el padre, a media cuadra localizó un bote de basura. En el interior encontró

dinero, ropa y la dirección de un taller ubicado en Tacubaya. Escuchó un silbido. El chofer de un camión repartidor de carne le hacía señas para que se apurara desde el otro extremo de la calle. Sampietro subió de un salto a la parte trasera del vehículo. Mientras empezaba a cambiarse, el camión inició su trayectoria.

Caridad seguía negando lo que veía con sus propios ojos: su hijo tirado en el piso, atrapado por ese hombre. Miró a sus lados; se dio cuenta de que estaba sola en el muro de Lecumberri, de que Sampietro la había abandonado. Escuchó que alguien gritaba que la atraparan. Bajó la vista de nuevo para ver a Ramón, a Mornard, a Jacques, a Gnomo, a todos esos hombres en uno solo. Su hijo la buscaba con la mirada. Le sonreía. La mujer, conteniendo el llanto, la frustración, se deslizó hacia abajo hasta alcanzar la calle. Lo único que le quedaba ahora era tratar de convencer al Partido para que le permitieran hacer un nuevo plan de fuga, uno que lograra unirla con su hijo. Un carro frenó frente a ella.

—¿Traen suficientes armas? Todavía tenemos tiempo de subir y rescatar a Ramón.

Por respuesta, uno de los hombres le colocó sobre el rostro un pañuelo empapado de cloroformo. Los pataleos y los arañazos que lanzó pronto cesaron y una bruma, parecida a la resignación, llenó todo su cerebro.

El teniente metió el pie en la corva de Mercader y lo vio caer hincado. El asesino de Trotsky hizo una mueca de dolor. Entonces, con la mano en forma de tenaza, Quintanilla lo aferró del cuello, apretándolo lo más que pudo. El preso apenas se quejó.

—Te vamos a hacer la vida imposible, pendejete —le dijo y el español supo que ya no podía fanfarronear con ese matón ni con el doctor que tenía por compañero. Su silencio, sus labios sellados, serían desde ahora su moneda de cambio.

Alfonso Quevedo contempló al reo, luego la pistola que traía fajada Quintanilla en la cintura. Por un instante le pasó por la cabeza vaciarle el cargador al asesino para diluir, aunque fuera un poco, toda la furia que acumulaba. El movimiento tomó por sorpresa al teniente y, cuando reaccionó, su compañero apuntaba el arma a la cabeza de Mercader. El español no pudo evitar sonreír. Moriría como un mártir, al fin. Le harían estatuas, su nombre resonaría en todos los rincones del mundo soviético, sería inmortal y su madre estaría feliz.

Durante varios segundos, el teniente advirtió que en el rostro de Quevedo no había ni una señal que indicara titubeo o duda. La expresión del criminólogo era semejante a la de ciertos asesinos consumados que él tantas veces había visto a lo largo de su vida, tanto en las refriegas de la Revolución como en las calles de la Ciudad de México.

—Quiébratelo si quieres, doc. Ni el chupatintas ni yo vamos a decir nada. Aunque te vas a quedar a oscuras respecto a lo que acaba de suceder —colocó una mano sobre el hombro de Quevedo mientras le hablaba al oído—. Además, tengo que advertirte que, una vez que das ciertos pasos, ya no hay forma de desandarlos. Te lo digo por experiencia.

Quevedo apretó los puños y la pistola se movió en su mano como si estuviera en el epicentro de un terremoto. La rabia, el deseo de revancha, los sonidos de los gritos y los pasos de los agentes corriendo por toda la prisión se le reburujaron en la cabeza. También los cerrojazos de las celdas que volvían a contener a los reos. La imagen de Robledo tirado en el suelo volvió a ocupar por completo su pensamiento. Intentaba vengar la muerte de su maestro. Intentaba contener el temblor de su mano. Intentaba aplastar el gatillo. Pero fueron sólo eso, intentos.

Al ver que titubeaba, Quintanilla le quitó despacio el arma y se la colocó de nuevo en la funda.

LXXXI

Antes de amarrar al cuello la propia corbata de Armenta, Aries le palmeó con desprecio la cara nada más por el gusto de escuchar el sonido. Tres reclusos pasaron corriendo frente a la bartolina y, unos instantes después, un tropel de pasos le confirmó que más agentes habían entrado a Lecumberri para controlar el motín.

Miró el reloj. Justo a tiempo. Para esa hora, según sus cálculos, los comunistas ya debían haber aprovechado el tumulto para escapar. El cobro por ese favor iría a parar, como en las anteriores negociaciones, a una caja fuerte empotrada en el piso del sótano de su casa. ¿Y Escorpión? Ah, ese Escorpión ya se estaba haciendo viejo. Pero Aries lo necesitaría aún, hasta terminar de urdir su propia telaraña, hasta quitarle todo su poder antes de que se diera cuenta. Había cumplido la misión de deshacerse de Géminis y, si había alguna sorpresa con la muerte de Mornard, le echaría la culpa a su excompañero.

Acarició el anillo con ternura. La tranquilidad de sentir la aleación del metal bajo sus dedos amainó su respiración y aclaró su mente. El tablero político es muy fácil de descifrar si entiendes los movimientos que cada pieza tiene permitidos, se dijo. Él era experto en ello. Anudó el extremo de la corbata a un barrote, levantó todo lo que pudo el cadáver de Armenta y lo dejó caer. Con la punta de los dedos jaló un poco la lengua del muerto fuera de la boca. Ladeó el rostro para ver mejor su obra: el cuerpo desmadejado, con un hombro más arriba que otro, el aspecto de batracio exhibiendo su

lengua y los ojos abiertos de quien había sido Armenta, le provocaron una ligera carcajada.

Se asomó con cautela al pasillo y, tras comprobar que estaba despejado, abandonó la celda.

LXXXII

Lecumberri parecía un animal mitológico recién muerto con sus paredes sucias, manchas de sangre por doquier, partes quemadas en los techos, colchones y literas desvencijadas. Un cuerpo de animal ultrajado por cientos de reos que buscaban escapar, o simplemente aprovechar la oportunidad para cobrar ofensas añejas y hacer desmanes. Decenas de agentes se paseaban entre los presos tendidos en el suelo con las manos en la espalda. Aparte, un grupo de oficiales movía con toletes los cuerpos para revisar si estaban heridos o ya eran cadáveres. Si escuchaban un quejido, avisaban a los paramédicos para que lo llevaran a la enfermería. Si el preso no hacía ningún movimiento, lo marcaban con una cruz. A quienes sí trataban con deferencia era a sus compañeros caídos.

De pronto, vieron llegar a Quevedo y a Quintanilla, que empujaban con violencia a Ramón Mercader de vuelta al patio principal. Atrás, con las manos bañadas de la sangre del mayor, el Güero los seguía despacio.

—Necesito que vean algo —un custodio se acercó a ellos.

Dejaron encargado a Mercader y siguieron al uniformado. La linterna del oficial les mostró el cadáver de Armenta en el interior de una bartolina.

—Carajo —Quintanilla no pudo evitar dar un golpe en la pared, frustrado—, ese licenciadillo me iba a explicar todo, pero prefirió suicidarse antes de enfrentar a la justicia, el muy cabrón —soltó un puntapié a la base de la cama.

Quevedo se rascó la cabeza y dio un paso hacia atrás para observar bien el cuerpo. Negó varias veces con la cabeza y se acercó al cuello de Armenta. Entornó la visión. Observó un moretón que apenas se distinguía porque lo tapaba la corbata. Con una seña pidió la linterna para aluzar mejor la piel.

—Ese golpe no tiene por qué estar ahí. Además, la forma en que quedó el cuerpo no es verosímil. Antes de que sigas pateando toda la cárcel, teniente, yo diría que hay que esperar la autopsia. También hay muertos que hablan —le sonrió de manera misteriosa a Quintanilla.

LXXXIII

En ese mismo momento, Aries ponía un pie fuera de Lecumberri, después de que el director Murillo se hizo a un lado para dejarlo pasar. Sonriente, miró para ambos lados de la calle atiborrada de agentes que tenían instrucciones de cercar todo el perímetro. Las sirenas de las patrullas se fundían con las de los camiones de bomberos; arribaban para sofocar el fuego que aún no había sido controlado en ciertas crujías.

Aries se acomodó el anillo del sindicato de Petróleos para que el logotipo quedara a la vista. Lo acarició apenas y continuó su camino rumbo a su auto. En contraflujo, los uniformados corrían para ingresar a la penitenciaría sin prestarle mucha atención, salvo para sacarle la vuelta y no chocar con él.

Estaba contento. Géminis ya no era un estorbo; además, confirmó que Mornard no había podido huir. Eso significaba que alguien debía neutralizarlo, y por eso Escorpión tendría que mover sus piezas, de las cuales él, Aries, era la mejor posicionada en ese momento.

Metió la llave en la cerradura de la puerta del Ford y lo abordó. Prendió el radio. Movió el dial en busca de alguna canción, pero todos los locutores hablaban del motín en Lecumberri. Ninguno tenía la información precisa de cuántos reos se habían fugado, pero de que todo era un caos no quedaba duda, repetían. Aries amplió la sonrisa. Él era un agente del caos, la anarquía invisible que nadie podía detener. Estaba a punto de arrancar cuando un toquido en la

ventana lo detuvo. Volteó y un haz de luz lo golpeó de lleno en la cara. Entrecerró los ojos mientras daba vuelta a la manivela. El policía movió un poco la linterna.

—Necesito revisar su cajuela. Tengo órdenes de verificar todos los autos cercanos al penal —el oficial aluzó la parte trasera del coche.

—Claro, por el motín —dijo mientras abría la cajuela.

Salvo un par de botas de hule llenas de lodo, el espacio estaba limpio.

—¿Qué hace un asesor del sindicato petrolero? —quiso saber el agente después de leer la identificación que le había dado Aries.

—Tantas cosas, oficial. Pero, principalmente, solucionarles los problemas a los políticos.

—Pues le sugiero que se aleje de aquí si no quiere que lo pongan a trabajar. Ese motín va a molestar a algunas personas del gobierno… señor Covarrubias —dijo el uniformado mientras le regresaba la identificación.

Covarrubias le guiñó el ojo al agente y subió al auto. Por el retrovisor vio cómo la silueta de la penitenciaría de Lecumberri se difuminaba poco a poco, conforme las sombras caían sobre la ciudad.

LXXXIV

El lugar estaba lleno de polvo y le faltaba luz natural, pero Enrico Sampietro reconoció que serviría como escondite para llevar a cabo la misión que le había encargado el cura Salvatierra. Emocionado igual que un niño al que le traen muchos regalos la víspera navideña, quitó las sábanas que cubrían las máquinas recién llevadas al sitio. Se veía que el sacerdote contaba con buenos recursos, porque los aparatos eran nuevos y de los más avanzados.

Hizo cálculos mentales. Si los insumos que había pedido llegaban en los siguientes días, antes de dos meses tendría impresos varios millones de pesos falsos, listos para empezar a distribuirse en las calles. El plan era hacerlos circular en forma simultánea en los giros negros de varias ciudades; pero Sampietro también tenía su propio plan: entraría a la bóveda de un banco para intercambiar los billetes buenos por los falsos, y para eso no necesitaba la autorización de su mecenas. No pensaba decírselo. Calentó agua en una olla de peltre, y se preparó un café bien cargado.

Se sentía optimista. Otra vez la diosa Fortuna le sonreía en un territorio donde nunca había imaginado que podría hacer progresos. Ahora era cuestión de esperar, volverse millonario y volar de regreso a su país natal. Paladeó el café mientras se imaginaba que en realidad era un buen vino y que, en vez del techo de una bodega en las afueras de la Ciudad de México, se hallaba bajo la sombra de un viñedo en Burdeos.

LXXXV

A Covarrubias le gustaban las cortinas gruesas; no dejaban penetrar la luz del sol y su casa podía permanecer en tinieblas la mayor parte del tiempo. Bebía el tercer vaso de ginebra y aún no daban las nueve de la mañana. Se sentía cansado, pero no quería descansar sino hasta recibir la llamada. Estaba seguro de que de un momento a otro el teléfono repiquetearía y del otro lado de la línea escucharía la voz entrecortada de Escorpión.

Dio un trago largo. Los hielos tintinearon después de que el licor dejó de cubrirlos. Extendía la mano para servirse otra dosis, cuando sonó el teléfono. Dos timbrazos. Luego silencio. Entró de nuevo la llamada y, al tercer timbrazo, Covarrubias, alias Aries, levantó el auricular. Después de felicitarlo, Escorpión fue al grano.

—Tengo grandes planes para ti dentro de la política, y por lo pronto te voy a promover a un mejor puesto; sin embargo, antes debes prometerme algo…

Aries miró el vaso vacío. Despacio, para que no se oyera cómo caía el líquido, se sirvió un par de dedos.

—Escucho.

—Debes asegurarme que controlarás ese vicio tuyo con las mujeres, ¿estamos? —parecía que la voz se había endurecido a través del cable.

No era para menos. Escorpión ponía todas sus fichas en Aries y no estaba dispuesto a perder una apuesta de esa magnitud. Aries carraspeó. Durante todo ese tiempo había aprendido que lo primero

era acomodarse a las circunstancias y luego maniobrar en beneficio propio. Y para eso, él era un maestro. Le diría que sí a todo; después, con el poder en sus manos, nadie podría detenerlo, ni impedir que siguiera gozando de ese vicio, como acababa de llamarlo Escorpión.

—No se preocupe. Ese asunto de mujeres no será un problema para usted.

Un segundo después, la línea quedó en silencio y con ella la voz maltrecha de Escorpión. Aries se terminó de un trago la bebida y empezó a ojear el tomo dos de *Registro de mujeres públicas* hasta que el sopor de la ginebra lo arropó por completo y se quedó dormido.

LXXXVI

Caridad Mercader abrió los ojos despacio, pero la oscuridad no la dejó ver nada. A través de la capucha negra le llegó el sonido fuerte del motor de un avión. Quiso levantarse, pero algo la mantenía inmóvil. Estaba amarrada de pies y manos. Escuchó una voz familiar que la llamaba Klava, y en ruso le pedía que se tranquilizara. Asintió con la cabeza. Con un movimiento rápido le descubrieron el rostro. Frente a ella estaba el mismísimo Leónidas Eitingon fumando su pipa de roble. Caridad supo de inmediato que no era un buen signo ir en la misma aeronave que uno de los consejeros más crueles de Stalin.

Miró a su alrededor. La cabina del avión se hallaba vacía, salvo por Eitingon, ella y un par de hombres que no parecían tener músculos en la cara. Extendió las muñecas y el oficial ruso aprobó con una señal. Uno de los guardias sacó un cuchillo de la bota y deslizó el filo por las ataduras. Hizo lo mismo con las que le apresaban los tobillos. La mujer soltó un suspiro.

—Vamos camino a Cuba. Quiero que hagas un informe pormenorizado de todas las actividades que tuviste en México antes de que vueles a Moscú —le informó Eitingon.

Caridad oyó el crepitar del tabaco consumiéndose. Así se quemaban también sus esperanzas.

—¿Y mi hijo? —preguntó, aunque temía la respuesta.

—Se quedará atrás. Ya cambió la situación, Klava. El presidente Cárdenas conoce la identidad de Gnomo. Nos hizo saber que lo mantendrá con vida y bien cuidado, siempre y cuando no nos

metamos de nuevo en sus asuntos. Todo depende de cómo negocie él con Múgica y Ávila Camacho.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el tiempo que sea necesario. Pero será recibido en Moscú como un héroe cuando cumpla la condena. Estará protegido dentro, es lo único que te puedo prometer, si tú haces lo que te pido —Eitingon vio su reloj cuando escuchó que se abría el tren de aterrizaje del aparato. Se colocó el cinturón de seguridad. Los guardias siguieron su ejemplo, pero no la mujer.

—Ese no era el acuerdo —dijo Caridad con tono contenido.

—Tampoco que hicieras alianza por tu cuenta con ese padre Salvatierra —Eitingon mordió con furia la boquilla de la pipa—. Mira, Klava, si no intercedo por ti ante el Comité, ahora estarías en el fondo del mar con un balazo en la cabeza.

Caridad sintió en su corazón una culpa tan grande por arrastrar a Ramón a ese país ajeno y absurdo y dejarlo atrás. Abrió la boca para replicar, para pedirle a su superior que le diera una oportunidad de volver a México y armar otro plan de escape para su hijo, pero su camarada no le permitió hablar.

—Recuerda que te debes al Partido. La causa, debes entenderlo, es más grande que la familia —Eitingon le ajustó con fuerza el cinturón de seguridad a Klava, un momento antes de que las llantas del avión tocaran suelo cubano.

LXXXVII

Entre el cuidado de Lupita, los preparativos del entierro del mayor y la recopilación de los datos duros del motín, Quintanilla y Quevedo parecían haber envejecido diez años en los últimos dos días. Según el Güero, el saldo era de veinte muertos, incluyendo al licenciado Armenta, más de cincuenta heridos y, hasta el momento, la confirmación de la fuga de Enrico Sampietro.

Quintanilla levantó el rostro del periódico cuando escuchó el ruido de las poleas que sostenían las piernas enyesadas de Lupita.

—No hagas esfuerzos —Quevedo se aproximó de inmediato.

El rostro de la mujer mostraba huellas de golpes y sus ojos eran un par de líneas apenas perceptibles. Levantó un poco la mano para intentar un saludo, pero de sus labios sólo salió un quejido. El teniente llenó un vaso con agua, le puso un popote y se lo acercó a la boca. El médico les había informado que la convalecencia de Lupita sería larga, pero que ya estaba fuera de peligro.

—¿Y Jerónimo? —preguntó en voz baja, y el teniente soltó el aire.

—No participó en ningún asesinato, Lupita. Sin embargo, estará en la correccional, aunque no por mucho tiempo. Está bien cuidado, y la condena le servirá de escarmiento para que de ahora en adelante se vaya por la derecha.

La muchacha intentó hablar, tal vez para pedirles que hicieran lo posible para sacarlo de la prisión de inmediato, pero Quevedo la tomó de la mano.

—Confía en Valentín. Estoy seguro de que lo mantendrá a salvo, ¿verdad?

El teniente afirmó con la cabeza. Y sin darse cuenta ambos la tomaron cada uno de la mano hasta que se quedó dormida. Absortos en el rostro de Lupita, no se percataron de la presencia del extraño hasta que escucharon la voz a sus espaldas.

—Qué bonita escena —voltearon al mismo tiempo a ver al hombre que, enfundado en un traje impoluto, les tendía la mano con un gesto semejante al que se realiza en busca de votos—. Señores, soy Daniel Covarrubias, el nuevo jefe del Servicio Secreto.

Quintanilla hizo un gesto de desagrado. No olvidaba que ese nombre estaba relacionado con Armenta, y tal vez había participado en el complot para asesinar a Trotsky. Sin embargo, cuando había querido escarbar más en el pasado de Covarrubias, se topó con un pozo sellado. Pero no se había desilusionado, por el contrario: comprendió que le llevaría tiempo dar con el origen de ese hombre, y su rastro ahora olfateable. No lo iba a soltar.

—He escuchado mucho su nombre últimamente —dijo el teniente sin saludarlo. Quería dejar en claro que le caía como una patada en los testículos.

—Y yo el de ustedes dos —Covarrubias no se inmutó por el agravio—. Soy un gran admirador de su trabajo, doctor.

Quevedo sí estrechó esa mano fría y sintió una repugnancia instantánea. Los dedos eran como serpientes que parecían enroscarse en su diestra. La retiró de inmediato. Lo observó con suspicacia: su tono de voz, su forma de pararse, la manera en que contemplaba todo a su alrededor, cómo jugaba con el anillo en su dedo anular. Quintanilla advirtió que su compañero analizaba a Covarrubias. Sonrió. Ya no tendría que pedirle que lo hiciera.

—Interesante anillo.

—De Petróleos Mexicanos —Covarrubias acarició la joya despacio —. Ya sabe, vengo desde las bases obreras y sociales, como ustedes. Estoy aquí también porque quería felicitarlos por su

investigación, y para darles el pésame por la muerte del juez Robledo, un gran hombre.

El tono irónico no pasó desapercibido para ninguno de los dos. Quevedo se cruzó de brazos y preguntó:

—Por cierto, ¿cuándo podremos interrogar de nuevo a Mercader? Desde el motín nos han empedrado el camino con documentos burocráticos para impedir que nos acerquemos.

—También está el asunto de Armenta —Quintanilla lo apuntó en una pequeña libreta—. Por lo que averigüé, creo que ustedes eran amigos.

La cara de Covarrubias era un monolito con una sonrisa grabada. Caminó en dirección a Lupita. Levantó una flor del jarrón sobre el buró. Se la acercó a la nariz, pero ningún olor le llegó al cerebro. Volvió a dejarla con desagrado donde estaba y volteó hacia Quevedo y Quintanilla mientas hacía un mohín negativo.

—Las aguas quedarán tranquilas. Por el intento de fuga y sus nexos políticos, el reo Mornard, no Mercader, no se les olvide, purgará una condena severa, pero aislado de cualquier contacto externo, incluida la policía.

Quintanilla dio un pujido de disgusto mientras aferraba con ambas manos la piecera de la cama. Miró de reojo a Quevedo. Ya se imaginaban una marranada de esas, pero no tan vil. Le darían carpetazo a la investigación y seguirían ocultando el nombre verdadero del asesino. Él y Quevedo habían intentado reunirse con el presidente Cárdenas para contarle el resultado de sus investigaciones, pero, cuando les recibieron la llamada en la oficina presidencial, un hombre que nunca se identificó les agradeció en nombre del mandatario el trabajo que habían realizado, les dio el pésame y les dijo que ya tenían toda la información que requerían. Fue todo. Una conversación que no duró más de un minuto.

—Y acerca del licenciado Armenta —añadió Covarrubias—, se manejará como el lamentable caso de un servidor público ejemplar que se encontraba en el lugar y el momento equivocados. No sé, tal

vez un preso resentido con él se lo topó y decidió matarlo en venganza de algo. Así que nada de eso saldrá a la luz pública. Es por seguridad nacional. ¿Queda claro?

Alfonso le hizo una seña a Quintanilla para que se tranquilizara. Covarrubias se acercó más a Lupita, que permanecía dormida. Pasó dos dedos por su cuello de manera extraña, mientras comentaba:

—Creo que ese rostro lo he visto en otra parte —entornó los ojos un momento—. ¡Claro! Guadalupe Monterroso, ¿verdad? Qué grata sorpresa— volteó emocionado con Quevedo—. Si mal no recuerdo se dedicó al oficio varios años.

El nuevo jefe del Servicio Secreto enarcó las cejas con un gesto sardónico, pero no agregó más. Quevedo tuvo que dar un par de pasos para contener a Quintanilla, que estaba a punto de lanzarse contra Covarrubias, quien parecía divertido, con la seguridad de saberse intocable. Se llevó la mano a la frente, como si acabara de recordar algo sin importancia.

—Por cierto, se me olvidaba informarles que esta extraña sociedad entre los dos, obra del desaparecido juez Robledo, ya no será necesaria para la corporación. Con la dolorosa muerte del juez se acaba el experimento.

Antes de que pudieran reclamarle algo, Covarrubias abandonó el cuarto con una sonrisa.

1977

Las puertas abatibles de la cantina traquetean varias veces e ingresa con paso calmo un anciano con una guitarra sujeta al pecho. El Güero lo sigue con la mirada y sonríe. El viejo se detiene frente a un grupo de parroquianos, rasga apenas las cuerdas de su instrumento desportillado y continúa su peregrinar entre las mesas. El Güero pega un chiflido y le hace señas para que se acerque.

—¿Cuál va a querer, patrón? —junto al grupo de reporteros, el músico manipula las clavijas para cerciorarse de que la guitarra esté afinada.

—Usted se ve viejo lobo de mar, como yo. ¿Conoce el corrido de León Trotsky? —al Güero le divierte el gesto de asombro que hacen los jóvenes al escuchar la petición.

—Hace como treinta años que nadie me lo pide, pero lo canté tanto que ni cómo olvidarlo.

Márquez le cede la silla al anciano, que descansa la guitarra sobre su pierna. Con voz temblorosa inicia el corrido mientras los jóvenes se acercan lo más que pueden para que el reborujo de sonidos y conversaciones los deje escuchar:

Murió Trotsky asesinado
de la noche a la mañana
porque habían premeditado
venganza tarde o temprana.

Pensó en México, este suelo

hospitalario y grandioso
para vivir muy dichoso
bajo el techo de este cielo.

Por fin lo venció el destino
en su propia residencia
donde el cobarde asesino
le arrancó ahí su existencia.

Un zapapico alpinista
este asesino llevó,
y al estar solo con Trotsky
a mansalva lo atacó.

Fue un día martes por la tarde
esta tragedia fatal,
que ha conmovido al país
y a toda la capital.

El remate se mezcla con los aplausos emocionados de Márquez y Camacho, quienes nunca imaginaron que existiera ese corrido. El Güero hace una seña a García, que saca un billete y se lo da al trovador. Con trabajos se pone de pie, se santigua con el dinero en la mano y continúa su recorrido.

—No recuerdo algunas partes de la historia que nos acaba de contar, don Güero —García entorna los ojos.

—Decidí no poner eso en la crónica. Otra lección que les va a dar la reporteada es que no pueden escribirlo todo, y no porque su editor lo impida, sino porque su mismo instinto les hará saber cuándo hay que guardarse ciertos datos.

Camacho contiene un eructo y golpea la mesa con la única ficha que le queda. García entendió que el juego debía cambiar a altas y el Güero por fin puede acostarse con la mula de cincos para ganar. Esta vez no festeja. Acomoda tranquilo la ficha mientras contempla a

sus jóvenes colegas con un brillo en los ojos al terminar de contar la anécdota. Márquez carraspea un poco para rasgar el intervalo de silencio en la mesa. Camacho extiende las manos para hacer la sopa con las fichas.

—Fue una gran crónica, maestro. Y ahora que sabemos cómo la hizo, creo que me gusta más —confiesa García.

—Entiendan dos cosas, muchachos: primero, que en el oficio hay muchas envidias y, por conseguir la de ocho columnas, varios reporteros están dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias, no les importa el precio a pagar —el Güero siente un pedazo de tabaco entre los dientes. Eso le pasa cuando habla con el cigarro en la boca. Se saca con la punta de los dedos la hebra y la restriega en su camisola; luego vuelve a colocar la punta del Faros en la orilla de sus labios. Da un jalón y el extremo del cigarro se ilumina—. Y la otra que deben de tener en cuenta es que no se van a hacer ricos. Habrá ocasiones, y eso si escriben bien, en que los reconozcan, les inviten un trago, una cena en un restaurante elegante de vez en cuando; pero, por experiencia propia, les digo que los bolsillos del reportero de nota roja están casi siempre vacíos. Si quieren lo contrario, consigan un espacio en la fuente política y háganle como le hacía Carlos Denegri. Entonces sí, disfruten el oro, pero aprendan a vivir con remordimientos... Yo no quería dinero, sino escribir la mejor crónica del atentado. Y si no lograba cerrar todos los datos, la historia podía morir en mis manos antes de publicarse. Y eso, jóvenes, es lo peor que le puede pasar a un periodista.

Los jóvenes se percatan de que ya es tiempo de irse, de que la cantina no tarda en cerrar. Márquez busca con la mirada al mesero para que traiga la cuenta. Ven al Güero que, metido en su ensoñación ajena a lo que lo rodea, da un trago largo a su bebida hasta que los cubos de hielo se le estrellan en los labios.

Diez minutos después, con los humores del alcohol rondándoles la cabeza, el Güero, Márquez, Camacho y García salen a la calle. Los

jóvenes se ofrecen a acompañar al veterano hasta su departamento en el edificio Guanajuato, por la calle Marroquí, justo a espaldas del barrio chino, pero él los despide con un movimiento de mano.

—Ya he tenido suficiente compañía de ustedes toda la tarde, y el recuerdo de la plática ha convocado fantasmas que hacía tiempo no me visitaban.

Camina solo por el centro histórico para bajar un poco la borrachera y las estocadas de la memoria. Llega a la esquina de Juárez y Lázaro Cárdenas. Suspira. Ahora algunas de las personas con las que convivió se han convertido en el nombre de una calle transitada. Tiene que aceptar que cada vez domina menos una ciudad que crece y crece mientras los años se acumulan en su viejo cuerpo.

Eleva la vista. La luz mortecina que rodea la Torre Latinoamericana le baña el rostro.

—Pinche modernidad —dice y las palabras se le atropellan.

Está a punto de cruzar la avenida cuando descubre en el otro extremo un carro estacionado y una mujer inclinada platicando con el conductor.

No sabe si es la borrachera que se carga, la plática de cantina que acaba de tener o la escena que se desarrolla frente a sus ojos, pero el recuerdo de la tarde en que Leandro y Quevedo lo esperaban en La Torre de Cristal después del funeral del mayor Robledo le golpea el cerebro.

Apenas entró al estudio, el Güero les dio una copia del periódico vespertino a cada uno. A ocho columnas estaba la noticia del viaje pormenorizado a España del doctor y el resultado de las pesquisas del teniente. Aparecía el nombre de Ramón Mercader del Río, la verdadera identidad de Jaques Mornard, el asesino de León Trotsky. Se decía que no era belga, sino un español con lazos que llegaban directamente al Kremlin, hasta Stalin. Dejaba claro que los extranjeros se pasaban por el arco del triunfo la soberanía mexicana, siempre y cuando obtuvieran un beneficio para su país.

—Es la bienvenida que le queríamos dar al tal Covarrubias, para que se le quiten las ganas de andar contando mentiras —afirmó Valentín Leandro Quintanilla.

—Mornard puede negarlo siempre. Y, si el gobierno desea seguir ocultando la verdad, le van a echar tierra para sepultarlo definitivamente —Quevedo acarició la calavera del Tigre.

—Al menos les puedo asegurar que Covarrubias hizo una rabieta monumental. Algo supo, porque me localizó para confirmar que iba a sacar esa información. Me preguntó que con qué pruebas me atrevía a desdecir lo que había declarado en su primera rueda de prensa como titular del Servicio Secreto. Le dije que tenía en mi poder el acta de nacimiento de Ramón Mercader, emitida por el gobierno español, además de una ficha policial de la Guardia Civil. Le pregunté si quería darme una declaración oficial sobre el motivo por el cual habían encubierto la identidad del asesino de León Trotsky. Je, je. Covarrubias me mentó la madre y me colgó. Estoy seguro de que con el golpe desconchinfló la bocina del teléfono.

El teniente soltó una carcajada. Se encaminó a la licorera y sirvió tres vasos de whisky bien copeteados. Propuso un brindis por Robledo, y porque gracias a él habían conjuntado esfuerzos para conseguir averiguar quiénes estaban detrás de la muerte de Trotsky. Los tres entrechocaron los vasos.

—Ese trago era lo que necesitaba para darme valor —dijo el Güero—. Quiero enseñarles esto.

Quevedo y Quintanilla se miraron extrañados cuando vieron que el Güero sacaba un expediente que traía fajado en la espalda. El fólder, arrugado tras varios meses de ir acumulándole información y fotografías, lucía como un archivo proveniente de un sótano húmedo. El teniente y el criminólogo empezaron a hojear los papeles y las fotos. Conforme lo hacían, sus rostros palidecían. El Güero apretó la mandíbula. Eso significaba que estaba en lo cierto, que su olfato no le había fallado.

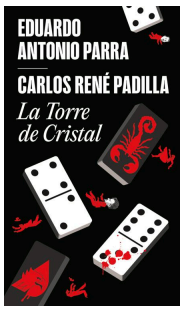
—Lupita alguna vez me contó de un rumor que corría por las esquinas. ¿Cuánto tiempo tiene sucediendo esto, chupatintas? —quiso saber Quintanilla.

—Al parecer varios años. Según lo que he podido rastrear hasta el momento, van veintidós mujeres estranguladas; todas con las mismas características.

—Habrá que preguntarle más a Lupita. Y si esto es real, me temo que hay un asesino en serie suelto en la Ciudad de México. Pero —Quevedo señaló la lesión evidente en la fotografía del cadáver de la mujer identificada como Juana Rentería—, creo que sé por dónde podemos empezar. He visto antes una marca como esta…

FIN

«Una ciudad, una verdadera, tiene dos caras: la que la mayoría de sus habitantes entiende, y otra, la que se aparece apenas cae la noche.»



México, 1997. En la penumbra de una cantina del Centro Histórico, el *Güero*, un legendario periodista de nota roja, revela a sus jóvenes compañeros de dominó el secreto mejor guardado de su carrera: la historia jamás contada detrás de su célebre crónica sobre el asesinato de León Trotsky. Así conocemos a Alfonso Quevedo, un brillante criminólogo de métodos científicos que, desde su estudio, La torre de Cristal, busca la verdad en los pliegues de la mente criminal, y a Valentín Quintanilla, un teniente curtido en la Revolución cuyo olfato y puños son su mejor arma. Forzada a colaborar por el juez Robledo, esta pareja antagónica descubre que el magnicidio no fue un acto de venganza aislado, sino la punta de lanza de una conspiración donde se cruzaron los intereses del Kremlin, las cloacas del gobierno cardenista, líderes sindicales, la crema y nata del arte mexicano y hasta el fanatismo religioso del padre Salvatierra.

La Torre de Cristal no es sólo el cuartel general de una investigación imposible: es el eje de esta novela negra que desmonta la historia oficial para subrayar que, en México, el crimen, la política y la ideología siempre han compartido la misma alcoba.



Eduardo Antonio Parra (León, Gto., 1965). Licenciado en Letras por la Universidad Regiomontana. Obtuvo el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo, convocado por Radio Francia Internacional el año 2000. Becario de la Guggenheim Foundation (2001) y miembro del SNCA (2001). Autor de *Los límites de la noche* (1996), *Tierra de nadie* (1999), *Nadie los vio salir* (2001), *Parábolas del silencio* (2006), *Desterrados* (2013) y *Ángeles, putas, santos y mártires* (2014), de las novelas *Nostalgia de la sombra* (2002) y *El rostro de piedra* (2008, 2017), y de la recopilación *Norte. Una antología* (2016). Sus libros han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano y polaco. En 2009, sus cuentos fueron recopilados en *Sombras detrás de la ventana* (edición ampliada, Era, 2023), que obtuvo el Premio de Literatura Antonin Artaud 2010, y en 2014 *Desterrados* ganó el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares. En noviembre de 2019, el sello Literatura Random House dio a conocer su novela *Laberinto*, que ganó el Premio Nacional de Narrativa INBA-Colima 2020.



Carlos René Padilla (1977). Narrador y periodista. Vio la luz de las patrullas… en Agua Prieta, Sonora. *Yo soy el Araña* fue galardonada con el Premio Nacional de Novela Negra y publicada por Reservoir Books. Su libro de cuentos, *Bavispe*, obtuvo el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares 2022. Ha ganado el concurso del Libro Sonorense en los géneros novela, cuento, ensayo y crónica en diferentes años con obras como *Amorcito Corazón*, *No toda la sangre es roja*, *Los crímenes de Juan Justino y Rodrigo Cobra* y *Hércules en el desierto*. Actualmente se encuentra en "arresto domiciliario" en Ciudad Obregón donde cocina para su esposa e hija, escribe y en las noches sale a caminar acompañado de sus perritos Anakin, Leia y Poe.



La torre de cristal

Primera edición digital: abril, 2026

D. R. © 2026, Carlos René Padilla y Eduardo Antonio Parra
Publicada mediante acuerdo con VF Agencia Literaria

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House / Amalia Ángeles Fotografía: Natalia Espinosa - FILBo 2025

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras

derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-387-106-8

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Índice

EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
1977
I
1977
II
1977
III
IV
V
VI
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
VII
VIII
IX
X
XI
XII

XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV

XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII

LVIII

LIX

LX

LXI

LXII

LXIII

LXIV

LXV

LXVI

LXVII

LXVIII

LXIX

LXX

LXXI

LXXII

LXXIII

LXXIV

LXXV

LXXVI

LXXVII

LXXVIII

LXXIX

LXXX

LXXXI

LXXXII

LXXXIII

LXXXIV

LXXXV

LXXXVI

LXXXVII

1977

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

Índice

1. EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
2. 1977
3. I
4. 1977
5. II
6. 1977
7. III
8. IV
9. V
10. VI
11. EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
12. VII
13. VIII
14. IX
15. X
16. XI
17. XII
18. XIII
19. XIV
20. XV
21. XVI
22. XVII
23. XVIII

24. XIX
25. EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
26. XX
27. XXI
28. XXII
29. XXIII
30. XXIV
31. XXV
32. XXVI
33. XXVII
34. XXVIII
35. XXIX
36. EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
37. XXX
38. XXXI
39. XXXII
40. XXXIII
41. XXXIV
42. XXXV
43. XXXVI
44. XXXVII
45. XXXVIII
46. XXXIX
47. XL
48. XLI
49. XLII
50. XLIII
51. XLIV
52. XLV
53. XLVI

54. XLVII
55. XLVIII
56. XLIX
57. L
58. LI
59. EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
60. LII
61. LIII
62. LIV
63. LV
64. LVI
65. LVII
66. LVIII
67. LIX
68. LX
69. LXI
70. LXII
71. LXIII
72. LXIV
73. LXV
74. LXVI
75. LXVII
76. LXVIII
77. LXIX
78. LXX
79. LXXI
80. LXXII
81. LXXIII
82. LXXIV
83. LXXV

84. LXXVI
85. LXXVII
86. LXXVIII
87. LXXIX
88. LXXX
89. LXXXI
90. LXXXII
91. LXXXIII
92. LXXXIV
93. LXXXV
94. LXXXVI
95. LXXXVII
96. 1977

97. Sobre este libro
98. Sobre el autor
99. Créditos

Table of Contents

EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
1977
I
1977
II
1977
III
IV
V
VI
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI

XXVII
XXVIII
XXIX
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
EL LIBRO DE LAS ALMAS PERDIDAS
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX

LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
LXXII
LXXIII
LXXIV
LXXV
LXXVI
LXXVII
LXXVIII
LXXIX
LXXX
LXXXI
LXXXII
LXXXIII
LXXXIV
LXXXV
LXXXVI
LXXXVII
1977
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos